

# LA JAULA

## *Invisible*



ALINA COVALSCHI  
BEA OHANA



**D.J.57**

LA JAULA

Invisible

ALINA COVALSCHI

BEA OHANA

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: **LA JAULA** Invisible

Autoras: ALINA COVALSCHI BEA OHANA

Primera edición: Agosto 2019

Los personajes de esta novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia. Los lugares nombrados en ella son todos reales pero adaptados de acuerdo a las necesidades de la historia.

"No debes dejar que nadie defina tus límites por el lugar del que vienes. Tú único límite es tu alma."

**-Ratatouille**

## Índice

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35

Epílogo

Sobre las autoras

Agradecimientos

# Sinopsis

## ***Un secreto inconfesable, vidas en juego, un oscuro chantaje.***

Una frenética persecución por las calles de Marbella y un importante tiroteo son el comienzo del caso más complicado de la carrera de Ian. A pesar de sus esfuerzos y de sentir que se acerca, siempre hay una incógnita nueva por resolver que lo devuelve al principio.

Sabe que todo gira en torno a la chica pelirroja pero ella no se lo pone nada fácil. Drogas, asesinatos, suicidios y un sinfín de tragedias que hacen que cada día se sienta más unido a ella. Pero hay un oscuro secreto rodeándola y sus intentos por conseguir descubrirlo pueden llegar a confundir sus sentimientos, o incluso, hacerle perder la razón.

# 1

Miró su reloj de pulsera por tercera vez dentro del mismo minuto. Visto desde fuera, parecía un policía con ganas de llegar a su casa después de un día duro de trabajo. Pero lo cierto era que nadie le esperaba. Otra noche de soledad y vino espumoso. Oteó por la ventanilla del coche, que se abría paso calle arriba sin descanso. La avenida Doctor Maíz Viñals estaba bastante transitada a esas horas de la tarde; la gente salía de trabajar y volvían a casa después de recoger a sus hijos de las actividades extraescolares. No pudo evitar admirar el anochecer una vez más; si había algo que no le cansaba de esa ciudad, era precisamente eso, los atardeceres.

El sol, con sus rojos matices, se inclinaba sobre el horizonte haciendo que los colores del cielo variasen de amarillo a naranja. El mar arrastraba sus olas con delicadeza hacia la arena, mojándola mientras subía la marea. A medida que los minutos pasaban, la grandiosidad del agua se iba mezclando con el cielo hasta llegar al confín. Y los rayos del sol los acompañaban hasta desaparecer por completo dando paso a las estrellas, que se encendían como miles de bombillas en el oscuro firmamento.

Cuando volvías a mirar al océano, la playa ya se había marchado, escondiéndose hasta el día siguiente y lo único que quedaba del día era la brisa marina inundando tus fosas nasales. Recordaba la primera vez que había estado en Marbella y también la primera vez que sus zapatos tocaron el asfalto de esa calle que ahora estaba atravesando en coche. Las sensaciones al ver el Parque Arroyo de la Represa y sobre todo, la sorpresa que había sentido al poder admirar las más de trescientas especies de plantas tropicales que lo adornaban, procedentes de todos los rincones de los cinco continentes.

—¿No ha estado mal, no? —preguntó David sacándolo de sus pensamientos. Tardó unos segundos en darse cuenta de a qué se refería. La verdad es que tenía razón, un confidente de su compañero les había advertido de un lugar en el que vendían droga. Su superior no había dudado en enviarlos a ellos.

Cabía destacar que la edad media de la plantilla de Policía era bastante avanzada. La mayoría estaban más cerca de la jubilación que otra cosa y cuando había un caso con riesgo, siempre les enviaban a ellos. Se trataba de un piso, situado a las afueras, en el que un par de individuos se dedicaban a abastecer al

barrio de cocaína. Habían entrado y los habían arrestado sin más complicaciones.

—Un operativo arduo pero efectivo.

—Que ganas tengo de llegar a mi casa para... —En ese momento su teléfono sonó, impidiendo que terminara la frase que acababa de empezar—. Joder tío, es mi ex —resopló.

Ian no pudo evitar sonreír al ver la reacción de su compañero. No se alegraba de que tuviera problemas con ella, más bien entendía por lo que estaba pasando.

—¿No vas a responder? —Ian preguntó aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—¿Para qué? Si ya sé lo que quiere. Está empeñada en vender el piso que compramos en Málaga —bufó.

—Tal vez sea buena idea David, cuantas menos cosas te aten a ella mejor.

David entornó los ojos a modo de respuesta. Ian sabía que no era el más indicado para dar consejos de esa índole, sólo deseaba que su amigo consiguiera lo que a él le resultaba imposible, tener que ver lo menos posible con su exmujer.

—En eso estamos de acuerdo. Pero ella quiere venderlo y quedarse con el 75% de lo que nos den por él. Dice que como todo ha sido culpa mía, se merece la mayor parte. Pero es que encima me lo dice y se queda tan ancha.

David estaba realmente enfadado. Su mujer le había dejado de un día para otro y sin avisar. El único motivo que había alegado era que pasaban poco tiempo juntos por culpa de su trabajo. Pero nosotros sabíamos que eso no era verdad, la realidad era muy distinta.

—No sé qué decirte tío, ya sabes que no soy el mejor ejemplo. —David suavizó su expresión al oír las palabras de su amigo.

—¿Ha pasado algo nuevo? —preguntó con interés.

—Con Érika de por medio siempre hay algo que contar. —Suspiró—. Ahora dice que quiere viajar a Estados Unidos, por lo visto quiere establecerse allí y tiene pensado buscar trabajo.

—¿Y cuál es el problema? Desde Estados Unidos no creo que te moleste mucho. —Se burló.

—A mi me da igual donde vaya; de hecho tienes razón, cuánto más lejos esté, mejor para mí. El problema es que quiere llevarse a Maia con ella.

David comprendió al instante cuál era el dilema de su compañero. Ya veía poco a su hija Maia, pero si su exmujer se la llevaba tan lejos, la vería aún menos. Nada le importaba tanto a Ian como su hija, ni siquiera su trabajo.

—¡Joder, qué putada! No se lo permitas, tienes todo el derecho de ver a la



niña.

—Lo sé, David. El problema es que ella tiene la custodia y si se lo propone, estoy seguro de que acabará consiguiéndolo. He hablado con Ramírez y me ha dado el fin de semana libre, aprovecharé para viajar a Málaga y hablar con ella.

Sabía que no serviría de nada. Érika no entraría en razón e intentaría por todos los medios llevarse a la niña. A Ian no le parecía justo, ya era bastante difícil ver a la niña solo un fin de semana cada quince días, como para que ahora se la llevase a vivir tan lejos. Habían cambiado tanto las cosas en tan poco tiempo... Aún recordaba el día que se habían conocido y cómo había quedado prendado al instante por la fortaleza y el carácter que caracterizaban a Érika.

*Ella vestía ropa de calle. Una hermosa y corta falda blanca adornaba la parte de arriba de sus piernas y justo donde esta terminaba, se veía el comienzo de su blusa roja, arrugada y manchada. Tenía el cabello negro y lo llevaba recogido en un moño completamente desordenado, escoltando su rostro aterciopelado y delicadamente sesgado. Sus grandes ojos marrones captaron toda su atención, al igual que su boca, pequeña pero con labios carnosos.*

*Erika intentaba arrancar su moto mientras hablaba por teléfono. Era imposible adivinar quién estaba al otro lado de la línea, lo que si estaba claro era que estaba en medio de una discusión acalorada. En uno de los gestos de protesta, las llaves se le cayeron al suelo, justo delante de los pies de Ian. Él parpadeó, dándose cuenta de que aquella mujer no solo estaba en apuros sino que además estaba un poco achispada. Como policía responsable, se agachó y tomó las llaves.*

—¿Piensa usted subirse a la moto?

*Ella hizo una mueca de fastidio y apretó el móvil contra su pecho a la vez que le dedicaba una mirada fría, evaluativa.*

—Por supuesto. No es asunto tuyo, así que devuélveme las llaves o llamo a la policía.

*Ian soltó una carcajada y la observó de nuevo con atención. No solo su camisa era un desastre, sino que la cremallera de su falda estaba rota y abierta, y las puntas de su tacones dobladas. Se veía horrible, pero le pareció una estampa graciosa.*

—Llame la policía, pero dígales la verdad. Ha bebido y quiere montar en moto.

—¿A ti que te importa? Devuélveme mis llaves. Voy a gritar.

*Ian estabilizó su respiración con esfuerzo y trató de mantener un tono*

tranquilo.

—*Me importa la seguridad de los ciudadanos. No voy a darle las llaves, es más... Voy a llamar a un taxi y me aseguraré de que suba en él. La moto se queda aquí.*

—*Pero... Pero...*

—*Mañana, cuando esté usted en condiciones, pásese por la comisaría de policía. Allí le harán entrega de las llaves.*

No podía negar que ese era un hermoso recuerdo para él. Pero era inevitable que acordarse de ese día, le llevase también a pensar en lo que sucedió después. Estaba enamorado de ella, la quería y habría hecho cualquier cosa por ella. Pero todo eso a Érika no le importó. Se lo había demostrado el día que entró a casa después de haber estado a punto de morir, y se la encontró en la cama con su profesor de música. Sí, ese mismo al que él le estaba pagando un sueldo, un sueldo que ganaba jugándose la vida día tras día en su trabajo y que había terminado en el bolsillo del amante de su mujer.

Pero ese solo había sido el primer paso, luego supo que no había sido el único affair de su mujer fuera del matrimonio. Ian siempre había pensado que Erika era la mujer perfecta para él. Pero lo había defraudado, ella había pisoteado su corazón sin demostrar una pizca de lástima. Cada vez que recordaba aquello, sentía un profundo dolor y una furia que ardía en su interior. Cuando esto le pasaba, deseaba desde lo más profundo de su ser no haberla conocido, no haber parado nunca a recoger esas llaves que se le cayeron al suelo, pero entonces pensaba en Maia. Si todo eso no hubiese pasado, él no tendría a su hija. Y eso era lo más importante ahora.

Iban dejando el parque atrás, cuando un Peugeot 108 de tres puertas, los adelantó a una velocidad que triplicaba la permitida.

—Que prisa lleva, ¿no? —rió David a la vez que reducía la marcha para ganar velocidad y salir detrás de aquel camicace.

—Pues debemos enseñarle que las prisas nunca fueron buenas. —Ian se unió a la burla de su amigo y compañero.

Pero antes de que pudieran poner la sirena, vieron como otro coche les adelantaba también a toda velocidad, sorteando de lado a lado todos los coches que transitaban la calle. Esta vez se trataba de un Toyota Land Cruiser V8.

—Está persiguiendo al 108, date prisa —La adrenalina propia del momento invadió a los dos policías que inmediatamente centraron todos sus sentidos en la persecución.

El conductor del primer coche no eran tan experimentado como el segundo, pero sabía defenderse en la carretera y seguramente les había ganado ventaja por la diferencia que había entre el peso de ambos vehículos.

David e Ian pudieron ver como el Peugeot giraba dos calles más adelante hacia la derecha de forma improvisada, lo que hizo que los ocupantes del todoterreno tuvieran que frenar bruscamente para seguirlo.

Otro minuto de ventaja que les llevaba.

Los policías con su Alfa Romeo Giulia QV de 510 cv de potencia, se acercaban rápidamente al todoterreno. De este, salieron dos armas, una por cada ventanilla, dispuestos a disparar para que su presa no pudiera escapar.

—Joder tío, la cosa se pone seria. Acelera y ponte a su lado, voy a intentar joderles una rueda. —Ian sacó su arma reglamentaria y bajó el cristal, esperando el momento adecuado de disparar.

Sin embargo, antes de que ellos pudieran hacer nada, los dos ocupantes del Toyota, comenzaron a disparar contra el primer coche. Este, al darse cuenta de la situación, comenzó a dar bandazos de un lado a otro, intentando esquivar las balas que buscaban su derrota.

Pero todos sus intentos fueron en vano, pues esos dos hombres eran lo suficientemente profesionales como para acertar de lleno en una rueda, haciendo que el conductor del 108 perdiera el control del vehículo.

—Esto no me gusta. —David pisó a fondo el acelerador, dispuesto a hacer lo que fuera necesario por salvarlo.

Antes de que pudiera terminar su frase, vieron cómo chocaba de frente contra un montón de señales que indicaban que esa calle estaba cortada. Había perdido el control total sobre el volante y los dos hombres armados estaban bajándose del coche preparados para disparar de nuevo cuando los policías llegaron a la escena del accidente.

Pararon el coche patrulla con un fuerte frenazo que provocó que las ruedas traseras resbalaran un poco. David pudo controlar el vehículo perfectamente y se bajaron corriendo de él, empuñando sus armas.

Los dos ocupantes del todoterreno negro salieron despavoridos de nuevo hacia su automóvil, intentando huir de la policía. Estaban tan concentrados en pillar a su presa, que ni siquiera se dieron cuenta de que dos agentes iban detrás de ellos.

David no se lo pensó dos veces y corrió, imitando a los atacantes.

—¿Dónde diablos vas? —preguntó su compañero.

—Voy tras ellos. Encárgate tú del hombre del 108 y llama a una ambulancia.

Espero que hayamos llegado a tiempo. —Y sin esperar a nada más, arrancó de nuevo el coche y salió a toda velocidad en busca del todoterreno.

Ian, por su parte, guardó su arma de nuevo en su cinturón y se encaminó hacia el Peugeot 108, que ahora tenía toda la delantera destrozada por el choque. El humo que salía de la zona golpeada impedía la visibilidad. Lo primero que hizo fue llamar a una ambulancia y a la comisaría para informar de lo ocurrido y para que le enviaran refuerzos a David. Mientras tanto, evaluó el riesgo de explosión.

Al ver que este no existía se dio cuenta de que posiblemente la humareda fuera a causa del golpe. El agua se habría filtrado al motor desde el sistema de refrigeración. Se acercó a la puerta del conductor pero antes de que pudiera hacer nada, ésta se abrió y los oídos de Ian se inundaron de una tos espantosa que salía del interior. Apartó el vapor que empezó a disiparse con ayuda de sus manos, y se dispuso a prestar auxilio al herido. Agarró del brazo al ocupante del coche y lo empujó hacia fuera. No le costó mucho ya que la otra persona estaba haciendo esfuerzo por salir y se agarró a él con fuerza. Una vez fuera y ya en el suelo, pudo fijarse detenidamente en el dueño del coche. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que tenía delante era una mujer. Tanto él como su compañero habían dado por sentado que era un hombre quién conducía, aunque estaba claro que estaban equivocados. Y muy equivocados; el cabello largo, ondulado y pelirrojo de la ocupante del vehículo se abría paso entre el humo que quedaba flotando en el aire. Ian pudo fijarse un poco más en ella y no tardó en darse cuenta de que estaba herida, ya que su blusa blanca con escote en pico estaba manchada de sangre. El pantalón vaquero de un azul desgastado, ahora parecía una especie de colador, roto por varias partes. Pero si algo llamó su atención fueron sus hermosos y grandes ojos azules. Aquel par de iris parecían hablar por sí solos, se movían de un lado a otro desesperados, buscando una escapatoria que ya no era necesaria.

El corte que atravesaba la frente de aquella mujer escupía sangre a borbotones, impidiendo que Ian pudiera ver su rostro con más detenimiento. Dejó a un lado sus pensamientos y se dispuso a actuar. Estaba especializado en centrarse en lo que tenía delante y olvidarse de todo lo demás, así que no dudó ni un segundo en apartar su cabello para inspeccionar la herida.

—Tiene mal aspecto. Necesitas atención médica. —La mujer intentó en vano levantarse del suelo y se llevó una mano a la frente, haciendo un gesto de dolor. Ian le impidió levantarse e intentó tranquilizarla—. No te muevas, la ambulancia no tardará en llegar.

## 2

—Es un corte bastante superficial, ha tenido usted mucha suerte —explicaba la chica de pelo negro que trabajaba en la ambulancia—. Un par de puntos elásticos y como nueva.

Ian se acercó justo cuando la sanitaria estaba comenzando a recoger su material.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—El corte no es nada grave, le he colocado dos puntos elásticos para que le sujeten ambas partes de la herida y así le quede la menor cicatriz posible. Podrá quitárselos en una semana —explicó con amabilidad.

—¿Está como para acudir a comisaría? —La mujer que tenía delante torció los labios, pensativa.

—No veo motivos para lo contrario. Pero no sean duros con ella, está bastante magullada y le vendrá bien descansar —pronunció sus palabras mientras cerraba por completo el maletín. Se despidió con un apretón de manos y se fue a hablar con su compañero.

Ian observó a la muchacha, sentada en la parte trasera de la ambulancia y envuelta en una manta. Ya no había ni rastro de sangre en su cara, lo que antes había estado teñido de rojo, ahora se encontraba de un blanco brillante, casi cegador. Tenía un tono de piel pálido, acorde con el color de su pelo.

—Buenas tardes, señorita. Soy Ian Arias, de la policía judicial. ¿Cómo está? —preguntó con formalidad.

—He estado mejor. —Fue su única respuesta.

—Tendrá que acompañarme a comisaría, necesito hacerle unas preguntas. No tardaré.

La pelirroja no respondió, se levantó de su asiento dejando caer la manta y se puso de pie.

Apenas cuarenta y cinco minutos más tarde ya se encontraba en su lugar de trabajo. Ese trabajo que no sabía de horarios ni festivos, pero sí de horas extra. Cuando creía que estaba de camino a casa, se había encontrado con una persecución y no una cualquiera. Una persecución brutal, con tiros de por medio y una joven como sospechosa.

Suspiró sonoramente mientras comenzaba a ojear la carpeta en la que

estaban todos los datos de la chica. Se alegró al ver que no tenía antecedentes penales, tan solo una multa de aparcamiento de hacía dos años. Su nombre era Ayla Rojas y tenía treinta años recién cumplidos. No constaban datos de su familia por lo que dedujo que sería huérfana. No conocía la calle que figuraba como vivienda habitual pero estaba casi seguro de que se encontraba bastante céntrica. Y trabajaba como camarera en un Pub nocturno, situado en la Calle Haza del Mesón, un lugar bastante concurrido.

—Me ha contado Ramírez que la del 108 era una mujer. ¿No estás flipando?  
—David entró en la antesala de los interrogatorios como siempre lo hacía: como si fuera un huracán a punto de arrasar con todo.

—Sí, ahí la tienes —dijo señalando a la muchacha que se encontraba detrás del doble cristal—. ¿Y a ti cómo te ha ido? ¿Los pillaste?

La sonrisa se esfumó de su rostro, dejando ver la respuesta.

—Esos tíos sabían lo que hacían, los perseguí por casi toda la ciudad pero los acabé perdiendo dirección al Puerto. Me dispararon en dos ocasiones y casi consiguen sacarme de la carretera. Voy a interrogar a la chica, a ver si nos cuenta en qué está metida.

—Lo haré yo, no te preocupes. Ve a casa y date una ducha, no quiero ofenderte pero... Estás asqueroso —soltó una carcajada. Tenía la camiseta empapada en sudor.

—Me voy a quedar a ver cómo la interrogas, ya habrá tiempo para duchas.

Ian sacudió la cabeza mientras sonreía, sabiendo que sería inútil discutir con él. Cogió la carpeta y entró en la sala de interrogatorios.

Ayla ni siquiera levantó la cabeza cuando notó que alguien entraba en la estancia.

—¿Quiere un café? —ofreció Ian mientras se sentaba frente a ella y ponía los papeles sobre la mesa.

—No. Solo quiero irme a mi casa, me duele la cabeza.

—Es normal después de los golpes que se ha llevado. Prometo terminar lo antes posible.

Por fin levantó la mirada hacia Ian, dejando ver su nerviosismo. Pero, ¿quién podría culparla después de lo que acababa de vivir? No pudo evitar fijarse de nuevo en sus ojos, había algo en ellos que lo inquietaba aunque no sabría decir el qué. Al ver que no obtenía respuesta, volvió a hablar.

—¿Quiénes eran los dos hombres que la perseguían? —Sacó su libreta y su bolígrafo.

—No tengo ni idea. Sólo sé que querían robarme. —Se encogió de hombros.

—¿Robar? ¿Qué podrían robarla? ¿Llevaba algo de valor?

—No. Sólo llevaba mi bolsa para cambiarme de ropa antes de entrar a trabajar. Paré en la gasolinera a repostar y uno de ellos me apuntó con una pistola por la ventanilla.

—¿Le dijeron algo? —Ian apuntaba en su libreta. Algo que estaba poniendo nerviosa a la joven, que deseaba saber qué demonios estaba escribiendo.

—Solo que les diera mi bolsa y claro está que me negué —dijo señalando hacia la herida de su frente.

—Ajá... Y, ¿qué hizo entonces? —Ian estaba en modo automático. Tenía unas pautas establecidas a la hora de interrogar y esta vez no sería diferente.

—Abrí la puerta del coche con rapidez y le golpeé con ella. El hombre se cayó al suelo y entonces arranqué el coche y me escapé. Creo que el resto ya lo saben. —Ayla apartó la mirada del policía que no levantaba la suya de la libreta. La dolía muchísimo la cabeza y quería salir de allí.

—¿Usted cree que alguien dispararía y perseguiría a alguien a tiros por toda Marbella, solo por una bolsa de ropa? —Ahora sí que la miró directamente, evaluando su reacción.

—Supongo que no... Tal vez me confundieron con alguien —sentenció fingiendo indiferencia.

—De acuerdo, supongamos que la creo. ¿Dónde aprendió usted a conducir de esa forma?

—Bueno, tuve un amigo que se dedicaba a tunear coches. Él me enseñó, pero no creo que eso sea de su incumbencia. Dedíquese a pillar a esos dos matones y deje de meterse donde no le llaman.

A Ian no le gustó su respuesta. Estaba claro que se había puesto a la defensiva pero tenía las manos atadas y ella lo sabía. No había indicios de que fuera culpable de algo y era totalmente inviable que un juez aprobase una orden para registrar su maleta.

—Va a quedar usted en libertad. —Un brillo se apoderó de los ojos de Ayla —. Pero no puede salir de la ciudad ni alejarse mucho de su vivienda o zona de trabajo hasta que termine la investigación. ¿Está claro?

Ella asintió con la cabeza y se levantó dispuesta a marcharse.

La cabeza estaba a punto de estallarle y el enfado que tenía no ayudaba a que el dolor remitiera. Acababa de ver la muerte de cerca y por si eso fuera poco, esos policías de tres al cuarto la habían retenido demasiado tiempo. Por su culpa solo le daría tiempo a darse una ducha rápida, comer algo e irse a trabajar.

Dejó que el agua caliente recorriera su espalda y relajase sus músculos, que

hasta el momento se habían mantenido tensos. Intentó no pensar en que había estado a punto de perder el maletín que tanto valor tenía para ella y comenzó a calmarse poco a poco.

El agua que se escapaba por el desagüe estaba teñida de rojo, aunque la sanitaria le había limpiado bien la herida y toda la cara, la sangre se había pegado a su pelo como si este fuera el pegamento más fuerte del mercado.

Su móvil comenzó a sonar, sobresaltándola. Miró la pantalla y decidió no contestar. No tenía ganas de explicar por qué no había llegado a su destino con el maletín y en dos horas entraba a trabajar, por lo que tuvo que dejar eso de lado.

Eligió ropa cómoda para esa noche, estaba agotada y no aguantaría toda la noche detrás de la barra subida a sus tacones. Se puso unas mallas color beige que combinó con un jersey de punto que tiraba al caoba y unas zapatillas de deporte blancas. Se secó un poco el pelo y se preparó dos sándwiches de jamón y queso. Puso sus ojos sobre el maletín que estaba encima del sofá y no pudo evitar acordarse de la persecución. Estaba acostumbrada a llevar ese tipo de valijas de un lado para otro pero nunca antes habían intentado quitárselo, algo grave debía estar pasando.

Suspiró después de tragar su último pedazo de sándwich y se puso la chaqueta dispuesta a salir a la calle. Dedicó un último vistazo al apartamento, buscando el lugar idóneo para esconder el maletín.

Se trataba de una vivienda moderna y recientemente reformada. Tenía una única habitación con un baño en su interior; la cocina y el salón estaban unidos tipo loft. Estaba bastante céntrico y gozaba de unas vistas excelentes sobre la ciudad, sobre todo de noche. Las grandes ventanas panorámicas te permitían ver la noche Marbellí como si estuvieras en ella, incluso ver a la gente pasándose tan bien era un gran entretenimiento para cuando el insomnio te atormentaba.

A pesar de todas las ventajas que tenía un lugar como ese, para ella no era suficiente. No acababa de encontrarse a gusto allí. Escondió su tesoro máspreciado y salió de casa dispuesta a soportar la noche que se le venía encima.

—Está un poco flojo hoy, ¿no? —Para Luca eso significaba que había podido sentarse un par de minutos para comerse un pastel.

Era verdad que normalmente no daba tiempo a sentarse ni siquiera para eso, pero aún así había sido una noche pesada para Ayla. El estrés del día y el golpe que se había llevado le estaban pasando factura.

—Para mí ha sido demasiado, estoy deseando irme a casa —pronunció con desgana mientras cortaba la llamada que le estaba entrando al móvil.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —Su amigo estaba realmente preocupado



por ella. Cuando vio la herida que tenía en la frente le había faltado poco para caer al suelo fulminado por un infarto.

—Hoy no, Luca. Te prometo que hablaremos mañana, hoy la cabeza no me da para más.

—Y cómo sigas dándote esos golpes se te acabará cayendo de los hombros —bromeó.

Ayla se contagió de la risa de su amigo, que había conseguido que se relajara un poco. No sabía qué haría sin él, era su único apoyo desde que todo había empezado, conocerle en aquel trabajo fue una bendición para ella. Sabía sus más oscuros secretos y era leal hasta límites insospechados, justo lo que ella necesitaba.

Un par de horas después tenían el Pub limpio y recogido y cogieron sus abrigos dispuestos a irse a su casa. Ayla estaba cerrando la puerta con llave cuando escuchó su móvil sonar por enésima vez. Se despidió con rapidez de Luca intentando disimular pero él se dio cuenta perfectamente de que no quería que escuchase la conversación que estaba a punto de mantener.

—Lo he pillado. Buenas noches Ayla, mañana hablamos. —Sus palabras sonaron más a amenaza que a despedida. Ella sonrió a modo de respuesta y caminó en dirección contraria, cogiendo la ruta de vuelta a casa.

Tras pensarlo bien y suspirar varias veces, apretó el botón de descolgar.

—¿Sí?

—¿Ya has salido de trabajar? —La voz al otro lado del teléfono sonaba impaciente, algo con lo que ya contaba.

—Ahora mismo.

—¿Por qué no has llegado con el encargo?

—Dos tíos casi me lo roban, me persiguieron por toda la ciudad —respondió con tranquilidad.

—Sí, algo he oído. ¿Qué tal te fue en comisaría? —No se sorprendió de que su interlocutor estuviera informado de todo lo que había pasado, siempre lo estaba.

—Bien, no ha habido problemas.

—Me alegra oír eso, Ayla. El lunes quiero el maletín en la dirección acordada a las doce de la mañana. Si no estás allí, las cosas van a complicarse —sentenció.

—No hace falta que me amenaces. —Ayla sabía que no debía responderle así pero la costaba mucho sujetar su mal humor y más aún, después de un día como ese—. Sé de sobra lo que tengo que hacer. Allí estaré.

La otra persona estuvo a punto de contestar pero la pelirroja no le dio tiempo, cortó la llamada y guardó el teléfono en su cazadora. Caminó deprisa, sin mirar atrás y sin pensar en nada, deseando más que nunca meterse en su cama y no saber nada de nadie en los próximos doscientos años. Estaba saturada de todo y no podía continuar con todo eso por mucho más tiempo, estaba empezando a darse cuenta de que su mente no resistiría tanta presión.

Miró a su alrededor, buscando una escapatoria que sabía que no iba a encontrar. Estaba atravesando la Calle Virgen de los Dolores, una de sus calles favoritas de Marbella en el casco antiguo de la ciudad. Siempre que pasaba por allí al ir o venir del trabajo, se permitía el lujo de acercarse al final de la empedrada calle para poder admirar el balcón añil desde el que se asomaba la Virgen de los Dolores. Y rezaba, ella que nunca había creído en nada, rezaba a esa Santa para que terminara con su sufrimiento y para que hiciera desaparecer todo lo que la impedía estar con quién más deseaba.

Se preguntaba cuánto tiempo llevarían allí esa calle y ese balcón adornado por numerosas macetas de geranios ya que desde ella tenía uso de razón, apenas había visto cambiar aquel lugar con el paso de los años. A esas horas todavía estaban cerrando el Marbella Patio, famoso y conocido en todas partes por el cochinitillo que hacía salivar al más exquisito. Las tiendas de suvenires y las cesterías estaban completamente a oscuras y cerradas, como el corazón de Ayla.

Perdida en sus pensamientos desembocó en la Plaza del Puente Ronda, la plazoleta capaz de conservar todo el sabor añejo de la ciudad, al contrario que ella, que había perdido lo que más quería. Y por lo que parecía, para siempre.

### 3

El viaje se le estaba haciendo eterno. Apenas eran cincuenta minutos en coche pero tenía tantas ganas de ver a su hija, que los minutos se le antojaban horas. Dejó atrás Ciudad Jardín y la A-45 para llegar al centro de la ciudad. Había quedado allí con Érika antes de que la niña saliera del colegio. No quería que los viera discutir y estaba seguro de que eso pasaría tarde o temprano.

Aparcó donde lo hacía habitualmente, en el Parking Plaza de la Marina. Tenía varias plantas y un total de cuatrocientas cincuenta plazas. Lo dejó en el segundo piso y salió al exterior subiendo por el ascensor.

El mal olor que recorría la ciudad le inundó las fosas nasales. Hubo un tiempo en el que llegó a acostumbrarse a ese hedor, tal vez el olerlo de forma continua hacía que pasase a un segundo plano. Pero llevaba bastante tiempo sin estar en Málaga fuera del coche, normalmente recogía a Maia y se iba de vuelta a Marbella.

Se dirigió al noroeste, atravesando la Plaza de la Marina y giró hacia la izquierda. Tuvo que mirar el letrero que decía que era la Calle Marqués de Larios para convencerse a sí mismo de que estaba allí de nuevo. Apartó los recuerdos de su mente como pudo y giró de nuevo, pero esta vez a la derecha en dirección a la Calle Bolsa. Sorteó a los transeúntes que caminaban por todas partes y llegó al final de la Avenida. Ahí estaba la Calle Torre de Sandoval, pegando a la preciosa Catedral de la Encarnación. El panorama cálido y acogedor de aquella mañana a principios de primavera contagió a Ian, que terminó sonriendo perdido en sus recuerdos. No tardó en distinguir los toldos y las sombrillas que daban sombra a las mesas del Restaurante Rescoldo, adornadas con manteles rojos y blancos.

Allí estaba su exmujer, sentada en una de esas mesas. Vestía un vestido negro ceñido a su cuerpo y unas sandalias de tacón alto y de color blanco, a juego con su bolso. Llevaba el pelo suelto y liso como una tabla y unas enormes gafas de sol cubrían casi todo su rostro. Estaba realmente guapa.

Como si acabara de escuchar sus pensamientos se giró en dirección a Ian y se levantó para saludarlo.

—Hola Ian, ¿cómo estás? —preguntó sonriente mientras le daba un par de besos.

—Bien y, ¿tú? —Había sonado más seco de lo que pretendía.

—No me quejo, siéntate. ¿Qué quieres tomar? —Levantó la mano para llamar al camarero que se paseaba entre las mesas y este se acercó inmediatamente.

—¿Qué desean los señores?

—Yo estoy servida —dijo señalando a la cerveza que tenía delante.

—Yo tomaré un café solo con mucho hielo, por favor. —El camarero asintió y se fue rápidamente para hacer su trabajo, dejándolos solos de nuevo.

—¿Recuerdas qué bien se cenaba aquí? —Ian sonrió ante el recuerdo. Mientras las cosas entre ellos iban bien, cenaban a solas en ese mismo lugar todos los sábados. Probaban cosas nuevas del menú y compartían la comida entre risas y besos.

—Claro que lo recuerdo. Era divertido hasta que...

—Hasta que empezamos a discutir. —Érika terminó su frase—. Llegó un momento en el que lo único que hacíamos era eso.

Ian iba a darle la razón cuando el camarero regresó con el café.

—Gracias —dijo Ian sonriente. Echó el azúcar al café y lo revolvió con rapidez—. Tienes razón, así fueron las cosas. ¿Cómo está Maia?

—Oh, Maia está genial. Ahora está empeñada en organizar una fiesta de pijamas en casa. No le entra en la cabeza que esas cosas se hacen a los quince. —Rodó los ojos, provocando que Ian sonriera.

—Se está haciendo toda una mujercita —respondió.

—Así es, por eso creo que aceptará bien el cambio de país.

Directa al grano, Ian estaba retrasando el momento de hablar sobre eso porque temía que su exmujer se saliera con la suya.

—No quiero que te la lleves, Érika. Prácticamente no la veo viviendo a sesenta kilómetros. No puedo ni imaginarme si te la llevas a Estados Unidos...

—Ian, estoy saturada. No quiero seguir viviendo en Málaga, me gusta Estados Unidos y estoy segura de que allí tendré más posibilidades para trabajar.

—Por Dios, hay mil sitios en Málaga donde puedes trabajar. Cocineros buscan en muchas partes —sentenció.

—No quiero estar aquí.

—Eso es tú problema, no el mío y el de Maia. Deja de pensar en ti por una vez, por favor.

Érika estaba empezando a subir el tono de voz, cosa que irritaba tremendamente a Ian.

—No quiero vivir sin la niña. ¿Puedes entender eso? —gritó haciendo que

toda la gente que estaba en la terraza se volviera para mirarlos.

—Yo tampoco quiero y llevo dos años viéndola un fin de semana cada quince días. No tuviste nunca mi opinión en cuenta y yo no tengo por qué hacerlo ahora contigo. Y deja de gritar, estás llamando la atención.

La mujer soltó una sonora carcajada, dando a entender lo poco que la importaba que la gente los mirase.

—Está bien, no nos vamos a poner de acuerdo —dijo con más calma— ¿Qué te parece si le preguntamos a ella?

—No sé si eso será buena idea, tiene solo seis años. No es capaz de decidir qué es lo mejor para ella...

—Acabas de criticarme porque solo pienso en mí misma y no tengo en cuenta la opinión de los demás. Bien, pues ahora voy a tener en cuenta la única opinión que me importa realmente, la de mi hija.

Ian no estaba de acuerdo con ella pero no tenía elección. Si le preguntaban a la niña quizá tuviera una mínima posibilidad de que lo eligiera a él, en cambio si lo dejaba en manos de Érika, estaba totalmente perdido.

—Vale, de acuerdo. Si es lo que quieres, así será. Sólo concédeme una cosa —pidió. La mujer levantó los brazos, impaciente por saber qué era lo que la iba a pedir.

—Déjame disfrutar el día con ella. Iremos a cenar a casa y entonces le haremos la pregunta. Si Maia decide irse contigo, quiero tener tiempo para despedirme de ella. —La tristeza se apoderó de sus palabras. El solo hecho de pensar que podía perder a la pequeña le destrozaba por dentro.

—Por supuesto, por mí no hay ningún problema. Aunque la niña decidiera irse conmigo, no tienes por qué despedirte ahora de ella. Tardaré un mes en irme de forma definitiva y el fin de semana que viene tienes que venir a recogerla.

Ian pensó que tenía razón. Tendría que aprovechar el tiempo al máximo con su pequeña, estaba pensando incluso en pedirle a Érika que le permitiera pasar con ella todos los fines de semana que le quedaban en España.

Pagaron la cuenta y se dirigieron al colegio para recoger a Maia.

El motivo por el que habían escogido el CEIP Bergamín para su hija era entre otros, basados en la localización y el programa escolar, porque había sido la primera escuela pública graduada y porque recibió la Medalla de Oro de la Ciudad de Málaga en el año 2011.

Verse allí parado, frente a los tres escalones que precedían la entrada, le hizo recordar el primer día de colegio de Maia. La costó mucho el cambio de la guardería al cole, fue todo un trauma que le causó verdaderas lloreras durante

más de una semana. Ni siquiera dormía bien por las noches y tampoco comía con normalidad. Ian había pensado que nunca se le pasaría e incluso se planteó buscar otro centro para la niña pero de repente, de un día para otro, dejó de llorar al llegar al colegio. Apenas una semana después de ese día, salía sonriendo y con prisa de llegar a casa para hacer sus deberes.

Sonrió ante el hermoso recuerdo mientras Érika lo observaba con atención. Sabía que era un buen hombre y el hecho de que ellos fueran incompatibles no era culpa de Maia. Estaba segura de que la niña la elegiría a ella y no podía evitar sentir pena por su exmarido. Ella lo veía sufrir por su hija y aunque ya no estaban juntos, eso le dolía.

Cada vez que miraba a los ojos a Maia, veía los ojos de su padre. Ese azul tan claro y tan brillante que hacía que te perdieras sin ser capaz de encontrar el camino de vuelta. Se sorprendió a sí misma pensando en que Ian todavía la atraía físicamente. Los vaqueros desgastados y pegados a sus piernas moldeaban a la perfección su cuerpo. El pelo de color azul oscuro era tan sencillo que lo hacía especial; iba en manga corta, lo que le permitía ver sus marcados bíceps. Parecía mentira que se conservara así con sus treinta y siete años.

La barba recortada y arreglada de dos días le daba un aspecto interesante y misterioso, haciendo que quisieras saber más de él. Y su peinado, tan sencillo como su pelo, le daba un toque sofisticado. Era un hombre realmente atractivo. Lástima que sus caracteres chocasen de esa forma, podrían haber sido felices.

—¡Papi! —Maia salía con ganas del cole, pero el ver a su padre allí le hizo sonreír de oreja a oreja. Aceleró el paso hasta empezar a correr y se lanzó a los brazos de Ian, que la esperaba agachado y listo para recibirla. La apretó con fuerza y se fundieron en un largo abrazo.

—¿Cómo está la cosa más bonita del mundo? —Ian pronunció sus palabras mientras ayudaba a Érika con una mano, que estaba quitando la mochila de la espalda de Maia.

—Estoy bien, ¿sabes que voy a celebrar una fiesta de pijamas? —preguntó sonriente.

—Por Dios hija, ya te he dicho que eres muy niña para eso. —La pequeña taladró a su madre con la mirada, gesto que hizo reír a Ian.

—Ya hablaremos de eso. Voy a proponerte un plan. —La niña centró toda su atención en su padre—. ¿Qué te parece si pasamos el día juntos? A la noche podemos cenar con mamá.

—¡Sí! ¿Me llevas al parque? —Su sonrisa creció aún más.

—A donde tu quieras, mi vida.

Ian estaba feliz de verla y de pasar tiempo con ella, pero solo pensar que estaba a punto de perderla, le causaba un dolor que rozaba lo insoportable. Intentó apartar todo eso de su mente y dedicarse a Maia, que era lo más importante.

Cumplió todos los deseos de su hija aquella tarde; estuvieron cerca de dos horas en el parque favorito de Maia, le compró un helado y una chocolatina. Bailaron al son de la guitarra que tocaba un hombre que pedía dinero en la calle. Ya estaba anocheciendo cuando tomaron dirección al Puerto de Málaga. Casi por inercia se dirigieron al Muelle dos, a uno de los tramos del Paseo de las Sorpresas. Solían pasear por allí cuando vivían los tres juntos; Érika y Maia comían un helado mientras Ian pelaba cacahuetes, siempre pensó al pasar por allí que el nombre de ese paseo era más que adecuado. Había una moderna pérgola, que combinaba en perfecta armonía con los elementos naturales y marítimos del lugar. A pesar de ser tan diferentes, no desentonaban y eran agradables a la vista.

—Papá —llamó mientras tiraba de su camiseta. Este se agachó y la besó con ternura, esperando escuchar lo que ella tenía que decirle—. Mamá me ha contado que vamos a hacer un viaje.

—Es cierto pequeña —tragó saliva con dificultad. Verla así, tan tierna y dulce con esos preciosos ojos azules y el largo y ondulado cabello negro que había heredado de su madre, le hizo desear dejarse llevar y pedirla por favor que se quedara con él. Pero no podía hacerlo, era injusto para Maia.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —Estaba claro que su madre había comenzado una conversación con su hija pero no se había atrevido a contarle todo.

—Bueno, puede que sea bastante tiempo —bajó su tono de voz.

—Pero... ¿Tú vienes con nosotras, verdad? —Maia parpadeó con rapidez, ansiosa por saber la respuesta de su padre.

—No puedo mi vida, papá tiene que trabajar. —Era una frase corta pero la más difícil que había pronunciado en mucho tiempo.

El nudo que había aparecido en su garganta se intensificó, llegando a picarle y a provocarle la tos. Una lágrima se escapó por su ojo derecho pero se deshizo de ella con rapidez. Maia no dijo nada más, se limitó a observarlo con atención y a darle la mano para emprender el camino de vuelta a casa.

Érika los esperaba con una pizza recién hecha y la mesa puesta para tres. Era el plato favorito de Maia y pensó que eso ayudaría con el tema que les quedaba por abordar. Normalmente la niña se habría alegrado pero ese día no fue así. Se sentó en la mesa en completo silencio.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿No quieres pizza? —La niña asintió con la cabeza para responder a su madre y tomó uno de los trozos con la mano.

—Maia, ¿va todo bien? —Ian estaba empezando a preocuparse. No había abierto la boca desde que la dijo que él no iría con ellas y eso era muy raro en ella.

—Mamá, yo no me quiero ir de viaje —pronunció con firmeza.

—¿Cómo? Pero... ¿Por qué? Ian, ¿qué le has dicho? —Este se encogió de hombros.

—Papá no me ha dicho nada. Le he preguntado que sí venía con nosotras y me ha dicho que no puede porque tiene que trabajar. Y yo no quiero ir de viaje sin papá. —La firmeza que había demostrado momentos antes estaba empezando a fugarse.

—Cariño —intervino Ian—. Es cierto que no puedo ir con vosotras, pero te prometo que nos veremos mucho, iré a veros muy a menudo y tú puedes venir a verme cuando quieras. Te lo juro.

Las palabras de su padre no estaban convenciendo a la pequeña.

—Mamá, quiero quedarme aquí, como siempre. Y que papá venga a buscarme todos los fines de semana.

Érika suspiró. Ian la conocía muy bien y sabía que se estaba preparando para el momento que ambos temían que llegara. Se sentó al lado de Maia y le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí.

—A ver Maia, mamá ya ha tomado su decisión. —Las lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de la niña. Ian se sentó al otro lado y se las limpió con las manos—. Pero como ya eres mayor, papá y yo hemos pensado que tú también puedes tomar la tuya.

—¿Cuál es la mía? —preguntó desconcertada.

—Puedes decidir lo que quieres hacer. Puedes irte a Marbella a vivir con papá o venirme a vivir conmigo a Estados Unidos. —La niña la miró, incrédula.

—Pero tomes la decisión que tomes, queremos que sepas que no nos vamos a enfadar contigo. Lo que tú elijas, estará bien para nosotros —intentó tranquilizarla Ian. No quería ni imaginarse lo que sería para la niña escoger entre su padre y su madre. Estaba arrepentido de haber aceptado la propuesta de su exmujer.

—Vale, entonces me quedo con papá —dijo con seguridad.

—¿Qué? —preguntaron sus padres al unísono. Ninguno de ellos se esperaba esa respuesta por parte de la niña.

—Que me quedo con papá en Marbella. Casi no le veo y a tí te veo mucho,



mamá. Además así estaré más cerca de mi novio y mis amigas y no tendré que aprender otro idioma.

Ambos estaban perplejos ante lo que acababa de decir. Aceptaron su decisión y cenaron la pizza entre silencios incómodos y bromas inadecuadas, querían quitar importancia a lo que acababa de pasar pero no podían. Érika había estado intentando sujetar el llanto durante toda la cena e Ian estaba empezando a sentirse incómodo.

—Es mejor que me vaya. Ya es tarde y me queda un viaje por delante. —  
Maia se levantó y le dio un gran abrazo y un beso.

—Adiós papi, no te olvides de venir a por mí antes de que mamá se vaya —  
dijo con tranquilidad.

—Tranquila, no me olvidaré. Te quiero princesa.

—Y yo.

La pequeña se fue a su habitación dejando a sus padres a solas.

—Lo siento mucho, Érika. Estaba seguro de que elegiría quedarse contigo.

—Yo también, pero me equivoqué. Gracias por no intentar influir en ella, te prometo que yo tampoco lo haré. Hablamos. —Y tras pronunciar esa palabra, cerró la puerta en las narices de Ian, que se dispuso a viajar de nuevo a casa pero esta vez, más contento que la anterior.

## 4

La cafetera hizo el click que indicaba que el café ya estaba listo. Ian tomó la taza entre sus manos y sonrió cuando la esencia de aquel líquido oscuro llegó a su nariz. Estaba mucho más tranquilo desde que había vuelto de Málaga, aún tenía miedo de que Maia cambiara de opinión, pero quería convencerse a sí mismo de que eso no pasaría.

La noche anterior ni siquiera había tomado una copa de su vino favorito, en lugar de eso, se acostó temprano para empezar descansado una dura semana de trabajo. Tenían el caso de la persecución sin resolver y tenía que buscar la forma de compaginar su trabajo con la llegada de la niña. No quería descuidar a ninguno de los dos.

Se sentó en el sofá y depositó la taza sobre la mesa. La estufa estaba apagada, pero aún recordaba el acogedor calor que había emanado hacía apenas cuatro horas. Su piso no era muy grande pero sí bastante funcional. El salón tenía forma de cuadrado; la pared de la derecha estaba ocupada por la chimenea y un pequeño mueble con la tele, en la parte izquierda, estaba el sofá de tres plazas que había heredado de su madre. Y en el centro, bajo la mesa, había una alfombra de pelo largo y de color gris antracita. Las paredes, aún desnudas, eran de color grisáceo a juego con la alfombra. La cocina tenía todos sus muebles y encimeras en blanco, haciendo que te deslumbrara durante las primeras horas de la mañana. Se había negado a comprar un lavavajillas, no le gustaba no tener nada qué hacer con las manos.

Dejó la taza vacía sobre el fregadero y fue hacia la habitación. Antes de llegar a esta, no pudo evitar pasar por la habitación de invitados que pronto ocuparía Maia. Los muebles eran demasiado sencillos para una niña y pensó que lo mejor sería cambiarlos, quería que se sintiera como si hubiera vivido siempre allí. Tendría que adaptar también el baño, demasiado abarrotado para dos personas. Maia necesitaría un hueco para sus cosas.

Se quitó la camiseta del pijama y la dejó sobre la cama. Estaba poniéndose una limpia cuando su teléfono le interrumpió.

—Buenos días —dijo una voz alegre al otro lado de la línea.

—Buenos días, David. ¿Qué tal el fin de semana?

—Ya te contaré —resopló. Ian no tardó en deducir que los problemas con su

ex continuaban.

—Muy bien, yo también tengo novedades. —Sonrió de nuevo al recordarlo.

—Nuestra charla tendrá que esperar. Tenemos los resultados del coche de la chica.

—¿Y? —Ian estaba casi seguro de que no encontrarían nada allí.

—Por lo que parece, es robado.

—¿Qué? ¿Crees que por eso la perseguían? —preguntó intrigado mientras tiraba de sus vaqueros hacia arriba.

—No lo sé. La he llamado un par de veces y no responde. Te llamaba para ver si podrías pasarte por su casa, a ver si la encuentras.

—¿En serio? ¿No puedes ir tú? —replicó con fastidio.

—Tengo mucho papeleo, Ian. Te devolveré el favor —prometió. Ian se pasó los dedos por la barbilla, pensativo.

—Y ya sé cómo... ¿Podrías prepararme una lista de todos los colegios de Marbella? —El silencio de su compañero dejó ver su confusión.

—¿Qué tiene eso que ver con el caso?

—Tú hazlo. Envíame la dirección de esa chica y su número de teléfono. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Ambos se despidieron y cortaron la llamada. Tal vez era demasiado pronto para buscar un colegio a Maia, pero prefería hacerlo con tiempo. Necesitaba uno cerca de casa y con servicio de comedor ya que por su trabajo no podría prepararle la comida.

Dejó todo eso a un lado y ya vestido y preparado para afrontar el nuevo día, cogió sus llaves y cerró la puerta del piso tras de sí.

Estacionó delante del apartamento de Ayla, que reconoció al momento cuando vio el coche de sustitución rotulado que le había proporcionado el taller. Le pareció extraño que una persona que robaba vehículos, tuviera un seguro. Iba a aprovechar también para preguntarle algunas cosas sobre el tiroteo. Durante el fin de semana había estado dándole vueltas al asunto y estaba convencido de que había algo más detrás de todo aquello. Si ella le ocultaba algo, lo acabaría descubriendo.

No le hacía ninguna gracia abordar a nadie de esa forma en su casa, así que antes de incomodar a la chica con su presencia, decidió probar de nuevo con su móvil. Se sorprendió de que esta vez sí que lo atendiera.

—¿Quién? —preguntó con brusquedad. La misma que había usado en la comisaría al hablar con él.

—Buenos días, soy el agente Arias. ¿Podría hablar con Ayla Rojas? —

preguntó con cortesía, haciendo caso omiso de su tono de voz.

—Soy yo, ¿qué quiere? —resopló con fastidio.

—Disculpe que la moleste. Hemos estado intentando ponernos en contacto con usted y ha sido imposible. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Ahora no puedo, me pilla usted en el trabajo. —Sonaba más amable que en la anterior ocasión.

El ruido de una puerta al cerrarse hizo que Ian levantara la vista. Ahí estaba Ayla, saliendo de su casa con el teléfono en la oreja y el maletín que llevaba en el coche con el que chocó, en una mano.

—¿Y cuándo cree usted que saldrá del trabajo? —preguntó con ironía. La chica había abierto el coche y se montaba en él.

—No lo sé, me quedo con su número y yo le llamo cuando pueda. Mi jefe me va a pillar con el móvil, lo siento. —Y cortó la llamada. Ian sonrió para sí pensando en lo descarada que era aquella mujer. Estaba saliendo de su casa y le había mentado diciéndole que se encontraba en el trabajo. Pensó con rapidez.

Lo que había decidido hacer, iba en contra de sus valores pero estaba decidido y nada podría hacerlo desistir. Se consideraba un buen policía, honesto y trabajador. Era responsable y tenía un alto autocontrol. El trabajo bajo presión y la gran capacidad de comunicarse con los demás lo habían llevado a llegar alto en su trabajo, pero parecía que en esta ocasión iba a saltarse sus reglas para intentar llegar al núcleo de este caso. Había momentos en la vida de un hombre, o al menos eso había oído, que uno debía escuchar muy de cerca a la pequeña voz en su cabeza que le decía: *No te rindas, sigue tu instinto.*

Y sin arriesgarse a perderla de vista, comenzó a seguirla.

La siguió por la ciudad hasta llegar a la Avenida Ricardo Soriano, una de las calles más céntricas de la ciudad. Él odiaba pasar por allí por las mañanas, siempre había un intenso tráfico rodado y gente por todas partes que iba a comprar o simplemente a mirar escaparates.

Siempre la había visto como la calle que dividía la ciudad en dos, atravesándola de oeste a este. En una parte quedaba la zona del casco antiguo y la parte más alta, y en la otra, todas las calles que tenían salida al Paseo Marítimo.

Si tuviera que pasar tiempo en alguna parte dentro de esa vía, sería en el Parque de la Alameda, un símbolo de la ciudad dentro del centro urbano. En resumen, un oasis de paz en medio de toda la locura de Marbella.

Le gustaba admirar la fuente, decorada con azulejos de color azul y dedicada a la Virgen del Rocío. Sentarse en uno de los bancos de azulejo andaluz rodeado

de palmeras, árboles y sombra por todas partes era una de las mejores formas de relajarse. Se escuchaba el cantar de los pájaros, el ronroneo del agua de la fuente deslizándose... Un lugar idóneo para sentarse a leer un buen libro.

Descendió detrás de ella por la rampa que daba al Parking El Molino, estacionó el coche varias plazas más allá y comenzó a seguirla a pie. Le llevó hasta una de las tiendas de ropa más exclusivas de Marbella de la que salió cargada de bolsas después de casi una hora en el interior. Aunque no era asunto suyo, se preguntó cómo una chica que trabajaba de camarera podía permitirse comprar tanto en un lugar como ese.

Después visitó una cafetería de las más concurridas de la zona, estuvo treinta minutos disfrutando de la sombra de la terraza con su maletín posado en la silla contigua. Se puso las gafas de sol, pagó y dejó buena propina.

La siguió de nuevo hasta el coche y se alejaron del centro unos ocho kilómetros. No tardó en darse cuenta de que se dirigía a la lujosa marina de Puerto Banús. Se detuvo delante del restaurante mejor situado del puerto deportivo, el que estaba en la mejor de las terrazas. Conocido por su especialidad en arroz y marisco.

Las playas de arena estaban a rebosar a pesar de que aún era bastante temprano, los clubs no daban a basto a repartir tumbonas y a complacer todos los deseos de las personas que buscaban un relax de lujo.

Ayla se bajó del coche con las gafas de sol aún puestas y con el maletín en la mano.

Ian esperaba verla entrar, pero lo que vio despertó aún más su curiosidad. Ya era extraño que una joven de su clase social frecuentara todos esos lugares que deberían estar fuera de su alcance, pero aún más extraño fue verla entrar por la puerta de atrás y no sin antes mirar por encima de su hombro para asegurarse de que nadie la seguía.

Se acercó un poco más temiendo ser visto y esperó pacientemente. Sacó su teléfono móvil, dispuesto a poner al día de todo a su compañero.

—¿Has dado con ella? —Fue su único saludo.

—Sí, de eso quería hablarte. La llamé cuando llegué a su casa, antes de entrar ya sabes... —dudó.

—Oh, por Dios. —Apartó el teléfono para que la risa de David no taladrara sus oídos—. Tú siempre tan cuidadoso.

—Calla y escucha —bramó—. Me mintió diciéndome que estaba trabajando y que debía colgar. La vi salir de casa y montarse en el coche.

—Dime por favor que la has seguido —bajó el tono de voz.

—Joder, claro que lo he hecho. Aunque no debería. —Se pasó la mano por la cabeza varias veces.

—Deja la culpabilidad para otro momento. ¿Qué has descubierto? —preguntó intrigado.

—Primero se fue al centro de compras. Ahora la he seguido hasta Puerto Banús.

—¿No es una zona un poco cara para una camarera? —Su compañero pensaba igual que él.

—Eso creo yo. El caso es que no se ha separado ni un momento del maletín que llevaba en el coche el día de la persecución, ¿lo recuerdas?

—Claro, me moría de ganas por abrirlo —confesó.

—Pues eso no es todo. Se ha asegurado de que nadie la seguía y ha entrado en el restaurante más caro de la zona por la puerta de atrás.

—Coche robado, zonas de lujo... Esto no me gusta Ian. Pásame los datos del restaurante—pidió con seriedad.

—Para eso te llamaba. Ahora te envío todo en un mensaje. Intenta averiguar quién es el dueño y quién trabaja aquí. Comprueba si tienen antecedentes. Cuando tengas algo me llamas, yo voy a esperar a que salga.

Se despidieron con rapidez e Ian envió lo que había prometido. Se sentó en un muro bajito que había al otro lado del restaurante y esperó durante casi media hora más.

Cuando Ayla salió, Ian estaba tan desprevenido que por poco lo descubre. Saltó el muro con rapidez y se escondió detrás de él.

La sospechosa ya no llevaba el maletín y tampoco iba sola, una joven de más o menos su misma edad la acompañaba. Rubia y de ojos color café bastante llamativa; su rostro tenía forma de corazón y lo tenía bastante delgado, como su cuerpo. Su boca, pequeña, rosada y bastante prominente adornaba su cara combinando a la perfección con la palidez de su piel.

Las dos jóvenes empezaron a caminar. Ian rodó los ojos, se estaba cansando de seguir a esa chica.

Las acompañó hasta una playa bastante cercana y se escondió detrás de una palmera. Ellas estaban completamente distraídas en su conversación, riendo sin descanso.

Sin saber muy bien por qué, Ian observó con atención como Ayla se llevaba las manos al primer botón de su camisa de color rojo, haciendo una leve presión con su pulgar para abrirlo. Continuó con el siguiente y apareció la redondeada forma de su escote y parte del traje de baño blanco. El sudor cubrió el pecho y la

espalda de Ian. Todo lo que veía lo atraía, era una interesante mezcla de inocencia y provocación.

Ayla abrió el último botón, el que le cubría el ombligo y se quitó la prenda.

Ian creyó perder la capacidad para pensar con claridad mientras clavaba la mirada en el delgado torso y en los enhiestos pechos que tenía delante. Debería dar la vuelta y marcharse, pero Ayla se quitó la minifalda con un sexy contoneo, deslizándola por las caderas y la dejó a un lado. En ese momento, él no tenía voluntad para irse y perderse el espectáculo. Se removió y se ajustó los pantalones. Hizo una mueca. ¿Cuando una mujer había provocado tanta tensión en su cuerpo? Nunca. Después del divorcio, se había encerrado en el trabajo y ni siquiera había vuelto a salir de marcha.

Soltó un suspiro. ¿Por qué con ella era diferente?

Se sacudió la cabeza, intentando sacar esa imagen de su memoria. Vio cómo las jóvenes entraban al mar corriendo y comenzaban a nadar. Decidió que ya no había nada interesante como para seguir persiguiendo a Ayla y volvió a su coche dispuesto a ir a comisaría. No le gustaría que le descubrieran mirando a dos jovencitas como si fuese un enfermo mental.

Llegó a su lugar de trabajo sin poder quitarse aún el recuerdo de Ayla de su mente. Era todo tan confuso en esa mujer que por primera vez en su carrera, no sabía que esperar de ella.

Se sentó en su despacho, poco personalizado por el momento. Un escritorio con ordenador, una silla y un perchero. La única decoración con la que contaba era una foto de su pequeña Maia que le miraba a través del cristal del portafotos con una sonrisa de oreja a oreja que él le devolvía cada vez que la veía sobre su mesa. Otros policías tenían cuadros, adornos o incluso una mesa especial para el café pero Ian pasaba poco tiempo allí y se conformaba con ir a la máquina.

—¿Se acabó la persecución? —David le sacó de sus pensamientos. Depositó un vaso de plástico con café sobre su mesa.

—Mmm... Café. Me has leído el pensamiento —suspiró mientras se dejaba caer en su asiento con el vaso en la mano—. Y sí, la parte interesante ya se acabó. ¿Tú tienes algo?

—Tengo algo que no sé por qué no me ha sorprendido en absoluto. La dueña de ese restaurante es una tal Lena Petrov de nacionalidad rusa. Al parecer compró ese local y dos clubes en Puerto Banús hace cinco años.

—Y, ¿eso que tiene de sospechoso? —Ian se encogió de hombros sin saber a donde quería llegar su compañero.

—No figura ninguna profesión y no está casada. Hemos accedido a su vida

laboral y nunca ha trabajado en ningún sitio —puntualizó.

—¿Herencia millonaria?

—También lo pensé y no. Se crió en un orfanato de las afueras de San Petersburgo.

—¿Nada de familia? —Estaba empezando a entender por dónde iba David.

—Solo tiene una hija que ahora debe rondar los treinta años. Por lo demás, nada.

—Y una mujer que nunca ha trabajado, que no tiene familia y que nunca ha heredado... ¿De dónde saca tanto dinero para invertir en Puerto Banús?

—¡Bingo! —gritó David. De nada bueno, amigo. He pensado en buscar a su hija, tal vez quiera contarnos algo sobre su madre.

—Creo que conozco a la chica. Ayla salió del restaurante, por cierto sin el maletín, con una joven que podría ser ella. Si tiene buena relación con su madre estoy seguro de que no nos contará nada.

—Entonces, ¿por dónde seguimos? Ya no podremos averiguar lo que había en esa dichosa maleta.

—Manda todo esto al fiscal, esperemos que nos apruebe una orden para interrogar a Ayla de nuevo. Y también a Lena Petrov y su hija. ¿Teníamos los datos del trabajo de la chica del maletín, verdad? —preguntó con ironía. David asintió entendiendo lo que Ian estaba a punto de pedirle.

—Investigaré el local, a ver si sacamos algo. —Se levantó dispuesto a irse pero Ian lo detuvo.

—Espera, necesito un suspiro. Cuéntame qué te ha pasado el fin de semana y dame la lista de colegios que tienes en esa carpeta. —Señaló hacia la mesa.



## 5

Los rayos de sol de la primera hora de la tarde entraban por la cristalera de la comisaría. Estaba situada a espaldas del Parque de la Represa y eso ayudaba a que el sol no cayera con todo su esplendor sobre las paredes del edificio. Era de construcción moderna, reformado hacía apenas dos años.

Con la reforma llegaron los nuevos departamentos. Antes sólo podías interponer denuncias, resolver trámites de extranjería o renovar el pasaporte. Pero desde entonces, habían introducido el departamento de policía judicial y el de homicidios. Les habían dejado la parte este de la nueva construcción; dos plantas, una para cada sección. No tenían muy buena relación entre ellos, ya que solían quitarse los casos unos a otros cuando les era posible. A pesar de eso, eran cordiales cuando se cruzaban por los pasillos o en la máquina del café. Era como una pelea invisible que solo conocían los protagonistas pero que había llegado a oídos de todo el mundo.

—Así que ya te digo, la muy cínica ya había hablado con la inmobiliaria. Estaba intentando convencerme para vender el piso y ya lo tenía en venta —resopló.

—¿En serio? Es increíble. —Ian apoyaba a su compañero. Era un buen hombre aunque sabía que no siempre actuaba de forma correcta.

Después de separarse había vuelto a vivir con sus padres y eso le había frustrado demasiado. Le daba vergüenza reconocer que con treinta y cinco años vivía con ellos. Tenía deudas que había adquirido jugando al póquer y que no podía pagar. Realmente no le importaba el piso que su ex quería vender, lo que necesitaba era el cincuenta por ciento para poder pagar lo que debía. Ella pretendía dejarle tan solo el veinticinco por ciento y con eso no podría saldar su deuda.

Ian estaba acostumbrado a ayudarle cuando de su ex se trataba, ya que si actuaba por impulso, todo podía terminar mucho peor de lo que había empezado.

—Como lo oyes. Además me he enterado de que ya se lo ha enseñado a dos familias. Temo que lo venda y no me avise —confesó.

—No le des más vueltas, David. No puede hacerte el lío con el piso aunque quiera, os casasteis con gananciales y en las escrituras figuráis los dos. Tiene que darte la mitad aunque no quiera, cualquier juez apoyaría tu causa.

—Sé que tienes razón y que sin mi firma no puede ejecutar la venta, pero no puedo evitar sentir miedo. —Miró a Ian con detenimiento—. ¿Y tú por qué estás tan contento? Nunca te había visto así después de hablar con Érika.

—Es que nada ha salido como esperaba. Érika me propuso que dejásemos decidir a la niña con quién quería quedarse —comenzó a contar.

—¡Eso no es justo para tí! Maia siempre ha vivido con ella y la va a elegir. Entiende lo que quiero decir, no es que la niña no te quiera pero está más unida a su madre... —Ian intervino sin dejarle terminar la frase.

—Eso es lo que yo pensé pero resulta que Maia ha elegido quedarse conmigo. —Sonrió.

—¿Qué? —David se levantó de su asiento y rodeó la mesa para llegar a su compañero. Lo golpeó con fuerza en el hombro mientras su corbata se movía de lado a lado—. ¡Enhorabuena! Con razón estabas tan contento. ¿Cuándo viene?

—Gracias. —No podía ocultar su alegría cada vez que recordaba las palabras de Maia al escogerlo—. Vendrá en un mes, tengo que organizarlo todo y...

El teléfono que descansaba sobre su mesa los interrumpió. Los dos policías se miraron, ambos sabían quién era. Comenzó una lucha de miradas en la que nadie hablaba y el uno le pedía al otro que cogiera esa llamada.

Finalmente fue David quién se rindió y atendió a su jefe. Éste les pedía que fueran a su despacho, quería saber de primera mano las novedades del caso. El característico olor a sudor mezclado con colonia barata inundó sus fosas nasales al entrar en el santuario del señor Ramírez. Pasaba ocho horas diarias en su despacho, rodeado de papeles y de platos de plástico vacíos. No era extremadamente mayor por lo que era sorprendente que nunca saliera de allí buscando acción. Las cortinas rojas y los rayos de sol que intentaban atravesarlas sin éxito, hacían que la estancia tuviera un color amarillento. El centro estaba decorado con una gran mesa de roble oscura y tres sillas que la rodeaban; una de ellas grande y cómoda ocupada siempre por Ramírez, y las otras dos estaban situadas frente a él, más comunes e incómodas.

Ian y David las ocuparon en silencio, esperando el interrogatorio al que les iba a someter su jefe. Ambos admiraron una vez más la cantidad de fotografías que había sobre la mesa y que dejaban ver mucho sobre su vida fuera de aquellas cuatro paredes. Estaba felizmente casado y tenía dos hijas adolescentes. Aficionado a la pesca como lo demostraban esos retratos en los que aparecía sonriente con enormes peces a su lado colgando de un anzuelo.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Alguna novedad en el caso de la persecución?

—Así es jefe. Hemos sabido que el coche de la sospechosa era robado y que

frecuenta un restaurante de lujo dirigido por una mujer misteriosamente millonaria. —David omitió la parte en la que Ian la había perseguido y éste se lo agradeció. No era una buena actitud en un policía decente y aunque no tendría malas consecuencias para él, se llevaría una buena reprimenda por parte de Ramírez y con razón.

—Sí, eso había leído en los informes. ¿Algo más?

—Estamos investigando el lugar de trabajo de Ayla Rojas —intervino Ian—. Esa chica gasta mucho dinero como para tener un sueldo de camarera.

—Bien hecho, vamos a seguir esa línea. De todas formas llamadla a declarar de nuevo, el caso está dando un giro inesperado. Preguntadla sobre el coche robado y esa misteriosa mujer millonaria. A ver que podemos sacar de ahí, espero vuestro informe.

Empezó a tomar notas sobre un cuaderno que descansaba en su escritorio. Ian le calculó unos cincuenta años más o menos, tenía una calva incipiente y un frondoso bigote que bailaba entre el gris y el negro. Era bastante bajo y tenía algún que otro kilo de más. Aún así era un hombre imponente y aunque no era muy cercano con sus subordinados, siempre los respetaba y confiaba en ellos al cien por cien. Si tuviera que sacarle un defecto, sería esa mala costumbre de llamarlos a su despacho cada dos por tres. Tenía los informes y aún así los hacía ir para que le contaran lo que él había leído con anterioridad.

—Lo tendrá enseguida, jefe. —David se levantó dispuesto a marcharse e Ian lo imitó.

—Por cierto, gracias por el fin de semana de permiso. —Ramírez lo miró por encima de sus gafas y asintió.

Un zumbido sobresaltó a Ian, su móvil reclamaba atención desde alguna parte de su escritorio. Confuso, revolvió entre sus papeles y lo halló debajo de un informe. Desbloqueó la pantalla táctil y atendió la llamada.

—¿Papá?

—¿Maia? —Se frotó los ojos tratando de prestar toda la atención a su hija—. ¿Pasa algo, cariño?

—No... Bueno, sí. Quería preguntarte si puedo llevar mi violín a tu casa. Mamá dice que no te gusta que te molesten y...

—Por supuesto, hija. Puedes traer todo lo que tu quieras. —Ian agarró un lápiz y empezó a golpearlo contra la mesa para calmar sus nervios. No podía creer que Erika le hubiera dicho eso a la niña.

—Gracias, papá. Tengo muchas ganas de verte. ¿Sabes qué? Ya empecé a hacer las maletas —dijo Maia con alegría, contagiando a su padre y haciéndolo

sonreír. Ver esa ilusión en su hija por vivir con él, le producía ternura, ilusión y un motivo para seguir viviendo.

—Ya casi tengo preparada tu habitación. Cuando quieras, iremos de compras y la decoraremos a tu gusto. —Se reclinó en el asiento y miró la fotografía que había encima de su escritorio. Maia tenía entonces unos dos años, vestía un disfraz de abeja y tenía la cara pintada. Su hija era su orgullo, el mejor regalo que le había dado la vida.

—¡Que bien! Papi, quiero que sea de color morado, aunque también me gusta el rosa. Quiero mariposas y corazones. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

—Tengo que cortar la llamada. Mamá ya no va a tardar en volver y no quiero que me pille hablando por teléfono. La última vez que llamé a la tía Agnes, me castigó. Dijo que había dicho cosas que no debía.

—Tu madre tiene razón. No puedes contarle a la gente todo lo que ocurre en casa. Son cosas privadas. —Ian se pasó una mano por el cabello preguntándose si podría hacerse cargo de Maia como ella merecía. Quería ser un padre ejemplar pero no mimarla demasiado.

—Adiós, papá.

Ian dejó el móvil encima de la mesa y tomó la carpeta que contenía todos los detalles del caso de Ayla. La habían llamado a declarar y todavía no había preparado su interrogatorio. Tomó el lápiz y empezó a apuntar algunas preguntas en una hoja en blanco, pero no se le ocurría ninguna pregunta que llegara a donde era necesario. Necesitaba ganarse su confianza y decidió que lo mejor para eso, sería dejarse llevar y ser él mismo.

Se puso de pie y justo en ese momento, las puertas del ascensor se abrieron dejando paso a una silueta femenina que caminaba con pasos apresurados por el pasillo que rodeaba las mesas de sus compañeros. Miró su reloj, dándose cuenta de que Ayla había sido más que puntual. Eso le extrañó, teniendo en cuenta que la vez anterior había sido imposible hablar con ella. Incluso prometió devolver la llamada y nunca llegó a hacerlo.

Se dio cuenta de que todos los hombres que cumplían con su turno aquella tarde, se habían quedado mirando a la joven que pasaba por delante de sus ojos. Ayla parecía no haberse dado cuenta de ese detalle, estaba paseando la mirada con impaciencia por toda la estancia, como si buscara algo en concreto. Se apresuró a interceptarla y la agarró por el brazo para alejarla de aquellas miradas. La mayoría estaban casados pero Ayla era una mujer muy atractiva que no pasaba desapercibida.

—Sígueme, por favor —su tono se tornó serio pero formal—. La sala...

—Ya sé dónde está. No hace falta que me lleves. —Se soltó y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Para qué me habéis hecho venir hasta aquí ? Tengo un trabajo y no puedo faltar cada vez que a vosotros se os antoje.

—Estamos haciendo nuestro trabajo. Créeme que si no hiciera falta, no te habríamos llamado. Pero eres el único testigo y necesitamos toda la información que nos puedas proporcionar.

—¿Ya no me tratas de usted? —preguntó con fingida ofensa. Ian no pudo evitar pensar que ella tenía razón. Había investigado tanto sobre ella, que sentía que de algún modo la conocía.

Se estaba empezando a desesperar, Ayla conseguía sacarlo de sus casillas con demasiada facilidad.

—Disculpa... —La joven rodó los ojos.

—¿Crees que te lo digo en serio? Odio que me traten de usted, no soy tan vieja — Hizo un gesto con su mano para quitar importancia al asunto.

Ian resopló y decidió no volver a hablar con ella hasta que no estuvieran en la sala de interrogatorios.

David los esperaba en la puerta con varios papeles en su mano. Le hizo un gesto con la cabeza, haciéndole saber que quería hablar con él antes de que empezara con el interrogatorio. Ian dejó a Ayla en la sala y salió en busca de su compañero.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado. David empezó a revolver entre los papeles que llevaba y sacó uno del montón, luego se lo tendió.

—Ya sé quién es el dueño del bar donde trabaja Ayla Rojas. Se llama Ernesto Carreño y tiene antecedentes por... —Ian lo interrumpió.

—Por tráfico de armas —leyó en el papel.

—No quería que empezaras con el interrogatorio sin saber esto. —Se pasó la mano por el pelo sudoroso.

—Gracias David, has hecho bien. ¿Entras conmigo?

—Claro, ha habido un robo en una joyería del centro pero aún tengo hueco antes de irme a ver la escena. Vamos.

Ambos hombres entraron en la sala, sorprendiendo a Ayla que no esperaba tanta expectación. Se sentaron en frente de ella y fue David quien comenzó.

—Buenas tardes —saludó—. Vamos a empezar por algo facilito. ¿Por qué no nos cuentas dónde compraste tu coche? —Ian pensó que había formulado la pregunta exacta.

—El encargado del bar donde trabaja me recomendó a un vendedor. ¿Algún

problema?

—Bueno... Puede que sí estés en un problema. El coche que estrellaste contra las obras era robado. ¿No sabes que robar es pecado? —David iba a por ella a saco, cosa que la puso muy nerviosa.

Ayla comenzó a darse aire con sus propias manos y a respirar con dificultad. Resoplaba con frecuencia e inclinó la cabeza hacia atrás.

—Me estoy mareando un poco, debe ser el calor. ¿Podrían traerme un vaso de agua, por favor?

Ian se levantó apresurado, dispuesto a llamar a un médico pero David lo agarró por el brazo y lo detuvo.

—No te preocupes, yo voy. Debe ser un golpe duro que te pillen después de robar un coche.

Las palabras de David hicieron pensar a Ian. Observó a la chica con atención, ni siquiera estaba sudando, no se había puesto pálida y era evidente que estaba forzando la respiración. Quería ganar tiempo pero David se había dado cuenta y había encontrado la manera de que Ian lo viera. Y por supuesto, no la iba a dar el tiempo que necesitaba.

—¿Se lo compraste a un particular?

—Sí —suspiró. Seguía fingiendo que no se encontraba bien.

—Bien, entonces vamos a necesitar la documentación de la transferencia y del cambio de titularidad. También un recibo bancario en el que figure el número de cuenta al que hizo el ingreso como pago por el coche.

—Claro, aún lo llevo todo en el bolso. Lo compré hace sólo dos semanas y apenas el día antes del accidente acabé con todo el papeleo —pronunció sus palabras con seguridad—. Pero antes necesito beber agua...

David entró en la habitación y le dio el vaso de agua a Ayla..

—Acompáñame un momento fuera —pidió. Ian quería asegurarse de que no había nadie tras el doble cristal.

Una vez en la antesala, los policías tuvieron que despedirse. David debía acudir al atraco e Ian debía seguir con el interrogatorio. Había decidido llevarlo todo a un terreno más personal y necesitaba que nadie estuviera escuchando.

—Aquí tiene. —Ayla le entregó todo el papeleo de lo referente al coche. Ian tardó unos minutos pero terminó comprobando que todo estaba correcto. Apuntó los datos del supuesto vendedor y siguió con su tarea.

—¿Tienes familia, Ayla? —probó suerte.

—Eso no es importante para el caso. Pero no, no tengo familia. —Apartó la mirada ofendida, cosa que para Ian no pasó desapercibida. Sabía que había dado

en un punto clave.

—¿Amigos? Tal vez... ¿Algún conocido que pueda corroborar lo que nos está contando?

—El encargado —sentenció.

—¿No será más bien tu jefe? Un tal... Mmm, ¿Ernesto Carreño?

Ayla se tensó al instante. Estaba claro que no había contado con que supiéramos tanto sobre su entorno. Tardó unos segundos en contestar, que para ella parecieron una eternidad.

—Sí bueno, mi jefe. —Se aclaró la garganta y volvió a beber agua.

—¿Tienes una buena relación con él? —Advirtió que ese tema la incomodaba demasiado. Había empezado a mover la pierna a toda velocidad y a morderse las uñas inconscientemente.

—La relación normal que un empleado tiene con su jefe, supongo... —Se dio cuenta de lo que estaba haciendo con sus manos y las bajó con rapidez, dejándolas descansar sobre su regazo. Ian pensó que podría preguntar sobre su amiga la rubia o sobre su madre, la sospechosa millonaria, pero decidió guardarse esa baza para más tarde. No quería hacer las cosas mal; solicitaría una orden al juez para seguir a la joven y conseguiría pruebas de su relación con esas dos mujeres.

## 6

Ayla suspiró angustiada. Una y otra vez, su mente repetía lo que acaba de presenciar. La policía dudaba seriamente de ella y por si eso fuera poco, habían llegado hasta Ernesto antes de que ella lo mencionase.

Distraída en sus propios pensamientos, arrancó el coche y salió del aparcamiento de la comisaría. Cuando miró por el espejo retrovisor hacia el edificio, aún nerviosa, le pareció ver como la persiana de la ventana se movía ligeramente. Sacudió la cabeza, probablemente su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Sabía que podía tener problemas, el nombre de su jefe había sido descubierto y no tardarían mucho en relacionarla con todos los negocios sucios que él manejaba. No obstante, lo importante era que no descubrieran a quién estaba por encima de Ernesto.

Mientras conducía, no podía evitar sentir una presión en su pecho. Esa extraña sensación duró todo el camino hasta el bar donde trabajaba. Su vida había cambiado de la noche a la mañana en poco tiempo, ya no era aquella jovencita tímida y retraída que vivía con miedo y pasaba las noches sin dormir en pensiones de mala muerte. Ahora era una mujer fuerte, decidida a defenderse a toda costa. Desde que había asumido que estaba sola y que posiblemente nunca consiguiera su objetivo, se prometió a sí misma no dejar que nadie la hiciera daño. Ya había sufrido demasiado y no iba a dejar que esa angustia le quitara las ganas de vivir. Eso hizo de ella la mujer que era actualmente: fuerte, decidida y luchadora.

Veinte minutos más tarde se detuvo en el estacionamiento del bar *La polaca*. De día era una bocatería pero por la noche se transformaba en un bar de copas agradable, donde siempre había algún evento importante. Se bajó del coche y entró por la puerta, rezando para que ninguno de los clientes la reconociera. No le apetecía hablar con nadie.

De pronto, todo el aire abandonó sus pulmones y el olor a humo de tabaco y patatas fritas la transportaron al pasado, precisamente a la primera vez que ella había entrado en un bar. No recordaba mucho de aquel día, estaba todo muy borroso, solo veía la cara de un niño que no paraba de sonreír y a un hombre que bebía cerveza negra de una jarra de cristal.



Cruzó el bar, saludó a sus compañeros y algunos clientes, luego se acercó a uno de los frigoríficos y cogió una cerveza; necesitaba despejar su mente.

—¿Qué haces por aquí? Tu turno no empieza hasta dentro de unas horas —preguntó Marta, una de las nuevas camareras.

—Necesito hablar con Ernesto. —Le dedicó una media sonrisa.

—Está en su oficina. Lo vi hace un rato. —La chica se relamió los labios.

Ayla hizo una mueca de disgusto, deduciendo que ella se había acostado con él. Todas las camareras lo hacían y sospechaba que no era por placer sino por obligación.

Con su cerveza en la mano cruzó todo el pasillo hasta la última puerta y entró sin llamar.

—Tenemos que hablar —dijo mientras se acercaba a la mesa. Dio un trago a su cerveza y se enfrentó a la mirada furiosa de su jefe.

—¿Qué mierdas haces entrando aquí sin avisar? Podría haber estado ocupado con...

—Sí, tirándote a alguna de mis compañeras. Deja de hacer un maldito drama. Eres un sinvergüenza.

—Cuida ese tono. No olvides que trabajas para mí. —Se puso de pie y golpeó la mesa con el puño.

Ayla dio un paso hacia atrás. Su jefe era un hombre de tamaño descomunal, con casi dos metros de altura y 128 kilos de peso. Tenía la piel de un tono oliváceo y el cabello oscuro peinado siempre hacia atrás. Pómulos altos, mandíbula fuerte y la nariz un poco torcida. Todos sus rasgos intimidaban al más valiente.

—Lo hago porque no tengo otra opción. —Las palabras de Ayla sonaron cortantes como el hielo.

—¿Qué querías? Tengo que salir.

—La policía me ha interrogado dos veces. ¿Por qué no me dijiste que tu supuesto amigo se dedica a robar coches?

—¿De qué hablas? —Él se cruzó de brazos.

—Me diste el teléfono de ese tal Carlos hace dos semanas cuando te dije que necesitaba un coche nuevo. —Su expresión se torció e hizo un esfuerzo casi sobrehumano para controlarse.

—Ah, lo recuerdo —dijo él como si no le molestara reconocerlo.

—Mira, a mí no me metas en tus negocios sucios. Tengo suficiente...

—No te conviene remover las aguas, Ayla. Calladita estás mejor —sugirió él.

—Seguramente te llamarán a declarar. Lo único que tienes que hacer es

decirles lo mismo que yo.

El rostro de él se tensó por un instante.

—No me des órdenes, Ayla —murmuró entre dientes—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer. Tú encárgate de mantener la boca cerrada si quieres que todo siga yendo bien.

Tras un breve silencio, durante el cual Ernesto y Ayla no hacían otra cosa que mirarse a los ojos, fue ella quien finalmente habló.

—Me voy...

—Espera, necesito saber algo. —Él se remangó los puños de su camisa y sacó una navaja. La dejó encima de la mesa y rechinó los dientes—. ¿Tengo que vigilar tus movimientos?

—¿De qué hablas? —preguntó ella con el tono más cínico que alcanzó a emular.

Ayla dejó la botella de cerveza al lado del cuchillo y enderezó los hombros. Sabía que Ernesto había matado a alguien antes y también sabía que no lo habían pillado. Tenía que mostrarse firme y muy segura de sí misma para que él no oliera su miedo.

—Te vieron hablando con la hija de Lena Petrov.

—¿Y qué? Es mi mejor amiga. Fuimos compañeras en la universidad...

—Y es la hija de Lena, no lo olvides. —La interrumpió sin alzar la voz—. De momento tu trabajas para Vladimir, ¿estás buscando asegurarte de que Lena respalde tus decisiones en un futuro?

—¿Qué decisiones? No sé a dónde quieres llegar. Nastasia es mi amiga y no voy a dejar de verla solo porque a ti te parezca mal. Nuestra amistad viene de mucho antes, no tiene nada que ver con Vladimir.

—Ten cuidado, no vayas a olvidarte de quien es tu jefe.

Las palabras de Ernesto resonaban en la cabeza de Ayla cuando abandonó su lugar de trabajo. Lena Petrov era una de las socias más importantes de Vladimir y Ernesto le había dado a entender que dudaban de ella. No era un tema que a ella le importase demasiado, pero había despertado su curiosidad. Lena parecía una mujer en la que se podía confiar pero apenas la conocía. La había visto solo en un par de ocasiones y sus conversaciones habían sido cordiales pero escuetas. Nastasia nunca hablaba de su madre o de a qué se dedicaba, solo decía que era muy dura porque quería lo mejor para ella.

Iba a averiguar qué pasaba entre Lena y Vladimir. Nunca se sabía dónde podía estar su oportunidad. Decidió llamar a su amiga al día siguiente, seguro

que ella podía concertar una cita con su madre y quién sabe, a lo mejor ella estaba dispuesta a contarle algo.

Debía andarse con cuidado, Vladimir no podía saber que ella estaba haciendo preguntas o las cosas podían ir muy mal. Tendría que encontrar la manera de que Lena le contase algo sin darse cuenta de que estaba investigando.

El hecho de que la palabra investigación pasase por su mente, le llevó a recordar a los dos policías que la habían interrogado. Ese era otro motivo para andarse con cuidado. En apenas un día habían averiguado demasiadas cosas sobre ella y su entorno, algo que no la gustaba nada. Si habían llegado hasta Ernesto, era cuestión de tiempo que fueran subiendo el escalafón. Sabía que en su ficha policial había pocos datos así que lo único que podía dejarla al descubierto, era que la siguieran y dieran con Lena Petrov o Vladimir. Tendría que agudizar sus cinco sentidos y asegurarse de que nadie fuese tras ella.

Mientras conducía hasta su casa, recordó al policía, tan guapo como desesperante. Nunca había tenido sentimientos tan encontrados al estar frente a una persona. A pesar de la situación, Ian la gustaba. Se le veía inteligente, leal y entregado a su trabajo. Disfrutaba haciendo lo que hacía y eso le producía envidia. Pensó que alguien con sus cualidades podría ser el hombre perfecto para ella, aunque descartó la idea con rapidez. Desde que había terminado con Fran, se juró a sí misma no volver a enamorarse. Además, ahora tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparse.

No pudo evitar recordar a su exnovio. Era rubio, tenía los ojos azules y unos labios sensuales por los que salía un acento holandés que a ella le volvía loca. Se habían conocido dos años atrás, en Ámsterdam. Ayla había decidido viajar allí sola durante una semana para aclarar sus ideas y él había aparecido como un golpe de aire fresco.

Fue un flechazo desde el primer momento, aunque luego se dio cuenta de que nunca llegó a ser amor. Ella tuvo que volver a España y él no pudo acompañarla. Mantuvieron una relación a distancia durante varios meses pero Ayla no tardó en darse cuenta de que no llegaría a buen puerto. Siempre era ella la que viajaba para verlo a él y la que se sacrificaba por la relación. En su última visita, ella lo dejó. Los recuerdos de aquel día golpeaban su corazón desde lo más hondo.

—¿Tú me vas a dejar a mí? —Los ojos de Fran se abrieron de par en par, dándole aspecto de loco peligroso.

—Sí, creo que es lo mejor. Estoy harta de viajar y está claro que no vamos a ninguna parte —dijo convencida.

*Fran se burló de su comentario y se acercó a ella dando grandes zancadas hasta que sus rostros quedaron apenas a un centímetro de distancia.*

*—No, Ayla. No vas a dejarme. —En ese momento comprendió lo que estaba a punto de suceder.*

*La agarró por el cuello con fuerza, ejerciendo una fuerte presión que dificultaba su respiración. Ayla intentó zafarse con sus manos pero tenía mucha más fuerza que ella y fue imposible.*

*Fran, como si del diablo se tratase, la golpeó con la mano que tenía libre en el rostro, produciéndole un dolor atroz. El oído del lado que había recibido el golpe comenzó a pitar y su cabeza a dar vueltas hasta que solo vio oscuridad.*

*Recordaba haberse despertado en la habitación de Fran, donde solían pasar la noche juntos cuando ella lo visitaba, solo que en esa ocasión era muy diferente. Estaba atada a la cama con sus propios pantalones y sin nada cerca que le pudiera servir como arma.*

*Escuchó como el que había sido su novio hasta el momento cerraba la puerta del piso tras de sí, silbando alegremente.*

*Ayla no dudó un segundo en intentar librarse de su atadura. Con el pie derecho atrajo su bolso hacia sí, que descansaba en el suelo de la habitación. Y con los dedos de sus pies, sacó el mechero que llevaba siempre para ablandar el lápiz de ojos. Lo acercó como pudo a sus manos y lo prendió, quemando la media y consiguiendo soltarse.*

*Se levantó dolorida y algo aturdida aún por el golpe. Y lo más deprisa que pudo, abandonó ese piso y Ámsterdam para siempre.*

A veces pensaba en lo que podía haber pasado si Fran hubiese vuelto y ella siguiera allí. Se preguntaba a dónde había ido y cuáles eran sus intenciones con ella. Intentó apartar todo eso de su mente, eran momentos que no valía la pena recordar. Solo se daba el lujo de hacerlo de vez en cuando, para acordarse del motivo por el que nunca iba a volver a enamorarse.

Necesitaba despejar la mente, demasiados pensamientos recorriendo su mente tan rápido como la pólvora, atolondrándola hasta el punto de hacerla revivir duros momentos de su infancia.

Con suma rapidez pasó por su casa y se cambió de ropa. Eligió unas mallas de color gris oscuro y una camiseta de tirantes negra, se calzó sus deportivas preferidas y se ató la melena en una larga coleta. Conectó sus cascos al teléfono y buscó la canción que tanto le gustaba, conseguía distraerla e incluso animarla.

Escogió el paseo marítimo para correr aquel día, empezando al pie del Hotel

Don Pepe. Tenía más de siete kilómetros disponibles, bordeando la costa y disfrutando de las maravillosas vistas que la rodeaban.

Observó a las familias que disfrutaban de un bonito día en la playa, o a los que abarrotaban los restaurantes y chiringuitos. Se les veía felices, como si no tuvieran problemas importantes y les envidió. No pudo evitar desear esa vida lejos de las preocupaciones y en la que su mayor problema pudiera ser llegar a fin de mes. Algún día debió llevar una vida así pero ya ni siquiera lo recordaba. Los únicos momentos que tenía guardados en su mente eran de la casa de su infancia donde había pasado la mayor parte del tiempo, siendo feliz aunque en aquel momento no lo supiera.

Mientras viajaba por sus recuerdos y pasaba por delante de una de las duchas con forma de elefante, lejos de conseguir su propósito de despejarse, solo podía ver sus ojos.

Grandes y azules como el mar de El Caribe. Transparentes y llenos de expresión, desvelando hasta el más atroz de sus miedos. Puros y llenos de verdad, emoción y miedo.

Ese recuerdo, esos ojos... Eran lo único que la ayudaba a seguir en pie, a seguir luchando por conseguir su objetivo. Estaba dispuesta a todo por volver a tener esos ojos frente a ella.

Casi sin darse cuenta estaba frente a la comisaría que había visitado esa mañana. Había corrido unos treinta y cinco minutos y atravesando la Avenida Cánovas del Castillo, había llegado hasta allí.

Justo en ese momento, los policías que llevaban su caso montaban en un coche.

Era la primera vez que miraba a Ian detenidamente, sin miedo a que él hiciera un juicio equivocado sobre ella, sin miedo a equivocarse en alguna de sus palabras. Se atrevió a reconocer que era muy atractivo, aunque parecía mayor que ella. Era alto y tenía la espalda ancha. Bastante musculoso, aunque no en exceso. La camiseta de manga corta que llevaba puesta dejaba ver gran parte de sus brazos. Moreno de ojos claros, grandes y que ocultaban muchas cosas. Podría decirse que su nariz rondaba las medidas perfectas, si es que existían, acorde con el tamaño de su rostro. Su boca, apetecible como el más exquisito manjar era preciosa; su labio inferior era el doble que el superior, que a su vez rozaba con su barba perfectamente recortada y de un par de días.

No podía negar que tenía un cuerpo digno de admirar, pero su cara... Era algo imposible de no mirar.

Cuando consiguió sacarse la imagen de Ian de su mente, pensó en que sería

bueno saber algo más sobre esos hombres, en especial sobre él. Tendría que hablar con Nastasia, sabía que tenía un amigo informático capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Podía pagar lo que pidiera y a cambio, tendría la información que necesitaba.

Entre eso y el tema de Lena y Vladimir, tenía mucho trabajo por delante.

## 7

La cabeza de Ayla daba vueltas sin parar, complicándole el simple hecho de mantenerse de pie. Apoyó sus manos sobre el borde de la cama, intentando estabilizarse. Había trabajado toda la noche y apenas había descansado un par de horas. La falta de sueño, unida al esfuerzo y a que su estómago llevaba demasiadas horas vacío, habían hecho que se mareara. Ernesto había contratado a un cantante de flamenco muy conocido para esa noche y su actuación hizo que el bar se llenase de gente, tanta que no había parado en toda la noche.

Había compartido turno con otros seis compañeros pero la parte dura, como siempre, había sido para ella y para Luca. No era capaz de concentrarse en su trabajo. Había quedado con Nastasia al día siguiente y estaba muy nerviosa. Necesitaba conseguir dos favores de ella y no estaba segura de que quisiera hacérselos. Ambos eran complicados para ella.

El olor a tienda de muebles tan característico de su apartamento la devolvió de nuevo al presente. Se puso la ropa y se colocó la peluca con cuidado. Odiaba ese color, pero no tenía elección. Si quería que nadie averiguase nada sobre su vida pasada, tenía que hacer lo posible por no parecerse a la chica que una vez fue. Y lo había conseguido; una era fuerte y decidida, atractiva y muy segura de sí misma, tenía un trabajo arriesgado y actuaba a espaldas del malo del cuento. Esa era la Ayla pelirroja. Sin embargo, la otra, la Ayla del pasado era muy diferente.

Después de enviarle un mensaje de texto a Nastasia para confirmar su cita, salió de su apartamento en dirección a la cafetería de siempre. Le apetecía desayunar fuera, respirar el aire fresco y salado de aquella mañana. No quería estar en casa, no se sentía segura en ella.

Cruzó la calle y vio a su amiga sentada en la terraza de la cafetería *Panadería Troyano*. Allí tenían los mejores gofres. Dejó su bolso encima de la silla.

—Tienes mal aspecto —dijo Nastasia quitándose las gafas de sol—. ¿Mucho trabajo?

—Bastante —resopló—. Anoche tuvimos una actuación en directo en el bar y ya sabes que eso suele atraer a mucha gente. Estuvimos a tope, aforo completo.

Una camarera se acercó y cogió la comanda. Y mientras esperaban a que su

desayuno llegase, Ayla se dio cuenta de que su amiga no paraba de sonreír.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás ocultando algo? —preguntó. Se recostó en su silla sin dejar de mirarla y levantó las cejas, expectante.

—Estoy feliz, conocí a un chico maravilloso y me trata como a una reina. — Una pequeña sonrisa curvó sus labios. La camarera llegó con su pedido y se mantuvieron en silencio mientras ella colocaba todo lo que traía en su bandeja.

—Ay, amiga. —Ayla dejó escapar un suspiro y luego dio un trago a su café—. Terminarás herida, no es la primera vez que me dices esto. Sabes que todos buscan lo mismo.

—El hecho de que hayas tenido tan malas experiencias en el amor, no quiere decir que a los demás nos vaya a pasar lo mismo. —La expresión de Nastasia se volvió seria.

—Está bien. No voy a decir nada más —dijo mientras levantaba las manos en señal de paz—. Quiero pedirte un favor.

—Lo que sea.

—¿Puedes hablar con tu madre? Me gustaría encontrarme con ella.

Nastasia no pudo disimular su sorpresa. Estaba claro que se esperaba cualquier cosa menos esa. Torció la boca en señal de disgusto.

—Sabes que la odio —bufó—. Solo vivo con ella porque tiene dinero. ¿Por qué quieres verla? ¿Estás en problemas? No me gusta lo que estáis haciendo. Sé que no es nada legal, y me preocupo por ti.

—Estoy bien. Solo quiero conocerla un poco mejor. No sé, hay algo que me resulta extraño.

—¿De qué se trata? Ya sabes que puedes hablar conmigo. Puedes confiar en mí.

Nastasia deslizó una mano sobre la mesa y tomó la de su amiga. Le dio un fuerte apretón para reforzar sus palabras y luego sonrió.

—Necesitaré la ayuda de Mateo.

Nastasia bufó de nuevo y rodó los ojos. Se estaba arrepintiendo de haber acudido a la llamada de Ayla.

Nastasia y Mateo eran muy buenos amigos, pero su historia no terminó bien. A pesar de las advertencias de su amiga, la rusa se enamoró de él. Comenzaron a salir juntos, bebían hasta caer en coma, mantenían relaciones sexuales y hasta se drogaban juntos. Hasta que un buen día, a Nastasia se la retrasó el período y fue corriendo a contárselo a Mateo. Y muy a su pesar, se dio cuenta de que Ayla tenía razón. Mateo no era un buen hombre, en cuánto pensó que ella podía estar embarazada la echó la culpa de querer pillarlo y dejó de hablarla. Bloqueó sus



llamadas y hasta llegó a cambiar su número de teléfono. Después de dos semanas el ginecólogo le dijo que no estaba embarazada, que había sido una falsa alarma. Pero si lo hubiera estado, habría tenido que criarlo sola.

—No me pidas eso, por favor. Sabes que no he hablado con él desde... — Ella suspiró—. No me siento preparada para verlo de nuevo.

—Es el único que puede hacerlo, amiga. Mira, no tienes que llamarlo si no quieres, solo envíale un mensaje diciéndole que necesito su ayuda.

Ayla estaba empezando a temer que Nastasia se negara a hacerlo. Ya estaba pensando otra forma de dar con él cuándo su amiga la sorprendió.

—Lo llamaré —dijo casi para sí misma, meneando la cabeza como si no quisiera hacerlo—. Ni siquiera he vuelto a verlo, se esfumó, como si nunca hubiese existido...

—Gracias, no sé qué haría sin ti. Eres mi brújula...

—Tienes que devolverme el favor. Este fin de semana vamos a salir de fiesta.

—Entrecerró los ojos hacia ella, retándola—. Así conocerás a Hans.

—¿Hans? ¿Qué nombre es ese? ¿Alemán?

—Sí y tiene un acento muy dulce —dijo parpadeando a gran velocidad, exagerando el gesto.

—Oh, por Dios. No tienes remedio.

Nastasia sacó su móvil y lo dejó encima de la mesa.

—Llamaré a Mateo, dime que necesitas.

Nastasia había preferido alejarse para hacer la llamada y Ayla lo respetó. Sabía que lo había pasado muy mal con aquel tema, no habría dudado en hacerlo ella pero no era tan sencillo ponerse en contacto con Mateo.

—Bueno, ya está. —Ayla se sobresaltó. No esperaba que la conversación fuera tan corta.

—¿Y? —preguntó.

—Me sorprendió que respondiera la llamada. Debe pensar que a estas alturas el niño tendrá un año —se burló. Ayla la taladró con la mirada—. Vale, está bien, no me mires así. Me ha hecho prometerle que no le voy a pedir nada y que tu puedes pagar muy bien.

—Lo suponía —dijo Ayla para sí misma. Sabía que Mateo se movía única y exclusivamente por dinero. Le pagaría todo lo que la pidiera, para ella el dinero no era un problema, incluso le daría un plus por su silencio. No quería que nadie se enterase de que lo había contratado.

—Nos atiende en media hora en su casa.

Las manos de Nastasia temblaban y se arrepintió una vez más de haberla

metido en ese lío. Se acercó a ella, sonriendo con nostalgia y le agarró de las manos.

—Gracias, amiga. Sé lo difícil que esto es para ti y créeme que no te lo pediría si no fuera necesario. —Nastasia le devolvió la sonrisa y se tranquilizó.

—Al fin y al cabo eres tú quien me está haciendo un favor. Tarde o temprano hay que enfrentarse a los fantasmas del pasado, ¿no?

Admiraba a su amiga, su voluntad y su valentía. Le estaba pidiendo que se enfrentase a su pasado, era cierto, pero lo que su amiga no sabía es que Ayla era la primera incapaz de enfrentarse a él.

Encontrar estacionamiento fue un poco difícil, no es que la calle en la que vivía Mateo fuera muy céntrica o estuviera muy transitada, pero se trataba de una zona residencial con demasiado aparcamiento pintado en verde. La gente que vivía allí estaría encantada pero para los visitantes era más complicado. Finalmente dejó el coche lo más cerca que pudo del edificio donde vivía su nuevo detective, en un parking privado.

Cinco minutos más tarde, Nastasia tocaba el timbre de la puerta, temblando y comiéndose las uñas con ansiedad.

Ayla se dio cuenta y le cogió la mano para tranquilizarla.

—Si en cualquier momento sientes que no puedes más, solo dímelo y nos vamos —le susurró. No quería forzar demasiado a su amiga y ahora que sabía dónde vivía ese sinvergüenza, podría volver ella sola en otra ocasión.

Justo en ese momento, Mateo abrió la puerta y sus ojos se clavaron directamente en Nastasia. No dijo nada pero la atravesó con la mirada, haciendo ver que no estaba feliz de tenerla en su casa.

El vestía ropa de calle bastante sencilla: un pantalón vaquero bastante oscuro y una camiseta de manga larga de color rojo desgastado. Ayla pensó que era bastante guapo; tenía una melena frondosa que cubría buena parte de su frente, algo más amplia de lo habitual. Su mandíbula era angulosa y un característico hoyuelo adornaba el centro de su barbilla. Su boca era ancha y sus ojos negros como la noche más oscura. Medía más de uno ochenta y poseía unos hombros anchos.

—Pensé que nunca volvería a verte, Nastasia —dijo con sequedad.

Ella hizo una mueca y le colocó una mano en el pecho. Lo empujó hacia atrás y entró en el apartamento.

—Yo también pensé lo mismo. —Nastasia le miró con todo el rencor que había podido acumular durante un año. Sería capaz de hacer lo que fuera por su

amiga, ya que era la única que le brindaba cariño y confianza, pero debía reconocer que cumplir con lo que había prometido le estaba costando un mundo.

El lugar era bastante pequeño. Cocina y salón unidos en espacio abierto. Y un poco más adelante, en el pequeño y corto pasillo, se veían un par de puertas más. Ambas supusieron que se trataría de un baño y un dormitorio. Olía bastante mal, a pesar de tener dinero, Mateo no se molestaba en pagar un empleado de hogar y aquello parecía un basurero.

La mesa del salón estaba repleta de cajas de pizza vacías y la encimera de la cocina estaba inundada de cacharros sucios.

—Tengo que reconocer que tu llamada me sorprendió. Supuse que habrías borrado mi número después de darte a entender que no quería volver a verte. ¿Me has echado de menos? Yo sí —se burló. —Espero que no vengas a pedirme nada para tu dichoso crío.

—¿Te crees muy gracioso, verdad? Pues déjame decirte que no lo eres. La verdad es que no te he echado de menos y para tu información, nunca estuve embarazada —rió imitando la burla que él acababa de hacerle. Mateo se sorprendió al escuchar esas palabras pero no pareció importarle.

—Ah... —La mirada de Mateo recorrió a Nastasia de arriba a abajo y se relamió, mirándola con deseo y consiguiendo que ella se estremeciera.

—Mateo. —Ayla lo interrumpió, dispuesta a ayudar a su amiga. Terminaría allí cuánto antes y así podrían irse. Cerró la puerta del apartamento tras de sí y avanzó hacia él—. No vamos robarte mucho tiempo. Necesito información.

—¿Has traído dinero?

—Sí.

—Bien, entonces no he trabajado en balde. Este va a ser el único trabajo que haga para ti, toda esa mierda en la que estás involucrada es demasiado ilegal hasta para mí. —Mateo la miró directamente a los ojos, amenazante. Quería dejarla claro que sabía todo sobre ella.

—Venga ya, no eres tan listo como crees. Si lo fueras, habrías averiguado que nunca estuve embarazada, pero no lo hiciste. Además, no te hagas el digno, has trabajado para gente mucho más peligrosa por dinero. —Nastasia fue clara. Ya no temblaba y se había erguido frente a él. Quizá tenía razón y necesitaba tenerlo de nuevo frente a ella para superar todo el daño que le había causado. Consiguió dejarlo sin palabras, por lo que se volvió directamente hacia Ayla, haciendo caso omiso de lo que acababa de escuchar.

—Dime qué necesitas, pelirroja. Voy a por mi portátil, puedes dejar el dinero encima de la mesa.

Mateo abandonó el salón y Ayla abrió su bolso. Sacó su monedero y empezó a contar.

—Odio que tengas que pagarle. Se lo gastará en putas y drogas.

—No me importa lo que haga con el dinero. —Ayla dejó un buen fajo de billetes sobre la mesa—. Sabes que este dinero para mí carece de valor.

Apenas media hora después, ambas salían de aquel apartamento dispuestas a no volver. Ayla, por su parte, llevaba en la mano una carpeta con toda la información que Mateo había conseguido sobre Ian y David. Estaba deseando llegar a su piso, por raro que eso pareciera, para poder estudiarlo tranquilamente. Aunque parecía que eso tendría que esperar, aún tenía que comer con su amiga y Lena Petrov.

Nastasia, sin embargo, había salido de allí como una mujer renovada. Se había enfrentado al hombre que le había destrozado la vida un año atrás, al que la había enganchado a las drogas y al que había hundido su reputación. Eso le hacía sentir bien. Sabía que a partir de ese momento, las cosas podían cambiar mucho en su día a día y sin esa losa de Mateo sobre sus hombros.

El sonido de su teléfono sobresaltó a ambas.

—¿Diga? —contestó Nastasia con desgana. Tapó la parte de abajo de su teléfono móvil y miró a Ayla para susurrarle: —Es mi madre.

Su amiga se tensó al momento. Temía que aquella mujer pudiera cancelar la comida que tenían juntas. Necesitaba averiguar qué demonios estaba pasando. Se apartó de allí, intentando dejarlas intimidad para que mantuvieran su conversación. Al cabo de un minuto Nastasia se acercó a ella para confirmarle sus peores sospechas.

—Ha cancelado la comida, Ayla. Dice que tiene un asunto que resolver y que es muy importante. Me pide que la disculpes y promete citarnos de nuevo muy pronto. —Se encogió de hombros.

Esperaba que ese asunto no tuviera nombre de hombre ruso. No quería que él supiera nada acerca de sus intenciones.

—Oh, bueno... No importa. Ya habrá más días —suspiró.

—No sé qué quieres hablar con ella pero recuerda que debes tener cuidado. Mi madre es... —Ayla la interrumpió.

—Sí, lo sé. No te preocupes, tu solo recuerda... —Esta vez fue Nastasia quien no la dejó terminar la frase a ella.

—Ajá, todo ha sido idea mía. Llevo meses empeñada en presentarte a mi madre —repitió de memoria. Ayla había creído que era mejor así, que Lena

pensase que era todo cosa de Nastasia.

No quería que ni ella ni Vladimir sospecharan de ella. Por lo visto, ese día tendría que conformarse con conocer un poco más a fondo a ese par de policías.

## 8

El día amaneció más caluroso de lo normal, algo habitual en esa época del año. Después de encender la cafetera, Ian se quedó mirando por la ventana que daba a la calle. El tráfico a esas horas de la mañana era intenso, todos querían llegar a la playa para poner su toalla en primera fila, lo más cerca posible del mar. Se preguntó cuándo había sido la última vez que se había tumbado en la arena para tomar el sol. Apenas lo recordaba, había pasado un año. Maia y él habían decidido celebrar el cumpleaños de la pequeña a orillas del mar Alborán.

Su teléfono móvil empezó a zumbear encima de la mesa y se dio cuenta enseguida de que había olvidado llamar a su compañero. Cuando la noche anterior, había recibido el e-mail, se había puesto en contacto con David y habían quedado a primera hora de la mañana para hablar sobre su contenido.

—Buenos días —dijo Ian mientras arrastraba una silla para sentarse—. He olvidado llamarte...

—No importa, dime que había en ese correo. ¿Algo relacionado con nuestro caso?

—Sí, al fin nos han aprobado la orden de vigilancia. Podemos seguir a la chica con total tranquilidad. —Un suspiro de alivio llegó a los oídos de Ian.

—Bien, ya era hora joder —dijo con alegría—. Yo por mi parte ya he llamado al jefe y al vendedor de coches.

—¿Y? —preguntó.

—Estarán aquí mañana a las nueve de la mañana. He preferido citarlos a la vez. ¿Cuál te pides? —bromeó.

Ian dudó un instante. Ambos interrogatorios podrían ser cruciales para el caso y sobre todo, para corroborar la declaración de Ayla.

—Mmm... Me quedo con el jefe —decidió.

—De acuerdo, entonces para mí el vendedor de coches.

—No te olvides de poner al día de todo a Ramírez, yo me encargo de empezar la vigilancia.

—Claro, en cuánto llegue a comisaría hablo con él. Y tú date prisa, debes llegar

pronto a casa de esa chica, antes de que salga.

David tenía razón. Debía darse prisa por llegar a casa de la pelirroja. Terminó su café y cogió las llaves del coche. Marchó de casa no sin antes activar el aire

acondicionado, le vendría bien encontrar la casa fresca a su vuelta.

Ya llevaba diez minutos de llamada, casi desde que había estacionado su coche frente a la casa de Ayla. La directora del nuevo colegio de Maia le había llamado para confirmar su plaza y para alabar el centro en el que trabajaba. No creía que fuera necesario ya que había encargado la matrícula, pero aún así la señora Amalia Ernesto, estaba dispuesta a detallarle de nuevo todo el plan de estudios.

Después de leer y llamar a todos los colegios de la lista que le había preparado David, terminó decidiéndose por el Colegio Alborán. Y no sólo por su ubicación, que era la más cercana a su apartamento, también porque era un colegio bilingüe y creía que era más que necesario en los días que corrían. Le gustaron sus instalaciones, el tipo de enseñanza y le pareció que tendría un buen profesorado. Tenía muchas zonas verdes y estaba seguro de que eso le encantaría a su hija. Y ayudaba mucho saber que en el año 2016, les habían concedido el Galardón de los Premios Andalucía Excelente, en la categoría de formación.

Mientras Ian aguantaba las alabanzas de la directora, Ayla soltaba un leve suspiro dentro de su apartamento a la vez que observaba con los ojos entrecerrados la carpeta que descansaba sobre sus piernas. Tardaría bastante en leer toda la información que Mateo había conseguido sobre esos dos policías. Sus dedos se apretaron alrededor del papel y empezó a ojear. Absorbió todos los datos con interés y se sorprendió cuando leyó que Ian estaba divorciado y que tenía una niña. No se lo imaginaba como padre, pero qué sabía ella de la vida en pareja. Casi nada.

Intentó apartar los malos recuerdos que acudían a su mente. Sería mejor que dejase de pensar en ese tipo de cosas y se pusiera manos a la obra, aún tenía mucho que hacer pero primero debía cumplir con su trabajo.

Diez minutos después, Ian vio a Ayla salir de su casa. Llevaba puesto un vestido veraniego de color amarillo y su cabello pelirrojo estaba recogido en un moño desordenado. No pudo evitar pensar que siempre iba elegante y atractiva y presentía que no era algo que ella buscase, sino un don natural con el que ella contaba. Enseguida se dio cuenta de que llevaba un maletín en la mano y era prácticamente igual al de la vez anterior.

La chica se subió al coche no sin antes asegurarse de que nadie la seguía. Ian vio como miraba hacia todas partes con disimulo por encima de sus gafas de sol. Eso no le gustaba, tenía un mal presentimiento. Apartó de su mente el vestido de Ayla y comenzó su persecución por las calles de Marbella, centrado totalmente

en su trabajo. La siguió durante quince minutos, aunque mucho antes ya se había dado cuenta de que su destino iba a ser el restaurante de Lena Petrov.

La chica detuvo su coche en frente del edificio y se bajó de inmediato, llevando en la mano derecha el maletín. Con un profundo suspiro, Ian se recostó en el asiento. No le quedaba otra que esperar a que saliera.

No le llevó mucho tiempo ya que cinco minutos después, Ayla salía del restaurante y aún portaba el maletín. Empezó su camino a pie y a Ian no le quedó más remedio que seguirla de la misma forma.

Cuando estaban a punto de llegar a la boca de metro, la silueta de un hombre vestido de negro atrajo la atención de Ian. Este estaba observando por la ventanilla de su coche y cuando vio a la pelirroja pasar por su lado, se bajó y comenzó a seguirla. Ian se mantuvo lo suficientemente alejado para que ese hombre no le viera pero se encargó de no perder de vista a Ayla, que había empezado a percatarse de la situación.

La joven volvió su cabeza un par de veces, nerviosa. Aceleró el paso poco a poco hasta que echó a correr, intentando zafarse de su perseguidor. Pero este no se quedó atrás y también empezó una carrera. Se introdujeron en el túnel del metro a toda velocidad, haciendo que Ian los perdiera de vista. Bajó tras ellos y al no verlos, decidió coger un atajo.

Ayla estaba a punto de perder la poca fuerza que le quedaba. La carrera la estaba debilitando y el hombre que la seguía estaba cada vez más cerca. Cogió varias direcciones, intentando despistarlo en los túneles, pero no lo conseguía. Era la segunda vez que la perseguían cuando llevaba el maletín y estaba segura de que corría peligro. Sus sospechas se confirmaron cuando llegó a un callejón sin salida y vio a su perseguidor sacar un arma. Su corazón se aceleró, haciendo que su pecho se moviera a su ritmo. Los oídos comenzaron a pitar y su visión se nubló. Estaba muerta de miedo y lo que más rabia le daba, era que a pesar de todos sus esfuerzos, fuese a terminar de esa manera.

Y entonces su cara apareció delante de ella. Cuando lo veía frente a sí, el dolor desaparecía. Ya no estaba cansada por la carrera ni tenía miedo al hombre que estaba llegando a donde ella estaba. Todo era paz y tranquilidad. Pensó que no era mala forma de morir, aunque no hubiera conseguido su propósito, al menos lo había intentado con todas sus fuerzas. Y moriría por él, intentando salvarlo.

El hombre de negro levantó su brazo y quitó el seguro a su arma dispuesto a disparar. Ayla cerró los ojos con fuerza, aceptando su destino.

—¡Alto! —chilló alguien. La pelirroja abrió los ojos, buscando al causante



de ese alboroto.

Y lo que vio, le hizo abrir la boca de par en par. El policía se había abalanzado sobre su perseguidor y había conseguido reducirlo. Lo tenía tumbado en el suelo mientras ejercía presión con una de sus rodillas en su espalda. Estaba buscando las esposas para detenerlo.

El cerebro de Ayla comenzó a trabajar con rapidez. Era la segunda vez que ese policía veía como la perseguían y la segunda vez que la veía con un maletín en la mano. Si no hacía nada, no saldría tan airosa del siguiente interrogatorio. El metro se detuvo frente a ella, por el lugar que seguramente había elegido el policía para entrar en escena, y no lo dudó ni un instante. Se subió a él con su maletín, dejando al policía con aquel hombre. Sería más fácil mentirles después diciendo que estaba asustada y que salió corriendo sin darse cuenta, a explicar por qué llevaba esos maletines y para quién lo hacía. Así les sería imposible comprobar si decía la verdad o no, si ya no llevaba maletín, nadie podría discutirle que lo que había dentro eran simples papeles de trabajo.

Ian no necesitó prestar mucha atención a lo que había a su alrededor para saber que la pelirroja había desaparecido. Varias personas los rodearon para ver más de cerca al criminal que acababa de ser capturado por la policía tras una escena algo escandalosa. Pidió refuerzos y tras un largo rato de trámites, se dio el lujo de perderse en sus pensamientos. Era la segunda vez que perseguían a esa chica en poco tiempo y ella siempre portaba un maletín cuándo eso sucedía. Algo muy importante debía transportar en su interior pero nunca tendría modo de saberlo. Ella se había fugado y a esas alturas ya se habría deshecho del maletín o de lo que había dentro de él. Tampoco podría culparla por salir huyendo, alegraría miedo y confusión y cualquier juez la creería. Cuándo se lo proponía, podía llegar a ser muy convincente. Pero eso con él ya no funcionaba, estaba seguro de que escondía algo y estaba dispuesto a averiguarlo.

—¡Oye! Me haces daño —protestó el hombre que había capturado.

El policía miró hacia abajo y se tensó. Todavía con el arma en la mano, retiró la rodilla que presionaba la espalda del delincuente y lo puso de pie de un solo movimiento. El hombre tenía más de cuarenta años y a pesar de que no estaba precisamente delgado, contaba con una constitución corporal bastante dura. Tenía el pelo cubierto de canas casi en su totalidad y lo llevaba bastante corto.

El policía se obligó a deshacerse de la ira que lo estaba atormentando, debía ser responsable y actuar correctamente. Tenía que llevar a ese hombre a la comisaría e interrogarlo. Su declaración podría ser clave para el caso.

O eso había creído él. Aquel hombre no respondió ni a una sola de sus

preguntas, ni siquiera confirmó su nombre y sus apellidos. Se había negado a hablar si no estaba su abogado presente así que no le quedó más remedio que permitirle hacer una llamada y encerrarlo en una celda mientras el letrado acudía. Ese hombre había avisado de que podría tardar en llegar así que guardó su pistola y se preparó para salir. Estaba pensando en ir a buscar a la pelirroja y hablar con ella de lo ocurrido.

Giró sobre sus talones y atravesó la sala. Ya se disponía a salir cuándo un sonoro estruendo lo interrumpió. Los oídos le pitaban, el ruido se había producido demasiado cerca. Tardó unos segundos en recuperarse y saber de dónde provenía. Dos de sus compañeros se le habían adelantado y estaban entrando en la sala de interrogatorios, de dónde había salido el disparo.

El pánico se apoderó de él al ver la escena que se estaba produciendo ante sus ojos. El vello de sus brazos se puso de punta y un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba hacia abajo. La boca se le secó y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. El hombre que hacía apenas unos minutos se había negado a responder sus preguntas, se encontraba ahora desplomado sobre la mesa, rodeado por un enorme charco de sangre. Una pistola descansaba sobre su mano sin vida.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —preguntó. Al oír su propia voz se dio cuenta de que estaba fatigado, como si hubiera corrido una maratón.

—Parece que se ha pegado un tiro en la sien —respondió uno de sus compañeros.

Ian se acercó lentamente al cadáver aún caliente y observó la escena con atención. Era imposible que ese hombre hubiera introducido el arma en la comisaría, lo habían registrado minuciosamente en tres ocasiones. Tampoco era viable que en tan poco tiempo alguien le hubiera llevado una pistola hasta allí. ¿Habría alguno de sus compañeros dispuesto a hacerlo?

No podía ser, los conocía a todos y estaba seguro de su honradez.

—Mirad el ángulo del arma —señaló.

Sus compañeros obedecieron e inclinaron la cabeza.

—Alguien la ha colocado —susurró el más joven de los policías.

—Eso es. Señores, esto no ha sido un suicidio. Ha sido un asesinato.

Todos comenzaron a mirarse unos a otros sin ser capaces de comprender lo que estaba pasando. A esas alturas toda la comisaría estaba allí, intentando saber qué era lo que había pasado. Pero Ian ya lo había averiguado. La trampilla por donde salía el aire acondicionado estaba mal cerrada. El asesino había entrado y había vuelto a salir por los conductos de ventilación.

## 9

Ian aparcó el coche delante de la casa de su padre. Llevaba bastante tiempo sin ir a visitarlo y se sentía un poco culpable por ello. Él nunca se lo reprochaba ni le ponía mala cara y eso lo hacía sentir aún peor. Cerró los ojos y suspiró; necesitaba verle y contarle lo que estaba pasando, se había atascado con ese caso y lo que le había parecido fácil de resolver, se había convertido en una pesadilla. Además, estaba el tema de Maia. No le había comentado nada y él debía saberlo ya que iba a necesitar su ayuda. El abuelo sería un buen refuerzo para cuando él tuviera que ir a trabajar.

La calle estaba oscura y desierta a esas horas. Los únicos resquicios del día se vislumbraban en el resplandor de color rojizo que desaparecía poco a poco por el oeste de la ciudad. Aquella imagen le hizo darse cuenta de lo solo que estaba. Anteriormente se había centrado en su mujer y su hija, y en la actualidad, únicamente vivía para trabajar. Ambos aspectos habían hecho que se olvidara de su padre, que estaba completamente sólo y cada vez más viejo.

¿De qué servirían sus años de dedicación a su profesión? Se había ocupado de ser un buen policía y si algo le había repetido su padre a lo largo de los años, era que no se podía ser un buen policía sin amor y una familia a la que querer. Estaba seguro de que le aconsejaba eso porque había sido su propio fallo, sabía que él se arrepentía de haberse centrado en el trabajo y haber dejado de lado a sus seres queridos. Él nunca se lo perdonaría y ahora estaba cometiendo sus mismos errores.

Se sentía cansado, incluso demasiado mayor para estar persiguiendo a señoritas sospechosas. Los jóvenes cometían errores sin pensar en las consecuencias que estos pudieran traerles. Tan solo tenía que estar cerca cuando la pelirroja cometiera el suyo para avanzar con la investigación.

Alejó su imagen del pensamiento y se bajó del coche. Una suave y agradable brisa lo acarició con delicadeza, ayudando a disipar las gotas de sudor que comenzaban a asomar por su frente y a que su cabeza se despejase. Apenas reparó en el tiempo que tardó en llegar hasta la casa, estaba cansado y algo aturdido por los últimos acontecimientos. Subió los escalones y la puerta se abrió antes de que tuviera la ocasión de llamar. Un hombre menudo, moreno y con el pelo de las sienes ya grisáceo, le sonreía con sinceridad.

—¡Hola hijo! Me alegro de verte. Adelante. —Lo invitó haciéndose a un

lado y golpeando su hombro con cariño cuando pasó por su lado.

La casa era muy luminosa. En las horas más calurosas del día, el sol entraba a raudales por los grandes ventanales que daban a un patio trasero. Ian desvió la mirada y la dirigió hacia la pared que había al lado de una pequeña biblioteca. La gran foto en blanco y negro de sus padres el día de su boda le hizo recordar a Érika y a lo hermosa que estaba el día que ellos se casaron. Resultaba increíble que la vida de una persona pudiera cambiar tanto en tan poco tiempo. Soltó un suspiro y se llevó la mano a la cara fingiendo estar cansado.

—¿Qué te trae por aquí? No tienes buen aspecto. —El hombre parecía preocupado—. Deberías tomarte unas vacaciones.

Ian tragó saliva, pero luego le dijo con tranquilidad:

—Necesito un poco de ayuda. Estoy trabajando en un caso...

—¿Para eso estás aquí? Debería habérmelo imaginado. Este trabajo no es sano para ti y si no me crees, mira cómo he terminado yo.

—Lo sé, pero... —Ian hizo una pausa para escrutar la expresión de su padre.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con una mujer? —Su padre lo interrumpió.

Ian no pudo evitar suspirar y rodar los ojos ante la pregunta de su padre. Esa que le repetía cada vez que se veían.

—Siempre estás igual, papá. Hay cosas mucho más importantes en mi vida ahora mismo —dijo, evitando mirarlo a la cara.

—Bueno, vamos a la terraza y me cuentas cuáles son esas cosas tan importantes. Pero espero que la próxima vez, vengas con una mujer.

—Papá... —La voz de Ian era suave, aunque imitaba a una reprimenda.

El ex policía sirvió café que ya tenía hecho en un par de tazas que calentó en el microondas y ambos salieron al patio, dispuestos a charlar durante un largo rato.

—Siéntate... —Señaló una silla de mimbre que había al lado de una mesa redonda de madera—. Me tienes intrigado.

Ian miró a su padre, que le sonrió a modo de respuesta. Aunque esa sonrisa encerraba mucho más significado del que Ramiro quería dar a entender. En cierto modo echaba de menos su trabajo y aunque nunca lo reconocería, le gustaba escuchar los casos que Ian le exponía.

Tomó asiento y después de unos segundos, empezó a contar todo lo que ocurrió después de aquella persecución de coches, sin omitir ningún detalle.

—Así que alguien mató al hombre que has detenido hoy delante de tus narices —dijo el padre de Ian que estaba muy concentrado tratando de asimilar

cada palabra que su hijo le había dicho—. ¿Qué papel crees que juega la pelirroja? —Añadió tras una breve pausa—. Todo gira entorno a ella.

—Así es. Pero es imposible saber nada, ella no habla y no conseguimos averiguar que es lo que lleva dentro de los maletines.

—Entiendo. Si por ahí no podéis sacar nada en claro... Creo que deberías interrogar cuánto antes al tal Ernesto, no parece trigo limpio —aconsejó mientras daba un sorbo a la taza de café que sujetaba entre sus manos. Ian hizo lo mismo antes de continuar.

—En eso había pensado. En interrogarlo a él y a Lena Petrov. Tal vez por ahí pueda encontrar alguna pista...

—No —interrumpió su padre—. Es cierto que parece sospechosa de algo si detallamos todo lo que ha conseguido en tan poco tiempo pero, ¿de qué podrías acusarla? Solamente de que la chica frecuenta su restaurante y a su hija. No tenéis nada contra ella.

Ian no dijo nada pero se dio cuenta de que su padre tenía razón. A pesar de que su instinto de policía le decía que ella estaba implicada, debía ser cauteloso. Tal vez si la preguntaba ella, advertiría a otras personas de que se estaba acercando.

—Interrogaremos a Ernesto, al vendedor de coches y al abogado del supuesto suicida, entonces —confirmó.

—¿Sabes algo de Érika? —cambió de tema. Ian deseaba seguir charlando con su padre sobre el caso pero sabía que el tema había terminado. El expolicía ya había tenido suficiente con lo que habían hablado. Así que se resignó y siguió la conversación.

—Sí, también quería hablarte de eso. Érika se va a vivir al extranjero y Maia se vendrá a vivir conmigo. —El viejo casi se atragantó con el café al oír sus palabras.

—¿De verdad? ¿Maia vivirá aquí? —preguntó sin ocultar su alegría—. Me extraña que Érika no se la lleve con ella.

—Preguntamos a Maia y ella eligió quedarse conmigo. —Se encogió de hombros—. Cosa que me hace muy feliz.

—¡No es para menos, hijo! Me alegro mucho. Y cuenta conmigo si necesitas ayuda con ella.

—Gracias, papá. —Sonrió.

Aquel gesto de su padre le hizo sentir aún peor que antes. Siempre estaba ahí para él, dispuesto a ayudarlo y a recibirlo con una sonrisa. Se prometió a sí mismo que desde ese momento, lo llamaría y lo visitaría más a menudo.

Una hora después ya estaba en su casa. Miró su reloj y se sorprendió de lo avanzada que estaba la noche, finalmente se había entretenido mucho en casa de su padre. Y debía admitir que le había venido bien visitarlo, estaba más animado e incluso algo más tranquilo.

Estaba agotado física y mentalmente. Necesitaba descansar así que dejó sobre la mesa el pequeño maletín en el que transportaba su portátil, sacó el teléfono móvil de su bolsillo y lo puso a cargar. Luego abrió el frigorífico y empezó a sacar los ingredientes que necesitaba para hacer una sopa de pollo y verdura. Su padre había insistido en que se quedase a cenar pero prefería hacerlo sólo y así descansar un poco.

Intentó apartar todo lo relacionado con el trabajo de su mente y la imagen de su hija ocupó su cabeza. Su llegada ya estaba cerca, apenas faltaban dos semanas y no sabía si estaba preparado para cuidar de ella. Pero después de saber que contaba con la ayuda de su padre, eso apenas le preocupaba.

La puerta de su casa se abrió y dejó el cuchillo en la mesa. Se secó las manos con un trapo y se quedó esperando. Sabía que no tenía que preocuparse, Idoia su vecina, tenía llaves y era la única que acostumbraba a presentarse sin avisar. Ian la conocía desde hacía dos años. Ella se había mudado al apartamento que había frente al suyo y le había pedido ayuda con un par de cajas el último día de su mudanza.

—¿Ian?

—En la cocina.

Él se giró al oír el ruido de sus tacones acercándose por su espalda. Esbozó una sonrisa mientras veía como la figura de Idoia se acercaba a la mesa. No tardó en darse cuenta de que había vuelto a cambiar de look, ahora tenía el pelo mucho más rubio y bastante más largo que la última vez que se vieron. Había dos cosas que no se podían negar; primero, la chica era realmente tentadora y segundo, demasiado joven para él. Idoia tenía veinticinco años y una cara angelical, que debía ser de lo poco que le quedaba suyo. El resto del cuerpo lo tenía operado casi en su totalidad y contaba con unas curvas verdaderamente llamativas, a juego con su vestimenta. Se podía decir que sabía sacarse partido.

—¿Cómo estás, detective? —Ella dejó un par de latas de cerveza encima de la mesa y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Tienes mal aspecto. ¿Te apetece un masaje?

—Estoy trabajando en un caso que me lleva unos cuantos quebraderos de cabeza. No me vendría mal. —Esbozó una sonrisa pícaro.

—Primero, tenemos que alimentarte. Has adelgazado. —Ella acarició su

pecho por encima de la camiseta, luego la bajó despacio y dio un par de golpecitos encima de su estómago—. Túmbate en el sofá y busca una película. Yo acabo de hacerte la cena.

—Me cuidas demasiado, Idoia. —Lo que menos le apetecía en ese momento, era cerveza. Había estado todo el día pensando en el momento de llegar a casa y poder tomarse uno de sus vinos favoritos. Pero no podía hacer el feo a su vecina.

—Para eso están los amigos. —Una pequeña sonrisa curvó sus labios y el estómago de Ian revoloteó.

Se hizo el silencio. Ian podía sentir la tensión entre ellos pero permaneció donde estaba. Sintió una dulce oleada de deseo, de besar esa encantadora boca y devorar sus labios como si fuera un vagabundo hambriento. Pero no podía dejarse llevar por su entrepierna. Una cosa era la amistad que ellos dos compartían y otra, perder el control. Idoia era joven y tenía un trabajo que a Ian no le hacía mucha gracia. Ella era estríper y se desnudaba delante de hombres por dinero. No podía negar que era atractiva, pero no quería involucrarse con una señorita que tenía una vida nocturna tan activa. Y menos ahora que su hija estaba a punto de llegar a Marbella. Eso no estaba dispuesto a hacerlo nunca.

—Gracias. —Le guiñó un ojo antes de alejarse.

—¿Alguna noticia? —le preguntó ella mientras se disponía a verter la verdura recién cortada en la olla—. Sé que fuiste a Málaga para ver a tu hija. ¿Cómo está?

—Hay buenas noticias.

Ian se frotó despacio los ojos y se sentó en el sofá. Cogió el mando a distancia y encendió la televisión. La música característica del telediario de la noche asaltó sus oídos.

—Quiero saberla. —Ella quitó la tapa de la olla y con una cuchara probó un poco, saboreando el exquisito sabor de la sopa.

Idoia se movía por la cocina de Ian como si fuera la suya, no era la primera vez que cocinaba para él. En sus días libres, probaba suerte tocándole a la puerta para verlo y para pasar el tiempo con él. Le gustaba, era un hombre que le fascinaba. Se pasaba la vida rodeada de chicos jóvenes que solo querían un polvo, una rápida descarga de hormonas sin complicaciones. Eran poco educados, bruscos y poco inteligentes. Nada comparado con el simpático detective que la trataba como a una dama. Sabía que la edad era uno de los inconvenientes para Ian y que su trabajo como bailarina exótica por las noches lo echaba un poco para atrás, pero ella había trabajado muy duro para ganarse su confianza y se merecía una oportunidad. Tan solo tenía que tener paciencia y

encontrar el momento oportuno para usar sus armas de seducción.

—Maia vendrá a vivir conmigo. —La confesión de Ian le cayó como un balde de agua fría. Tragó con dificultad y forzó una sonrisa. No le gustaban nada los niños, le parecían un estorbo innecesario. Tenía claro que nunca sería madre, sin embargo, era consciente de lo que Ian quería a su hija y sabía que si quería una oportunidad con él, tendría que hacer de tripas corazón y fingir que la niña le agradaba.

—Me alegro. Sé que la quieres mucho.

—Estoy muy contento. Por fin encontré plaza en un buen colegio para ella y en estos días voy a mirar unos muebles bonitos para su habitación.

Idoia dejó que la sopa se hiciera a fuego lento y aprovechó para sentarse en el sofá, al lado de Ian.

—Quítate la camiseta, voy a darte el masaje.

Recordó que desde que se había divorciado, nunca había vuelto a estar con una mujer. No le apetecía y tampoco quería forzarlo. Siempre había creído que nunca había estado realmente enamorado de Érika y lo que él quería era precisamente eso, encontrar ese maravilloso sentimiento que hacía que perdieras la razón. Si algún día apareciera esa persona, sería porque realmente se compenetrarían como pareja y querrían estar juntos de verdad. Y para encontrarla, tenía que estar abierto al amor. Decidió estarlo a partir de ese mismo momento.



# 10

Ayla decidió ir sola a casa de Vladimir, a pesar de la insistencia de Ernesto en acompañarla. No había pedido cita con antelación pero eso no la importaba, era algo que debía hacer en ese mismo momento y sola. Quería sacar ciertos temas que nadie más que ellos dos conocía. Además, estaba el pequeño detalle de que cada vez que llevaba un maletín a su destino, alguien la perseguía e intentaba matarla. Necesitaba saber qué diablos estaba pasando. Llevaba mucho tiempo realizando ese trabajo y nunca había tenido ningún tipo de problema, algo muy grave debía haber detrás de todo aquello.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que había visitado La Milla de Oro, aquel lugar era precioso pero siempre la había intimidado. Demasiado lujoso para ella y aunque no dudaba de que muchos de sus habitantes fueran honrados, estaba segura de que vivían muchos malhechores como Vladimir.

Su mansión quedaba en la zona sur del lugar, la más cercana a la playa. Los áticos exclusivos, los complejos residenciales y las villas más lujosas de Marbella se encontraban en aquel lugar. Y qué decir del paseo marítimo, que era uno de los más largos de Europa y contaba con los más lujosos restaurantes y clubs marítimos.

Recordaba la excursión que había hecho algunos años atrás por la parte norte de aquel lugar, las montañas que lo bordeaban eran preciosas y a tan sólo unos metros de ellas, había todo tipo de centros comerciales y restaurantes. Un pequeño pueblo pesquero que se había convertido, sin duda, en una de las zonas más exclusivas y privilegiadas del país.

La pelirroja se quedó quieta durante unos minutos frente a la puerta de la lujosa casa que se abría camino imponente ante ella. No se atrevía a llamar al timbre, posiblemente Vladimir se tomaría a mal que ella llegase sin avisar y no sería bien recibida. A pesar de eso, llamó mientras dejaba caer un sonoro suspiro.

Había esperado que Rosita, la empleada de hogar, le abriera la puerta como siempre había hecho. Por eso la sorprendió enormemente que el mismísimo Vladimir saliera a recibirla.

El hombre entrecerró los ojos y dirigió su vista hacia todas partes, para asegurarse de que Ayla iba sola. Se hizo a un lado enseguida y la invitó a pasar.

Era un hombre de nacionalidad rusa, como su nombre anticipaba. Su aspecto era intimidante: alto, con el cabello rubio oscuro y un peinado elegante. Siempre llevaba trajes hechos a medida pero en ese momento llevaba un polo rojo y unos pantalones cortos blancos. Era cierto que su vestimenta le hacía parecer un hombre hospitalario y amable aunque Ayla sabía bien lo que se escondía detrás de aquella fachada.

—¿Qué demonios haces aquí? —rugió con los ojos encendidos de rabia. Con brusquedad y sin ningún tipo de reparo, le cogió la muñeca y tiró de ella hasta la cocina. Hizo señas a Rosita para que se fuera y cerró la puerta de un portazo—. Te he dicho que no podemos vernos. Mi mujer no sabe nada. —En la forma de pronunciar sus palabras se podía ver lo furioso que estaba.

Ayla sostuvo la mirada hostil de Vladimir y lo desafió, haciendo caso omiso del miedo que la atenazaba.

—Tengo todo el derecho de estar aquí y de exigir explicaciones. Te dije que habían intentado matarme el día que me persiguieron en el coche, pero tú en lugar de hacer algo para protegerme, me envías a un nuevo encargo. ¿Y con qué sorpresa me encuentro? Ah sí, resulta que casi me matan otra vez. Vengo dispuesta a encontrar respuestas y no me iré sin ellas. —La voz de Ayla era fuerte, como su enfado. Estaba a punto de perder el control sobre sus actos.

El rostro del hombre palideció al escuchar la protesta de la joven. Sintió que el vientre se le retorció en una mezcla de rabia y náuseas. No le gustaba el tono que empleaba Ayla, que no dejaba de ser su empleada, si se le podría llamar así. Para lo único que le servía era para transportar el dinero de un lado para otro, normalmente pasaba bastante desapercibida. Pero parecía que eso ya no era suficiente.

—¿Y qué quieres? ¿Más dinero? Ya sabes que de eso se encarga Ernesto...

—Quiero saber que hay dentro de los maletines que paseo, quién intenta matarme y por qué. —Con orgullo y dignidad, Ayla alzó el mentón.

—De eso nada. —Sonrió con burla.

Tras pronunciar aquellas palabras, contempló a Ayla en silencio. ¿Cómo era posible que no tuviera miedo? ¿Acaso no sabía que podía matarla sin siquiera pestañear?

En ese momento, Ayla sacó su móvil y le enseñó una fotografía a su jefe.

—Podría preguntarle a ella. Estoy segura de que Lena será más agradable que tú.

—¡No la menciones, no en esta casa! —Vladimir miró a Ayla como si fuera a matarla. Dio un paso en su dirección pero no hizo nada. No era inteligente

hacerle daño en ese momento, la policía estaba alerta y le seguía los pasos de cerca.

—¿No me digas que ella tiene algo que ver con todo esto? Sólo te voy a decir una cosa... Como vuelvan a intentar matarme, puedes estar seguro de que iré a hablar con ella. Y después, a la policía.

Las amenazas de Ayla hicieron que Vladimir hirviera de rabia pero no podía hacer nada. Matarla estaba descartado y no podía permitir que se acercase a la desgraciada de Lena Petrov o podía irle aún peor.

—Está bien, pelirroja —se tragó su rabia y se esforzó por sonreír—. Si lo que quieres es estar segura, cuenta con ello. Me encargaré de que cuando lleves algún encargo, alguien te siga de cerca para protegerte. ¿Contenta?

—Espero que con eso sirva, recuerda que mi amenaza sigue en pie. Y no, no estoy contenta... Hay algo más... —Vladimir supo enseguida de a qué se refería. Y en ese mismo momento sonrió con ganas, iba a vengarse de la peor manera por haberlo puesto entre la espada y la pared.

—Tu dirás.

—Quiero verlo —pidió. Todo su enfado se había esfumado y lo único que quedaba de él eran los ojos brillantes por la humedad que había en ellos.

—Ay, pequeña, pequeña... —dijo mientras daba una vuelta a su alrededor—. Tu ya sabes que eso es imposible.

—Pero me dijiste que si te hacía el trabajo de los maletines iba a poder verlo una vez al mes —Apretó los puños, intentando contener la ira que la estaba inundando.

—Digamos que he cambiado de opinión, ¿cómo lo ves? —preguntó con sorna. Ayla levantó su mano dispuesta a asestarle un buen golpe pero él se la detuvo en el aire. Su burla había desaparecido y la ira estaba de nuevo apoderándose de él—. No tienes derecho a exigirme nada, no te olvides que puedo matarlo cuando quiera. ¿Es eso lo que quieres, que lo mate?

—No, no, claro que no. Perdona mi reacción, Vladimir... Es sólo que... Necesito verlo, entiéndelo por favor —suplicó.

—No es posible, ya te lo he dicho. Lo verás cuando yo quiera que lo hagas y no antes. Y recuerda que si no cumples con lo que te ordeno, lo mataré —pronunció sus palabras como si estuviera hablando de un mosquito. Ayla quiso reprochar pero sabía que sería inútil, él tenía la última palabra.

—Al menos dime como está —pidió en un susurro apenas audible.

—Bien, sabes que aquí lo tratamos bien aunque nadie sepa quién es. Y deja de hacer preguntas, que no quiero hablar más contigo. Lárgate —ordenó con

furia mientras señalaba la puerta con la mano—. Y no vuelvas por aquí sin avisar primero. Pórtate bien.

Ayla obedeció y se fue de allí, más triste y deprimida que nunca. No sabía por cuánto tiempo podía aguantar eso, él era lo más importante para ella pero si alguien la mataba... ¿Qué sería de él?

Mientras tanto, en la comisaría de policía Ian intentaba sacar información a Ernesto Carreño pero por supuesto, sin éxito. David llamó a la puerta e intervino en el monólogo de Ian, ya que el acusado se negaba a responder.

—Perdona que te interrumpa Ian, acaba de llegar su abogado —avisó.

—Hazlo pasar, quiero terminar con esto de una buena vez. —Estaba perdiendo la paciencia con ese caso y todo lo que estaba relacionado con él. En ese momento deseó tener una copa de vino espumoso en sus manos.

El abogado de ese hombre pasó a la sala de interrogatorios e Ian comenzó con sus preguntas.

—¿De qué conoce a Ayla Rojas?

—Es una empleada de mi bar. ¿Por qué lo pregunta? ¿Ha cometido algún delito, señor? —Ernesto sonrió de medio lado, gesto que no pasó desapercibido para el policía.

—Bueno, digamos que estrelló su coche mientras un par de hombres la perseguían —intentó sonar calmado.

—Ah sí, eso fue un terrible accidente. Menos mal que no le sucedió nada, es una buena camarera —fingió desinterés—. Pero no es un delito, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero que condujera un coche robado, sí que lo es. Coche que usted le proporcionó mediante un amigo suyo, ¿no es así?

Ernesto estaba preparado para esas preguntas porque Ayla le había puesto sobre aviso.

—¿En serio? Vaya... Eso no me lo esperaba —fingió—. Pero no se puede decir que ese hombre fuera mi amigo. Era un cliente que frecuentaba el bar y que un día me dejó su tarjeta. Me dijo que era vendedor de coches y cuando escuché a Ayla decir que quería comprar uno, simplemente le di la tarjeta con intención de ayudarle. Pero no sabía que vendía coches robados, me deja usted helado.

Ian sabía que estaba mintiendo, su instinto de policía se lo decía. Pero no podía hacer nada contra él ni contra el vendedor de coches. David lo había interrogado y había negado todo. Aseguró que él compró ese coche legalmente y que tampoco sabía que era robado. En fin, la pescadilla que se muerde la cola. Podrían tirarse años persiguiendo a un vendedor y a otro y nunca encontrarían al culpable. Tuvo que dejarlo en libertad y sin cargos.

Tras varias preguntas rutinarias, Ian estaba a punto de dar por finalizado el interrogatorio cuándo David llamó de nuevo a la puerta y le hizo señas para que saliera.

—Ese tío no va a decir nada que nos pueda servir. Tendremos que dejarlo libre como al otro —bufó.

—Posiblemente sí, pero hay algo que a pesar de que no se puede considerar una prueba, si es un detalle que nos confirma que este tío está implicado de alguna forma. —David habló en tono confidencial.

—¿Qué hay?

—Bueno, resulta que el abogado del señor Ernesto se tuvo que identificar a la puerta, como todos los que aquí entran. Su nombre me sonó mucho pero en ese momento no caí en la cuenta —Se pasó la mano por la barbilla, dando misterio al asunto. Gesto que Ian odiaba.

—¿Y? —preguntó desesperado.

—Pues que resulta ser el mismo abogado del supuesto suicida. El perseguidor del metro... —Ian lo interrumpió.

—Sé de quién hablas, maldita sea. Le preguntaré por el tema pero estoy seguro de que se hará el loco.

—Este caso se nos va de las manos, compañero. —El policía muy a su pesar, le dio la razón.

Sus sospechas fueron ciertas y el abogado fingió no saber nada del asunto, incluso se mostró triste ante la noticia de la muerte de aquel hombre. Su siguiente paso iría directamente a Lena Petrov y su hija, a pesar de las advertencias que le había hecho su padre, era el único camino que podía tomar. Pero eso debía esperar al día siguiente.

La llegada de Maia estaba a la vuelta de la esquina y no había comprado los muebles, así que se propuso solucionar eso. Fue directo a la única tienda de muebles que conocía y tras escuchar todas las ofertas que el dependiente tenía para él, terminó decidiéndose por el que creyó que sería el más parecido a lo que su hija le había pedido. Se trataba de una cama de 105 centímetros de madera blanca. El cabecero era bastante alto y en la parte del final, estaba adornado por una hilera de mariposas del mismo color. Eligió una cómoda de seis cajones, también blanca y un armario del mismo color y con la misma hilera de mariposas grabadas en la madera que tenía el cabecero. Las mesitas eran bastante pequeñas pero junto a la cama y el resto de muebles, formaban un gran conjunto. Por comprar todo el dormitorio y el colchón en el mismo lugar, le regalaron un carricoche de bebé en miniatura de forja, que estaba seguro de que

a Maia le encantaría. Escogió un espejo en forma de mariposa y con los bordes de color lila, como su hija le había pedido.

Más tarde fue a una tienda de decoración y escogió unas cortinas rosas y lilas, pintura de paredes rosa, un joyero, dos alfombras a juego y varios peluches. No le importaba el dinero que le iba a costar todo, la alegría de tener a su hija con él hacía que todo lo demás no pareciera importante. Cuando ya salía de la tienda para volver a casa, alguien tocó su hombro para llamar su atención.

—¡Ian! Cuánto tiempo sin verte —lo saludó.

—Jon Navarro. Mucho tiempo, casi diría que desde el instituto no nos vemos como Dios manda.

Ambos se abrazaron, contentos de encontrarse después de tanto tiempo.

—Pues sí, cualquiera diría que eres mi mejor amigo. Desde que te casaste no se te ve el pelo, señor policía —se burló.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si vamos mañana a cenar por ahí? —propuso.

—Eso está hecho y después te llevaré a la mejor discoteca de Marbella, yo invito. ¿Qué dices?

Ian pensó en negarse pero sabía que con Jon eso era un caso perdido. Insistiría hasta convencerlo, además era buena idea salir y despejarse un poco como su padre le había aconsejado. Cuando Maia llegase no podría volver a salir de noche, así que aceptó la invitación.

# 11

El nuevo apartamento de Nastasia estaba bastante céntrico. Ayla necesitaba llamarla antes de ir a visitarla porque cambiaba de residencia tan a menudo como lo hacía con la ropa. Esta vez eligió un lujoso estudio en pleno casco antiguo de Marbella. Estaba recién reformado y tenía vistas directas a la plaza Juan de la Rosa. A la pelirroja no la sorprendió que hubiera escogido ese lugar ya que estaba transitado a todas horas por la gran cantidad de tiendas y bares que había. Además, tenía la playa a pocos metros y eso era imprescindible para la hija de Lena Petrov.

Antes de entrar decidió parar en la pastelería más famosa de la ciudad que estaba justo allí. El aroma a dulces recién hechos inundó sus fosas nasales, ayudando a la joven a olvidarse del nefasto encuentro que acababa de tener con Vladimir. Un zumo de naranja recién exprimido, una media luna salada y una salida con su mejor amiga eran las cosas que ella necesitaba para distraerse un poco.

No se sorprendió al ver el interior del piso que había alquilado Nastasia. Ni siquiera se pudo imaginar el precio que estaría pagando por cada noche que pasaba allí. El recibidor era pequeño pero enseguida se abría paso a un gran salón con muebles en color haya, que hacía un buen conjunto con las mesas y sillas blancas.

Ayla se sentó al lado de su amiga y la abrazó. Era lo único que tenía y en ese momento la necesitaba más que nunca. Ella la entendía mejor que nadie y conseguía levantarla el ánimo con sus locuras. Era una chica muy ruidosa y alocada, al contrario que ella y creía que esa era la clave de que se llevasen tan bien: lo diferentes que eran.

—Vaya, sí que ha debido pasarte algo grave para que estés tan decaída —afirmó preocupada.

—No quiero hablar de eso. Necesito distraerme, ¿sigue en pie lo que hablamos esta mañana? —Ayla rogaba por que su respuesta no fuera negativa.

—Oh, amiga. Claro que sigue en pie. He reservado mesa en Olivia Valère, estaba completo pero me hicieron un hueco. —Guiñó un ojo.

—Claro, te conocen bien. —Ayla rió por primera vez ese día—. ¿Me prestas

algo de ropa? No me apetece pasar por mi casa a cambiarme.

—Eso ni se pregunta.

Durante una hora y media el estudio de Nastasia hizo las veces de salón de belleza, pasarela de modelaje, peluquería... etc. Y cuando al fin se sintieron preparadas, emprendieron el camino dispuestas a pasar una de las mejores noches de sus vidas.

Aquel lugar era maravilloso. Para Ayla no era importante que los famosos frecuentasen aquel lugar o que contase con zonas VIP. Pero el patio, el patio era maravilloso. Simulaba a las mil maravillas La Alhambra, parecía que estabas allí y más aún si ya tenías alguna copa de más en tu cuerpo. Y qué decir de la cena, había sido algo espectacular.

Se estaba divirtiendo y desconectando de todo lo que la preocupaba, que no era poco.

Ya llevaban dos horas bailando y bebiendo sin parar, como si todo el alcohol del mundo fuera a terminarse esa noche y nunca más lo fueran a probar.

Nastasia llamaba la atención de los hombres como lo hacía un chupa-chups a la puerta de un colegio. Era muy atractiva y tenía un cuerpo de escándalo al que sabía sacar partido. Además dejaba ver que estaba receptiva, siempre le había gustado ligar y el sexo sin compromiso.

—Esos dos chicos quieren venir a nuestra mesa. —Nastasia dio un largo trago a su vaso y sonrió en dirección a ellos—. ¿Qué dices, amiga?

Ayla parpadeó un par de veces intentando enfocar la vista. Se acababa de terminar otra copa de ron y estaba bastante mareada. Se paró a pensar cuando habría sido la última vez que había bebido de esa manera y pese a sus intentos, no la recordó porque no existía.

—Creo que... —Ella se puso de pie y se aferró al borde del sillón para no perder el equilibrio. Tenía la sensación de que todo giraba a su alrededor y sentía que el suelo se movía debajo de sus pies—. Voy... Al baño un momento.

Ayla se dirigió a la parte trasera, dispuesta a vaciar todo el contenido de su estómago en el primer retrete que encontrase. Soltó un fuerte bufido cuando vio la cola que llegaba casi al otro extremo, cerca de la puerta que salía al patio. Apoyó la espalda contra la pared y suspiró. Tenía muy cerca uno de los enormes altavoces por los que salía continuamente esa música sin letra, como si fuera una explosión de truenos que pudiera dejarte sorda si así lo deseara. Cada vez estaba más mareada y a eso se le estaba sumando el agobio que sentía al estar en un lugar tan lleno de gente. Necesitaba tomar aire en ese mismo momento o dudaba que pudiera seguir sujetándose de pie.



Intentaba ir en línea recta pero sus piernas no respondían y la obligaban a ir de un lado a otro haciendo zigzag. Llegó al patio y se acercó al borde de la terraza, aferrándose con fuerza a la barandilla de hierro. Quería huir de sí misma y dejar atrás todo lo que la rodeaba. Sabía que aquello no era posible, Vladimir nunca la dejaría marchar y ella tampoco podía dejar atrás lo que la tenía tan atada a ese hombre.

—¿Estás pensando en saltar? —La voz de un hombre a sus espaldas la sobresaltó. Se apartó un poco de la barandilla pero no del todo, aunque el aire le había venido bien, necesitaba apoyarse en alguna parte.

—Si te soy sincera... —Ella se dio la vuelta antes de terminar la frase. Lo que vio la dejó tan estupefacta que su corazón comenzó a saltar desbocado dentro de su pecho. Sintió deseos de salir corriendo de allí, idea que descartó de inmediato teniendo en cuenta su estado, así que optó por enfrentarlo. Debía enfrentar al detective que la había salvado de morir ya en dos ocasiones, al hombre que le seguía la pista.

Ambos intercambiaron miradas, sin saber muy bien qué decir en ese momento. Ninguno de los dos esperaba encontrarse con el otro y menos en aquel lugar.

A Ian le pareció una eternidad el tiempo que aquellos brillantes ojos azules sostuvieron los suyos. Todo se arremolinaba de nuevo en su mente, que le devolvía a aquella tarde en la que habían perseguido a esa chica, al momento en el que abrió la puerta para sacarla de su coche estrellado, al momento en el que la vió por primera vez. Pero tenía que alejar todos esos pensamientos de su mente, su respiración comenzaba a acelerarse y su corazón latía muy deprisa. Intentó respirar hondo y esforzarse por pensar con claridad. No le costó mucho, sólo había bebido dos cervezas y aún mantenía la mente despejada.

Ayla, tras varios segundos de tensión, comenzó a recobrar la calma y decidió salir de allí lo más rápido que su estado de embriaguez le permitiera. Dio dos pasos hacia adelante pero se desequilibró y estuvo a punto de caer al suelo. Ian fue rápido y la sujetó justo a tiempo. La joven podía notar el calor del cuerpo del policía e incluso el suyo propio. Era bastante más alto que ella y estaba demasiado cerca, dos puntos que tenía en contra. La poca distancia que los separaba, hacía que ella pudiera olerlo y eso la hizo desear apoyarse contra su pecho pero se contuvo.

—Tranquila, Ayla. —Ian intentó tranquilizarla—. No estoy de servicio.

—No es eso, mira... Es que tengo que irme. Mi amiga estará buscándome. —Se alejó un poco para poner distancia entre ellos y enderezó sus hombros.

Ian no pensaba dejar pasar esa oportunidad. Sabía perfectamente a qué amiga se refería, las había visto hacía un rato sentadas en una mesa.

—En eso te doy la razón. Si es una buena amiga estará preocupada por tí —dijo despreocupado.

—Claro que lo es. —Ayla se ofendió ante su comentario—. Nastasia es la mejor amiga que uno puede tener.

—Perdona, no fue mi intención decir eso. Pero tienes razón, deberíamos buscarla y tal vez es buena idea que os vayáis a casa, los padres de tu amiga pueden estar preocupados —probó suerte.

—¡Já! No lo creo —rió. Intento fallido.

Se sentía mal por hacer eso. Intentar sacar información para su propio interés a una mujer borracha no era de buen gusto. Además no era una mujer cualquiera, eran tan guapa que le costaba dejar de mirarla. Llevaba las ondas pelirrojas recogidas a un lado de su cuello, dejando al descubierto la blanca y fina piel de su rostro.

—Sé que este encuentro es un poco incómodo para los dos, pero créeme que estoy aquí solo para pasar un buen rato. —Se prometió a sí mismo no intentar sacar más información.

—Nunca creí que un hombre como tú frecuentase una discoteca como esta. No te pega nada. —Ayla cambió de tema con brusquedad. A esas horas de la noche y con todo el alcohol que corría por sus venas, era incapaz de mantener una conversación fluida.

—Vaya... Y, ¿por qué no? —cuestionó. La afirmación de la joven le había dolido un poco. Aunque en el fondo tenía razón, ese no era lugar para él—. ¿Crees que soy demasiado mayor para entrar en una discoteca?

—No, solo... Demasiado estirado. —Los borrachos y los niños siempre decían la verdad.

—¿Cuántos años crees que tengo? —preguntó él ante la mirada atenta de aquel par de ojos azules. Tampoco era mucho más mayor que ella y aunque no lo dijo, ese lugar tampoco le parecía el más adecuado para Ayla.

Ayla dudaba si contestar o no. Ian llevaba una camisa azul claro con las mangas remangadas a la altura de sus antebrazos que, por cierto, eran bastante musculosos. La llevaba bien metida por sus vaqueros negros y desgastados. Tenía un aspecto juvenil y no creía que tuviera más de treinta años. Se mordió la lengua, no debería haber dicho eso. Realmente la edad del policía no era asunto suyo.

—¿Ayla? —Ian dio un paso hacia delante para llamar su atención. Un

cambio notable se produjo en el rostro de la chica y él se preguntó si sería por el acercamiento—. ¿Estás bien?

—Creo que sí... —suspiró.

—¿Dónde está tu amiga?

—Has dicho que no estás trabajando. —Ella le apartó la mano que la sujetaba—. ¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Solo estoy preocupado, no te lo tomes a mal. Has bebido demasiado y en tu estado cualquiera podría aprovecharse de tí. —Su voz era suave, como cuando alguien intentaba consolarla. Si no fuera porque no dejaba de mirarla a los ojos...

—Entonces, ¿tú quieres aprovecharte de mi? Tú eres cualquiera. —Se mordió los labios y decidió callarse. Se le iba la lengua demasiado y estaba tratando mal a una persona que sólo había intentado ayudarla desde el primer día que la vio.

—Pues este cualquiera —recalcó su última palabra—. Es un hombre decente. No puedo negar que eres muy atractiva porque estaría mintiendo, pero eso no quiere decir que yo... —Ian estuvo a punto de coger sus manos con fuerza y esposarla. Era una desagradecida que estaba desaprovechando la ayuda que él le brindaba. Intentó serenarse, al fin y al cabo esa chica estaba tan borracha que ni siquiera sabía dónde estaba puesta.

—Perdona.

Sin poder ocultar la emoción que sentía al saber que él la consideraba guapa, desvió su mirada al suelo y sonrió con timidez.

—Vamos, te llevaré a tu mesa. —Él se apartó de ella y alargó una mano para tomar su brazo—. No quiero que me vuelvas a acusar de no ser un caballero.

—Ahora sé que sería una grave acusación. —Ella soltó una risilla—. Además, si te propasaras conmigo, tendrías un castigo que no podrías soportar.

—¿Ah sí?

Ian sostuvo la puerta para que ella pudiera pasar y el fuerte ruido tapó aquella conversación que había empezado a animarse un poco.

Ayla llegó a la mesa, seguida de cerca por Ian. Para su sorpresa estaba vacía, Nastasia ya no estaba. Cuando se dio la vuelta para intentar encontrarla con la mirada, un camarero se les acercó.

—La señorita que estaba con usted se fue hace diez minutos con un amigo. Me dijo que no te preocuparas por ella y que ya tienes un taxi pagado y esperando abajo.

El camarero se fue dejándolos de nuevo a solas y Ayla se cruzó de brazos, enfadada. Un gesto tan simple como ese hizo que se tambaleara y que fuera

necesaria la ayuda del policía una vez más. La sujetó con firmeza por los hombros y consiguió estabilizar su equilibrio.

—No me puedo creer que me haya dejado aquí tirada. Me va a escuchar... —murmuró para sí misma. No quería que Ian la escuchase y lo consiguió.

La música estaba tan alta ahí dentro que era casi imposible comunicarse. El policía acercó la boca a uno de sus oídos y gritó:

—Yo te llevo a casa, no te preocupes. Tengo el coche fuera. Voy a avisar a mi amigo, dame un momento.

Agarró a la joven de la mano para guiarla entre la marabunta de gente que los separaba de Jon. Ambos se sintieron algo incómodos por el agarre pero ninguno se soltó. Su amigo ni siquiera preguntó nada, al ver a la pelirroja dio por hecho que había ligado y que se la llevaba a casa. Sonrió con picardía y le guiñó un ojo.

—Pásalo bien, colega —dijo con sorna.

—No es lo que tú crees, mañana te llamo. —Ian se dio cuenta de que sería inútil intentar convencerlo de lo contrario así que lo dejó por imposible y se dirigió hacia el exterior.

El aire fresco de la noche les dio la bienvenida, ayudándolos a dejar atrás el jaleo que había en la discoteca y para Ayla fue una bendición, ya que le ayudó a despejarse un poco.

No tardó en tiritar, algo que no era normal en ella pero no la importó. Si se dejase llevar por sus ganas, se quedaría durmiendo toda la noche bajo el manto de estrellas oculto por los edificios de Marbella.

—¿Tienes frío? —Pensó que era normal tal y como iba vestida y teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que había ingerido.

Llevaba un vestido azul oscuro y brillante, bien ajustado a sus curvas. No tenía mangas y el escote daba trabajo a la imaginación. Ayla no solía vestir así pero su amiga se lo había prestado y no era justo protestar.

Ian pasó su brazo por encima de sus hombros y le frotó el brazo con fuerza, intentando estabilizar su temperatura corporal. Si algo no entraba dentro de sus planes, era cuidar de la principal sospechosa del caso más difícil de su carrera. Pero no le importaba hacerlo, incluso le gustaba.

—Un poco. ¿Dónde está mi taxi? El camarero dijo que estaría aquí.

—Se habrá cansado de esperar o tal vez otra persona aprovechó la oportunidad. Pero no te preocupes, ya te he dicho que yo puedo llevarte. —Ian no se fiaba de ella. Estaba demasiado alicorada y no era prudente que se fuera en taxi.

—Pero tú también has bebido. —Ayla frunció el ceño, enfadada. Gesto que al policía le causó gracia—. ¿De qué te ríes?

—Puedes estar tranquila, sólo he bebido un par de cervezas. Soy un hombre responsable, pelirroja.

—¿Pelirroja? —Ayla parpadeó con velocidad.

Nunca pensó que ese policía la llamase así. Eso la llevó a pensar que ese hombre estaba muy desencaminado de la verdad, ni siquiera sabía que ella no era pelirroja y que realmente, su pelo era castaño. Llevaba tanto tiempo usando la peluca que a veces hasta ella misma lo olvidaba. Sólo Vladimir y Luca sabían la verdad.

—¿Tanto te molesta? Lo siento, no era mi intención —dijo sorprendido.

—Pues sí, me molesta. —Enfrentó la mirada de ese hombre. Aunque enseguida se arrepintió porque lo único que podía pensar era en lo guapo que era.

—¿Por qué no buscas un mote para mi? Así estamos iguales. Para que veas lo que es una persona madura que no se enfada porque alguien le llame por un simple e inofensivo apodo —la retó.

—Puedes estar seguro de que lo haré —respondió con tono juguetón. Ian sonrió ante su actitud, parecía una niña pequeña atrapada en el cuerpo de una mujer. Y qué mujer.

Ya en el coche Ian encendió la calefacción y un desagradable olor inundó sus fosas nasales. No lo recordaba con exactitud pero estaba casi seguro de que era la primera vez que utilizaba ese extra de su coche desde que lo compró. En un lugar como Marbella no era habitual utilizar la calefacción en un vehículo pero era necesario. La chica tenía frío y quería ayudarla.

Condujo en silencio durante todo el camino hasta casa de la joven sin preguntar siquiera dónde era, él lo sabía bien. De vez en cuando giraba la cabeza para mirarla, ella se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el cristal de la puerta y sus ojos vagaban una y otra vez por sus piernas desnudas, tan bonitas y tonificadas.

—Despierta pelirroja, ya hemos llegado —dijo con calma para no asustarla.

La cabeza de Ayla recibió un maravilloso rayo de lucidez. ¿Cómo iba a meter en su casa a un policía que la seguía de cerca? Tenía un arma en casa, Ernesto la obligaba a tenerla cerca para protegerse en caso de que fuera necesario. No la usaba para nada malo pero sabía que un policía siempre veía las cosas de otra manera y cualquier cosa que viera lo utilizaría como indicio y lo que menos quería ella es que ese hombre descubriera algo.

No iba a invitarlo a pasar pero con lo caballeroso que fingía ser, estaba segura de que no se iría hasta verla a salvo dentro de su casa. Pensó con rapidez y una idea absurda cruzó por su mente. Cogió su bolso con dificultad y comenzó a revolver en el interior.

—¿Necesitas ayuda? —Ian se estaba cansando de verla revolver sin éxito.

—Oh por Dios. Que tonta soy... —Se frotó las manos contra su cara—. Creo que he perdido las llaves de casa.

—Podemos volver a la discoteca y preguntar a los camareros. A lo mejor alguien las ha encontrado y las ha entregado en la barra. —Su instinto de policía se puso alerta. La chica estaba mintiendo, estaba seguro pero no podía demostrarlo.

—No, estoy demasiado cansada. Mañana iré a hablar con el personal. —Ese comentario confirmó sus sospechas.

Ian sabía que le estaba mintiendo y en cierto modo la entendía. Él, al fin y al cabo, era policía. Y ella la sospechosa del caso que él llevaba. En cuánto la idea pasó por su mente supo que no era lo correcto y que no debía hacerlo. Pero no tenía más opciones, no podía dejarla allí sola, borracha y muerta de frío.

—Puedes quedarte en mi casa. El cuarto de invitados está un poco destartalado pero hay una buena cama —ofreció.

—No creo que sea buena idea. Puedo intentar hablar con Nastasia y...

—Nastasia se fue con un amigo, no creo que pueda cogerte el teléfono —sonrió. Ayla sabía que tenía razón.

—Es que no sé si es prudente...

—No te preocupes, no seas cabezota. Un buen policía siempre está dispuesto a socorrer a un ciudadano, ¿no? Pues resulta que yo soy un buen policía.

Ayla sonrió ante su comentario y asintió. No sabía por qué pero en el fondo no le parecía tan mala idea dormir en casa de aquel hombre.

## 12

A pesar de la pelea que estaba manteniendo con sus párpados, era casi imposible ver con claridad. Después de haber estado investigándolos a él y a su compañero, ver su casa por dentro era una oportunidad de oro pero en lugar de aprovecharla, sólo podía concentrarse en no besar el suelo.

Ian la condujo a través de un corto y estrecho pasillo hasta la última puerta, que estaba entreabierta y enseguida supo que era el lugar donde ella iba a pasar la noche.

—Puedes quedarte aquí, es la habitación de invitados. No es una suite pero ya verás como la cama es bastante confortable.

Aquel hombre estaba siendo amable y educado con ella, eso nadie podía negárselo. Pero lo que no tenía era habilidad para la decoración.

La cama ocupaba la parte central de la estancia, flanqueada por una única mesilla de noche. Junto a la puerta, una butaca negra de piel descansaba sobre una alfombra color mostaza. Ni armarios, cómodas, cortinas o algún tipo de adorno. Ian pareció darse cuenta del escrutinio de Ayla e intentó aclarar la situación, un poco avergonzado.

—Estoy remodelando este lugar, pronto va a ser ocupado y estoy sacando unos muebles para meter otros.

Pensó en comentarle que su hija estaba a punto de irse a vivir con él pero prefirió obviar esa información. Aunque en ese momento fuera una mujer en apuros, no dejaba de ser la principal sospechosa del caso más difícil de su carrera. Cuánto menos supiera de él, mejor.

—¿Cómo sabes que la cama es cómoda? ¿La has probado? —preguntó con picardía, gesto que le sorprendió incluso a ella misma.

—Bueno... La verdad es que no, pero me recomendaron mucho ese colchón en la tienda donde lo compré. —Ian se encogió de hombros y apartó la vista.

No había ningún motivo para seguir hablando con esa mujer, era evidente que necesitaba descansar y dormir la mona. Quedarse allí mientras ella se acostaba podía llevar a confusiones y eso no era lo que quería. La pelirroja era atractiva y podía llegar a ser una tentación enorme, más aún después de aquella mirada que acaba de lanzarle.

—Será mejor que me vaya. Te vendrá bien descansar.

La pelirroja asintió, dejando ver que estaba de acuerdo. Pero no pudo evitar clavar la vista en los labios de Ian. Su cerebro, a pesar del alcohol, le gritaba a voces que no lo hiciera pero no estaba segura de poder sujetarse. Cuando sus miradas se encontraron, ella se sintió desnuda ante los ojos de aquel hombre que la observaba con lo que parecía curiosidad.

Ayla dio dos pasos hacia él, hasta quedar lo suficientemente cerca y se puso de puntillas, con la clara intención de besarlo.

Ian se dio cuenta de lo que ella pretendía hacer y se apartó con delicadeza hacia atrás, a la vez que colocaba las manos sobre sus hombros. La joven no se esperaba esa reacción así que se estremeció de vergüenza y se mordió los labios. Si había algún momento oportuno para pedir que la tierra la tragara, era justo ese. ¿Cómo había podido intentar besarlo? ¿En qué estaba pensando?

—Discúlpame, no sé por qué hice eso... Yo... —No sabía cómo salir del paso ni qué decir para sentirse un poco menos ridícula.

El policía vio el bochorno en sus ojos y sintió lástima por ella. Su intención no había sido hacerla sentir incómoda, es más si se hubiera dejado llevar, él mismo habría correspondido a ese beso. Pero simplemente no le pareció el momento, no quería aprovecharse de una mujer en semejante estado de embriaguez.

—Tranquila, no te apures. El alcohol a veces nos vuelve locos. —Se encogió de hombros y palmeó su espalda, en un intento de animarla antes de irse y dejarla sola en la habitación.

El golpe de una ventana al cerrarse la sacó del estado de sueño en el que se encontraba. A pesar de que el sueño era más fuerte que ella, se había pasado la noche entre velada, sin poder asegurar si estaba dormida o despierta.

No había podido apagar la luz, cada vez que lo intentaba todo a su alrededor daba vueltas y tenía que levantarse corriendo al baño para vaciar el contenido de su estómago.

No tenía ni idea de que hora sería pero un apetitoso olor a café inundó sus fosas nasales, despertándola del todo. La cabeza le palpitaba como si tuviera el mismísimo corazón dentro de ella y la sequedad de su boca le provocaba una sensación desagradable. Se incorporó con dificultad, intentado obviar el mareo que se apoderó de ella y puso sus pies descalzos sobre el frío suelo.

Aún llevaba el vestido del día anterior pero al menos Ian la había ayudado a descalzarse. ¿Qué habría sido de ella si no hubieran coincidido en la discoteca? Tal vez habría seguido bebiendo hasta perder el control de sus actos. Podría incluso haber terminado durmiendo en un cajero automático y eso con suerte de



que nadie se hubiera aprovechado de ella.

Unos golpes en la puerta captaron su atención. Se levantó con cuidado y fue a abrir la puerta lo más rápido que pudo.

—Buenos días —saludó Ian, cordial—. Venía a ver si estabas despierta y querías desayunar. Te vendrá bien meter algo sólido a ese estómago.

Ayla asintió y sonrió, avergonzándose a medida que los recuerdos de la noche anterior golpeaban su mente una y otra vez.

—No deberías haberte molestado. Bastante has hecho con prestarme una habitación y con soportarme anoche. —Quería sacar el tema para disculparse y restarle importancia pero las palabras no acudían a su boca.

—Necesitas reponer fuerzas. ¿Te duele la cabeza?

—La verdad es que sí. Estoy un poco preocupada porque no recuerdo nada de lo que pasó anoche. ¿Hice algo inapropiado? —preguntó fingiendo desinterés. Era la peor excusa del mundo y no estaba segura de que le funcionase. Pero era mejor eso que pedir perdón por haber intentado besarlo.

El silencio se hizo denso y los envolvió como si de una nube se tratara. Ian dio un paso hacia delante y ella sintió que todo su cuerpo reaccionaba ante la repentina proximidad.

—Creo que no. Intentaste besarme pero no puedo culparte, sé que las mujeres me ven irresistible. Eso sí, sólo cuando han bebido de más —rió, intentando calmarla. Se había dado cuenta de que se acordaba perfectamente de todo.

Ayla retrocedió y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Lo siento, Ian. Anoche estaba bastante borracha, no fue mi intención ofenderte. No sé en qué podía estar pensando... —Oír su nombre saliendo de los labios de aquella mujer le resultó agradable, aunque no sabría explicar el motivo.

—Disculpas aceptadas, no hay de que preocuparse. Veo que tienes claro que fue un error que no puede repetirse. Para mí sería muy incómodo que no fuera así, no me gustaría que confundieras mi ayuda con otra cosa —aclaró.

Él era un buen policía y un buen hombre. Y si sus sospechas eran ciertas, la mujer que tenía delante podía ser la mejor mentirosa del mundo. No le convenía tenerla demasiado cerca, se sentía tentado y eso era muy peligroso para su trabajo.

Ayla supo enseguida que no la había creído. No estaba acostumbrada a que la pillasen en sus mentiras y pensó que a partir de ese momento tendría que andarse con cuidado.

—Todo aclarado, entonces. —Juntó las palmas de sus manos—. ¿Crees que

puedo llamar a mi amiga? Me gustaría que viniera a buscarme y me trajera algo de ropa.

—Claro, hazlo. Me ofrecería encantado a llevarte a tu casa pero justamente hoy no puedo moverme de aquí. Me van a traer los muebles que faltan y no me han avisado de la hora —mintió.

Podía llevarla sin ningún problema pero entonces no vería a Nastasia y eso le interesaba. No tendría mejor oportunidad de acercarse a ella sin levantar sospechas. Había ayudado a una sospechosa en apuros y se merecía aunque fuera esa pequeña recompensa.

Mientras la joven hacía la llamada, Ian sirvió el desayuno. Café recién hecho, zumo recién exprimido y unas tostadas con mantequilla y mermelada.

El estómago de Ayla rugió de hambre y pensó que no habría mejor manera de esperar, que probando esas maravillosas delicias.

Cuando el timbre de la puerta sonó, la joven limpió sus labios con una servilleta y se puso de pie de un salto. Ian la observó, a pesar de que el sexy vestido que portaba estaba prácticamente destruido, le sentaba a las mil maravillas. Resaltaba sus curvas y sus tonificadas piernas. Cuando sus ojos llegaron al trasero, tuvo que tragar con fuerza su último sorbo de café para no atragantarse.

—Ya voy. —Luchó para dejar de mirar a esa mujer y volver a la realidad. Su plan para obtener información estaba a punto de empezar y necesitaba tener todos sus sentidos alerta.

Sin decir nada más, Ian tiró hacia abajo de la manilla de la puerta y recibió a Nastasia, que se encontraba deslumbrante frente a él. Llevaba puesto un vestido negro que le llegaba hasta las rodillas y unas sandalias plateadas. Se reiteró en lo que había pensado la primera vez que había visto una foto suya en un expediente y es que era una verdadera belleza; nariz recta, labios carnosos bien definidos y unas facciones casi perfectas. Eso sí, parecía poco natural.

—¿Hola? Le llamaría por su nombre pero no le conozco de nada —rió escandalosa—. He venido a recoger a mi amiga. —Su acento ruso era más que notable. Tenía delante de él a la mismísima hija de Lena Petrov.

—Tienes razón, disculpa. Soy Ian Arias —dijo mientras estiraba la mano para saludarla.

—Nastasia Petrov.

Ella tomó su mano y le dio un suave apretón, estudiando con atención al hombre. Era muy guapo, pero parecía demasiado mayor para su amiga. ¿Dónde se habían conocido? ¿Por qué Ayla no lo habría mencionado antes?

—Hola, amiga. Gracias por venir a recogerme. Espérame aquí, ahora vuelvo.

—Pasa, Nastasia. No te quedes en la puerta. ¿Te apetece un café mientras esperas? — La rusa no se sorprendió de su amabilidad, siempre había pensado que los hombres de esa edad estaban anticuados y por eso se comportaban así. Para Nastasia en cuánto pasaban de los treinta, estaban rozando la vejez.

—Claro —sonrió—. Muy amable. —Ayla cogió la bolsa de ropa que le tendía su amiga y se fue directa a la habitación en la que había pasado la noche. Oportunidad que Ian no estaba dispuesto a desperdiciar—. Y no tardes, mi madre me está esperando —advirtió.

—¿Con leche? —El policía ya tenía el café listo en una de sus mejores tazas, por no decir las únicas. Sonrió y la rusa le devolvió la sonrisa mientras se sentaba en una silla.

—Sí, por favor. Soy incapaz de tragar el café sólo. Siempre lo tomo con leche y con dos cucharadas de azúcar. —Ian le sirvió la leche hasta que ella le dijo que era suficiente y se sentó frente a ella.

—Me suena mucho tu apellido —dijo quitando importancia al comentario.

—Oh, si ya... —parecía ofendida—. No le suena mi apellido. Le suena porque es el apellido de mi madre. Tiene dos restaurantes en Puerto Banús y es bastante conocida.

—Puede que sea por eso, sí. —Ian dio un sorbo a su café y se fijó en que el tono que usaba esa joven para hablar de su madre, denotaba algo parecido al odio—. ¿Le va bien en sus negocios?

—Sí. —Rodó los ojos—. Y por eso tengo prisa. Se ha comprado un local o un edificio nuevo, no sé, algo así... Piensa abrir otro restaurante —sopló.

—Mi más sincera enhorabuena, entonces. Me alegro mucho de que las cosas os vayan tan bien. Me gustaría conocer ese lugar, ¿lo abrirá cerca de los otros dos? —No quería preguntar directamente. La rabia que esa muchacha sentía por su madre podía palparse en el ambiente pero no era ninguna tonta y podía darse cuenta de que su amabilidad no era nada más que un simple interrogatorio.

—No está muy lejos. ¿Conoce el edificio Poseidón?

—Sí, sé por donde queda. Es un buen lugar, está bien situado. —Era cierto que le sonaba el nombre de aquel edificio, aunque no recordaba el por qué. Fingió que sabía dónde estaba, no quería pedir demasiadas explicaciones.

Se apuntó en su lista mental llamar a David, iba a hacer caso a su padre y pensaba seguir la pista a Lena Petrov.

—Ya estoy lista. ¿Nos vamos? —Ayla entró en la cocina. Se había lavado la cara y los restos de maquillaje que salpicaban su rostro habían desaparecido. Su

pelo, que parecía una gran maraña, ahora caía ondulado y desenredado sobre sus hombros. También se había cambiado de ropa; llevaba puesta una bonita blusa rosa con encajes que hacía juego con su falda lisa y de color blanco. Ian se sintió seducido por aquella imagen, impresionado por la belleza de aquella joven. Aunque el recuerdo que guardaba en su memoria de la noche anterior también se le antojaba divertido.

—Vámonos.

Nastasia dejó la taza encima de la mesa y se puso de pie. Cogió su bolso y miró de reojo a Ian. Ese hombre tenía algo que no terminaba de convencerla, pero ese pensamiento desapareció tan rápido como surgió.

—Gracias por todo. —Ayla se acercó a Ian y reprimió las ganas de darle un beso en la mejilla. En lugar de eso, le tendió la mano.

Ian se quedó desconcertado, había dado por hecho que Ayla se despediría de él con un par de besos pero no fue así. Agarró la mano que ella le ofrecía y la estrechó con fuerza.

Sintió ganas de tirar de ella hacia sí y darle él mismo los dos besos pero se contuvo.

—Alguien tenía que hacerlo. He disfrutado de tu compañía, Ayla. —Ian la tomó por el codo y la condujo hasta la puerta.

Nastasia se quedó a un lado, observando maravillada la incómoda conversación que mantenían esos dos. Le pareció que entre ellos había atracción pero no podría asegurarlo. Conocía bien a su amiga y sabía que ella sí se sentía atraída por ese hombre pero a él no lo conocía de nada.

—Ha sido un placer conocerle, Ian. —Le dijo Nastasia mientras salía por la puerta.

—Igualmente.

# 13

Ian cruzó las puertas de la comisaría mientras el policía de guardia le observaba tras el cristal blindado. Cuando estuvo cerca de él se puso en pie.

—Buenos días, Ian. Hoy llegas pronto.

—Tengo mucho trabajo —dijo entusiasmado.

Su compañero no se sorprendió al ver a Ian contento por ir a trabajar. No conocía a ningún policía con más vocación que él.

—David llegó hace diez minutos. —Pulsó el dispositivo de entrada, facilitándole el acceso a la comisaría.

En cuanto estuvo dentro, caminó por el pasillo con rapidez. La moqueta azul amortiguaba las pisadas de sus zapatos, evitando que alguien advirtiera su llegada.

—Ey, Ian... —David salió de la oficina de Ramírez y se acercó a él—. Parece que estás de buen humor.

—Tengo una pista, ven conmigo.

Entraron en la última habitación del pasillo; un pequeño espacio que solían utilizar para guardar toda la documentación sobre casos sin resolver, ya fuera por falta de pruebas, desapariciones de sospechosos...etc. Lo único que había allí dentro eran armarios repletos de cajas y carpetas etiquetadas con el número de investigación.

—Me tienes intrigado. ¿Qué has descubierto?

—Aún nada. Pero puede que estemos cerca de algo. Ayer averigüé que Lena Petrov va a abrir un nuevo restaurante en el edificio Poseidón. Al parecer, lo acaba de comprar. Me suena el nombre y sé que está relacionado con algún caso que llevó Murillo hace algún tiempo. ¿Podrías cotejarlo en la base de datos? Tal vez si sabemos quién le ha vendido ese edificio, podamos acercarnos.

David ni siquiera le contestó, asintió y salió de allí a toda prisa. Apenas veinte minutos después volvió a entrar en aquel lugar con dos cafés y un buen montón de papeles en su mano.

—Tenías razón. Tenemos una pista.

—¡Si! —gritó Ian mientras hacía un gesto de triunfo con su brazo derecho—. Al lío.

—Vale, he buscado en la base de datos. Y efectivamente, Lena Petrov acaba

de comprar el edificio Poseidón. El antiguo dueño era un tal Vladimir Sokolov. He llamado a Murillo y me ha dado toda la documentación del caso.

Ambos miraron al montón de papeles que los observaba desde el centro de la mesa y suspiraron. Tenían trabajo para rato.

Dos horas después, David estaba empapado en sudor. En aquella habitación no había aire acondicionado e Ian no había querido parar ni un sólo segundo. Necesitaba refrescarse un poco y fumar un cigarrillo.

—Tío, tengo que parar un momento. Este calor me está matando.

Ian levantó la vista del último informe que le quedaba por leer.

—Vamos a hacer un resumen. Después nos tomamos un descanso. ¿De acuerdo? —David asintió sin ganas.

—Vladimir Sokolov, de nacionalidad rusa y con cuarenta y ocho años de edad. Llegó a España hace siete años, dejando en Rusia tres hermanos, dos varones y una mujer. Casado al poco tiempo con una mujer española, bastante más joven que él. Alexia Jiménez, de 28 años. Según los datos que pudo recabar Murillo, este hombre se dedica a gestionar sus bienes inmuebles. Compra y vende edificios. Hace un año fue investigado por blanqueo de dinero. Al parecer uno de los confidentes de Murillo le habló de él. Había matado a su mujer por una deuda que él había adquirido.

—¿Qué clase de deuda? —interrumpió David, concentrado de nuevo.

—Nunca lo sabremos. El mismo día que Murillo fue a interrogar a su confidente, lo encontró muerto en su casa. Con una soga atada al cuello.

—¿Se suicidó?

—No encontraron pruebas de lo contrario. Pero Murillo cree que no fue así. Por suerte es un policía muy meticulado con sus informes y está todo detallado al pie de la letra. Cree lo asesinaron.

—¿Vladimir?

—¿Cómo saberlo? —Ian se encogió de hombros—. No encontraron pruebas, ni huellas... Nada de nada.

—Entonces, ¿por qué Murillo cree que lo asesinaron? —David necesitaba atar cabos.

—El confidente le confesó que trabajaba para Vladimir. Este le pagaba mucho dinero por llevar un coche de España a Marruecos. Nunca supo que transportaba en ese coche. Pero en uno de sus viajes tuvo un accidente y despertó en el hospital.

Vladimir le dio una semana para pagar el valor de lo que se había perdido y

como no pudo reunir el dinero, mató a su mujer.

—Y ese fue el paso que le animó a confesar todo a Murillo. Quería vengarse de Vladimir.

—Así es. Pero después de su supuesto suicidio, el caso se cerró. —Ian levantó las cejas, esperando lo que iba a decir su compañero.

—¿Cerraron el caso después de semejante confesión?

Ambos se quedaron pensativos durante un momento, llegando por separado a la misma conclusión.

—Ese tipo está bien protegido —dijo Ian convencido.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, tenemos que andarnos con cuidado. Puede que alguien de dentro del cuerpo le esté cubriendo las espaldas.

—Necesitamos una orden de vigilancia. Vladimir no puede saber que conocemos su nombre o todo puede irse a la mierda. Y sólo hay un juez del que podemos fiarnos al cien por cien.

—Castro —afirmó Ian.

—¿Qué relación puede tener con Lena Petrov? Son demasiados cabos sueltos. ¿También trabaja para él?

—Necesitamos un listado de todas las propiedades que estén a nombre de Vladimir. Veamos si hay alguna coincidencia más con Lena. —David asintió de nuevo ante las palabras de su amigo.

—¿Y qué tienen que ver con todo esto la pelirroja y el tal Ernesto Carreño?

Ian resopló. Eran demasiadas preguntas sin respuesta. Aunque algo sí tenía claro. Todos y cada uno de esos nombres estaban relacionados entre sí, incluso Ayla, muy a su pesar.

—Tendremos que pedir otra orden de vigilancia. Debemos vigilarlos a todos de cerca y saber qué hacen a cada momento.

—Estoy de acuerdo con eso, David. También pediré autorización para colocar micros. —Ian se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

—¿Y dónde piensas colocarlos sin levantar sospechas? —David lo miraba, expectante.

—Eso déjame a mí —sonrió.

Una de las sonrisas más seductoras que podían verse, o eso habría pensado Ayla, que en ese momento estaba interrogando a su amiga sin duelo.

—¿De qué hablaste con él? —preguntó cruzada de brazos.

—De nada importante. Había oído hablar de mi madre, como todo el mundo. Y tu. ¿qué hiciste con él toda la noche? —Sonrió con picardía.

—¿Y tú qué le contaste? —La sacudió por los hombros, gesto que a su amiga no le gustó para nada.

—Oye, guapa. A mi no me trates así. No le conté nada, sólo le dije que mi madre se dedicaba a la hostelería y que le iba bastante bien. ¿Quieres relajarte un poco?

Ayla se dio cuenta de que su amiga tenía razón. No quería confesarle que ese hombre era el policía que llevaba su caso y había sentido pánico al tener que dejarlos solos. Nastasia solía hablar de más y ella se jugaba mucho con todo eso.

—Perdona, amiga. —La abrazó—. No quería tratarte mal, es que tengo mucha resaca y estoy de muy mal humor. —Sonrió de medio lado.

La rusa la perdonó enseguida y correspondió a su abrazo. Se despidieron rápidamente; Nastasia había quedado con su madre y Ayla tenía que ir a trabajar por la noche.

Fue hasta su apartamento, se dio una ducha que la ayudó a relajar sus músculos y se vistió al fin con su ropa. Escogió unos pantalones vaqueros cortos, de los que su madre diría que no usase. La preguntaría que desde cuándo se pagaba dinero por pantalones que ya venían rotos. El recuerdo de su madre la hizo sonreír con nostalgia. Se puso una camiseta de tirantes finos color coral y unas chanclas a juego. Dejó preparada su bolsa para ir luego al trabajo dentro del coche y se dispuso a ir a su lugar favorito.

Necesitaba pensar, descansar y sentirse libre de todo lo que la ataba. Aún tenía quince minutos de viaje hacia el este y quería darse prisa para llegar antes de la puesta de sol.

Abandonó la A-7 por el desvío que siempre utilizaba y no tardó en vislumbrar la Torre Ladrones, que se abría paso imponente ante ella. No había necesitado leer mucha historia para adivinar que se trataba de una torre defensiva de origen romano. No se podía subir a lo alto, pero estaba segura de que las vistas desde allí serían maravillosas. A unos quince metros de altura seguramente podría vislumbrar toda la frontera marítima.

Aparcó su coche, aún de sustitución y recorrió el resto del camino a pie. Entró a la playa por la estrecha pasarela de madera flanqueada por cuerdas a ambos lados y lo que vio, relajó su cuerpo de inmediato.

Para Ayla, la playa de Artola, era la mejor de toda Marbella. Sí, era una playa nudista pero eso a ella no la importaba. Nunca se quitaba la ropa, sólo se sentaba allí, frente al mar y disfrutaba de la agradable sensación de libertad que le producía la naturaleza, sobre todo los narcisos que rodeaban todo el lugar.

Las imponentes dunas; la arena fina y dorada, y la brisa del mar, la hacían



sentir en otro lugar. Viajaba lejos de allí, olvidándose de policías, rusos y maletines. Y siempre volvía a los recuerdos de su infancia, momentos en los que había sido feliz de verdad y que no había sabido valorar. No vivían en una mansión, pero tenían un chalet bastante grande con piscina y una finca de casi ochocientos metros cuadrados. Su habitación era su guarida, siempre repleta de posters y muñecos de fantasía.

Viajaba allí, a esa habitación y escuchaba a su madre llamándola para cenar o a su padre rogándole que saliera de la piscina porque aún no había hecho la digestión.

*—Deja eso donde estaba, ¡ahora mismo!*

*—Ayla, déjame jugar contigo. Sólo media hora y a cambio, te hago la cama una semana.*

*—Pero si no sabes hacer la cama. —Ayla sonrió—. Está bien, juega con el muñeco pero sólo media hora y como lo rompas, te mato —amenazó cariñosamente.*

*—¡Gracias! —gritó mientras la abrazaba y se iba feliz con el muñeco entre sus brazos.*

Y rompió a llorar. Los recuerdos del pasado, unidos a los momentos que estaba viviendo en el presente, eran más fuertes que ella. Lloró allí, en una playa nudista durante un largo rato. Tanto como duró la puesta de sol.

No era el momento de flaquear, eso lo tenía claro. Se jugaba mucho, se jugaba lo más importante para ella y nadie iba a pararla. Aún no sabía cuál sería su siguiente paso, pero tenía que liberarse del yugo de Vladimir Sokolov. Y si para eso tenía que acercarse a Lena Petrov, estaba dispuesta a correr el riesgo.

¿Qué importaba si la mataban? Total, estaba muerta en vida desde que se lo habían llevado. Pasaba los días como si fuera un robot programado, haciendo lo que sabía que tenía que hacer y sin poder remediarlo.

Sintió envidia de Ian. Un hombre guapo que seguro que podía tener a la mujer que quisiera, educado y bien formado. Se dedicaba a lo que realmente le gustaba y estaba segura de que contaba con el apoyo de toda su familia. Tenía que admitir que estaba tentada de contarle todo y pedirle ayuda, si alguien podía ayudarla, ese era él. Pero si Vladimir se enteraba, si él sabía... No, no podía hacerlo. Tendría que enfrentarse a todo ella sola, como había hecho desde hacía varios años.

*—¡Qué guapa estás! —Luca la recibió con un abrazo como siempre hacía. Y colocó un par de pelos que sobresalían por debajo de la mata de pelo pelirrojo.*

—Gracias, por las dos cosas. —Sonrió—. ¿Tendremos mucho trabajo hoy?

—Hoy no tenemos actuación, supongo que será una noche normal. Aunque no sé si sabes algo ya de lo que es normal. —Luca bajó el tono de voz—. Me preocupan mucho esas dos persecuciones, Ayla. Deberías hablar con ya sabes quién y pedirle que te proteja... O tal vez lo mejor es que hables con la policía.

—¡Chst! —Agitó sus manos arriba y abajo—. No digas eso y mucho menos aquí. ¿Te imaginas que Ernesto te escucha? Ya hablé con él y me aseguró protección.

—Tal vez ese guapo policía pueda protegerte mejor... —dijo con picardía. Luca era gay y desde el momento en el que Ayla le había enseñado toda la información que había conseguido Mateo, donde había una foto de ambos policías, había quedado prendado de Ian.

—Que tonto eres. —Le dio un codazo cariñoso.

—¡Madre mía! —gritó Luca de repente.

—¿Qué pasa? —Ayla se asustó.

—Ernesto me dijo que fueras a su despacho nada más llegaras. Había olvidado decírtelo. —Se tapó la boca con las manos. Era tan exagerado...

—Joder, otra vez...

—Sí y voy a acompañarte. Me niego a que lleves otro maletín tu sola.

—No te preocupes, dos hombres de Vladimir me van a seguir de lejos. Si pasa algo ellos me protegerán.

—Entonces, hagamos un trato —propuso—. Cuando termines, vienes a dormir a mi casa. Acabo de alquilar Dirty Dancing y tengo un montón de palomitas y chuches. ¿Qué me dices?

Era imposible resistirse a ese plan. Pasar tiempo con Luca era lo que más la distraía. Él era la única persona que sabía todo sobre ella, ni siquiera Nastasia sabía nada. Con él podía comportarse con naturalidad y no necesitaba estar todo el tiempo pendiente de cómo hablar y de cómo actuar.

# 14

—¿Por qué no lo haces tú? Sabes que odio esto... —David estaba en la oficina de Ian, con la parte de arriba de su cuerpo al descubierto.

El becario que estaba en prácticas le colocaba un micro bajo la atenta supervisión de Ian.

—Su hija me conoce. Además, Ayla ya le habrá contado que soy policía. Si me infiltro yo, toda la misión puede irse a la mierda en menos que canta un gallo.

A pesar de que sabía que tenía razón, David entornó los ojos y resopló.

—Creo que ya está —dijo el joven, inseguro. Ian se acercó para observarlo todo con detalle.

—Muy bien chaval. —Palmeó su hombro a modo de felicitación—. Ya sabes colocar un micro. Puedes irte.

—¿Está todo preparado? —preguntó David, ansioso por beberse una buena cerveza.

—Sí, sólo falta que te coloques el uniforme de técnico. Recibí todas las autorizaciones a primera hora de la mañana y di la orden. Los informáticos han hecho que toda su red caiga y los encargados de la línea telefónica de la compañía atendieron su llamada apenas diez minutos después. Se ve que no puede vivir sin conexión. —Sacudió la cabeza de un lado de a otro.

A esas horas de la mañana el ajetreo en la comisaría ya era notable y por mucho que David intentara escapar de las miradas de sus compañeros, era una misión casi imposible.

Su mono de trabajo de color verde, con el logo de la empresa de telefonía, captó la atención de todos los presentes. El pasillo hasta el ascensor no era demasiado largo, pero sí lo suficiente para recibir algún que otro silbido y varios vitoreos.

Fuera les esperaba una furgoneta blanca, también con el logo de la empresa rotulado. Dentro había todo un equipo de sonido preparado y conectado al micrófono que llevaba David. Él conduciría hasta casa de Lena Petrov y nadie vería lo que viajaba en la parte trasera.

—¿Lo tenéis todo claro? —preguntó Ian antes de entrar en la furgoneta—. No quiero ni un sólo fallo. —Todos asintieron y fueron ocupando sus lugares

uno tras otro. Cuando David fue a hacer lo mismo, lo detuvo.

—Recuerda. Estaremos en contacto en todo momento por el micrófono. En el asiento del copiloto llevas una caja de herramientas, entra con ella a la casa. En el apartado pequeño está el micrófono, sólo tienes que retirar el papel trasero y quedará pegado donde lo coloques. No olvides hacerlo en un sitio discreto, pero dentro del despacho de esa mujer.

—Vale ya, Ian. No es la primera vez que me infiltro, por desgracia —resopló de nuevo.

Todos se colocaron en sus puestos y pusieron rumbo al restaurante de Lena Petrov. Aparcaron en la acera de enfrente, ya que justo a la puerta estaba todo ocupado. Esa distancia podía afectar a su conexión pero rezaron para que no fuera así. En la parte de atrás, Ian y otros dos compañeros, escuchaban la respiración acelerada de David que les llegaba a través de la señal del micrófono.

—¿Nos escuchas bien? —preguntó el experto en sonido.

—Ajá —respondió. No quería que nadie le viera moviendo los labios mientras entraba en el restaurante de la sospechosa.

Un hombre vestido de negro y con pinganillo lo detuvo colocándose frente a él antes de que pudiera ni siquiera poner un pie dentro.

—¿Quién es usted? —preguntó con un marcado acento ruso.

—Me llamo Fernando —dijo mientras señalaba el logo que llevaba impreso en su mono—. Vengo por una avería en internet, soy el técnico —dijo sonriente.

—Pasa. Primera puerta a la derecha —ordenó.

David hizo lo que le pedía pero antes de atravesar la puerta se volvió hacia el guardia de seguridad y le dijo:

—Habla con tu jefe, colega. Ese traje te tiene que matar de calor. —Y le guiñó un ojo.

El corpulento hombre pareció sorprendido por sus palabras y no respondió pero sí sonrió levemente ante su comentario.

—David, no te pases de listo —advirtió Ian desde el otro lado de la línea.

Al atravesar la puerta, una chiquilla de no más de veinticinco años salió a su encuentro. Llevaba el pelo recogido en un perfecto moño e iba vestida por completo de rojo. Una falda de tubo hasta las rodillas y una americana de manga larga a juego con sus zapatos de tacón.

—¿Es usted el técnico? —preguntó con la amabilidad que no había tenido el anterior hombre.

—Así es, ¿dónde se encuentra la instalación? —preguntó con interés.

—Sígame.

Hizo lo que le ordenaba y siguió a la joven. Lo primero que vieron sus ojos fue una lujosa recepción. Una mujer y un hombre estaban sentados detrás de un mostrador de mármol blanco, con dos ordenadores de última generación frente a ellos. El mostrador era tan alto, que sólo permitía que se vieran sus caras. Las paredes de aquel lugar estaban hechas de un material que no supo adivinar, pero desde luego, se parecía mucho al oro.

—Buenos días, caballero —saludaron al unísono. David respondió con un levantamiento de cabeza.

Atravesaron un pasillo dejando a la derecha un lujoso e inmenso comedor y accedieron a unas escaleras. No eran muchas ni estaban muy empinadas. El mármol del que estaban fabricadas era parecido al del mostrador de la recepción, pero la alfombra que descendía por ellas desde lo más alto, era de color gris perla y de un pelo tan suave, que te hacía desear deshacerte de tus zapatos. Una lámpara de araña alumbraba cada escalón hasta el final. Cuando llegaron allí, un largo pasillo se abrió ante ellos, tanto a la derecha como a la izquierda. La joven le guió hacia la izquierda, hasta la última puerta. Contó alrededor de cinco puertas antes de llegar al final. Y supuso que hacia el otro lado habría otras tantas.

—Es aquí —dijo mientras abría la puerta—. El router está en la mesa del fondo.

David asintió y estaba a punto de entrar cuando la chica le paró.

—No toque nada que no sea estrictamente necesario —advirtió—. La señora es muy cuidadosa con sus cosas y no dudará en llamar a su empresa para poner una queja.

Cualquiera podía haber interpretado eso como una amenaza, pero el instinto de policía que David llevaba dentro, le dijo justo lo contrario. Le estaba avisando para que no tuviera problemas con Lena Petrov. Entró en el despacho y se dirigió al router directamente, seguido por ella.

—Encontrar la avería puede llevarme un rato. Si quiere la llamo cuando termine.

Ella le observaba con atención y estaba seguro de que así sería imposible colocar el micro sin que le viera. Evaluó rápidamente la estancia y enseguida encontró la única cámara de seguridad que había, justo encima de la puerta. Si se ponía de espaldas a ella y tapaba la mesa auxiliar donde estaba el router, podría colocarlo sin que lo grabaran.

—No se me permite dejarle sólo, señor. No se lo tome a mal, sólo recibo órdenes —se disculpó.

—No te preocupes, guapa. —La sonrió, seductor—. Me agrada tu compañía. No había terminado de guiñarle un ojo, cuando Ian habló por el pinganillo.

—Nosotros nos ocupamos de eso, disimula. Haz como que estás buscando el fallo.

David hizo lo que le ordenaban y comenzó a revolver entre los cables. Apagó y encendió el router, fingió que lo conectaba a un aparato que llevaba en su caja de herramientas. Quitó el cable de alimentación y lo volvió a colocar... Las ideas se le estaban terminando cuando el teléfono de su nueva vigilante sonó.

—¿Qué? Podemos meternos en un buen lío. Ahora voy —dijo nerviosa—. Señor, vuelvo ahora mismo.

Y sin esperar respuesta, salió disparada por la puerta. No podía desaprovechar esa oportunidad, no sabía cómo se las habría arreglado Ian para sacarla de allí, pero en ese momento ni siquiera le importaba.

Se colocó frente a la mesa auxiliar de madera negra, tapando así la visión de la cámara de vigilancia y levantó el florero que había al lado. Sacó el micrófono de diminuto tamaño de la caja de herramientas y lo pegó por la parte de abajo. Allí nadie lo vería y estaba cerca de la mesa central del despacho. Podrían escuchar con claridad.

Oyó pasos que se acercaban y se apresuró a guardar en uno de sus bolsillos el papel que había estado cubriendo el pegamento del pequeño aparato. Sus manos comenzaron a temblar y el papel cayó al suelo justo en el mismo momento que alguien entraba por la puerta. Se incorporó con rapidez, tapando lo que podía delatarle con uno de sus pies.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó alguien de mal humor.

—Eh, soy el técnico. —El acento ruso de la mujer y las elegantes ropas que portaba, le anunciaron que se trataba de la mismísima Lena Petrov.

—¿Y qué hace aquí sólo? ¡SILVIA! —gritó. David pensó en la joven que había abandonado la sala con los nervios de punta.

La chica apareció apenas un minuto después, fatigada por la carrera.

—Dígame, señora —pronunció a duras penas.

—Vas a tener que explicarme qué demonios hace este hombre aquí sólo. —Comenzó a dar vueltas alrededor de ella.

—Christopher me llamó. La señorita Nastasia llegó en mal estado y tuve que bajar a ayudar, señora. —Su voz temblaba cuando terminó de hablar.

David dedujo rápidamente que no había sido necesario hacer nada para sacar a esa chica de allí, la hija de la rusa les había ayudado sin siquiera saberlo.

—Joder con la niñata —escupió—. Y usted, ¿ha terminado?

—Sí, sólo me queda recoger un cable y ya me voy. —Sonrió con amabilidad y se agachó, aprovechando la oportunidad para coger el papel blanco y circular que se le había caído.

Cuando estaba a punto de levantarse, vio algo por la parte de abajo de la mesa que llamó su atención. Era un pendrive sujeto a ésta con un trozo de cinta aislante. Pensó con rapidez sin saber muy bien qué hacer.

—Listo, esto ya está. ¿Podrían indicarme dónde está el baño? —Se le acababa de ocurrir una idea pero no estaba seguro de si debía llevarla a cabo, así que improvisó.

—¿Al baño? —preguntó Ian—. Sal de ahí, David. No cabrees más a esa mujer.

—Claro, Silvia le llevará. Gracias por sus servicios. —Lena Petrov abandonó el lugar y la empleada le llevó hasta los lujosos baños del restaurante.

—Debo irme, ¿sabe usted el camino a la salida?

—Claro. Gracias Silvia y espero que no hayas tenido problemas por mi culpa.

—coqueteó mientras escuchaba el resoplido de Ian por el pinganillo.

David se metió en una de las cabinas y se quitó a toda prisa el mono de trabajo que llevaba puesto, tirándolo en la enorme papelera que tenía a su derecha. Sacó el pañuelo de tela del bolsillo de su vaquero y se lo ató alrededor del cuello.

—David, ¿qué demonios estás haciendo? —Los policías que lo esperaban en la furgoneta estaban empezando a impacientarse.

—He visto un pendrive escondido debajo de la mesa —dijo con la respiración

acelerada—. Voy a volver a por él, el despacho está vacío.

—¿Estás loco? —gritó su compañero—. No podemos actuar fuera de la ley, eso es

robar. Joder, David no...

Le fue imposible acabar la frase, o al menos que David escuchase el final. Se quitó el pinganillo y lo metió en el mismo bolsillo del pantalón en el que había estado el pañuelo.

Salió del baño con cuidado, teniendo la buena suerte de que no había nadie hasta su llegada a las escaleras. Los recepcionistas estaban de espaldas a él y si era rápido, no conseguirían verle.

Cuando estuvo de nuevo en las escaleras, sacó su arma reglamentaria y utilizó el pañuelo que llevaba atado al cuello para taparse la cara. Desde ese

lugar todo estaba repleto de cámaras y no le convenía que nadie le viera la cara. Se asomó al lado izquierdo, adelantando su arma antes que su propia vista. Nada, pasillo vacío. Al igual que el lado derecho. Avanzó despacio, intentando no hacer ningún ruido que alertara a alguno de los matones que rondaban el edificio. Justo cuando entraba en el despacho de Lena, el hombre vestido de negro que había estado antes en la puerta apareció en lo alto de las escaleras.

—¡Alto! —gritó mientras sacaba su arma y disparaba contra David.

Este entró en el despacho justo a tiempo de evitar la bala y puso una de las estanterías en la puerta, intentado que resistiera a los embistes del gorila que había en el pasillo. Fue corriendo hasta la mesilla auxiliar y se agachó, arrancó la cinta aislante que sujetaba el pendrive y lo guardó en un buen lugar.

Los golpes en la puerta eran cada vez más fuertes, ese hombre estaba a punto de derrumbar la puerta y estaba seguro de que no dudaría en acabar con él. David se colocó al lado derecho de la estantería que estaba venciendo, con la espalda apoyada en la pared y su arma apuntando directamente a la puerta. ¿Cómo se le había ocurrido meterse en ese lío? Si esos hombres lo pillaban harían picadillo con él y si conseguía escapar, cosa que estaba empezando a dudar, Ian le haría algo mucho peor.

Un último estruendo consiguió que el peso venciera y el hombre se precipitase en la habitación, buscando frente a sí al intruso. Lo que él no tenía pensado es que David estaba colocado justo a su lado, preparado para atacar. Disparó su arma directamente en el pie izquierdo de su atacante, haciendo que este cayera al suelo, muerto de dolor. Su choque contra la madera de importación envió su arma a la otra punta. Momento que el policía aprovechó para salir corriendo de allí y meterse de nuevo en el baño sin ser visto.

Justo cuando cerraba la puerta de la cabina tras de sí, comenzó a oír gritos, pasos y un montón de gente hablando atropelladamente. Se colocó de nuevo el mono de trabajo que había escondido en la papelera y se quitó el pañuelo. Salió del baño y fingió sorprenderse ante el revuelo que se había formado cuando pasaba por delante de la recepción.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es mejor que se vaya, parece que han entrado a robar —dijo Silvia que pasaba justo por detrás de él en ese momento.

Cumplir esa orden era lo que más deseaba en ese momento y así lo hizo. Abandonó el restaurante tan pronto como había entrado eso sí, con una única diferencia: al entrar estaba enfadado, frustrado y nervioso. Pero al salir, sentía la adrenalina correr por sus venas y una sonrisa de triunfo cruzó por su rostro.



# 15

Cuando salió del restaurante y vio que Ian no estaba, supo que lo que vendría de ahora en adelante no iba a ser nada fácil.

Sus otros dos compañeros tampoco estaban pero no tardó en verlos doblar la esquina hacia él con tres cafés en sus manos. Suspiró aliviado, al menos sólo Ian sabía la locura que acababa de cometer.

Ian no sabía cómo iba a reaccionar cuando viera a su compañero. Hasta ese momento siempre habían intentado basar sus investigaciones en un intento por entender la forma de actuar de cada criminal. Ambos opinaban que era la mejor forma de recopilar información. Pero, ¿robar? Eso había sido una imprudencia con todas las letras, por lo visto ya no tenían la misma manera de trabajar.

A lo mejor debía solicitar un cambio de comisaría para él o para David. Podía haber llegado el momento en el que no pudieran estar en el mismo lugar. Llevaba mucho tiempo siendo su compañero y si no fuera por eso, ya habría corrido a contarle todo a Ramírez apenas había atravesado la puerta de entrada a la comisaría. Pero eran muchos momentos juntos, no podía hacerle eso aunque se lo mereciera.

Había bajado del todo las persianas de su despacho, de forma que la única luz que lo iluminaba era la que proyectaba una solitaria lámpara de escritorio. Se sirvió una copa de vino espumoso de la botella que guardaba para emergencias dentro de su armario, y se sentó sobre su silla mientras se desabrochaba los botones de arriba de su camisa. Al menos daba gracias de que los otros dos policías hubieran salido a por unos cafés, porque si ellos hubieran visto lo que David había hecho... Lo más posible es que su carrera terminara ahí mismo y no era lo que quería para él.

Les había dejado una nota diciéndoles que se iba por una emergencia familiar y que ellos quedaban al mando. Si llegaban y no le veían ahí, podían sospechar que algo raro estaba pasando. Se había jugado la vida y toda una investigación, además del trabajo de casi tres semanas. ¿En qué demonios estaba pensando?

Alguien golpeando la puerta de su despacho le distrajo de sus propios pensamientos.

—¿Quién? —preguntó cortante. Pensó en esconder su copa de vino pero

descartó la idea de inmediato.

La puerta se abrió apenas una rendija, dejando los ojos de David al descubierto.

—¿Puedo pasar? —preguntó temeroso.

—No. —Su todavía compañero no le hizo caso, entró y se sentó en la silla que había frente a Ian.

—Vale, tío. Lo hice mal pero es que era la única...

—¿MAL? —gritó—. Lo has hecho peor que mal. No quiero saber nada de esto. ¿Qué es lo que quieres, que nos echen del cuerpo? Pues sigue así porque lo vas a conseguir. —Golpeó la mesa con sus puños y dio un buen trago de vino hasta dejar la copa vacía. Cogió la botella y se sirvió más.

—Lo sé, Ian. Pero ver el pendrive escondido ahí... Tuve un presentimiento y lo seguí, eso es todo. —Se encogió de hombros.

—¿Eso es todo? Acabas de cometer un robo en medio de una misión muy importante para el caso. Eso sin contar con que las cámaras no te hayan grabado, porque entonces... —Apretó los puños.

—Claro que me han grabado pero no te preocupes por eso, me quité el mono y me tapé la cara.

—¿Y lo dices así? Sólo te falta el pasamontañas para ser como uno de esos vulgares ladrones a los que persigues.

—Venga, Ian, por favor. Sabes que un juez, ni siquiera Castro, nos aprobaría una orden de registro. No tenemos nada contra esa mujer —habló con serenidad.

—Precisamente para eso estábamos allí, para colocar un micro y conseguir las pruebas necesarias —dijo como si estuviera hablando con un niño pequeño.

—Bueno, al menos tenemos el pendrive...

—¿Y de qué nos sirve? ¡Dime! ¿Vas a poder usarlo como prueba? ¿Cómo vas a justificar su procedencia?

—Eh... —Ian lo interrumpió.

—Y no pasemos por alto el detalle de que has disparado tu arma. No quiero saber donde has dado a ese tío pero si quiero saber cómo vas a explicar ese disparo.

—Ya hablé con Ramírez. Le dije que estaba limpiando mi arma y que se me disparó. —Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Y te ha creído? Alucinante.

—Bueno, vale ya. Lo he hecho mal y ya te he perdido perdón. No puedo volver el tiempo atrás. ¿Piensas delatarme? —Los ojos de David comenzaban a brillar, no supo adivinar si estaba a punto de echarse a llorar o simplemente su

rabia se reflejaba en ellos.

—No te voy a delatar, puedes estar tranquilo. Pero no quiero saber nada de esto... Ni siquiera quiero verte la cara en este momento.

—¿No vamos a mirar que hay en el pendrive?

—David, márchate...

Para cuándo hubo pronunciado esas palabras ya estaba sirviéndose la tercera copa de vino. David obedeció y abandonó su oficina cabizbajo pero sin arrepentirse de lo que había hecho.

Mientras los dos policías habían pasado la noche preparando el plan para entrar en casa de Lena Petrov, Ayla había pasado una noche muy diferente a la suya.

Cerró el pub junto a Luca y se despidieron en la puerta, quedando para después en casa de su mejor amigo. Ernesto le había dado el maletín que tenía que llevar, esta vez era bastante cerca. Apenas dos kilómetros andando en dirección al puerto que decidió recorrer a pie. La noche marbellí aún hacía estragos por sus calles. Turistas de todos los países imaginables las recorrían borrachos de un lado a otro, chocándose con los transeúntes o vomitando por las esquinas. Sentía que alguien la estaba siguiendo así que estaba tranquila, al parecer Vladimir había cumplido con su palabra.

Ayla decidió apartar la vista y dejar que la brisa nocturna recorriera toda su espina dorsal. En apenas tres cuartos de hora ya se encontraba a la puerta del almacén donde debía realizar la entrega. Lo único que alumbraba la puerta de aquel lugar era una farola que titilaba sin parar. No podía abrirla y tuvo que hacer bastante fuerza para conseguirlo.

—Quieta, guapa. —Una voz a sus espaldas la sobresaltó.

Cuando se giró vio a tres hombres vestidos de negro y con pasamontañas, apuntándole con un arma. Todo su cuerpo empezó a temblar, casi perdiendo el control de sus actos.

—Deja ese maletín en el suelo, despacio... —habló otro de ellos.

Estaba segura de que eran los mismos hombres que la habían perseguido en otras ocasiones y que no les enviaba precisamente Vladimir. Hizo lo que la pedían y empezó a agacharse poco a poco, con una mano levantada y la otra sobre el maletín que iba acercando lentamente al suelo.

Las tres sombras no dejaban de apuntarla con sus armas y justo cuando todos estuvieron seguros de que iba a posar el maletín, Ayla se tiró al suelo y atravesó la puerta del almacén, rodando con el maletín todavía en sus manos. Los

disparos comenzaron a sonar como si se tratase de los fuegos artificiales de un lugar en fiestas, por suerte, ninguno la alcanzó. Cerró la puerta del almacén y echó el pestillo, que no aguantaría mucho pero serviría para darle tiempo.

Echó a correr al interior y fue cuando se dio cuenta de que una rodilla le estaba fallando. Se miró y vio un corte bastante profundo que atravesaba toda su rótula; al girar sobre el suelo de gravilla habría pillado un cristal o alguna piedra afilada. Continuó como pudo y evaluó la situación. El almacén era bastante grande y estaba atestado de trastos, incluidos dos coches. Pensó con rapidez, sin saber muy bien que hacer y se adentró en las profundidades del lugar, cojeando y sin un sólo ápice de luz justo cuando la puerta vencía ante un disparo a bocajarro sobre la cerradura.

Los tres hombres entraron, empuñando sus armas y dispuestos a todo con tal de llevarse lo que habían ido a buscar.

—Tú vete por la derecha —señaló a uno de ellos—. Tu ve al frente y yo me ocupo del flanco izquierdo.

Todos asintieron a la vez e hicieron lo que ordenaba el que parecía el cabecilla.

Ayla llegó al final del almacén y vio una ventana, pero estaba demasiado alta para escapar. A su lado, un poco más abajo, había una caja de plástico bastante grande colgada por unas cuerdas con poleas al techo. Seguramente, algunos años atrás, eso habría sido un almacén de materiales de construcción y dio gracias a Dios por que no lo hubieran vaciado del todo.

Usarían esa caja para subir y bajar materiales sin tirar de un peso excesivo.

Escaló como pudo por un montón de ladrillos que había al lado derecho y se introdujo dentro de la caja con el maletín. Intentó controlar su respiración para que aquellos hombres no pudieran escucharla. Pero uno de ellos, el que se había ido por la derecha ya estaba muy cerca de donde ella se encontraba. Observó todo a su alrededor y enseguida vio dos ladrillos del montón desplazados hacia fuera. No tardó en adivinar que la joven acababa de pasar por allí.

Miró hacia el techo y vio la caja colgada mientras sonreía.

—Ay, criatura... Pensé que serías más lista... —Se burló.

Lo que él no sabía era que su burla no duraría mucho tiempo. Ayla cortó las cuerdas que sujetaban la caja con un cristal que había encontrado, y lo hizo justo a tiempo, cuando ese hombre estaba situado debajo y consiguiendo que quedara totalmente atrapado.

Pero no fue el único herido. Caer dentro de la caja desde esa altura, había hecho que Ayla se llevara un buen golpe en el hombro izquierdo y tuvo que

morderse la lengua para no gritar de dolor.

El estruendo llamó la atención de los otros dos hombres que corrieron en su dirección. La joven, cojeando por su rodilla y con una mano sujetando su hombro herido y el maletín, comenzó a desplazarse por el almacén, hasta uno de los coches que había allí. Se trataba de una furgoneta de trabajo color marrón oscuro, que seguramente tendría más años que ella. Sólo tenía dos asientos: uno para el piloto y otro para el copiloto. La parte de atrás estaba totalmente despejada, seguramente la habían utilizado para transportar materiales de una obra a otra. Se metió allí dentro, intentando hacer el menor ruido posible. A tientas, encontró una caja de herramientas y comenzó a buscar en su interior sin saber muy bien lo que estaba tocando. Palpó el bolsillo de su pantalón corto, buscando su móvil para encender la linterna pero no lo encontró, posiblemente lo habría perdido al caer de la caja.

Los dos hombres que quedaban se separaron de nuevo, intentando abarcar el mayor número de metros posibles. Las órdenes eran claras: o volvían con el maletín o eran hombres muertos. Uno de ellos, el que parecía el cabecilla, rodeaba la furgoneta mirando al interior con una linterna. No tardó en ver uno de los pies descalzos de Ayla dentro de la parte trasera y sonrió como lo había hecho antes su compañero. Abrió las puertas con rapidez y apuntó con su arma pero antes de que pudiera disparar, Ayla lo atacó con un martillo y se lo clavó directamente en uno de sus ojos.

No podría presumir de que había sido por puntería, pero sí podía presumir de suerte. Porque eso era justo lo que acababa de tener: suerte. Se alejó de allí lo más rápido que pudo y se escondió detrás de unas cajas cercanas a la puerta de salida. Oteó hacia todos lados sin ver al hombre que quedaba y pensó que esa iba a ser su única oportunidad de escapar de allí con vida. Agarró con fuerza el maletín y salió corriendo hacia la puerta con la cerradura reventada por un disparo.

—¡Quieta, puta! —gritó el tercer hombre justo cuando estaba a punto de llegar a la salida—. No te muevas y tira el maletín, ¡ahora!

La pelirroja estaba de espaldas a él y no podía verle la cara, tampoco veía ninguna opción para salvar su pellejo como las dos veces anteriores. No podría correr lo suficientemente rápido con la rodilla sangrando de esa manera, las balas la alcanzarían antes de que siquiera lo intentara. Tampoco tenía ningún arma con la que defenderse, así que se resignó a afrontar lo que fuera que la iba a tocar vivir.

Eso sí, si iba morir, lo haría con dignidad.

—Mátame si quieres, porque será la única forma de que suelte este maletín. Tres hombres contra una mujer, sois realmente valientes. Maldito hijo de puta —escupió con rabia mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas impidiéndole la visión.

—Como quieras —respondió. Sus carcajadas se elevaron sobre el silencio de la noche, opacando incluso los gritos del hombre que tenía un martillo clavado en un ojo.

Oyó cómo tiraba del gatillo de su pistola, cargándola y dejándola lista para disparar. Cerró los ojos y los apretó con fuerza, aceptando su destino.

Lo siguiente que escuchó, fue el disparo.

# 16

El olor a café ya estaba desapareciendo del ambiente cuando los montadores salieron de casa de Ian. Atravesó el pasillo de su apartamento despacio, deseando que todo estuviera perfecto y lo que vieron sus ojos, fue exactamente lo que esperaba. Él mismo se había encargado de pintar la habitación: la pared principal, donde iría el cabecero de la cama, de color rosa chicle. Y las otras tres, de blanco.

El techo estaba bastante bien pero le pareció que un repaso no le vendría mal. Ahora estaba de un blanco reluciente y adornado con una preciosa lámpara blanca con flores rosas, perfecta para Maia. La habitación de sus sueños, todo estaba tal cual ella se lo había pedido.

Ya tenía plaza en el colegio y ya se había puesto de acuerdo con su padre en lo referente a los horarios, para que la niña no estuviera sola mientras él trabajaba. Ya sólo quedaban cinco días para que llegara y debía tenerlo todo preparado.

Se dejó caer sobre el sofá, permitiéndose soñar durante unos minutos. Se visualizó a él mismo, llevando a Maia al colegio, yendo a recogerla... Incluso se la imaginó de adolescente, pidiéndole que le dejara media hora más en una fiesta. Pero no todo iba a ser bueno y lo sabía. Echaría mucho de menos a su madre, con la que siempre había vivido y tenía miedo de que un cambio tan brusco le crease problemas. La observaría con atención y hablaría con el colegio. No estaría de más controlarla un poco y si fuera necesario, buscaría un psicólogo.

El teléfono vibró en su bolsillo por cuarta vez en apenas una hora. David no había dejado de llamarle y sabía que no podían seguir así. Ya no sólo eran compañeros, también le consideraba un amigo. Todo el mundo se merecía una segunda oportunidad y más alguien que siempre había estado a su lado. Le perdonaría pero no sin antes dejarle las cosas claras, no podía permitir que eso volviese a ocurrir. Si alguien se enteraba de lo que había hecho y de que él lo estaba encubriendo, su carrera se terminaría para siempre.

—Voy de camino —contestó al teléfono y tras pronunciar esas tres palabras, colgó. David se merecía una buena reprimenda.

El trayecto fue tranquilo, a pesar del tráfico de la mañana y del cielo que,

nublado, amenazaba lluvia. Casi nunca llovía en Marbella pero cuando lo hacía, era con ganas. Solía provocar inundaciones y grandes daños. La zona no estaba preparada para la lluvia, no contaba con un sistema de alcantarillado tan perfecto como el que había en el norte de España.

Aparcó en la plaza que tenía reservada para él y se bajó del coche. Un pensamiento cruzó su mente, la imagen de la pelirroja saliendo de su casa después de haber pasado allí la noche. Eso también había sido un error por su parte. Había obtenido información aprovechándose de la debilidad ajena. Si fuera un policía como presumía ser, habría interrogado a Nastasia en la comisaría. Pero no, lo había hecho en su casa, enredando la conversación y llevándola a donde él quería. No tenía derecho a recriminar a David, aunque lo suyo no fuera tan grave, también había actuado fuera del procedimiento.

—Buenos días —saludó David, temeroso.

—Buenos días. ¿Está todo listo en la sala de escuchas? —preguntó cordial. Aunque sin el tono amigable que solía utilizar.

—Sí, lo tienen todo preparado y de momento no hay nada. He dispuesto que se organicen en tres turnos, para que no se cansen demasiado y estén siempre alerta.

—Bien hecho. En cuánto se reúna con alguien en ese despacho, que me avisen —ordenó. David asintió, sin decirle que ya había dado esa orden.

—¿Podemos hablar?

—¿Tienes aquí el pendrive? —Ian bajó la voz para que nadie pudiera oírle.

—Sí. —Se palpó el bolsillo del pantalón, para asegurarse de sus propias palabras.

—A mi oficina.

David siguió a Ian por la comisaría, temeroso de lo que pudiera decirle. Cuando entraron, no tardaron en darse cuenta de que el ambiente allí estaba bastante cargado. La botella vacía de vino y la copa sucia seguían allí. Las persianas estaban como Ian las había dejado, bajadas y sin dejar pasar ni un ápice de luz.

Este levantó las persianas y abrió las ventanas, dejando que el aire de la ciudad inundara la estancia.

—Siéntate —dijo con una amabilidad que a David le sorprendió—. He pensado mucho en lo que has hecho...

—Ian, déjame hablar primero. Sé que lo hice mal, esta clase de impulsos son los que consiguen que mi vida se vaya al traste continuamente. Sin ir más lejos, mi propio matrimonio. Y quiero que sepas que he hablado con la psicóloga del



cuerpo, ella me va a tratar y está dispuesta a ayudarme...

Ian no le dejó seguir hablando y sonrió. Estaba realmente arrepentido y dispuesto a no volver a hacerlo. Para él, de momento, era más que suficiente.

—Tranquilo. Todos cometemos errores, con saber que no se va a repetir me doy por satisfecho. Y si me admites un consejo, no le cuentes a la psicóloga este impulso —pronunció sus palabras imitando con sus manos el símbolo de las comillas—. No quiero problemas.

—No pensaba hacerlo. Por desgracia tengo muchos más impulsos que contarle. —Sonrió y se encogió de hombros—. Gracias, colega.

—Yo tampoco conseguí la información sobre Vladimir precisamente de forma legal. Vamos a dejarlo en un empate, pero un empate que no se va a volver a repetir.

Ambos se levantaron de sus asientos y se estrecharon las manos mientras sonreían. Las cosas estaban claras y ya no había malos rollos entre ellos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la reconciliación.

—Adelante —dijo Ian. La puerta se abrió y el mismo becario que había colocado el micrófono a David, apareció tras ella.

—Me piden que os avise. Hay actividad en el despacho de Petrov.

No esperaron a saber más, ambos se levantaron a toda prisa y se dirigieron a la sala de escuchas. Ya los estaban esperando y había dos pares de cascos preparados para ellos, que se pusieron sin dudar.

Se escuchaban unos golpes, seguidos y suaves. Ian se imaginó a su padre con el bastón en la mano, golpeando el suelo mientras hablaba. Podía ser eso o simplemente un paraguas. Con el día que había amanecido era posible que el visitante de Lena fuera previsor. El ruido de una puerta al cerrarse anunció la llegada de alguien más.

—*¿Qué cojones haces tú aquí? No me hace ninguna ilusión verte pero me has leído el pensamiento, estaba a punto de llamarte.* —David reconoció la voz de Lena al momento y giró la ruleta del volumen que tenía delante, aumentándolo.

—¿Es ella? —preguntó Ian. David asintió, confirmando lo que su compañero ya se imaginaba.

—*No me has dejado más remedio. Esto no es una visita de cortesía, querida prima.* —La voz de un hombre con un marcadísimo acento ruso intervino en la conversación.

—*¿No vendrás a mi casa para amenazarme, verdad?* —La mujer estaba siendo sarcástica. El hombre rió ante su pregunta.

—*Te he regalado uno de los mejores edificios que tengo.* —Esa afirmación confirmó su identidad. Estaban escuchando al mismísimo Vladimir—. *Ese es el pago por el último negocio que hicimos juntos en Rusia. Ahí tienes lo que reclamabas. ¿Por qué sigues buscándome las cosquillas?*

—*¿Yo? Jamás haría tal cosa, Vlad. Tu deuda quedó saldada y no quiero más negocios contigo. ¿A qué has venido?* —preguntó. Su tono de voz ya no era de burla, más bien se apreciaba fastidio.

—*Anoche atacaron a uno de mis... Empleados. No quisiera pensar que tienes algo que ver* —dijo con evidente rabia.

—*Siento mucho lo que sea que haya pasado, pero te aseguro que yo no sé nada de eso. Soy buena persona. ¿No sabrás tú algo de lo que me robaron ayer, verdad?*

—*¿Te robaron?* —Sus sonoras carcajadas molestaron a los policías que estaban escuchando, obligándolos a apartar los cascos de sus oídos—. *Siempre has sido muy torpe, nunca aprenderás. Las cosas importantes no se tienen cerca.*

—*Como me entere de que has tenido algo que ver...* —amenazó.

—*Cuidado, Lena. A mí no me amenes. No tengo por qué robarte nada, yo ya lo tengo todo. Más bien ten cuidado porque como sea yo el que me entere de que has tenido algo que ver en ese ataque, hablaré con ÉL* —recalcó esa última palabra—. *Y todo lo que tienes se va a la mierda en menos de cinco minutos* —amenazó marcando las erres de forma exagerada. David miró a su compañero, orgulloso de que ni siquiera sospecharan de que había sido él quien había robado en el despacho de Lena.

Ian se preguntó por qué no hablarían en ruso entre ellos, ambos provenían del mismo país y se veía que tenían ciertas dificultades con el castellano. El mismo ruido que escucharon al principio de la conversación, volvió a reproducirse tras escuchar unos fuertes y sonoros pasos. El hombre se había ido de allí.

David e Ian se quitaron los cascos y se miraron el uno al otro.

—*¿Lena Petrov y Vladimir Sokolov son primos?* —preguntó David, sorprendido.

—*Eso parece. Aunque en todos los informes que nos dejó Murillo eso ni siquiera se menciona. Habla con él y que investigue todo el puto árbol genealógico del ruso, tenemos que confirmar eso.*

David asintió y sacó su libreta del bolsillo. Cogió un bolígrafo y comenzó a escribir con rapidez.

—*Dile al becario que llame a todos los hospitales de Marbella y de Málaga.*

Vladimir dijo que anoche habían atacado a un empleado. Que averigüe todas las personas que ingresaron anoche en urgencias con golpes, heridas de bala o cualquier señal de violencia. Quiero una lista ya.

David tomó nota de todo lo que tenía que hacer y se levantó para hacer lo que le pedía pero Ian le agarró del brazo y lo retuvo. Pegó su boca a la oreja de su compañero y dijo:

—Cuando acabes, te quiero en mi oficina. Y no te olvides del pendrive.

David asintió y salió disparado de allí. Ian se recostó sobre la silla en la que estaba sentado y resopló. Por fin algo por donde tirar, una pista que seguir... Tal vez el haber conseguido información por vías poco legales resultaba ser lo que les sacara del pozo en el que se habían metido. Salió de la sala de escuchas y se colocó en el centro de la comisaría, captando la atención de todos los que allí trabajaban.

—¡Atentos! Murillo y el becario bajo las órdenes de David. Fernández, Ladreda y Guzmán. En el orden que os he nombrado, quiero que vigiléis a Ayla Rojas, Lena Petrov y a su hija Nastasia. Quiero saber todo lo que hacen, cada paso que dan y hasta a qué hora van al baño, ¿queda claro?

Todos asintieron y se pusieron manos a la obra. Sólo quedaba un hueco libre para él, que no pensaba quedarse de brazos cruzados, y ese era el de vigilar a Vladimir. Pero antes tenía que saber que escondía esa mujer en el pendrive, así que fue a su despacho. No tuvo que esperar mucho tiempo por su compañero, que apareció apenas cinco minutos después algo fatigado.

—Necesito una cerveza —confesó. Ian abrió el mini bar que tenía detrás de su armario metálico y le tendió lo que le pedía. Cogió otra para él y tomó asiento.

—Echa el pestillo —pidió—. No quiero que entre nadie y vea eso que robaste.

David hizo lo que le pedía y cogió la silla que estaba frente a la de Ian para llevarla al otro lado de la mesa, de forma que quedase a su lado y pudiera ver el contenido del pequeño artefacto.

Ian metió en pendrive en el puerto USB de su ordenador y ambos esperaron a que se abriera.

—¡Mierda! —protestó David mientras Ian se pasaba la mano por la barbilla, pensativo.

—Tiene clave. Vamos a pensar...

—¿La fecha de nacimiento de su hija? Eso no suele fallar —propuso David.

—Mmm... Sólo pide cuatro dígitos. Puede que sea el año.

Ian revolvió entre los papeles que había en su mesa hasta que encontró el expediente de Nastasia.

—Joder, no es el año de nacimiento.

—¿Y el suyo? —preguntó David, cada vez más ansioso.

Ian volvió a buscar entre sus papeles y probó suerte con el año de nacimiento de Lena Petrov.

—Nada —resopló—. ¿Alguna idea más? —Ian estaba en blanco, no sabía con qué probar.

Pero pensar ya no iba a ser necesario porque un mensaje apareció en su pantalla, advirtiéndoles que al haber metido mal la clave dos veces seguidas, el contenido del pendrive quedaba encriptado.

—¡Joder! Ahora sí que estamos jodidos. No podemos pedirle a la científica que lo desencripte. ¿Qué hacemos? —Ian estaba realmente enfadado.

—No lo sé, tío. Vamos a terminar lo que hemos empezado y ya pensaré en algo. Alguna forma habrá de ver lo que hay ahí dentro. Debe ser importante cuando está tan protegido y lo tenía tan bien escondido.

A sólo cuatro días de la llegada de Maia, todo estaba más que preparado. Aunque en el trabajo fuera todo un verdadero desastre, al menos podía tener algo bajo control.

La amenaza de lluvia del día anterior se había cumplido y desde que había empezado, todavía no había parado. Una fresca brisa había inundado las calles de Marbella, haciendo que el frío se metiera dentro del cuerpo como una bala disparada a bocajarro.

Ian se abrochó la cazadora de cuero negra que llevaba puesta mientras llamaba al timbre. Se había equivocado al escogerla, se arrepintió de no haber escogido su plumífero favorito.

—¡Menuda sorpresa! Pasa hijo. —Su padre lo saludó con alegría—. ¿Cómo va todo? Me muero de ganas de ver a Maia.

—Hola papá. —Cerró la puerta a sus espaldas—. Enseguida la tendremos aquí —dijo orgulloso.

—Voy a preparar café, se ha puesto fresco y nos vendrá bien.

A Ian le pareció buena idea. Un café preparado por su padre y caliente era lo mejor que podía recibir su cuerpo en ese momento. Aunque un vino espumoso también le habría ayudado con el tema del frío.

Descartó esa idea de su mente y se centró en lo que había ido a hacer allí. Otra vez necesitaba consejo de su padre. Estaba abrumado por los últimos acontecimientos y dudaba de que estuviera actuando bien.

Se quitó la chaqueta y la colocó sobre el reposabrazos del sillón en el que posteriormente se sentó. Ramiro no tardó en llegar con una bandeja llena de humeante café que inundó sus fosas nasales, reconfortándolo más de lo que habría esperado.

—Te veo preocupado. Si me hicieras más caso y salieras... —El hombre pronunció sus palabras mientras colocaba una taza de café frente a Ian.

—Oh, créeme que te hice caso. Y terminé la noche con la principal sospechosa durmiendo en mi casa. —Sonrió con sarcasmo.

—¿Te la has tirado? —Su padre abrió los ojos de par en par.

—¡No! ¿Estás loco? Me la encontré en una discoteca, estaba en mal estado y la habían dejado tirada. Perdió su bolso y no tenía dónde ir... ¿Qué iba a hacer?

—Si no fuera la principal sospechosa, te felicitaría por tu caballerosidad, pero tratándose de ella... No me gusta que sepa donde vives, ni que conozca nada sobre tu vida. No le hablaste de Maia, ¿verdad?

—Claro que no, eso nunca. —Dio un sorbo de café que calentó desde la boca hasta su estómago.

—El caso no va bien, ¿eh? —preguntó su padre.

Ian observó cómo le temblaba el pulso al revolver el café. Y pensó en su padre cuando él era apenas un niño. Más fuerte que nadie. Los años no pasaban en vano y tenía que reconocer que en su padre estaban haciendo estragos. La nostalgia lo invadió.

—Bueno, tenemos un par de pistas por seguir. Pero...

—Ese pero no me ha gustado nada, escúpelo —dijo Ramiro. En el fondo tenía ganas de saber y de conocer detalles. Un policía siempre lo era, aunque estuviera jubilado y alejado de esa vida.

Ian no dudó en contarle todo, sin omitir absolutamente nada. Su padre era la única persona con la que podía hablar sin sentir miedo y si alguien podía aconsejarle era él. El casi anciano escuchó con atención todo lo que su hijo tenía que decirle mientras asentía y se servía otro café.

—David no actuó nada bien, tienes razón. Pero a lo hecho, pecho —asumió mejor de lo que él lo había hecho—. Tampoco hiciste bien en aprovechar la ocasión para sacar información a esa joven. Eso se hace en una sala de interrogatorios. Pero teniendo en cuenta lo atascados que estabais con el caso, creo que no está de más lo que habéis conseguido.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ian, sorprendido—. ¿Te parece bien lo que hicimos?

—Ya te he dicho que no. Pero gracias a eso el caso avanza, míralo por ese lado. ¿Algún resultado? —preguntó, expectante.

—No que yo sepa. Aún no he ido hoy a la comisaría y nadie me ha llamado, por lo que no ha habido movimiento en el despacho de Lena Petrov.

—Ten paciencia, todo llega. Mi consejo es que, como bien has dicho, vigiles al ruso. A juzgar por el informe que te pasó ese tal Murillo, parece un hombre peligroso. Ten cuidado y que no te vea. Las mafias rusas son un mundo aparte, Ian, en el momento que aceptas un caso relacionado con ellos, ya estás en peligro.

—Tendré cuidado, papá. No es la primera vez que vigilo a alguien. No soy un novato —dijo algo enfadado.

Ramiro sonrió ante la actitud infantil de su hijo. Se sentía inferior en esos

temas ante su padre y él lo sabía. No lo reconocería nunca, pero Ian era mucho mejor policía de lo que nunca lo había sido él. Sólo le faltaba un poco de experiencia y más sangre fría.

—Vale, suerte entonces. ¿Repasamos los horarios de Maia? —cambió de tema.

Ian sonrió al recordar que en sólo cuatro días su pequeña estaría con ellos, corriendo por esa casa mientras ellos tomaban su café.

Varios portafolios llenos de papeles lo esperaban sobre su mesa. Resopló al verlo y deseó volver a casa de su padre. Le esperaba un duro día de trabajo.

David le había separado las carpetas en función del policía que lo había investigado. Escogió primero la de Hugo, el becario. Quería saber si podían encontrar al empleado herido de Vladimir, aunque sabía que no iba a ser así. Ese hombre sabía pasar desapercibido, tendría sus propios médicos y no sería tan tonto de llevarlo al hospital. Pero debía descartarlo.

—Buenos días —saludó David, entrando en su oficina sin llamar a la puerta. Llevaba dos cafés, uno en cada mano.

—¿Dónde ha quedado la educación? —bromeó su jefe.

—¿Qué tienes? —Le tendió uno de los cafés y se sentó en la silla que había frente a él.

—Aún no he repasado todo, estoy con lo del becario y como suponía, nada de nada. Una pelea de discoteca con un hombre herido por una navaja, una mujer golpeada por su marido, una pelea a puñetazo limpio entre dos hermanos por una herencia... —leyó mientras iba tirando los partes médicos sobre su mesa.

—Era de esperar. Ese ruso sería muy tonto si acude al hospital. —David pensaba como Ian—. Mira a ver la carpeta de Fernández, veamos que ha hecho la pelirroja de los cojones.

Ian hizo lo que le pedía y leyó casi tres folios por las dos caras del informe.

—Nada, al parecer no ha dormido en su casa. Fernández escuchó en el bar donde trabaja que iba a pasar la noche en casa de su mejor amigo. Le dieron la dirección y no se ha movido de allí. Sigue ahí dentro.

Antes de que David se lo pidiera, comenzó a leer los informes de los otros dos policías, Ladreda y Guzmán, que habían seguido a Lena Petrov y su hija.

—¿Y? —preguntó David, esperando la respuesta de Ian—. ¿Algo de Lena y su hija?

—Lena Petrov durmió en su casa y a primera hora de la mañana se fue a uno de sus restaurantes. Estuvo allí alrededor de dos horas y luego se fue al edificio Poseidón a revisar las obras. De allí regresó a su casa y no se ha vuelto a mover.

O sea que nada sospechoso, por el momento.

—Y en su despacho cero actividad —recalcó David.

—Nastasia ha estado toda la noche de fiesta. Se fue a casa de un hombre a pasar la noche y salió de allí casi al medio día. Fue para casa de su madre y sigue allí —leyó Ian.

—Tendrá que pasar la resaca —dijo David con sorna—. Vaya vida que lleva esa cría.

—¡Joder! No tenemos nada. Ayer parecía que habíamos conseguido dos pistas y seguimos como al principio. —Ian se estaba impacientando.

—Aún hay un policía que no ha cumplido con su parte. Quizá esa sea la clave...

—Tienes razón. Aún tengo tiempo antes de comer. —Bebió todo el café que le quedaba y se levantó de la silla—. Me voy a vigilar un rato a ese ruso. Aún no lo conozco en persona y ya le odio con todas mis fuerzas.

Le llevó casi una hora llegar a La milla de oro. A esas horas de la mañana el tráfico en la ciudad era insoportable. Había dejado de llover y el calor bochornoso que anunciaba más tormentas, se había hecho el dueño del ambiente. Hacía rato que Ian se había quitado su chaqueta de cuero, agobiado por el calor y la humedad.

No tardó en distinguir la mansión de Vladimir, al sur del lugar. Se abrió paso imponente ante él, que no podía llegar a imaginarse la cantidad de dinero que ese hombre podía tener. No iba a ser complicado vigilarlo, ya que toda su casa no tenía paredes normales y corrientes, estaba rodeada de cristaleras enormes que te dejaban ver todo su interior, a excepción del jardín.

Ian se bajó del coche, que aparcó bastante lejos para no ser visto, y se colocó las gafas de sol, una gorra y una cámara colgada a su cuello. Pasaría por un turista maravillado por los lujos de aquel lugar. No pudo evitar pensar en cómo sería vivir allí. Sin nada que hacer, con una mansión y un montón de empleados a tu entera disposición... Salir de casa y tras andar cien metros estar en una de las mejores playas de la ciudad. Una vida de lujo que cualquiera querría tener. Cualquiera menos él porque sabía el precio que había que pagar para conseguirlo, sabía las cosas que esa gente hacía para vivir así y no estaba dispuesto a seguir sus pasos. Tampoco heredaría una millonada que le permitiera ese tipo de vida así que sonrió al pensar que se conformaba con su piso, pequeño sí, pero conseguido de una forma honrada y convertido en un verdadero hogar.

Comenzó a fotografiar la mansión, que parecía vacía. Hizo lo mismo con los



alrededores, incluso dio la vuelta a la casa donde el ruso tenía aparcado un lujoso deportivo que también inmortalizó.

Lo que Ian no sabía es que Vladimir pasaba la mayor parte del tiempo en un ático que estaba camuflado y que parecía formar parte del tejado de la mansión. Allí, las ventanas eran de la misma madera que el resto de la pared, con cristales oscuros y antirreflejantes, haciéndolos invisibles a ojos de cualquiera que observara la casa desde fuera. Pero Vladimir podía ver perfectamente todo lo que pasaba, incluido a Ian haciendo fotos a todo.

—¿Quién es ese estúpido? —preguntó a Ernesto que estaba a su lado, como siempre que podía. Vladimir odiaba lo pelota que podía llegar a ser.

Carreño se acercó a la ventana y observó al hombre que vigilaba la casa. Tardó un poco en darse cuenta, las gafas de sol le habían despistado un poco.

—Joder, es el policía que salvó a Ayla de la persecución —dijo preocupado—. ¿Cómo demonios han llegado a ti?

—No lo sé, ni me importa. Ese mierda no es un problema para mí. Investígalo a fondo, quiero saber todo sobre él —ordenó.

—¿Y si lo matamos? —propuso su empleado.

Vladimir se levantó con lentitud del sillón con piel de tigre en el que estaba sentado y se puso frente a Ernesto. Cuando este menos se lo esperaba, le abofeteó con fuerza.

—¿Eres idiota? Todos sus compañeros sabrán que está vigilándome. ¿Qué crees que pueda pasar si aparece muerto justo cuando viene a mi casa?

Ernesto, que estaba pasando su mano con fuerza por donde ese hombre le había golpeado, se quedó en silencio, aún sorprendido por el ataque de ira de su jefe.

—¡Contesta! —gritó.

—Que vendrán directamente a por usted —tartamudeó.

—Eso es, muy bien Ernesto... —le habló como si se tratase de un niño de seis años que estuviera haciendo un examen—. Has acertado.

Levantó la mano de nuevo y Ernesto se agachó, esperando recibir otro golpe. Pero en su lugar recibió unos golpecitos de aprobación en su cabeza. Después se alejó de él y volvió a sentarse en su sillón.

—Necesito saber todo de él para conocer su punto débil. Le atacaré por ahí y terminará comiendo de la palma de mi mano. —Sonrió.

—¿Cómo Ayla? —preguntó Ernesto, temeroso de meter la pata y volver a ser golpeado.

—Eso es, mi querido empleado, como Ayla...

Mientras Vladimir pronunciaba esas palabras, Ian montaba de nuevo en su coche visiblemente frustrado. Allí no había ni un alma y eso era demasiado extraño.

Los hombres como el ruso no solían moverse demasiado, no querían levantar sospechas. Sacó su teléfono móvil y encargó la comida en un restaurante de comida rápida cercano al lugar, prometiendo pasar a recogerlo en media hora. Comería en su coche y pasaría el resto del día allí, no estaba dispuesto a irse sin pruebas de aquel lugar.

Tras media hora esperando, Ian se fue a recoger su comida. Momento que Ernesto Carreño aprovechó para salir de la casa sin ser visto. Tenía mucho que averiguar en poco tiempo si no quería que su jefe le matase a golpes. Cuando Ian volvió y aparcó en el mismo lugar, Vladimir sonrió desde su ático.

—No sabes dónde te estás metiendo —dijo con orgullo.

# 18

Ayla tardó casi dos eternos minutos en abrir los ojos. El ruido del disparo había reverberado a su alrededor y a pesar de que no la había alcanzado, tenía miedo de ver lo que tenía delante. No sabía cómo iba a enfrentarse a ese hombre.

Lo primero que vio fue al atacante que hacía unos segundos la apuntaba con su arma. Estaba ahora en el suelo, rodeado por un pequeño charco de sangre.

—Dios mío... —susurró. Comenzó a buscar su teléfono móvil con la mirada. Esos hombres la habrían matado pero no se veía capaz de irse y dejarlos morir así, desangrándose. Llamaría a emergencias de forma anónima y desaparecería de ese almacén.

—Muévete, joder. Aún no estás fuera de peligro —habló una voz masculina a sus espaldas. Ayla se sobresaltó al oírlo y se dio la vuelta a toda velocidad. Por un momento había pensado que el último de los hombres se había suicidado, aunque era evidente que no era eso lo que había pasado. Estaba tan nerviosa y dolorida, que todo pasaba por su mente a un ritmo incontrolable. La mayoría eran pensamientos sin ningún tipo de sentido. Temió haberse vuelto loca.

—¿Quién eres? —preguntó desconfiada.

Sin darse cuenta apretó con más fuerza el asa del maletín que aún conservaba en sus manos.

—Me envía Vladimir.

—Pues por si no lo sabes, llegas tarde. ¿Qué clase de guardaespaldas eres? ¿Has vistocómo estoy? —señaló su pierna, ya manchada de sangre por completo. Al mover el brazo hacia su herida hizo una mueca de dolor, el hombro lo tenía muy afectado.

—Te seguí desde que saliste del bar, pero dos hombres intentaron robarme y tuve unaleve bronca con ellos. Cuando me di la vuelta ya no estabas. Además, deja de quejarte que eso tampoco es para tanto —dijo fastidiado.

—Lo único que querían era distraerte... —Las palabras de Ayla fueron un susurro apenas audible.

—Eso creo yo. —La cogió con fuerza por el brazo que tenía sano y la ayudó a llegar aun todoterreno negro que esperaba a la entrada del almacén. Abrió la puerta trasera y la ayudó a entrar.

—Mi móvil ha quedado dentro —recordó.

—Yo me hago cargo. —Cerró la puerta del coche y sacó su teléfono móvil. Hizo unacorta llamada y se subió al asiento del conductor. Las ruedas levantaron polvo cuando comenzaron a girar.

—¿Te llevo a casa de Vladimir? —preguntó sin ganas.

—No, llámalo y pon el manos libres. Yo le explicaré lo que ha pasado y él lo entenderá.

El empleado del ruso hizo lo que Ayla le propuso, llamó a su jefe y Ayla le explicó todo con detalles. Después de responder con un montón de improperios, ordenó que dejara el maletín en manos del conductor, él se encargaría de llevarlo. Ayla podía ir a su casa y curarse.

—Te haré llegar tu teléfono en cuanto mis hombres lo recuperen. Llámame nada máslo tengas en tu poder. —Fueron sus últimas palabras antes de cortar la llamada.

—¿Dónde vives? —Aquel tipo no la había tratado mal pero tenía algo que no le gustaba y estaba deseando perderlo de vista. Posó el maletín en el asiento delantero, al lado del hombre. No lo reconocería ante nadie, pero sintió un alivio enorme en cuanto dejó de ser su responsabilidad.

Miró sus manos temblorosas, su hombro posiblemente dislocado y su pierna llena de

sangre, haciendo invisible la herida, y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Esa era la tercera vez que su vida había estado en peligro y no lo habían conseguido por los pelos, ni siquiera la seguridad de Vladimir era suficiente. Se prometió a sí misma hacer algo para cambiar esa situación, estaba harta y no podía más. Haría lo que fuera necesario.

En lugar de darle a ese hombre su dirección, le entregó la de Luca. Había quedado con él allí y si no llegaba pondría el grito en el cielo. Además, el tenía hecho el curso de emergencias sanitarias y sabría atenderla bien, ya que la idea de ir a un hospital estaba totalmente descartada.

En menos de veinte minutos estaba tumbada sobre el sofá de Luca, esperando a que él recopilase el material necesario para curarla. Dos boles de palomitas y un par de refrescos descansaban sobre la mesa al lado de la película de Dirty Dancing que ya no iban a ver.

—Madre mía, madre mía, madre mía... —repetía Luca cada vez con másímpetu mientras traspasaba la puerta del salón—. Esto es terrible, Ayla.

—No es para tanto, la sangre es un poco escandalosa.

—No me refiero a eso y lo sabes. Tienes que dejar de trabajar con ese hombre,

esto tiene que acabar. No quiero ir a tu entierro, ¿sabes?

—Tranquilo, Luca. Estoy bien y no te voy a quitar la razón, esto tiene que terminar. Solamente estoy pensando en cómo puedo hacerlo.

Luca sacó un buen montón de gasas de una caja metálica pequeña y un bote enorme de suero fisiológico. Colocó un empapador bajo su pierna, para que no traspasara el sofá y regó toda su extremidad con el líquido, mientras frotaba con ganas, eliminando la sangre.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—Bien, me duele un poco pero estoy bien —mintió. Estaba sufriendo unos dolores horribles cada vez que Luca frotaba su herida con la gasa.

Cuando hubo terminado, la herida quedó perfectamente visible. Era un corte no muy largo pero sí profundo y ancho, de unos cinco centímetros.

—Tengo que coserte —dijo más para sí mismo que para que ella lo escuchase. Ayla lo observó trabajar, era una pena que no hubiera encontrado trabajo de lo suyo, era un gran técnico sanitario.

Preparó el hilo y la aguja curva y con ayuda de unas pinzas y una especie de tijera, cosió toda la herida en poco tiempo. Fue doloroso pero no tanto como ella creía.

—¿Cuando me harás un tapete para el sofá? —bromeó. Luca la miró y sonrió —. Coses como una auténtica modista.

—Calla, anda. —Regó de nuevo su herida pero esta vez con agua oxigenada, limpiando todo resto de sangre y le preparó un vendaje con una gasa y banda elástica—. Veamos ese hombro.

Se lo movió en todas las direcciones y ángulos posibles, haciendo que ella se retorciera de dolor.

—Ya, ¿no? —preguntó molesta.

—No lo tienes dislocado. Y no creo que haya rotura ni fisura, aunque para saberlo con certeza necesitaríamos una radiografía. Creo que te duele tanto por el golpe, caíste sobre él y el peso de tu cuerpo lo habrá magullado.

Volvió de nuevo al baño y regresó con un tubo de crema. Se lo echó por todo el hombro y parte del brazo, masajeando. Después, con la misma banda elástica que había utilizado para vendar su herida, se lo inmovilizó.

—Gracias Luca. —Besó su mejilla—. No sé qué haría sin tí

—Toma, anda —dijo mientras le tendía tres pastillas y un buen vaso de agua —. Te sentará bien.

Ayla lo tomó y con la ayuda de Luca fue hasta su cama, donde se echaron uno al lado del otro.

—¿Cómo te encuentras? —Estaba realmente preocupado por ella,

—Mucho mejor, noto alivio en el hombro. La herida también me duele menos, aunque noto mucho calor a su alrededor —confesó.

—Eso es normal. Y que notes alivio en el hombro es buena señal. Duerme un rato anda, necesitas descansar. —La tapó con una manta fina que había sobre una butaca a los pies de la cama. Ella la recibió agradecida. Después de los nervios, el miedo y la tensión que había pasado, ahora se encontraba tranquila y esa sensación había hecho que un torrente de cansancio se apoderase de ella.

—No puedo dormir todavía. Tengo que pensar en alguna manera de salir de esto.

—Pero... Y, ¿él? —preguntó Luca que había estado intentando evitar el tema.

—¿Qué más da ya? ¿De qué servirá que siga trabajando para el ruso? Nunca me dejará verlo, lleva años prometiendo que lo hará y ese día nunca llega. Tal vez sea el momento de asumir que lo he perdido para siempre y comenzar a preocuparme por mí misma.

—Nunca me he atrevido a decírtelo pero estoy de acuerdo contigo. Siempre he pensado que sólo lo usa para mantenerte controlada. Y hasta ahora no pasaba nada, nunca corrías peligro. Pero Ayla —dijo mientras se recostaba sobre uno de sus brazos—. Es el tercer ataque que recibes y en este has salido bastante herida. Puede que para la próxima mueras. Es hora de mirar por ti, cariño.

Pasó uno de sus brazos sobre su abdomen, acostándose de nuevo a su lado. Ayla agradeció enormemente ese gesto de cariño.

—Y eso haré, te lo prometo. Pero no sé cómo...

—A ver... —dijo Luca mientras se pasaba una mano por la barbilla, pensativo—. ¿El asqueroso de Vladimir es enemigo de la madre de Nastasia, no? —preguntó.

—Sí, no se pueden ni ver. No se soportan —respondió Ayla, girándose para mirarlo a los ojos—. ¿A dónde quieres llegar?

—Si se odian y teniendo en cuenta lo animales que son... ¿Qué pasa si pides ayuda a esa mujer?

—¿A Lena Petrov? —Ayla abrió los ojos de par en par, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Sí, es tan poderosa como Vladimir. A lo mejor el cambiar de bando es tu billete directo a la libertad. —Se encogió de hombros.

—No te voy a negar que he llegado a barajar esa posibilidad, pero si hago eso y Vladimir llega a enterarse... —Tragó saliva con dificultad—. Me matará a

mí y lo matará a él.

—Y si sigues así, ¿qué pasará? Que terminarás muriendo de todas formas. Creo que merece la pena arriesgarse. Además... —Luca se calló de repente, dándose cuenta de que estaba a punto de hablar de más. Gesto que no pasó desapercibido para su amiga, que lo conocía a las mil maravillas.

—Además, ¿qué?

—No sé, Ayla... No me hagas caso. Duerme. —Su tono de voz había cambiado.

—Eres el único que sabe todo de mí, nunca te he mentido y tu nunca me has mentido a mi. Dime, por favor —rogó mientras posaba su mano sobre el brazo de Luca.

—A ver, no quiero hacerte daño con mis palabras. Tienes muchos problemas encima, estás herida y cansada. Pero si insistes... ¿Has pensado en la posibilidad de que él esté muerto? ¿Te ha mostrado Vladimir una foto o algo que nos asegure que vive y que está bien?

Ayla no contestó, se quedó en silencio pensando en las palabras de Luca.

*“La sala estaba oscura y lúgubre. Un lugar en el que siempre se habían celebrado comidas familiares y fiestas, un lugar que ahora sólo olía a muerte y a sangre. Ella, atada de manos y pies a una silla, lloraba desconsolada mientras veía los cadáveres que había tirados a su alrededor. No quería mirar, no quería guardar esa imagen de ellos pero había algo que la impedía apartar la vista.*

*—¿Te llamas Ayla, no? —La joven no respondió de inmediato y el hombre que había ante ella la abofeteó. Acto seguido repitió la pregunta.*

*—Sí —dijo a duras penas. El dolor por el golpe, la reciente pérdida y las lágrimas le impedían hablar con claridad.*

*—¿Le quieres? —dijo señalando a la persona que había frente a ella, atada de la misma forma a otra silla—. ¿LE QUIERES? —gritó.*

*—Sí...*

*—Pues si no quieres que también muera. —Señaló los cadáveres aún calientes que había en el suelo—. Harás todo lo que yo te pida. Trabajarás para mí. ¿De acuerdo?*

*La joven asintió. No quería ver más sangre y haría lo que hiciera falta para que eso*

*no volviera a suceder nunca. O al menos fue lo que pensó en ese momento.”*

Ahora, algunos años después, ya no pensaba igual. Posiblemente Luca tenía razón y el desgraciado de Vladimir sólo estaba jugando con ella para transportar esos maletines de mierda en los que ni siquiera sabía lo que llevaba. A lo mejor

él ya estaba muerto, a lo mejor nunca había llegado a existir.

Las pestañas comenzaron a pesarle más de lo normal, el cansancio comenzaba a tomarel control de su cuerpo.

—Puede que tengas razón, Luca. Haré lo que dices y hablaré con Lena. —Se abrazó a su amigo y buscó una posición cómoda que no le molestara en ninguna de sus heridas y golpes. Suspiró sonoramente, ruido que Luca entendió como que iba a dormir por fin.

Antes de dejarse llevar por los brazos de Morfeo, pensó en Ian. A lo mejor la solución estaba en hablar con él y contarle todo. Podría protegerla en su apartamento, en esa habitación de invitados sin muebles en la que se había sentido más segura que nunca. Pero si lo hacía, si le contaba algo a Ian, lo pondría en peligro.

Y no quería que le pasara nada malo.

Luca ya corría bastante riesgo y muchas personas habían perdido la vida por su culpa. Descartó la idea y se durmió al fin, decidida a ir a visitar a Lena Petrov. Ya no le importaba la muerte de la misma forma. Lucharía por su futuro y si eso no salía bien y ella terminaba bajo tierra, al menos dejaría de arriesgar la vida de la gente que quería.



# 19

Aunque sus planes para el día siguiente eran visitar a Lena Petrov, había tenido que descartar la idea. La herida de su pierna y el dolor de su hombro casi no la permitían moverse.

Le había pedido a Luca que pasara por su casa, al menos a recoger el teléfono que Vladimir le habría devuelto ya a esas alturas. Aunque sus plan fuera traicionarlo, tendría que seguir fingiendo normalidad, al menos, de momento.

Cuando lo tuvo en sus manos, tardó varios minutos en leer todos los mensajes que había recibido de Nastasia. Al parecer tenía pensado salir esa noche y pegarse una buena fiesta. La invitaba, pero no dudó en reclinar su oferta. Le dijo que había hecho turno doble en el bar y que necesitaba descansar, para que no la insistiera.

Luca preparaba algo de comer, momento que aprovechó para llamar a Vladimir.

—Has tardado. —Fue su saludo.

—Y más que tendría que tardar. Estoy magullada por todas partes. Gracias por tu protección —dijo con rabia. Posiblemente la misma noche del ataque habría tenido su teléfono en el buzón. Los hombres de Vladimir lo habrían encontrado enseguida y después habrían limpiado su sangre y cualquier rastro suyo de aquel almacén. Estaba segura de que el ruso había interrogado al hombre que la había salvado la vida y si él le había contado el estado en el que la encontró, no le reprocharía el haber tardado en llamar. Y así fue.

—Estoy trabajando en ello. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con desinterés.

—Mal.

—Tómame un par de días libres, de momento no tengo más entregas pendientes. Eso sí, intenta pasar desapercibida. —Su tono era amenazador.

—Como si pudiera hacer otra cosa. Tengo una pierna jodida, no puedo moverme —resopló—. Adiós Vladimir.

—¡Espera! —dijo justo cuando ella iba a colgar—. ¿Ese policía te ha vuelto a molestar?

Ayla tragó saliva y pensó con rapidez. No podía hablarle de que había pasado la noche en su casa, ni contarle el resto de veces que le había visto.

—No, ¿por qué lo preguntas? —disimuló lo mejor que pudo.

Vladimir cortó la llamada sin decir ni una sola palabra más. Rezó porque su interés en Ian se debiera simplemente a comprobar la seguridad de sus negocios. Pero no pudo evitar pensar que había algo más detrás de aquella pregunta.

Por el momento sacó todo de su cabeza. Luca llegaba al salón con dos buenos platos de pasta preparada a la carbonara que olían de maravilla. Se sentaron frente al televisor, dispuestos a comer mientras veían Dirty Dancing.

El plan que tenían la noche anterior se había retrasado pero ya que Ayla tenía todo el día libre, lo pensaba aprovechar para descansar, curarse y aclararse sobre los pasos que iba a seguir a partir de ese momento.

El día amaneció sin un sólo rastro de las nubes que habían poblado el cielo el día anterior. Ian lo agradeció por un momento, hasta que sintió la humedad que cargaba el ambiente.

Acaba de presionar el botón de su cafetera, cuando su teléfono sonó. Miró su reloj de pulsera, apenas eran las ocho de la mañana.

—David, ¿no sabes que para vivir, hay que dormir? —dijo mientras intentaba disimular un bostezo—. Es que tú no duermes nunca...

—Me acaban de avisar. Hay actividad en la sala de escuchas.

—Joder. Salgo para allí ahora mismo. ¿Estás en la comisaría?

—Sí, estoy aquí. Fíjate lo que se pierde uno durmiendo... —Se burló y cortó la llamada.

Apenas media hora después se encontraron en la sala de escuchas. David ya tenía puestos los cascos y le tendió otros a Ian nada más verle entrar. Este los aceptó y se sentó a su lado.

—Buenos días —saludó a los presentes. Después miró a David, desconcertado—. Pero si no se oye nada...

—No tardaremos en oírlo. A las siete menos diez de la mañana escuchamos a Lena hablar por teléfono. Quedó con alguien para hablar.

Justo cuando terminaba su frase, el ruido de una puerta a través de sus auriculares captó toda su atención.

—Chstt... —dijo Ian mientras hacía un gesto de silencio con el brazo para que todos los presentes lo vieran.

Los primeros cinco minutos no escucharon nada más que cajones cerrándose, abriéndose, pasos aquí y allá... Hasta que unos golpes de nudillo sonaron en la puerta.

—Adelante —dijo Lena Petrov.

—Su visita ha llegado. —David conoció de inmediato la voz de Silvia, la joven que lo había ayudado el día que se había hecho pasar por técnico. Sintió pena por ella, debía hacerle mucha falta el dinero para estar trabajando con alguien que la trataba con tanta dureza.

—Que pase —ordenó Lena.

Los pasos que parecieron de Silvia se dirigieron a la puerta y apenas unos segundos después unos nuevos, bastante más decididos que los anteriores, inundaron sus oídos.

—*Buenos días* —saludó la visita.

Ian no necesitó que pronunciase ni una sola palabra más para saber de quién se trataba. La visualizó intentando besarla aquella noche, completamente borracha en la habitación de Maia.

—¿Qué pasa, Ian? Te has quedado pálido. ¿La conoces? —David puso una mano sobre el hombro de su amigo, asustado.

Ian le hizo señas con la mano para hacerle entender que hablarían luego, no quería perderse absolutamente nada de esa conversación.

—¿*Cómo tú por aquí?* —preguntó su interlocutora sin saludar—. *¿Te manda el idiota de Vladimir?*

La palidez de Ian iba en aumento. Siempre sospechó que Ayla no era inocente pero realmente creyó que su única relación con Petrov era por la amistad que la unía a Nastasia. Nunca imaginó que conociera o tuviera trato alguno con el ruso.

—*No, ni siquiera sabe que he venido. Y me gustaría que siguiera siendo así. Lo que vengo a pedirte no le va a gustar* —dijo más decidida de lo que realmente estaba.

—*Vaya, Vaya...* —Lena se levantó de su asiento y rodeó la mesa que las separaba, hasta quedar frente a ella—. *Esto se pone interesante. Y, ¿en qué puedo ayudarte yo, que no pueda hacerlo él?*

—*Necesito protección.*

Ian se pasó la mano por la barbilla con nerviosismo. ¿Acaso Ayla estaba en peligro? ¿Qué clase de relación tenía con Vladimir? Si algo era evidente es que los dos rusos se odiaban. ¿Dónde se estaba metiendo?

—*¿No puede proporcionártela él? Vamos, tiene mil guardaespaldas* —rió.

—*Se la he pedido y me la concedió. Pero hace dos noches me atacaron por tercera vez y casi me matan.* —Su voz tembló, algo que no pasó desapercibido para Ian—. *Estoy harta de trabajar para él y de ceder a sus chantajes. Estoy dispuesta a cambiar de bando...*

¿Ayla trabajaba para el ruso? Estaba completamente loca, si él se enteraba de su traición estaría muerta y tirada en un pantano en menos que canta un gallo.

—*¿Sabes lo que te pasará si él se entera de esto?* —preguntó Lena. Había dejado de lado la burla y se había puesto seria. Volvió a su silla tras el escritorio y se sentó con las piernas cruzadas.

—*Nada, si cuento con tu protección.*

—*Puedo protegerte de muchas cosas, pero no de Vladimir. Él tiene todo el poder y hay algo...* —Lena se cortó antes de seguir hablando—. *Háblame de esos ataques.*

—*Siempre que llevo un maletín, alguien me ataca. Las dos primeras fueron persecuciones que bueno, tuve suerte de que un buen hombre me salvara.* —Ian supo enseguida que hablaba de él—. *Pero la última... Me acorralaron en un almacén y casi me matan. No estoy dispuesta a morir por un puto maletín* —sentenció segura de sí misma.

Lena sonrió para sus adentros, confirmando lo que ya sabía. A la vez, Ian sentía una punzada de culpabilidad. Ayla le consideraba un buen hombre y él se había aprovechado de sus amistades para obtener información. No tardó en atar cabos y darse cuenta de que el empleado que Vladimir había dicho que estaba herido, era Ayla. Pidió para sus adentros que no le hubieran hecho mucho daño.

—*Puedo protegerte de eso, sí* —dijo mientras cogía un boli y comenzaba a jugar con él—. *Pero si él se entera de que lo estoy haciendo, correré un riesgo muy grande. ¿Qué gano a cambio?*

—*¿Qué es lo que quieres, Lena?* —preguntó con desánimo—. *No tengo mucho dinero...*

—*El dinero me sobra, reina.* —Sonrió—. *Tendrás que ofrecerme algo más interesante.*

Ayla sabía perfectamente lo que quería y a pesar de que prefería evitarlo, finalmente no tendría escapatoria. Aunque Lena no era la única que guardaba una carta bajo su manga.

—*Quieres que te pase información.* —Se atrevió a decir mientras agachaba la cabeza.

—*No lo había pensado* —mintió—. *Pero no es mala idea, querida. Así Vladimir no sabrá que te protejo y ninguna de las dos tendremos problemas.*

—*De acuerdo* —dijo Ayla.

Esas dos palabras hicieron que Ian se llevara las manos a la cabeza. No sabía en qué podía estar pensando esa chica para meterse en semejante lío, aunque entendiera su miedo. ¿Podría ayudarla de alguna manera?

Lena saltaba de emoción en su interior y a pesar de que intentó ocultarlo, la pelirroja pudo ver el brillo de triunfo en sus ojos. Había llegado su momento.

—*Pero con una condición* —dijo, alzando la cabeza. Ya no había rastro de miedo, tensión o arrepentimiento en su rostro. La determinación y seguridad habían ocupado su lugar.

Tanto Lena como los policías que estaban escuchando la conversación, se sorprendieron de que se atreviera a exigir algo después de haber mantenido una actitud tan sumisa.

—*¿Crees que puedes ponerme condiciones?* —Se levantó de su silla de nuevo, acababa de herir su orgullo.

—*Tranquila, Lena. No es nada que no esté a tu alcance. Además, así conseguirás información sobre Vladimir que ni te imaginas* —dijo con tranquilidad.

La rusa se volvió a sentar y se quedó pensativa durante unos segundos. Comenzó a observar su despacho de un lado a otro, recordando todas las cosas que había tenido que hacer para conseguirlo. Tan sólo la mesa de roble macizo que ocupaba el centro de la estancia valía más de lo que pudiera ganar cualquier español con un sueldo medio en un año. Se le estaba presentando una buena oportunidad y aunque corría riesgos, era justo lo que necesitaba para llegar a su objetivo.

—*Prueba. ¿Qué condición?*

Ayla le tendió un sobre blanco, cerrado con celo verde con dibujos de gallinas. Lena la miró sorprendida al verlo y ella se encogió de hombros, era lo único que había encontrado en casa de Luca. Abrió el sobre con lentitud y cuando iba a comenzar a leer, la joven la cortó.

—*No lo leas en voz alta, por favor. No sé si soportaré oír lo que yo misma he escrito* —pidió. La rusa asintió con la cabeza y le hizo caso. Pasó un folio tras otro, leyendo toda la información que había allí escrita y observando una foto que aparecía justo al final.

—*Esto es...* —Ian y David se miraron. Estaban deseando saber el contenido de aquel sobre. Por el tono de voz que había empleado Lena, debía ser algo realmente gordo.

—*Es mi condición. ¿Lo coges o lo dejas?* —preguntó, altiva.

Lena se levantó de su silla y caminó sorteando la mesa que las separaba. Ayla hizo lo mismo y se colocó frente a ella, aceptando la mano que la rusa la tendía. Se la estrecharon, dejando cerrado el trato.

Cuando la conversación hubo terminado, David e Ian caminaron en silencio

hasta la cafetería que había justo en frente de la comisaría, que siempre solían frecuentar. Ian se pidió un desayuno, aunque creía que el hambre se le había quitado después de lo que acababa de escuchar.

—¿Sabes quién era esa mujer, verdad? —preguntó David mientras vertía el azucarillo al completo en su café humeante.

—Sí.

—Pues vamos a hablar con Ramírez. Tienen que emitir una orden de búsqueda y captura ya. El juez Castro no dudará en aprobarla después de lo que acabamos de oír.

Ian dio un sorbo a su café con hielo, que reconfortó un poco su estómago vacío.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

—No me jodas, tío. He robado en medio de una misión policial y no me has delatado. ¿No te parece que ya te debo bastante? —bromeó—. Aunque al ver tu cara, me preocupas un poco.

—Era Ayla, la pelirroja —habló en tono confidencial.

—¿Qué? —David se atragantó con el trozo de croissant que acababa de mojar en el café y meter dentro de su boca—. ¿Sabes lo que eso significa? ¡El caso tiene sentido, tenemos por donde tirar! Las piezas comienzan a unirse.

—No digas nada aún, por favor.

—¿Estás loco?

—Puede que sí. Pero esa chica está en peligro y no quiero que le pase nada. Dame cinco días, no te pido más. Si en cinco días no he conseguido nada, yo mismo hablaré con Ramírez.

—Joder, Ian. No me pidas esto... Es el caso más importante de nuestra carrera y esa chica podría ser la clave.

—Por eso mismo, ¿que crees que pasará si la detenemos ahora? Vladimir desaparecerá en cuánto sepa que estamos cerca. Y eso no nos conviene. Vamos a usar lo que sabemos a nuestro favor. Sólo yo he reconocido su voz y no hay riesgo de que nadie nos descubra.

David resoplaba sin parar y las gotas de sudor comenzaban a caer por su frente, mojando su pelo. Sacó un cigarro de su cajetilla y salió directamente a la calle. Necesitaba un poco de aire fresco y, sobre todo, pensar.

## 20

No tenía miedo, sabía que David no le iba a fallar. Guardaría su secreto el tiempo que fuera necesario, pero también sabía que no estaba actuando bien. Un buen policía hablaría con su superior para que solicitara una orden del juez y detuvieran a Ayla lo antes posible.

Pero, ¿por qué no lo hacía? Tal vez se sentía culpable por haberla llevado a su casa con el único fin de sacar información para el caso. Sí, tenía que ser eso. No creía que fuera una mala chica, sólo alguien en apuros de los que no iba a poder escapar sola. Estaba metida entre dos capos de la mafia rusa que se odiaban entre ellos y, aunque nunca había llevado un caso de esa envergadura, sabía que esos, los que estaban en el medio, eran los primeros en caer. Y no quería que eso le pasase a Ayla, no creía que lo mereciera. Aún así debía investigar y averiguar qué era realmente lo que estaba pasando con esa pelirroja, a la que creían una simple ladrona de coches al principio y que había resultado ser todo un enigma.

Sólo faltaban tres días para que su hija llegase a la ciudad. Quería tener el caso cerrado para entonces, para estar seguro de que no iban a correr ningún peligro. Su familia era muy pequeña pero muy importante para él. Entró a su despacho, dispuesto a coger de nuevo su equipo de vigilancia para ir otra vez a La milla de oro. Pensó que estaría bien conseguir los planos de la casa de Vladimir Sokolov, algo raro había allí. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y marcó un número de teléfono.

—Dígame, Inspector. —Una voz temblorosa sonó al otro lado del teléfono.

—Hugo, pásate por mi oficina. Tengo un pequeño encargo para ti. —Ese chico era de los mejores becarios en prácticas que había pasado por la comisaría. Tenía buen ojo y no le importaba trabajar, a pesar de que su sueldo era miserable. En lo que le fuera posible, intentaría que aprendiera de verdad el oficio. No pensaba tenerlo haciendo fotocopias como a otros que habían pasado por allí, que sólo querían aprobar las prácticas y marcharse para no volver nunca.

—Ahora mismo, Inspector.

En apenas tres minutos, estaba llamando a la puerta.

—Pasa, chaval.

Enseguida lo vio entrar, con sus gafas de pasta resbalando por el puente de su nariz a causa del sudor. Llevaba la libreta marrón que parecía tener pegada a una

de sus manos y un boli en la otra. Se sentó en la silla de enfrente a la suya y parpadeó con rapidez, impaciente.

—¿Qué necesita?

—Los planos de una casa. No sé si podrás conseguirlos fácilmente o tal vez consigas unos falsos que no coincidan con la realidad. Debes estar atento en esto, Hugo. —El chico asintió, haciéndole saber que estaba dispuesto a hacer lo que le pidiera—. Estás al tanto del caso que estamos llevando y sabes que no es nada sencillo. Necesito los planos de la casa de Sokolov.

—Bien. Los planos de Sokolov... —repitió mientras apuntaba en su libreta a toda velocidad. Había creído que se asustaría al tener que realizar una tarea tan cercana a un hombre tan peligroso, pero no. Ni siquiera se había inmutado. No se había equivocado con él, aquel muchacho tenía madera de policía.

—Eso es todo. Ten cuidado, sabes el riesgo que corremos.

—¿Para cuándo los necesita? —Esa pregunta lo sorprendió un poco.

—Para cuando los consigas, Hugo. No es necesario que dediques tiempo fuera de tu horario a esto.

Esa respuesta pareció convencerle, se levantó y tras despedirse con cordialidad, salió disparado a cumplir con su encargo.

Ian cogió su equipo y salió por la puerta, en dirección al ascensor.

—¿Ian?

Se quedó parado en el sitio al reconocer la voz de quién lo estaba llamando. Se dio la vuelta con rapidez, para enfrentarse a la mirada de Idoia, su vecina. Llevaba una falda tan corta, como ajustada era su camiseta. Tan provocativa como siempre y aunque no podía negar que tenía un buen cuerpo, no era el tipo de mujer que a él le gustaba. Las prefería discretas, las que se las arreglaban con su sonrisa para conquistar sin necesidad de enseñar todo su cuerpo. Las que te hacían reír, las que te decían todo con una simple mirada... La imagen de la sonrisa de Ayla atravesó su mente, haciendo que se distrajera por un segundo. Alejó ese pensamiento y se centró en su vecina, que avanzaba a paso firme hacia él.

—Idoia, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo en mi piso? —preguntó alarmado. Aunque esa chica solía tomarse confianzas que no la atribuían, no creía que hubiera interrumpido su trabajo simplemente para visitarlo.

—No, bueno, en tu piso no. Necesito tu ayuda, Ian...

—Tu dirás, entonces... —dijo cruzándose de brazos frente a ella, aún con el equipo de fotografía colgado de su hombro, dentro de la bolsa.

—¡Menudo monumento! —dijo David mientras se acercaba hacia ellos—.



Ian, ¿no me presentas a tu amiga?

—Es mi vecina. —David no era como él y las mujeres como Idoia eran precisamente las que llamaban su atención. Ella, sonrió coqueta y después centró su mirada de nuevo en mí.

—Creo que en otro momento, ahora necesito a mi amigo el policía.

—Ven, pasa a mi despacho.

La chica lo adelantó y fue directa a donde él le ordenaba y antes de que Ian pudiera hacer lo mismo, David lo sujetó por el brazo y acercó la boca a su oído, para que nadie pudiera escucharle.

—¿Te la has tirado? —preguntó.

—¡Claro que no!

—¿Puedo hacerlo yo? —Ian sacudió la cabeza de un lado a otro, negando mientras sonreía. David no tenía remedio...

—Si ella está de acuerdo, por supuesto. Pero no vayas a olvidarte de que es muy joven...

Cortó la conversación y antes de que su compañero pudiera replicar, siguió los pasos de Idoia y entró en su despacho, cerrando la puerta a sus espaldas y depositando en el suelo la bolsa con su equipo de vigilancia.

—Siéntate, por favor. —Señaló la silla en la que acababa de estar sentado Hugo—. ¿Qué ocurre?

Ambos se sentaron.

—Han entrado a robar a mi casa, Ian. — Sacó un pañuelo del bolso y se limpió unas lágrimas que él no había llegado a ver.

—¿Te hicieron algo? —preguntó preocupado.

—No, yo ni siquiera estaba en casa. Me lo encontré todo revuelto...

—¿Has llamado a la guardia civil?

—No, la verdad es que no... He venido directamente a ti. Creo que sé quién ha sido porque sólo se ha llevado el dinero que escondía en una caja de zapatos.

—¿Era mucho?

—No, hace poco que empecé a ahorrar. No es el dinero lo que me preocupa, sino que él vuelva a entrar —dijo en tono preocupado. Aunque no tanto como cualquier chica de su edad que acaba de ser víctima de un robo.

—Es que yo soy Inspector de Homicidios, no llevo este tipo de casos. Pero no te preocupes, tengo conocidos en la guardia civil que pueden ayudarte con esto... —Mientras hablaba, levantaba el teléfono que descansaba sobre su mesa, dispuesto a hacer una llamada. Pero no pudo, Idoia comenzó con la historia y tuvo que escuchar lo que ella le contaba.

—Le conocí hace cosa de un año. Yo sabía que era drogadicto pero era tan guapo que eso no me pareció tan importante... Al pasar el tiempo y ver cómo se comportaba, lo dejé. No se lo ha tomado nada bien, acostumbraba a usar mi dinero para pillar su mierda. Conoce mi casa y donde guardo el dinero, seguro que estaba con el mono y ha entrado a robarme para comprar su dosis. Tengo miedo, Ian...

—¿Es peligroso? —preguntó posando de nuevo el teléfono en su lugar.

—Cuando está con el mono, sí. Es capaz de lo que sea por una papelina. ¿Puedo quedarme en tu casa? Puede volver... Te prometo que no molestaré... Sólo...

—Lo siento, tienes un buen problema encima —dijo sintiéndolo de verdad—. Pero Maia está a punto de llegar y no tengo habitaciones libres, ya lo sabes...

—Aún faltan unos días para que venga. Por favor, Ian, no me dejes tirada con esto. He llamado para contratar una alarma y para que me cambien la cerradura pero tardarán un par de días en tenerlo listo. Se ha llevado lo que tenía ahorrado y no puedo pagarme un hotel.

Ian sintió lástima por ella. No le gustaba que no fuera Maia quien estrenase su habitación pero no podía dejarla desamparada. Ella siempre estaba dispuesta a ayudarlo y además, si él llamaba a la empresa de alarmas y al cerrajero, estaba seguro de que se darían más prisa y sería cuestión de una noche.

—¿Trabajas hoy?

—Sí... Y tengo hasta miedo de ir sola. —Ian se dio cuenta de que en eso había exagerado. Tenía miedo a que no la permitiera dormir en su casa.

—A ver... Puedes quedarte esta noche en mi casa. —Enseguida pudo ver el brillo de triunfo en sus ojos—. Déjame el teléfono de la empresa de alarmas y del cerrajero. Yo me encargaré de que mañana a primera hora te lo dejen todo arreglado. Voy a pasar el caso del robo a la guardia civil, como ya te he dicho, no llevo ese tipo de investigaciones y me pillas muy ocupado. Ellos hablarán contigo y tendrás que dar todos los datos e informaciones que tengas sobre ese chico, incluso una foto.

—Gracias, Ian. Sabía que podía contar contigo. —Se levantó de su silla y rodeó la mesa hasta quedar frente a él. Lo abrazó con fuerza, gesto que al policía le resultó incómodo. Se deshizo del abrazo como pudo.

—Le voy a decir a David que te lleve. Te acompañará a coger lo necesario y te dejará en mi casa. No te preocupes, es de confianza.

—¿No puedes llevarme tú? —Puso el mismo puchero que un bebé.

—No puedo, lo siento. Estoy en medio de una investigación complicada pero

te dejo en buenas manos. Yo me encargo de todo, no te preocupes por nada.

David había recibido la orden de acompañar a esa muchacha encantado. Le parecía realmente atractiva y cautivadora. El simple hecho de llevarla tan cerca en el asiento del copiloto, le ponía tenso.

—Una chica como tú se merece algo mejor que un yonki —dijo mientras dibujaba la mejor de sus sonrisas.

Idoia lo miró y correspondió al gesto.

—Tienes razón, merezco algo mejor. ¿No existe una máquina del tiempo? —preguntó con lo que le pareció melancolía.

—¡Ojalá! —dijo David con ganas—. Yo sería el primero que daría marcha atrás en el tiempo para cambiar varias cosas...

—Yo sólo cambiaría una mala decisión... —dijo más para ella misma que para que David la escuchase.

—¿Qué haces después de trabajar? —Estaba comenzando a sudar. Hacía demasiado tiempo que no invitaba a salir a una mujer y estaba algo nervioso. Sus piernas, casi al descubierto por completo no ayudaban mucho que dijéramos.

—Dormir. Acabo cansadísima después de bailar tantas horas —contestó evasiva.

—Claro, es normal. —Se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta—. ¿Qué te parece si te invito mañana a desayunar? Seguro que así recuperas fuerzas. —La miró directamente y sonrió.

—Déjame tu tarjeta. Si me levanto antes del mediodía, te llamo y desayunamos —dijo.

David supo en ese mismo momento que no le llamaría. Aún así, sacó una tarjeta de la guantera del coche y se la tendió. Idoia la cogió y la metió en su bolso sin siquiera mirarla.

El resto del trayecto se limitó a ser cordial, sabía que cualquier intento de cortejo sería inútil. A lo mejor no era el mejor momento, acababan de entrar a robar a su casa y estaría pensando en cualquier cosa menos en eso, ya encontraría un mejor momento para volver a intentarlo.

Esperó en el salón de casa de la joven a que cogiera lo necesario para dormir en casa de Ian, algo que apenas la llevó tiempo. Normalmente las mujeres tardaban mucho en preparar una maleta o una mochila, solían ser mucho más precavidas que los hombres y llevar muchas cosas sólo por si acaso. Pero Idoia no había acabado de entrar en su habitación y ya había salido con una mochila, como si la tuviera preparada. Tal vez por su trabajo tenía un cambio de

emergencia.

—¿No te han revuelto nada, no? —preguntó mientras escrutaba todo lo que había a su alrededor.

—Ehh... Bueno, no... Sólo un poco. Venía a tiro fijo. —Sonrió encantadora, gesto que derritió al policía—. Lo poco que desordenó, lo he vuelto a colocar.

—No deberías haberlo hecho, es mejor que la guardia civil investigue y lo encuentre todo como él lo dejó.

—Vaya, no lo sabía. Lo siento tanto... —La expresión de sus ojos cambió y se puso realmente triste, arrepentida por el error que acababa de cometer. David se sintió culpable al instante. Era un policía muy inteligente pero ante una mujer atractiva, todos sus instintos se centraban en una misma cosa.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? No te preocupes, yo se lo explicaré. Seguro que lo entenderán.

—Gracias. —Volvió a sonreír.

Diez minutos después, David salía de casa de Ian, donde acababa de dejar a Idoia. La mujer que le robaría los sueños esa noche y con la que estaba dispuesto a volverlo a intentar.

## 21

El modo de transporte en el que llegaría Maia había sido motivo de discusión durante los dos últimos días. Érika estaba empeñada en que realizase el viaje en avión con su niñera habitual como acompañante. Algo que desde el principio le pareció bastante absurdo. No tenía ningún sentido ir a buscar a la niña al aeropuerto cuando quedaba a casi cincuenta kilómetros de Marbella y a tan sólo ocho de Málaga. Puestos a hacer ese viaje, lo hacía al completo.

Ella decía que era más práctico pero Ian estaba seguro de que no era más que una excusa para evitar que él estuviera presente en la despedida.

—¿Dónde habéis quedado? —Ramiro lo acompañaba. Estaba deseoso de ver a su nieta y casi le rogó que lo llevase con él. Ian no replicó, posiblemente su presencia ayudase a que las cosas fueran un poco menos tensas.

—En el pasaje de Chinitas —respondió, esperando una reacción que no tardó en llegar.

—¿Qué? ¿Por qué no habéis quedado en casa? —Nunca entenderé a Érika—. Primero insistía en el avión y ahora nos hace ir a ese lugar.

—No sé, papá. Creo que no quería que nadie viera cómo se despedía de Maia. Va a ser un trago duro para ella.

—Sí, eso sí —reconoció—. Les daremos su momento de intimidad, se lo merecen.

El sonido del manos libres del coche interrumpió la conversación. Ian pulsó un botón y respondió.

—Arias.

—Soy Murillo. Al fin tengo lo que me pediste. Ha sido un verdadero infierno hacerme con la información. ¿Sabes una cosa? Yo creí que los rusos eran más amables.

—Hay de todo, Murillo. Dime que has encontrado —pidió Ian.

Su padre escuchaba atentamente lo que decían, recordando viejos tiempos.

—Se confirma el parentesco. Petrov y Sokolov son primos carnales. Sus madres eran hermanas y por lo que me han confirmado, separadas al nacer. Fueron dadas en adopción.

Eso sí que era una sorpresa.

—¿Crees que puede venir por ahí su enfrentamiento? —preguntó Ramiro,

sin que nadie le diese permiso. Ian lo fulminó con la mirada.

—¿Arias? —preguntó confuso, Murillo.

—Responde tranquilo, es mi padre. Está conmigo en el coche.

Todos en la comisaría sabían que era hijo de un exinspector.

—Es posible que sí. Sus padres biológicos eran millonarios, magnates del oro en su país. Y curiosamente veraneaban en Puerto Banús.

—¿Se volvieron a encontrar con ellas después de la adopción?

—No hay datos sobre eso.

—De acuerdo. Gracias, buen trabajo Murillo.

El policía cortó la llamada orgulloso de la felicitación que acababa de recibir. Ian miró a su padre y sin esperar a más, le aprobó con la mirada para que hablase.

—Claro que viene por ahí... ¿De dónde aparecen sino las fortunas de Lena y Vladimir? Es muy posible que sus madres encontraran a sus padres verdaderos y acabaran recibiendo una herencia millonaria.

—Las herencias siempre traen problemas... —dijo Ian pensativo. La teoría de su padre tenía sentido y reconocía que se inclinaba a pensar lo mismo. Pero por el momento era algo que no iban a poder probar.

Accedieron al pasaje de Chinitas desde la calle Fresca. Aquel pasaje era uno de los más estrechos que había visto en su vida. Actualmente estaba repleto de pequeñas tiendas artesanales y la historia cuenta que saltó a la fama entre otras cosas, porque Federico García Lorca escribió en un café que se encontraba en aquel lugar, uno de sus poemas más conocidos.

Si preguntabas a los más mayores de la ciudad, no dudaban en contarte que antiguamente había allí un hostel llamado Chinitas que hacía las veces de pub, prostíbulo, casino y a saber cuántas cosas más. Algo que podía resultar cómico para quien supiera que dos siglos atrás, aquel lugar había sido una de las dos entradas al convento de las Agustinas Descalzas.

Sentadas en una terraza de una cafetería con mesas blancas y sillas bastantes altas, esperaban dos de las mujeres más importantes de su vida. Fue Maia, que quedaba frente a ellos, la primera en verlos. Su sonrisa se iluminó, haciendo su expresión radiante.

—¡Papá! —gritó mientras bajaba de la silla con dificultades y corría a su encuentro.

Érika se giró al oírla y fingió sonreír.

—Ven aquí, enana —dijo Ian cuando ya la tenía entre sus brazos y la

estrechaba con fuerza.

Su ex miraba la escena, ya de pie y con la maleta de la pequeña a su lado. Suspiró varias veces sin que nadie la viera y se acercó a ellos, con un paso más decidido de lo que ella realmente estaba.

—¿Y para mí no hay nada? —dijo Ramiro, fingiendo estar enfadado. Maia ni siquiera había reparado en él pero cuando lo hizo, su rostro se iluminó de nuevo.

—¡Hola abuelo! —Se bajó de los brazos de Ian al verle y fue corriendo a abrazarlo. No se veían desde las pasadas Navidades. Normalmente las pasaba cada año con uno de sus padres—. ¿Haremos un puzle? —preguntó entusiasmada.

Érika se acercó a Ian mientras ellos se saludaban y le dio la maleta de Maia, casi tan grande como ella.

—Espero que vuelvas pronto al país a visitarla. —Ian sabía lo difícil que resultaba ese momento para su exmujer. Y lo sabía mejor que nadie, había vivido en sus propias carnes lo que era separarse de su hija y dejar de verla a diario.

—No dudes que lo haré. —Apartó con rapidez una lágrima que salió de su ojo derecho—. Sé que no es necesario, pero... Prométeme que la cuidarás —rogó ya sin poder contener el llanto que bañaba todo su rostro.

—Te lo prometo.

Ian la abrazó, sintiendo verdadera pena por la situación. Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera y lo suyo hubiera salido bien, ojalá no tuvieran que pasar por eso.

—¡Eh! Esto no es ningún entierro —dijo Ramiro que llegaba con Maia de la mano.

Soltaron su abrazo y Érika saludó con dos besos a su ex-suegro.

—¿Cómo estás, Ramiro? —preguntó mientras limpiaba sus lágrimas con un pañuelo.

—Cada año más viejo, hija. He venido porque quería desearte mucho éxito en tu nueva vida y quiero que sepas, que a pesar de todo, siempre serás la madre de mi nieta. Suerte, Érika.

Ella se conmovió con sus palabras y le dio un breve abrazo.

—Gracias. Maia no podía tener un abuelo mejor.

—Eso sí que es verdad —dijo mientras inflaba el pecho y se alejaba de allí con su bastón, dispuesto a dar la intimidación que había prometido.

—Te deseo lo mismo, ya lo sabes. Si necesitas algo, aquí estoy. Mucha suerte y vuelve pronto. —Ian le dio dos besos con verdadera pena y después se agachó frente a su pequeña.

—Princesa, despídete de mamá. El abuelo y yo te esperamos allí. —Señaló el lugar donde estaba Ramiro, cien metros más abajo.

Cogió la maleta con ruedas y antes de darse la vuelta para acompañar a su padre, levantó la mano, diciendo un último adiós.

Érika correspondió al gesto y se agachó para abrazar a Maia, agradecida de que la dejaran hacerlo sola. El resto de la conversación ya no la escucharon, pero duró casi diez minutos.

Finalmente Érika se fue dando grandes zancadas, con un pañuelo en sus manos y las gafas de sol sobre su rostro.

—¿Estás bien, cielo? —El abuelo miraba preocupado a la niña, que cogida de su mano caminaba hacia el coche.

—Sí, abuelo. Estoy un poco triste porque se va mamá —confesó mientras agachaba la cabeza.

Ian detuvo la marcha y sus dos acompañantes le imitaron. Miró a la niña y no pudo evitar pensar en todo lo que la quería. El deseaba con todas sus fuerzas vivir con ella pero si eso la iba a hacer infeliz... Estaba dispuesto a renunciar. Por ella se sacrificaría.

—Escucha, Maia. Aún puedes irte con mamá si quieres. Sólo tienes que decírmelo y yo la llamaré para que te espere. —Sonrió mientras la sujetaba de sus dos manitas.

—No, papi. Yo quiero estar contigo y hacer un puzle con el abuelo, me lo prometió en Navidad. —Lo miró directamente, esperando una respuesta por su parte.

—La promesa sigue en pie —dijo mientras levantaba sus brazos y el bastón.

Ya estaba oscureciendo cuando llegaron al apartamento. Habían pasado por casa de Ramiro para dejarlo allí y se habían puesto de acuerdo con los horarios para el día siguiente.

Ian abrió la puerta, agradeciendo que Idoia ya no estuviera allí. No le molestaba su presencia pero sí que lo acosase a preguntas y que intentara seducirlo todo el tiempo. Además se había puesto a limpiar, según ella porque no quería estar allí de prestado pero lo único que había hecho era revolver y cambiar de sitio todas sus cosas.

—Papá, aquí no ha cambiado nada. —Se quejó mientras miraba a su alrededor—. ¿Te has olvidado de mi cuarto? —preguntó mientras se cuadraba de brazos.

—¡Oh, vaya! Sí, cariño. Lo siento mucho, se me ha olvidado... Pero te prometo que mañana mismo vamos a elegir los muebles que tu quieras...



Maia no dijo nada pero se reafirmó en su cruce de brazos, dando a entender que estaba molesta. Su padre le había hecho una promesa que no había cumplido.

—Pero elijo yo —terminó por decir. Ian se sintió orgulloso de no tener una hija caprichosa, al contrario, estaba dichoso de que se conformara con lo que había. No pudo evitar sonreír como un tonto mientras la miraba. Era la niña más guapa del mundo.

—Hecho. ¿Tienes hambre?

—Claro. —Rodó los ojos—. Quiero cenar pizza, porfi —pidió mientras juntaba las palmas de sus manos.

—Vale, pero la pizza la elijo yo. Mmm... ¡Carbonara! —dijo sabiendo que era la preferida de la niña.

—¡Sí! —Ian metió la pizza en el horno y lo puso a baja temperatura, para que no se hiciera demasiado rápido.

—Mientras se hace, hay que darse un baño. Mañana es tu primer día de cole y tienes que causar buena impresión.

La niña no puso objeciones. Ian escogió un pijama de la maleta que Érika había preparado y fueron al baño. Creyó que tardaría más en darse cuenta, pero la niña lo vio nada más entrar.

—¡Papá! Qué bonito —exclamó. Miraba con atención el mueble que su padre había elegido para el baño con varios cajones y cuatro puertas. El baño era un poco pequeño y quería que su hija tuviera un espacio propio para sus cosas. Los cajones y las puertas eran de color rosa y lila, intercalados. Sus dos colores favoritos.

—Mañana cuando vacíe tu maleta, colocaremos todas tus cosas aquí. ¿Te parece bien?

—¡Sí! Es el mejor mueble del mundo —dijo orgullosa.

La ayudó a bañarse con rapidez, no había perdido la práctica y Maia cada vez hacía más cosas ella sola. Le colocó el pijama de una película de Disney de la que no recordaba el nombre y se sentaron a cenar la pizza. Casi se la comieron al completo, muertos de hambre después del viaje y de todas las novedades. Vieron veinte minutos de unos dibujos que Ian no llegó a comprender y decidió que ya era demasiado tarde para que su hija estuviera despierta, incluso era tarde para él.

—A la cama, peque. Mañana madrugamos mucho.

Maia no protestó, estaba que se caía de sueño y su padre tuvo que llevarla en brazos a la habitación. La dejó en el suelo justo a la puerta y encendió la luz.

Cualquier rastro de sueño desapareció de la cara de Maia al ver lo que tenía delante. Su padre había hecho todo lo que la había pedido e incluso más. No supo qué decir y se quedó de pie, observando todo.

—¿No me dices nada? —preguntó deseando un beso y abrazo. Pero en lugar de eso, la pequeña avanzó por la habitación con sus pequeños pies descalzos, observando y tocando todo lo que se encontraba a su paso. Tenía la boca ligeramente abierta y sus pupilas no paraban de moverse ni un sólo segundo.

—Todos esos juguetes... ¿Son para mí? —preguntó finalmente.

—Todo lo que hay aquí dentro es tuyo, mi niña.

Maia se dio la vuelta y por fin lo miró directamente a los ojos. Comenzó a llorar y corrió a abrazar a su padre. Pasó sus cortos brazos alrededor de su cuello y dejó que las lágrimas mojaran la camiseta que él llevaba puesta.

—Maia, cariño. ¿Por qué lloras? ¿No te gusta la habitación? —Estaba confuso. Había hecho todo lo que ella le había pedido pero a lo mejor se había pasado y la niña se sentía abrumada. O quizá echaba de menos a su madre y ya no podía aguantarlo más.

—Si, lloro por eso. ¡Lloro porque tengo la mejor habitación del mundo! Te quiero mucho, papá. —Un suspiro de alivio se escapó de su boca, eliminando con él toda la preocupación de su cuerpo. Se había emocionado al verlo, eso era todo. Su hija tenía un corazón de oro.

—Yo también te quiero, princesa.

Se sirvió un vino espumoso tras ponerse el pijama y se tumbó en el sofá. Maia dormía plácidamente desde hacía casi una hora. Pensó en lo feliz que era de tenerla junto a él, en que esa niña era lo mejor que le había pasado en la vida. Su cara al ver el mueble del baño, al ver la habitación... El verla feliz a su lado lo llenaba de dicha y de felicidad. Haría lo que fuera por esa niña. Rezó porque se adaptase bien a su nuevo colegio y rezó, sobre todo, porque nunca volviera a irse de su lado.

## 22

—¿Te ha quedado claro lo que tienes que hacer? —La mujer asintió. Por un breve momento había pensado en negarse, pero descartó la idea tan rápido como se la había ocurrido.

—Sí, no tengo ninguna duda. Tranquilo, Vladimir... Lo haré bien. —Su tono de voz era bajo, quizá demasiado.

—Toma. —Le tendió un pequeño papel en el que había algo escrito—. Nos vemos allí.

Ella cogió el papel y lo guardó a buen recaudo en su bolso. Asintió a modo de despedida y abandonó aquel ático que tanto agobio la producía.

—Se te acabó la gloria, maldito policía —habló para sí mismo en cuánto se quedó de nuevo sólo en la habitación.

Ian no recordaba un desayuno tan divertido como el de ese día, a pesar de que había sido una locura. Le había costado casi diez minutos que Maia saliera de la cama para desayunar y casi otros tantos para que eligiera la ropa. No habían tenido tiempo de deshacer la maleta y no encontraba el conjunto que quería ponerse para su primer día: una falda blanca con algo de vuelo y una camiseta rosa de tirantes con un unicornio adornando el centro, repleto de lentejuelas.

Su padre la peinó con mimo, recordando los días en que eso era una rutina para él. Al final habían salido de casa con el tiempo justo. No importaba que él llegase un poco tarde a la comisaría pero Maia tenía que llegar a tiempo.

—¿Entras conmigo, papá? —preguntó mientras se colgaba la mochila al hombro. Había pagado en el colegio para que se encargasen de comprar los libros, así que en ella sólo llevaba algún cuaderno y su estuche favorito.

—Claro. —Le tendió una mano que ella agarró gustosa.

La calle de la comisaría estaba atestada de tráfico a esas horas de la mañana, por lo visto llegar tan tarde iba a tener más desventajas de las que él creía. Agradeció enormemente tener una plaza de aparcamiento reservada, sino la tarea de aparcar podría convertirse en algo imposible.

Una sonrisa atravesó su rostro al recordar a Maia entrando en su nueva clase. Iba a ser un gran cambio pero ella era sociable y haría amigos nuevos enseguida.

Además era muy lista y no tendría problemas para adaptarse al ritmo de trabajo de la clase.

Antes de entrar en su despacho, vio a Hugo esperándolo en la puerta, inquieto como siempre. Aquel joven era puro nervio y si quería dedicarse a eso, tendría que aprender a controlar sus nervios o acabaría loco antes de empezar.

—Buenos días, chaval. ¿Te he hecho esperar mucho? —Estaba seguro de que sí. Llevaría buscándolo desde antes de que él hubiera salido de casa con la niña.

—No... Bueno, un poco... Quiero decir, que no importa. —Se subió las gafas, un gesto muy habitual en él. Ian siempre se había preguntado si lo hacía porque las gafas se le caían o simplemente por costumbre.

—Pasa y siéntate —dijo tras dar vuelta a la cerradura con sus llaves y abrir la puerta. Subió todas las persianas y abrió una de las ventanas, deseando que entrara un poco de brisa. Era una mañana realmente calurosa.

—Ya tengo los planos —dijo mientras posaba algo sobre la mesa de su superior. Éste se sentó en su silla y cogió los papeles.

Los examinó con atención, buscando algo fuera de lo normal. La tarea le llevó algo más de cinco minutos, que fueron una eternidad para el becario.

—Me lo temía. No hay nada fuera de lo normal, está exactamente igual que la casa en la que vive —escupió con rabia.

—Disculpe que se lo diga así, Inspector... Pero eso es lo que suelen reflejar los planos, lo que es una casa.

Ian estuvo a punto de mandarle a la mierda, sino fuera porque al mirarlo vio que realmente no se había dado cuenta de a qué se refería. Sonrió, intentando disimular.

—Gracias. Puedo asegurarte que hasta ahí llego yo sólo. —Hugo agachó la cabeza, avergonzado—. Pero sé que estos planos son falsos, algo me dice que hay algo más en esa casa. Dime... Si tu fueras un capo de la mafia rusa, ¿vivirías en una casa llena de cristaleras, que dejaran ver el interior de tu casa desde cualquier parte? —preguntó.

—No —contestó sin ni siquiera pensarlo—. Pero si tendría mi refugio, tal vez tiene algún lugar escondido y pagó para que no apareciera en los planos... No sé, un refugio bajo tierra o algo así. —Se encogió de hombros. Ian pensaba exactamente igual que él.

—Eso es. Pero por lo visto estos planos no nos van a decir nada...

—¿Puedo proponer algo? —tartamudeó. Ian hizo un gesto con la mano, invitándolo a hablar—. Puedo averiguar que arquitecto se encargó de estos planos. Y puedo ir a hablar con él y preguntarle sobre esto. Es posible que

hiciera la obra después de comprar la casa, pero entonces constaría en el Ayuntamiento. Aunque hubiera sobornado al alcalde, cosa que dudo, se trataría de una obra grande y difícil de disimular.

—¿Y si el arquitecto no quiere hablar? No es mala idea Hugo, pero estoy seguro de que Vladimir le pagó bien por sus servicios y por su silencio.

—Le investigaré bien antes de ir, buscaré su punto débil y lo intentaré por ahí. ¿Tengo su autorización?

Ian se pasó la mano por su barbilla, cubierta de barba de un par de días y pensó durante unos segundos. La idea del chico no era mala pero encargar un trabajo así a un becario podía llegar a ser una locura. No quería ser injusto con él, se esforzaba como el que más y merecía una oportunidad.

—Tienes mi autorización. —Los ojos del joven brillaron de emoción—. Pero con una condición. Antes de que hagas nada, quiero que le digas a David cuál es el punto débil por el que vas a atacar y él será quién te diga si es factible o no, ¿de acuerdo?

—Claro. Gracias, gracias Inspector... Es usted... Increíble... —dijo mientras se levantaba de la silla y salía por la puerta. Seguramente se pondría a trabajar de inmediato y no pararía hasta dar con lo que buscaba. Sonrió al recordarse a sí mismo unos años atrás.

Se puso en pie y tras tomar un café rápido sacado de la máquina y poner al día de todo a David, incluido el estar pendiente de Hugo, salió de la comisaría. No se le había escapado el detalle de que pudiera tener una especie de búnker bajo tierra o algo parecido, así que decidió que en esa ocasión prestaría más atención al terreno que a la propia casa.

Cuándo llegó allí, encontró todo igual que la última vez. A excepción de una mujer uniformada de empleada de hogar que limpiaba las cristaleras. Lo lamentó por ella, debía de ser horroroso limpiar cristales cuando hacía tanto calor. La parte delantera de la mansión estaba cubierta de césped artificial. Usó sus prismáticos para observarlo bien, intentando encontrar una trampilla o algo por el estilo pero nada, el suelo era completamente uniforme.

Dio una vuelta alrededor de la casa, oculto bajo sus gafas de sol y su gorra, para ver si podía ver algo del jardín. Estaba rodeado por altos muros blancos pero si se alejaba un poco y se subía a un banco, podría ver lo que había dentro sin que nadie se diera cuenta.

Maldijo para sí mismo. Tampoco había nada fuera de lo normal allí, al menos que se viera. Pero él tenía más que claro que estaba escondiendo algo. Ladreda le había dado el relevo y le había asegurado que el ruso estaba dentro de la casa.

Según él había llegado de madrugada, acompañado por dos señoritas que supuso que serían prostitutas, a pesar de que vivía con su mujer.

A ella si que la habían visto en varias ocasiones: en el salón, en la cocina, en la piscina, saliendo del baño... Haciendo lo que cualquier persona normal haría dentro de una casa, pero ni rastro de él. Se escondía en algún sitio y accedía a él desde un punto muy discreto, porque sino Ladreda lo hubiera visto.

Miró su reloj de pulsera y tuvo que apretar sus labios para no soltar una maldición que fuera escuchada en toda La milla de oro. Había prometido que iría a buscar a Maia en su primer día de colegio, aunque luego se encargaría Ramiro de eso y la cuidaría hasta que él llegase de trabajar.

Se bajó del coche justo cuando sonaba el timbre que anunciaba el fin de las clases. Observó como docenas de niños salían corriendo hasta sus padres, deseando volver a casa. Algunos quedaban para jugar por la tarde y otros simplemente, intentaban pasar desapercibidos. Era increíble que la personalidad de una persona se fuera desarrollando desde tan pronto. La afluencia de niños comenzaba a bajar y Maia todavía no había salido. La conocía y seguro que se había entretenido charlando con una nueva amiga o mirando alguna fotografía colgada de la pared.

Cuando vio que ya habían salido todos y la entrada del colegio estaba empezando a quedarse desierta, comenzó a preocuparse y decidió entrar a buscarla. Apenas pasó la puerta de entrada se encontró de frente con la tutora de su hija. La conocía porque había hablado con ella antes de que Maia llegara y ella misma se iba a encargar de tener listos los libros de texto.

—Señor Arias —dijo visiblemente sorprendida—. ¿Qué hace usted por aquí? ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Qué hago aquí? —preguntó confundido—. He venido a buscar a Maia. Han salido todos los niños y a ella no la he visto.

—No entiendo nada... Su madre vino a buscarla y dijo que se encargaría ella misma de avisarlo.

En ese mismo momento el mundo de Ian se vino abajo.

—¿Que su madre vino a por ella? Señorita, en este momento está volando fuera del país. Es imposible que haya venido a recogerla.

—¿No se llama Érika Arias? —La mujer comenzó a hablar con menos seguridad, incluso le temblaba un poco la voz. Ian supo de inmediato que algo pasaba. Érika nunca había adquirido su apellido al casarse y jamás la había oído decirle a nadie que se apellidaba Arias.

—¿Me está usted diciendo que una mujer viene al colegio, afirma ser mi

exmujer y ustedes le entregan a la niña sin ni siquiera comprobarlo? ¿A qué clase de colegio he traído a mi hija?

—Llamó a secretaría una hora antes de venir a buscarla. Dijo que había habido un problema familiar muy grave, una defunción. La vimos tan rota de dolor que no se nos ocurrió pedirle su identificación, ni siquiera pensamos en algo así —tartamudeó como lo había hecho Hugo unas horas antes.

—¡Me cago en todo! —gritó acercando la cara a la mujer que tenía delante—. ¡La voy a detener ahora mismo, incompetente! Como le haya pasado algo a mi hija...

Antes de que la mujer pudiera protestar, sacó su móvil y llamó a David, exigiendo que se presentara allí de inmediato y que llevara refuerzos. Acababan de secuestrar a Maia.

—Señor, no sé qué decirle... Yo...

—¡Será mejor que no diga nada! —gritó de nuevo.

—Pero, ¿qué demonios está pasando aquí? —dijo una mujer entrada en los sesenta que acababa de salir del despacho de dirección.

—Directora. La mujer que se ha llevado a Maia Arias no era su madre... Al parecer... —Ian no la dejó terminar la frase.

—Al parecer, no. Han secuestrado a mi hija delante de sus narices y ustedes la han entregado como un bollo recién salido del horno. ¿Saben que soy Inspector de policía? ¡Voy a arruinaros la vida! ¡A todos!

La otra mujer se acercó a él y puso una mano sobre su hombro, intentando calmarlo. Él se apartó como si lo acabaran de tocar con una antorcha encendida.

—No me lo puedo creer. Nos ponemos a su disposición, señor. Esa mujer lloraba desconsoladamente y lo que menos pensamos es que no fuera la madre de la niña. Además, Maia se fue con ella enseguida.

—Mi hija no se iría con cualquiera. ¿Habló con ella antes?

—Sí —intervino la tutora—. Cuando Maia salió del aula, su ex mujer o bueno, la señorita que estuvo aquí, se agachó y le dijo algo al oído. Automáticamente la niña se cogió de su mano y se fue con ella.

—Dios mío, Maia... ¿Qué voy a hacer? —Sus ojos estaban encharcados en lágrimas, a punto de estallar. Era el primer día que tenía a su pequeña con él y permitía que alguien la secuestrase. ¿Cómo llamaría a Érika para contarle aquello? No podía hacerlo sin al menos intentar encontrarla, estaba seguro de que lo demandaría y no volvería a ver a la niña.

Pensó en su dulce sonrisa y en esa preciosa melena que había heredado de su madre, ondeando al viento. La vio feliz en su tercer cumpleaños, soplando las

velas con dificultad y abriendo la boca de par en par al ver la pizarra interactiva que sus padres la habían regalado.

Un torrente de imágenes, preocupaciones y sospechas inundaron su mente impidiéndole pensar con claridad.

—Mis compañeros no van a tardar en llegar. No se muevan de aquí y díganles todo lo que me han dicho a mí. Tendrán que describir bien a esa mujer para que puedan hacer un retrato robot. Tenga —dijo mientras le tendía su tarjeta a la directora—. Cualquier cosa que recuerde o cualquier novedad, llámeme de inmediato.

—¿Dónde va usted?—preguntó la tutora, confusa.

—A llevar a mi hija de vuelta a casa —sentenció, seguro de sí mismo mientras salía de allí dando grandes zancadas.



## 23

Los días de descanso para Ayla tocaban a su fin y lo supo en cuanto sonó su teléfono móvil y vio que Ernesto la estaba llamando. Dudó si responder o no, pero sabía que tenía que hacerlo. Había hecho un trato con Lena Petrov y debía mantener la normalidad. Con dedos temblorosos, contestó la llamada.

—¿Qué quieres, Ernesto? —Su tono de voz era totalmente inexpresivo. Se sentó sobre su sofá y no pudo evitar quejarse al apoyar la pierna.

—Prepárate, nueva entrega —dijo, escueto.

—¿Dónde?

—Ya te lo diremos a su debido momento. Confórmate con saber que esta vez son dos paquetes. —Y cortó la llamada, sin ni siquiera despedirse.

Posó el teléfono y colocó su pierna con ayuda de sus manos en la única posición en la que estaba a gusto. Podía caminar bastante bien pero estar sentada era realmente un suplicio. Luca decía que la herida iba mucho mejor y que en poco tiempo dejaría de notar dolor. El hombro, a pesar de ser lo que más la preocupó en un principio, parecía estar sano de nuevo.

Tenía que conseguir información para Lena pero sabía que en casa de Vladimir sería imposible. Para empezar, tenía prohibido ir allí a no ser que fuera una emergencia y para seguir, nunca la dejaría sola en su casa. Y aunque lo hiciera, estaba llena de cámaras de seguridad y era inútil el sólo hecho de pensar en intentarlo. Por el momento tendría que conformarse con el despacho de Ernesto. No podía trabajar todavía pero se pasaría por el bar con la excusa de visitar a sus compañeros y esperaría su momento para actuar.

Sólo quedaba una hora para que comenzara el turno de Luca, así que decidió darse una ducha y cambiarse el vendaje. Al parecer, la asepsia era muy importante para que su herida mejorase. Dejó que el agua cayera sobre ella, aún fría. Deseó que todos sus problemas la acompañaran por el desagüe y desaparecieran para siempre de su vida pero sabía que eso era imposible.

Ella sola se había metido en la boca del lobo y estaba más expuesta que nunca. Lena Petrov conocía toda la verdad de su pasado, el secreto mejor guardado para ella, la causa de su mayor dolor. Estaba decidida a apostar con todo lo que tenía y se dio miedo a sí misma cuando se dio cuenta de que cada

vez le importaba menos su vida, si es que se podía llamar así a lo que ella tenía. El agua y el jabón parecían ser el mejor medicamento para la herida, incluso mejor que la clorhexidina.

Se vistió cómoda y sencilla. Unas mallas ajustadas y negras que le llegaban por la rodilla y una camiseta blanca de las que solía usar para hacer deporte. Se puso unas sandalias a juego con su camiseta y se secó el pelo fuera del baño. No quería verse sin la peluca, esa ya no era ella y le recordaba a alguien que no existía. Se la colocó con cuidado, tenía tanta práctica que no necesitaba mirar si había quedado bien. Cogió las llaves de casa y emprendió el paseo hasta su trabajo.

No era un trayecto demasiado largo pero sí que la llevaría más del tiempo de lo normal por culpa de su pierna.

—Ayla —escuchó cuando apenas había dado dos pasos. Reconoció su voz al momento y se dio la vuelta, sorprendida.

—Ian, ¿qué haces aquí? —No pudo disimular su sorpresa y lo nerviosa que se había puesto. Aquel hombre causaba un efecto en ella que no terminaba de comprender. Lo miró con detenimiento, no tenía la expresión de seguridad que tanto la gustaba, parecía triste y decaído.

—¿Podemos subir a tu casa? No quiero hablar aquí. —Ayla dudó. No quería que el policía que llevaba el caso de sus persecuciones viera su casa.

—Es que justo me iba a trabajar —intentó disculparse. Aunque cuando se paró a pensarlo, se dio cuenta de que ya todo daba igual.

—Por favor —rogó con los ojos brillantes por el líquido que comenzaba a inundarlos. Ayla se asustó al verlo así y sin que nadie se lo dijera, supo que algo terrible le estaba pasando.

—Está bien, vamos. —Abrió la puerta que acababa de cerrar y le invitó a subir delante de ella, quería disimular su cojera y evitar preguntas innecesarias.

Él se paró justo delante de su puerta. Sabía a la perfección donde vivía aunque nunca hubiera estado allí, o al menos eso creía ella.

—¿Quieres tomar algo? —dijo mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—¿Tienes vino espumoso? —Lo necesitaba más que nunca. Necesitaba el calor que el vino le proporcionaba bajando por su garganta. Deseó incluso estar borracho y olvidar todo lo que estaba pasando, pero sabía que no podía hacerlo.

Ayla asintió y le sirvió una copa más fría de lo que él habría deseado. Se sentó frente a él en el sofá y esperó con impaciencia.

—¿Qué te ha pasado en la pierna? —preguntó mirándola directamente a los ojos.

Ayla abrió la boca, dispuesta a contestar, pero las palabras no acudieron con rapidez.

—Me caí trabajando y me hice daño en el tobillo. —A pesar de todos sus esfuerzos por ocultarlo, esfuerzos que él había visto, se había dado cuenta de todo.

—¿En serio? —Ayla asintió—. Yo creí que habías tenido un accidente mientras trabajabas para Vladimir Sokolov.

La pelirroja se levantó del sofá a toda velocidad, dispuesta a salir corriendo de allí. Aquel hombre la había descubierto, había llegado hasta su jefe y eso podía ser catastrófico para su trato con Lena y sobre todo para Ian, ahora estaba en peligro. Ese detalle fue el que no la dejó escapar.

—Puedes quedarte tranquila, no voy a detenerte ni nada por el estilo. Sólo vengo a hacerte una pregunta. Y a cambio de tu libertad, espero por tu bien que me digas la verdad.

Ayla se sentó de nuevo y asintió. Era inútil negar cualquier relación con el ruso, Ian estaba bien informado y no conseguiría convencerlo. Así que el trato que él le proponía le pareció la mejor opción.

—Dispara.

—¿Te has hecho pasar por mi ex mujer y has secuestrado a mi hija?

La chica parpadeó con rapidez, confundida. Habría esperado cualquier pregunta menos esa. Todos sus esfuerzos por ocultarlo y las mentiras que le había contado a ese maldito ruso no habían servido para proteger a Ian. Él ya había actuado y lo había hecho aprovechándose de una niña pequeña. Lo odió aún más.

—Claro que no, Ian. ¿Cómo iba yo a secuestrar a nadie? —Se levantó y paseó hasta la ventana del salón sin disimular su cojera. ¿Qué podría hacer? ¿Decirle lo que ella sabía bien? ¿Decirle que Vladimir estaba detrás de todo eso con total seguridad?

Las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro, siendo imposible para ella controlarlas. Ian lo notó y enseguida supo que le estaba diciendo la verdad. Ayla no había secuestrado a Maia pero sabía quién estaba detrás de aquello, al igual que él.

—Ayúdame, Ayla. Maia es todo lo que tengo y... —Las palabras se atascaron en su garganta.

La pelirroja se dio cuenta y se giró para mirarlo. Y lo vio, sin ningún tipo de barrera, deshecho ante ella y con la cara llena de lágrimas como la suya. Dos buenas personas sufriendo por culpa del mismo hombre. Y como ya sabía desde

el principio, decidió ayudarlo.

—Ha sido Vladimir —dijo mientras se limpiaba las lágrimas. Ian levantó la cabeza que hasta el momento había mantenido agachada—. Pero no sé a quién ha enviado a por la niña y donde la puede tener —dijo mientras se acercaba y se sentaba a su lado—. ¿Lo has interrogado?

—No —contestó sorprendido a su pregunta. No soy tonto, no quería que supiera que estoy detrás de él.

—Pues lo sabe, Ian. Si no, jamás hubiera actuado así y menos con un policía. Lo sé, le conozco bien. Piensa por favor, tienes que saber en qué momento ha podido descubrirte. —Miró el reloj que colgaba de la pared. Ya no llegaría a tiempo al comienzo del turno de Luca si iba andando pero aún la sobraba algo de tiempo para llegar en coche.

—Me he acercado a su casa un par de veces pero no me ha visto nadie. Ni siquiera lo he visto a él —dijo. Ahora prestaba atención a la mujer tenía delante. Había dejado de llorar y de beber de su copa.

—Pero él te habrá visto a ti. Lo ve todo, Ian. Escúchame, ahora tengo que irme al bar pero quiero ayudarte. Tu hija no tiene la culpa de que te hayas topado conmigo y de que hayas intentado ayudarme.

—Si ahora te dejo marchar, ¿quién me asegura que no huirás?

—Te prometo que no lo haré, aunque no te lo creas estoy más atada que si estuviera esposada.

—¿Por qué sufriste ese accidente? ¿Qué clase de trabajos haces para Vladimir?

Ayla no contestó, sólo se levantó y le dio la espalda. No podía hablar, no podía contarle nada. No por ella, eso ya era lo de menos. Lo hacía por él.

—Cuanto menos sepas mejor, créme —dijo finalmente.

Ian se levantó y se puso frente a ella. Sujetó las manos de ella entre las suyas y la miró directamente a esos ojos que siempre le habían parecido hermosos y misteriosos a la vez. Ese simple contacto, fue más que eso para ellos. Una corriente eléctrica recorrió la columna vertebral de ambos.

Ella agachó la cabeza, incapaz de sujetarle la mirada. Se sentía culpable por lo que le estaba pasando.

—Ese tipo no merece campar a sus anchas por Marbella. Y lo sabes. Además hay algo que me dice que no trabajas para él por placer, ¿me equivoco?

La chica no contestó. No podía hablar, su mente trabajaba a toda velocidad.

—No, claro que no me equivoco. Ayudémonos mutuamente, acabemos con ese maldito sinvergüenza —propuso.

Ayla se soltó de su agarre y se alejó de él, confusa. Su corazón le gritaba que le dijera que sí, que aceptase su oferta. Quería contarle todo lo que sabía, pero eso tenía un riesgo muy grande para él y para su hija.

—Necesito pensar y ya te he dicho que tengo que irme. No te preocupes por tu hija, no le hará daño —aseguró mientras cogía de nuevo su bolso.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó, siguiendo sus torpes pasos por el salón.

—Ya te he dicho que lo conozco bien. No puedo ayudarte con lo de Maia porque no sé nada. Y es mejor que no vuelvas a venir aquí... Si él se entera...

—No le tengo miedo. —Cuando pronunció esas palabras ya estaban de nuevo en el portal, fuera del apartamento.

—Pues deberías.

La chica pelirroja que había sido la protagonista de sus sueños en los últimos días bajó las escaleras lo más rápido que pudo, deseando salir de allí o le contaría todo sin emitir detalle. Ahora lo sabía, no tenía ninguna duda... Ese hombre le gustaba y le gustaba demasiado. Nunca había sentido esa atracción por nadie.

¿Qué demonios la estaba pasando? Realmente se estaba planteando contarle todo y ayudarlo a capturar a Vladimir. Necesitaba a Luca, él era el único capaz de decirle las cosas claras y a la cara y siempre sabía cómo aconsejarla. Tampoco podía olvidarse de su propósito para esa noche: conseguir información para Lena.

Ian vio como Ayla salía del edificio, dejándolo a la puerta de su apartamento. La creía, ella no había tenido nada que ver con el secuestro pero le había confirmado lo que ya sabía: trabajaba para Vladimir y no por gusto. Le gustaría poder ayudarla, incluso poder llevarla con él a su apartamento. Lo que había sentido cuando había tocado sus manos era algo nuevo para él. No sabría explicarlo pero era capaz de hacer cualquier cosa por aquella mujer.

Pero antes que nadie estaba su hija, a la que no veía desde esa misma mañana. Estaba desesperado, había estado todo el día buscándola. Pasó por casa del ruso de nuevo y como siempre, cero actividad. Recorrió las calles cercanas al colegio, los parques... Llamó a todos los hospitales por si alguien la había encontrado y la había llevado o por si la había pasado algo.

Dio aviso a todos los policías de Marbella y de sus alrededores, para que prestaran atención por las calles y ninguna de esas cosas había servido para nada. Ni rastro de Maia por ninguna parte.

El sonido de su teléfono captó su atención y respondió a toda prisa, sin mirar

siquiera quién era.

—Arias. ¿Novedades? —preguntó esperanzado.

—Para eso llamaba, quiero saber las novedades. ¿Qué tal su primer día? — Era Ramiro. Se tapó la boca con una de sus manos y miró al techo mientras reprimía las ganas de contarle todo lo que había pasado. Pero no quería preocuparle. Su padre ya era mayor y si era verdad lo que Ayla le había dicho y Vladimir no le haría daño a Maia, no era necesario asustarlo. Por lo menos, de momento.

—Eh... Bien. Ya la conoces, ha hecho dos amigas y ha estado haciendo los deberes —mintió.

—¡Esa es mi nieta! —exclamó orgulloso—. ¿Estás bien, hijo? Te noto raro.

—Sí, papá. Es sólo que estoy un poco cansado. Mañana te llamo, que tengas buena noche.

—Igualmente. Dale un beso a la niña. —Esas palabras le dolieron en lo más profundo de su alma—. Y llámame mañana, para confirmarme si voy a buscarla o no.

Nada más cortó la llamada con su padre, su teléfono volvió a sonar. Era David quien lo llamaba. Descolgó sin decir nada, la bola que se había formado en su garganta no le dejaba hablar. Pero ésta se deshizo nada más escuchó las palabras de su compañero y amigo.

—Maia ha aparecido.

## 24

Ayla jugueteaba con las pajitas que Luca había colocado en su copa. Necesitaba tomarse algo fuerte después de lo que acababa de vivir. Había conseguido contarle lo de Ian por partes, ya que cada poco tiempo un cliente reclamaba a su amigo y se tenía que ir de allí.

Se giró sobre su taburete, quedando frente al montón de gente que bailaba y saltaba sin parar. Algunos drogados, otros chorreando de sudor, varias parejas montando un espectáculo para mayores de dieciocho años... Ver así a la gente siempre le hacía pensar cómo habría sido su vida de ser una adolescente normal. ¿Estaría metida en las drogas? ¿Casada y con hijos?

Sacudió la cabeza, como si esa fuera una forma de apartar esas ideas de su mente. Era inútil pensar en ello a esas alturas. Su vida había dejado de ser normal hacía ya mucho tiempo y nunca volvería a serlo. Eso contando con que saliera de todo ese asunto con vida. Era consciente del riesgo que corría.

—Perdona, reina. Si por mi fuera todos estos borrachos se irían para su casa ahora mismo. —Luca la distrajo—. ¿Ya has decidido qué vas a hacer?

—Sé que es lo correcto y lo más seguro para mi —dijo al oído de su amigo. Era la única manera de entenderse con la música tan alta—. Pero es lo contrario a lo que mi corazón me dice.

—¿Qué te dice tu corazón? —preguntó su amigo. Una sincera sonrisa apareció en su rostro. Sabía perfectamente lo que Ayla iba a decidir, pero ella aún no se había dado cuenta.

No se podía negar que estaba metida en un buen problema y que la solución no era buena en ninguno de los casos y decidiera lo que decidiera, su vida corría un serio peligro.

—Que lo ayude... —Sus palabras fueron un susurro apenas audible.

—Pues escúchalo, por lo que sé hacía mucho tiempo que no te hablaba —dijo mientras se alejaba, acudiendo de nuevo a la llamada del mismo cliente que la vez anterior.

En eso tenía toda la razón. Su corazón llevaba años apagado y en silencio. Pero Ian lo había despertado de nuevo y el verlo sufrir de ese modo por el secuestro de su hija, eso la había dolido. Nadie le creería si contaba que se había enamorado como una idiota de ese hombre, casi nada más conocerlo. A pesar de que desde el principio había estado en el bando contrario al suyo. Pero su

mirada, su sonrisa, su madurez, esa forma de tratarla y hacerla sentir especial... La lealtad con los que lo rodeaban y con su trabajo. Un hombre hecho y derecho, con las cosas claras y por si todo eso fuera poco, era guapísimo.

—¿Qué haces sonriendo como una idiota? —Ernesto la asustó haciendo que la expresión de su rostro cambiara por completo y la sonrisa desapareciera. Miró en la misma dirección que ella para ver si encontraba la causa de su risa pero no vio nada—. El transporte será mañana. Por cierto, ¿cuándo piensas incorporarte al trabajo?

—Cuando esté bien, Ernesto —dijo escueta. Era consciente de lo borde que estaba siendo con él pero en realidad no la importaba. Cruzó una mirada de complicidad con Luca que la ayudó a volver a la realidad—. ¿Ya te vas? —preguntó justo cuando él comenzaba a caminar en dirección a la puerta.

—Sí. Irina y yo nos vamos a dar una vuelta, aquí hace mucho calor. —Sonrió de forma asquerosa mientras agarraba a mi compañera de trabajo, poniendo el brazo alrededor de su cintura y apretándola contra él. Irina le devolvió la sonrisa, aunque no era tan sincera como la de él. Lo hacía porque no la quedaba otra opción y Ayla lo sabía. Un escalofrío recorrió su columna vertebral de sólo pensar en tener que verse en su misma situación.

Asintió a modo de respuesta y esperó hasta que los vio salir por la puerta. Se levantó y caminó pegada a la barra, hasta en final de esta, donde estaba Luca.

—Avísame si vuelve —le dijo al oído. Su amigo asintió y ella se perdió entre la gente, llegando hasta el despacho de Ernesto sin ser vista, pasando totalmente desapercibida. Al fin y al cabo esa era su especialidad, por eso Vladimir la había escogido para el trabajo de los maletines.

Cerró la puerta a sus espaldas y no puedo evitar hacer una mueca de asco cuando el olor que había en aquel lugar inundó sus fosas nasales. Olía a una mezcla de tabaco, sudor y humedad. Algo realmente cargante y que consiguió revolver su estómago.

Miró a su alrededor y suspiró. Aquel lugar estaba hecho un completo desastre, había papeles hasta en el suelo. Rezó para que Ernesto no regresara hasta el día siguiente porque sino sería imposible encontrar nada allí.

Decidió empezar por todo lo que había en el suelo. Facturas sin pagar, invitaciones a eventos, pasajes de barco... Nada que pudiera servirle. Siguió por lo que había sobre su mesa pero tampoco encontró nada de valor. Varios papeles con números de teléfono apuntados pero sin nombre, sólo con las iniciales. Un calendario del año anterior y una buena colección de revistas para adultos. Ernesto era un hombre asqueroso y un cobarde que se cagaba en los pantalones



cada vez que estaba frente a Vladimir. Lo odiaba.

Libros que nunca había leído, escondites secretos para el dinero... Encontraba todo tipo de cosas pero nada útil para Lena Petrov o para Ian. Dio un golpe sobre el escritorio con rabia y agachó la cabeza, exasperada por tener que seguir soportando ese nauseabundo olor para nada. Fue entonces cuando vio los cajones del escritorio. Eran tres y el primero tenía cerradura pero los otros dos no tenían ninguna medida de seguridad.

Empezó por esos pero tampoco tuvo éxito. El de abajo del todo estaba lleno de restos de comida y bolsas de chucherías empezadas, incluso chocolatinas deshechas. En el del medio tenía aún más revistas para adultos y dos de sus pasaportes con diferentes identidades. Nada que no supiera. Tiró del primer cajón y vio que la cerradura estaba echada. Pero eso no iba a ser un problema para ella. Cogió dos de las horquillas que sujetaban su peluca pelirroja y se puso de rodillas en el suelo, para que la manipulación resultara más sencilla. Era una cerradura simple así que probó primero introduciendo una sola horquilla en el centro de la cerradura y presionó. Pero no consiguió que se abriera, así que probó de la misma forma con el lado derecho y el izquierdo ya que ella sabía bien que a veces las perillas tenían ahí el agujero.

Al ver que presionando no funcionaba, decidió girarla como si lo que tuviera en las manos fuese una llave, pero también sin éxito. El instrumento que estaba usando se rompió y eso fue lo que le dio la pista de cómo seguir. Se quitó otra horquilla más de la peluca y esa, añadida a la que había reservado antes, iban a ser su salida.

Hay cerraduras para las que una sola de esas piezas de hierro era demasiado débil y no soportaban la presión. Así que volvió a repetir el proceso pero esta vez mantuvo la segunda pieza adyacente a la primera y volvió a presionar. El click que tanto había estado esperando sonó, provocando una sonrisa en su rostro. Abrió el cajón y vio que había varias carpetas del mismo color que el cartón con un nombre fuera de ellas. La primera que vio removió algo en su interior. IAN ARIAS

Dentro había una investigación completa, casi tan completa como las que hacía el amigo de Nastasia. Leyó de nuevo todo lo que ya había leído en el informe que la había proporcionado Marco y al pasar las páginas, comenzó a ver fotos. En la primera, Ian salía con gafas de sol y gorra, sacando fotos a la mansión de Vladimir. Otra entrando a su casa, saliendo de la comisaría, montando en su coche, entrando en el colegio con la niña...

Habían descubierto que estaba vigilando a Vladimir y lo habían investigado

para ver por dónde podían deshacerse de una mosca tan molesta como esa. Y, ¿qué mejor forma de controlar a un padre que poner la vida de sus hijos en peligro?

Eran dos miserables.

Pasó de carpeta y vio que habían hecho más investigaciones: A Lena, Nastasia y a un tal S.M. Estaba a punto de abrir esa carpeta para ver que había dentro de ella, cuando Luca abrió la puerta, asustándola. Metió todo de nuevo en el cajón y lo cerró con un golpe seco.

—¡Joder, Luca! Me has asustado —dijo mientras colocaba una mano sobre su pecho e intentaba tranquilizar su respiración acelerada.

—Sal de aquí, ya. Ernesto ha llamado al aparca para que salgan a por su coche. Entrará aquí enseguida.

Ayla no dijo nada más y le hizo caso. Cogió todas las horquillas, incluso la rota y salió disparada de su despacho para ocupar el mismo lugar en la barra que hacía un rato. Dos minutos después Ernesto pasó por su lado, sin ni siquiera mirarla y se encerró directamente en su despacho.

—Vamos fuera. Empiezan ahora mis veinte minutos de descanso. —Luca tiró de su brazo y ambos llegaron a la puerta con dificultad. La gente estaba agolpada en la pista y casi tuvieron que empujarlos para que se dieran cuenta de su presencia y los dejaran avanzar.

Una vez fuera, una deliciosa brisa golpeó su rostro, refrescando el sudor que se había formado en forma de diminutas gotas por toda su frente.

—Habla de una vez. ¿Has encontrado algo? —Luca estaba impaciente.

—Habla tu más bajo o alguien puede escucharnos —recriminó—. Han estado investigando a Ian. Queda confirmado que han sido ellos los del secuestro.

—Hijos de puta.

—Y no sólo eso. También han estado investigando a Lena y a Nastasia. Bueno y a un tal S.M. —meneó la cabeza de un lado a otro, pensativa.

—¿Y ese o esa quién es?

—No lo sé, no me a dado tiempo a leerlo. Justo cuando has entrado para avisarme iba a leer ese informe. Pero no me gusta que sólo estén las iniciales.

—A mi tampoco —admitió Luca. Se sentaron en el bordillo de la acera, uno al lado del otro—. Ya tienes algo para Lena Petrov.

—Y para Ian —dijo más para sí misma que para Luca. Su amigo sonrió.

—¿Vas a ayudarlo, entonces?

—Sí. Una niña inocente está de por medio y él no tiene la culpa de que le

asignaran el caso equivocado —se explicó.

—Ni tiene la culpa de estar tan bueno... —Luca se rió con sonoras carcajadas y Ayla le dio un codazo mientras sonreía. No dijo nada porque tenía toda la razón.

—Hablando en serio. —Cambió su expresión por completo—. Mi vida está en peligro de todas formas y merece más la pena morir intentando ayudar a alguien inocente, ¿no te parece?

—¡Oye! —Golpeó su hombro con cierta brusquedad—. No te vas a morir. Puedes con todo, ¿me oyes?

—Mi destino está escrito, Luca. Ahora sólo me queda hacer las cosas de la mejor manera posible y por primera vez en mucho tiempo, como yo realmente quiera, sin importarme el ruso de las narices.

El teléfono sonó dentro de su bolso y lo sacó para responder. Ambos se miraron al ver quién era la persona que la estaba llamando.

—Ian, ¿hay alguna novedad? —preguntó nerviosa. Luca acercó la cabeza a la oreja en la que Ayla sostenía el teléfono.

—Sí, te llamaba para decirte que Maia ya ha aparecido, está bien. Y bueno, quería pedirte perdón por el numerito que te he montado antes en tu casa —dijo arrepentido.

—No, si alguien tiene que pedir perdón soy yo. —Se levantó del bordillo del que estaba sentada y comenzó a pasear por delante de Luca para un lado y para otro, consiguiendo ponerlo nervioso—. No tenía que haberme ido así.

—Tranquila, no tenías obligación de ayudarme. Yo te amenacé y aún así me diste bastante información que va a serme útil a partir de ahora. Pillaré a ese tío y te liberaré del yugo al que te tiene sometida.

Oír sus palabras, oír que estaba dispuesto a ayudarla después de que ella lo dejase sólo frente a la puerta de su apartamento, la derritió. Ninguna palabra podría explicarlo mejor.

—Voy a ayudarte, Ian. Cuenta conmigo. —Luca la miró sorprendido pero orgulloso de ella. Se escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Estás segura, pelirroja? —preguntó Ian. Igual que la noche que había dormido en su casa, le extrañó que utilizase ese apelativo con ella. Sólo que esa vez no le importó, salvo por el detalle de que Ian no conocía su verdadero color de pelo.

—Sí. ¿Cuándo nos vemos? —preguntó decidida.

—Mañana si te viene bien, ¿en tu casa?

—¡No! —bajó el tono de voz cuando se dio cuenta de que había gritado un

poco—. Si alguien te ve entrar allí estamos perdidos.

—Entonces, tú dirás.

—Vale, nos vemos en el garaje de tu casa. Yo entraré sin que nadie me vea y cuando esté allí, te aviso al móvil. ¿Te parece bien? —preguntó en cierto modo, emocionada por volver a verlo.

—Apunta entonces la dirección —dijo Ian, inocente.

—Sé dónde es, no te preocupes. Mañana te lo explico todo. ¿A medio día?

—De acuerdo.

Ian cortó la llamada sin despedirse, algo que Ayla agradeció enormemente. Había confiado en ella, podría estar tendiéndole una trampa pero él, el chico que la robaba sus sueños, confiaba en ella.

—¿Te gusta mucho, verdad? —preguntó Luca mientras se levantaba para abrazarla. Ella correspondió enseguida a su abrazo.

—Sí —reconoció.

## 25

Ni siquiera llegó a aparcar su coche en su plaza de siempre. Lo dejó en el medio sin preocuparle lo más mínimo si le daban un golpe o no. No recordaba bien el trayecto desde casa de Ayla hasta la comisaría. Desde que David le llamó, todo estaba borroso en su mente.

Atravesó las grandes puertas, ignorando el saludo del compañero que estaba vigilando la entrada. Llamó al ascensor y como tardaba lo que le pareció una eternidad, comenzó a correr por las escaleras.

Cuando llegó arriba, sudaba como si acabara de estar haciendo dos horas seguidas de deporte. Entró en su despacho y al ver a Maia sentada frente a su escritorio de espaldas a él, un alivio recorrió su cuerpo de arriba hacia abajo. Como si alguien le estuviera mojando con una manguera de agua fría por partes, ayudándolo a volver a la realidad. No le hizo falta decir nada, la niña se giró al oír la puerta y en cuánto lo vio se lanzó a sus brazos, aferrándose con fuerza a su cuello. Ian correspondió a su abrazo, olvidando que era una cría y apretando con todas sus fuerzas.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó mientras acariciaba su pelo y respiraba su olor característico.

—Sí, papá. Te he echado de menos —dijo mientras besaba el rostro del hombre que más la quería en el mundo.

—El médico la ha examinado. Está completamente sana, podemos estar tranquilos. —Ian reparó por primera vez en la presencia de David, que no se había separado de Maia desde que la había encontrado. Bajó a la niña al suelo.

—Cielo, tengo que ir un momento a hablar con David. ¿Qué te parece si me haces un dibujo? —Le tendió un folio en blanco y todo el bote donde guardaba bolígrafos de todo tipo.

—La nevera está muy sosa —dijo Maia, dejando ver que le parecía una buena idea. Cogió un bolígrafo de color negro y comenzó a trazar líneas sobre el papel.

Mientras tanto, ambos policías salieron del despacho, para que la pequeña no pudiera escucharlos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Ian más tranquilo. Aunque sin dejar de mirar a la niña cada pocos segundos para asegurarse de que seguía allí.

—Maia me ha contado alguna cosa. Al parecer una chica muy guapa fue a buscarla al colegio, le dijo que se llamaba Clara y que iba de tu parte.

—¿De mi parte? —interrumpió Ian—. Por favor, ni siquiera conozco a nadie con ese nombre. ¿Cómo la convenció?

—Si me dejas, te lo cuento. —Ian asintió, dando a entender que no lo volvería a interrumpir en su relato—. Esa tal Clara le dijo que tú habías tenido un accidente de tráfico, que estabas bien pero que querías verla. Maia tan sólo con escuchar eso, se fue con ella preocupada por ti.

—¡Hija de puta! —exclamó. Miró con ternura a la niña que estaba dibujando y que tanto le quería.

—Dice que la llevó a un centro comercial muy grande, asegurándole que tú llegarías en cualquier momento. Se lo pasó en grande al parecer: atracciones, hinchables, hamburguesas, helados... Incluso le compraron un osito de peluche.

—Pero, ¿qué me estás contando? —preguntó incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Eso pensé yo cuando escuché a Maia contármelo, pero deja que termine. Poco antes de traerla, un hombre bastante gordo, o eso nos ha dicho ella, llegó a la puerta del centro comercial. La dio un beso, un abrazo y la montó en un coche con Clara. Minutos después Maia llamaba a la puerta de la comisaría, ella sola.

—No tiene sentido, David... —Ian se pasaba la mano por la barbilla, gesto típico en él y que le ayudaba a pensar.

—Lo tiene, Ian. El osito de peluche que le regalaron, traía pegada una nota para tí.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido.

David lo miró con lo que le pareció compasión. ¿Qué clase de persona secuestraba a una niña para hacerla pasar la mejor tarde de su vida? Revolvió en el bolsillo de su pantalón y sacó un sobre doblado, efectivamente, con su nombre.

Ian miró a la niña, luego a David y abrió el sobre para leer su contenido. Contenido que le heló la sangre.

*“Ahora ya sabes de lo que soy capaz. Con mover un sólo dedo, tu hija está acabada. También sé dónde vive tu padre.*

*Deja de perseguirme, Ian Arias. O lo lamentarás para siempre.*

*Tu gran amigo. Vlad.”*

—¡Hijo de la gran puta! Quiero comprobar las cámaras de seguridad de la comisaría. Habrán tenido cuidado de que nadie les viera las caras, pero podemos

intentar algo con el coche en el que trajeron a la niña. También quiero las grabaciones de vigilancia de todos los centros comerciales de Marbella. Voy a encerrar de por vida a ese miserable.

—Cálmate, Ian. Todo eso ya lo he pedido... Pero hay algo más que quiero que sepas.

—¿Más? —Ian estaba saturado.

—En cuánto Murillo supo que habían secuestrado a Maia, vino a buscarte a tu despacho. Como no estabas, habló conmigo. Enseguida me dijo que el culpable del secuestro era Vladimir, al parecer a él le pasó algo parecido cuando le investigó el año pasado.

—¿Qué? Y, ¿por qué mierda no dijo nada antes? —Aunque sabía perfectamente la respuesta a esa pregunta.

—Por miedo. En su caso, secuestró a su hermana y procedieron de la misma manera. Pidió una orden inmediata de búsqueda y captura para el ruso. ¿Que mejor prueba que un secuestro y una nota admitiéndolo?

—¿Y qué pasó? —Ian estaba prestando atención al relato de su compañero. Él mismo había pensado en proceder de la misma forma.

—Que se la denegaron y le relevaron del caso. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—¡Lo sabía! Ese hijo de puta tiene a alguien de muy arriba en sus manos.

—Por eso, Ian, debemos actuar de otra forma. No podemos entregar esta nota y que nos pase lo mismo que a Murillo.

—Claro que no, tenemos que detener a ese...

—Sé que no te gusta lo que voy a decirte, pero tendremos que usar métodos... ¿Cómo decirlo?...

—Fuera del procedimiento. Lo sé, David. Y créeme que a estas alturas haré lo que haga falta. No pienso permitir que ese desgraciado haga daño a nadie que quiero. He estado hablando con Ayla Rojas. —David le miró, sorprendido—. Trabaja para él, por obligación. Aún no sé el motivo pero ha accedido a ayudarnos a detenerlo. Ella sabe más de él que nadie.

—¿Y si es una trampa? —gritó—. Tu mismo has dicho que trabaja para él. Por favor, acaba de secuestrar a tu hija y qué mejor forma de saber los pasos que sigues que un topo. —Ian contaba con esa reacción por parte de su compañero.

—No es una trampa. Ha sufrido tres ataques en poco tiempo por su culpa, en el último casi muere. Tendrías que haberla visto, cojeando... Tiene miedo, David. No puede escapar del yugo del puto ruso ella sola. Me ha costado convencerla pero finalmente, ha accedido.

David meneó la cabeza de un lado a otro, dudando de las palabras de su amigo. Ese ruso sabía jugar muy bien sus cartas y si esa pelirroja era su topo, estaban totalmente perdidos. Ayudaría a Ian en lo que fuera, se lo debía por todo lo que había hecho por él desde que se conocían, pero no permitiría que nadie estropeará sus planes.

—De acuerdo —accedió—. Pero la mantendré vigilada.

Ian sonrió. Se alegraba de contar con alguien como él, un verdadero amigo en el que confiar.

—Gracias. Pero creo que tenemos mucho trabajo por delante...

—¿Qué propones? —David estaba dispuesto a empezar a trabajar, a pesar de la hora que era.

—Tengo que pensar bien. Por el momento necesito que alguien vaya a casa de mi padre y lo vigile. Necesito saber que va a estar bien. Maia necesita descansar y qué coño, yo también. Llamaré por la mañana al colegio, seguiré con la excusa que puso esa tal Clara. —Hizo con las manos el gesto de las comillas—. Les diré que estamos de funeral y que la niña tardará unos días en volver. Así me aseguro de que está bien. Mañana al mediodía me voy a reunir con la pelirroja, a ver qué me cuenta. A partir de ahí decidiremos. ¿Qué opinas?

—Me parece estupendo. Yo me encargo de vigilar la casa de tu padre esta noche y al amanecer me lo llevo para la tuya. Así los mantenemos a todos seguros.

—Gracias, David. Aunque no creo que mi casa sea el lugar más seguro... Si ese desgraciado se ha enterado de la existencia de Maia, creo que sabe de sobra donde vivo.

—Estaremos con ellos, podemos cuidarlos —dijo, decidido.

A pesar de que Ian ya tenía un pequeño plan elaborado en su mente, no le dijo nada a su compañero. Tenía que sopesarlo y ver qué era lo que Ayla tenía que contarle.

—Dile a mi padre que coja ropa para unos días. Y haz tú lo mismo, de momento nos quedaremos todos juntos. Así corremos menos peligro.

David asintió y se despidieron hasta el día siguiente. Recogió a Maia de su despacho y el dibujo que ella acababa de hacer, en el que se veía uno de los hinchables en los que había estado y a ella misma jugando y con una sonrisa de oreja a oreja.

Tres cuartos de hora después ya estaban en la cama de Ian, los dos juntos. Habían cenado, se habían duchado y exhaustos, se habían dejado caer sobre la cama.



—¿Te duele algo? —preguntó Maia.

—No, cariño. Estoy bien. ¿Por qué preguntas eso? —Ian la miraba, sorprendido.

—Por el accidente que tuviste. —¿Qué habría pasado por la cabeza de su hija durante toda la tarde? Con gente desconocida y aunque pasándolo bien, preocupada por el supuesto accidente de coche de su padre.

—Estoy bien, mi niña. No te preocupes. —Besó su mejilla con ternura.

—Clara era muy buena conmigo pero el señor gordo no me gustó. ¿Sabes? Me dio un beso y me dejó babas en la cara. —Hizo una mueca de asco.

Ian estuvo a punto de reír ante las palabras de su hija, hasta que la imagen de Vladimir besando y abrazando a su pequeña pasó por delante de sus ojos.

—No te preocupes, yo me voy a encargar de que nunca vuelvas a ver a ese señor —prometió, seguro de sí mismo. Necesitaba la opinión de su padre y de David, pero estaba decidido con el siguiente paso a seguir.

Maia se acurrucó junto a él y lo abrazó.

—¿Puedo dormir hoy contigo?

—Claro que sí —dijo Ian, que lo estaba deseando.

—¡Tenemos que llamar al abuelo! —exclamó Maia de repente, asustándolo—. No puede olvidarse de comprar el puzle de princesas Disney. No importa que no estén todas pero al menos tienen que aparecer Bella, Ariel y Mulán.

Ian sonrió. Al menos su hija era la de siempre, la experiencia no había sido traumática para ella más allá de la preocupación por el supuesto accidente.

—El abuelo viene mañana por la mañana, se lo recordaremos.

—Sí, es importante —dijo con seriedad.

Ian sonrió de nuevo. Parecía una mujer hecha y derecha atrapada en el cuerpo de una niña de seis años.

—Duerme cariño, tenemos que descansar.

La niña no reprochó y en apenas dos minutos, su respiración le indicó que estaba completamente dormida. La observó y apartó el pelo de su cara, con cuidado de no despertarla. El pelo que había heredado de su madre le llegaba a media espalda, con ondas naturales que caían sobre ella. Su piel, blanca como la nieve, también herencia de su madre y los ojos azules idénticos a los de él.

Seguro que en pocos años tendría que apartar a los hombres de su camino para poder caminar. No era porque fuera su hija, pero era realmente preciosa. Érika y él le habían transmitido sus mejores genes. Además, era valiente y sabía adaptarse a las nuevas situaciones con facilidad como su abuelo Ramiro.

De repente, pensó en Ayla. Él sabía que no era un topo, no podía serlo. Sus

ojos y su mirada habían sido sinceros con él esa misma noche en su apartamento. Había actuado segura de sí misma al negarse a ayudarlo pero no había tardado en acceder. Eso le daba pistas sobre su personalidad, seguro que era buena persona. Deseó saber qué era lo que escondía. Por qué trabajaba para un miserable como Vladimir, por qué no lo denunciaba, por qué no buscaba ayuda...

Algo muy grave tenía que estar pasando para que no lo hiciera y él estaba dispuesto a descubrirlo. De esa forma; perdido entre suposiciones y recuerdos de los ojos de la pelirroja, Ian se entregó a Morfeo, relajando sus músculos y olvidándose de todo aunque fuera sólo por unas horas.

## 26

—¡Papá, te llaman! —gritó Maia mientras llevaba el teléfono a su padre, que estaba haciendo café para todos.

David y Ramiro ya habían llegado y entre los dos estaban intentando poner al día al abuelo de la niña que escuchaba con atención y negaba con la cabeza de vez en cuando.

—Arias —contestó deseando terminar la llamada, incluso antes de empezar.

—Inspector, soy Hugo, el becario. —Ian rodó los ojos. Ese chico siempre daba más explicaciones de las que nadie le pedía.

—Sé quien eres, Hugo. Dime, ¿tienes algo? David ya me comentó que te había dado el visto bueno.

Había olvidado por completo ese tema. Al parecer el arquitecto de Vladimir tenía antecedentes por tráfico de drogas y a Hugo le pareció una buena idea amenazarlo con eso, David lo había aprobado. Así que habíamos dejado en manos del becario uno de los temas más importantes en la investigación.

—Efectivamente, los planos son falsos.

—Lo suponía. ¿Qué te ha dicho? —David ya estaba de pie a su lado, en cuanto supo que se trataba de Hugo.

—Que esa mansión tiene un ático que no figura en ningún lado —dijo. Ian ya había puesto el altavoz para que los dos pudieran escucharlo.

—Eso no es posible —intervino David—. Hemos fotografiado la casa desde todos los ángulos y te podemos asegurar que no tiene ático.

—Es verdad. —Ian estaba de acuerdo con su compañero—. No hay ni un poco de inclinación en el tejado, ni salida de humos o ventanas...

—Que se vean —dijo Hugo. Ian se lo imaginó subiendo el puente de sus gafas con su dedo índice al otro lado de la línea—. Tiene ventanas ocultas, que están disimuladas con la fachada. Son cristales antirreflejantes por lo que él lo ve todo pero tú no puedes verlo a él. El tejado que se ve, no es ni siquiera del todo real. Fue colocado con posterioridad para ocultar la inclinación del verdadero tejado que se encuentra debajo.

Ambos se miraron sorprendidos, era algo tan retorcido que encajaba a la perfección con Vladimir.

—¿Te ha dicho algo más? —preguntó David.

—Me ha dado una copia de los verdaderos planos a cambio de que lo

ayudase a salir del país.

—Tiene miedo a que Vladimir se entere porque sabe lo que le pasaría... — Ian habló más para sí mismo que para los demás.

—Me temo que sí. No hacía más que sudar... Lo he ayudado y en este momento está en un avión rumbo a París. Intenté contar con vuestra aprobación pero no atendíais mis llamadas. Pensé que era lo mejor, los verdaderos planos pueden ser... —comenzó a disculparse.

—No te preocupes, chico. Lo has hecho a la perfección. ¿Puedes mandarnos esos planos a casa del Inspector Arias? —David miró a Ian, buscando su aprobación.

—Claro, ahora mismo.

—Gracias, Hugo. De nuevo debo felicitarte por tu trabajo. —Ian cortó la llamada y aunque no veía al chico estaba seguro de que se acababa de hinchar como un pavo al escuchar su felicitación. Realmente valía para el trabajo y llegaría lejos.

Pocos segundos después, los tres tomaban café alrededor de la mesa del salón mientras Maia jugaba en su habitación. Había dormido toda la noche sin despertarse ni una sola vez, al contrario que su padre, que cada media hora se despertaba con la necesidad de asegurarse de que Maia seguía a su lado.

—Gracias a Dios que la niña está bien —dijo Ramiro mientras miraba hacia arriba, agradeciéndolo sinceramente—. Pero lo que me contáis es muy grave, estamos todos en peligro.

—Así es, papá. Por eso le pedí a David que te trajera a casa. Estaremos mejor todos juntos.

—Aún así, hijo, déjame decirte que eso no es ninguna garantía. Ese ruso sabe todo sobre nosotros y si quiere encontrarnos, este será el primer sitio donde nos buscará. Tenemos que salir de la ciudad —sentenció. David lo miró sorprendido.

—Yo también lo he pensado, pero antes tenemos que hacer un par de cosas —dijo Ian, pensativo—. Y buscar un lugar a donde ir.

—Sí, tienes que hablar con esa chica. No podemos decidir nada sin saber lo que ella tiene que contarnos. —Ramiro estaba convencido de sus palabras. Miró a David—. Sé que no te fías de ella, hijo. Pero es lo único que tenemos contra él. Necesitamos reunir pruebas para enviarle al juez Castro.

El compañero de Ian asintió. A pesar del miedo que tenía a que esa chica los traicionara, sabía que tenía razón.

El olor del garaje siempre había sido desagradable para Ian, sentía como si el

aire no llegase del todo a sus pulmones. Por eso nunca guardaba el coche a pesar de tener una plaza de aparcamiento pagada. Había recibido el aviso de Ayla en el móvil y había bajado de inmediato, dejando a David y Ramiro estudiando los planos que Hugo les acababa de hacer llegar.

No tardó en verla, apoyada en una de las columnas del garaje mientras fumaba un cigarrillo. Se giró hacia él en cuánto notó su presencia.

—No tengo mucho tiempo —dijo a modo de saludo. Tengo una reunión con Lena Petrov en una hora y media.

—¿Con Lena Petrov? —Ian intentó disimular que había escuchado la conversación entre ellas. Para ver si ella era sincera con él.

—Sí, estoy trabajando para ella a espaldas de Vladimir. Debo pasarle información sobre él para que encuentre la forma de acabar con él. Luego se supone que seré libre... —dijo sin creer en sus propias palabras.

—Si no te matan antes... —Ian dio un paso hacia ella, quedando bastante cerca.

—Si no me matan antes... —repitió mientras lo miraba directamente a los ojos.

—Escucha Ayla, no dejaré que te pase nada malo. Te lo prometo.

Ella sonrió con sinceridad y sujetó las ganas que tenía de besarlo y abrazarlo.

—Te agradezco tus intenciones. Pero tienes que escucharme. Esta noche tengo que transportar dos maletines para Vladimir.

—¿Estás loca?

—No me pasará nada esta vez. —Sus palabras le confirmaron sus sospechas. El último ataque había sido mientras transportaba Dios sabía qué—. Cuento con la seguridad de Lena.

—No, no puedes hacerlo... —Ian comenzó a pasear de un lado para otro, nervioso.

Ella lo retuvo y sujetó sus manos.

—Así puedo asegurarme de qué demonios es lo que hay dentro. Tengo que seguir actuando con normalidad, si sospecha de mí estoy acabada.

—¿No lo sabes? —preguntó sorprendido.

—No me he atrevido a mirar.

—Vale, esto es lo que vas a hacer. —Ian sabía el riesgo que esa chica corría pero aún sin conocerla demasiado sabía que no habría forma de convencerla—. Irás a hablar con Lena y te asegurarás de que no te reciba en el despacho. Hay micros —confesó.

Ayla parpadeó sorprendida un par de veces y tardó en contestar. Enseguida

relacionó todo. Por eso Ian sabía todo, por la conversación que había mantenido con Lena Petrov. Agradeció para sus adentros haber dado esa información tan importante para ella en un sobre. Y acababa de hacerse el loco cuando mencionó su reunión con ella, pero no podía culparlo. No tenía por qué fiarse de ella.

Ian se sorprendió de que no se molestase.

—Vale, nada de despacho.

—Le darás la información que has conseguido. Y, por supuesto, antes me la darás a mí. Esta noche harás el intercambio como siempre, además de los hombres de Lena, yo me encargaré de estar cerca para asegurarme de que no te pase nada.

—Encontré cuatro carpetas en el despacho de Ernesto —comenzó a hablar, sorprendiendo a Ian—. Eran investigaciones exhaustivas sobre Lena Petrov, mi amiga Nastasia, un tal S.M y otra sobre ti —dijo mientras tragaba saliva con dificultad. Se estaba poniendo en manos de ese hombre, estaba jugando a tres bandas y lo peor de todo es que no la importaba, ya no la importaba nada.

—¿Ernesto Carreño? —preguntó Ian. Ayla asintió—. Por eso sabía lo de Maia y de eso se valió para secuestrarla. ¿Quién es S.M?

—No lo sé, Ian. Esperaba que pudieras decírmelo tú.

Esta vez fue ella quién se acercó a él hasta el punto de respirar su aroma, una mezcla de colonia, aftershave y sudor.

—Lo investigaré, no te preocupes. En cuánto entregues los maletines quiero que vengas aquí.

—¿Aquí? —preguntó sorprendida—. ¿Para qué?

—Está claro que tu corres tanto peligro como nosotros. Vamos a abandonar la ciudad y a reunir las pruebas necesarias contra Vladimir. Vamos a un sitio seguro y tú vienes con nosotros.

Ayla se sorprendió ante sus palabras. Ese hombre estaba dispuesto a llevarla con él y su familia. A ella, que trabajaba para dos capos de la mafia rusa y él lo sabía todo.

—Te lo agradezco, pero no puedo. Si Vladimir se entera de que he desaparecido me buscará hasta debajo de las piedras. Irá a por Luca y Nastasia, los quiero mucho y no me perdonaría que les pasase nada.

—Nastasia no será un problema. Él no la atacará. De todas formas, en cuánto le digas a Lena que había un informe sobre ella, doblará la seguridad para tu amiga. Estará a salvo.

Ayla pensó que tenía razón. Pero no era suficiente.

—¿Y Luca? ¿Quién protegerá a Luca? Ernesto sabe la relación que tengo con

él y será a por el primero que vayan. No puedo hacerle eso, entiéndelo.

Ian no lo dijo pero sintió celos. Al parecer, la chica que tanto le gustaba, ya estaba pillada. ¿La chica que tanto le gustaba? ¿Acababa de admitir que Ayla le volvía loco? Sí, para que negarlo más tiempo. Estaba enamorado de ella.

—De acuerdo. Si tu respondes por él, Luca puede venirse con nosotros.

—Ian, no sé si es buena idea...

El policía se acercó a ella, imitando su gesto anterior y la sujetó ambas manos. El contacto fue hipnótico, cautivante... Hasta tal punto que puso a prueba los límites de su autocontrol. Le sorprendió que un roce tan simple pudiera llegar a afectarlo tanto. Después de su divorcio, había creído que era inmune a las mujeres. Buscó su mirada y no tardó en encontrarla. Estar frente a esos ojos y tan cerca de ella le produjo un efecto inmediato en todo su cuerpo, que respondió como nunca. La miró detenidamente, como si observara una obra de arte. Notaba su respiración sobre su cara, estaban tan cerca que con tan sólo un leve movimiento, sus labios y los de ella se fundirían en un beso. Su aroma se apoderó de él y su sabor inundó sus cinco sentidos, arrastrándolo en una oleada de erotismo que no hizo más que intensificar su excitación. Ian no podía controlar la ansiedad que sentía.

Ayla, por su parte, se había quedado inmóvil. Estaba tan cerca, tan preocupado por ella que sintió el impulso de besarla y emprendió el camino que llevaba hasta su boca. Sintió un cosquilleo producido por lo nervios que le resultó agradable. Trató de determinar cuáles eran sus sentimientos hacia él, aunque fracasó de lleno. Su mayor preocupación fue asimilar la magnitud de su atracción por él.

Ian lo notó y se quedó quieto, esperando el beso que estaba a punto de llegar. Cuando sus labios estaban apenas a un centímetro de distancia, Ayla se retiró avergonzada. Recordaba la escena en el apartamento de Ian, cuando él le había ordenado que nunca lo volviera a intentar.

—Ayla...

—Tengo que irme, Ian. Lo siento pero llego tarde y Lena tampoco debe sospechar de mí. —Ella echó a andar pero él la sujetó por el brazo y la retuvo.

—Esta noche, aquí. Trae a Luca contigo, haz lo que quieras, pero ven.

Se acercó lentamente a ella, que esperaba impaciente y le besó la mejilla. Ni siquiera se podía denominar beso a lo que acababa de pasar, un leve roce de los labios de un policía sobre la mejilla de una sospechosa. Un leve roce que le produjo un cosquilleo y una sonrisa que tardó en desaparecer de su rostro.

Se liberó del agarre del policía y se fue, sin decir ni una sola palabra. Quería

guardar ese recuerdo para siempre en su memoria.

El policía también sonreía mientras veía como se alejaba por el parking. No sabría explicar por qué, pero sabía que ella acudiría a la cita de esa noche. Había estado tan cerca de besarla, tan cerca que aún podía sentir su respiración. En el último momento se había apartado pero si no lo hubiera hecho, él habría continuado con todas las consecuencias.

¿Cómo no iba a hacer lo que fuera por protegerla? Estaba ciegamente enamorado de ella y si para que ella fuera feliz, tenía que proteger a su novio, lo haría.

Sólo deseaba su felicidad y protección. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de la pelirroja que aún estaba en la calle de Ian.

—Ian, ¿qué pasa? —contestó algo alarmada.

—No me has dicho donde será la entrega. Así no puedo ir a protegerte.

—Hasta que no me dan el maletín, no me lo dicen. Te envió un WhatsApp con la información.

—De acuerdo. Si es posible, saca una foto al interior de los maletines. Sólo si es posible, no te arriesgues por favor.

—Tendrás esas fotos —aseguró.

—Ten cuidado, pelirroja. —Esta vez sonrió al escuchar el mote que tanto le había molestado antes. Le gustaba que la llamase así, le parecía una muestra de confianza y tal vez, de cariño.

Por un momento pensó que no todo estaba perdido para ella. Tal vez el hombre al que quería era la solución a todos sus problemas. Guardó de nuevo su teléfono móvil y se encaminó a casa de Lena Petrov, para cumplir con el plan establecido. La esperaba un día muy largo.



Ya tenía un plan perfectamente elaborado para que Lena no la llevase hasta su despacho. Ian no le había dicho por qué debía evitarlo pero no hacía falta porque ella ya lo sabía. Vladimir tenía bajo su poder a un alto cargo de la policía, siempre se libraba de todo y hacía que sus hombres estuvieran seguros en ese sentido.

A estas alturas su policía favorito ya habría descubierto todo eso.

Atravesó la puerta de la casa y nada más entrar, se encontró con Nastasia. Sonriente y más radiante que nunca.

—¡Ayla! —saludó mientras corría a abrazarla—. Iba a llamarte para quedar hoy, ¿puedes? —Un nudo se formó en su garganta. No iba a poder quedar con ella en mucho tiempo, incluso temía no volver a verla—. ¿Estás bien? —preguntó al ver su expresión.

—Sí, perdona. Es que ya sabes que me afecta mucho el calor y hoy tengo la tensión un poco baja. ¿Cómo estás? Aunque ya veo que muy contenta. —Sonrió.

—Ay, sí. ¿Te acuerdas del chico que conocí en la discoteca? —Ayla asintió—. ¡Somos novios!

Ayla volvió a abrazar a su amiga, contenta de verla tan feliz.

—Enhorabuena, espero que este sí sea un buen chico. —Nastasia rodó los ojos.

—Lo es, es el hombre perfecto. Mañana nos vamos de vacaciones a Indonesia —dijo feliz.

Ayla se habría alegrado por ella en cualquier momento pero en ese aún más. Cuánto más lejos estuviera, mejor para ella.

—Por fin vas a conocer Indonesia, me alegro mucho por ti.

Las amigas se estaban dando el tercer abrazo en menos de quince minutos, cuando Lena apareció en escena.

—Hija —dijo con lo que parecía rabia—. Déjanos a solas, tenemos que hablar.

Nastasia dio un beso sonoro en la mejilla a Ayla y abandonó el lugar, más corriendo que andando. Seguro que había quedado con su misterioso héroe.

—Acompáñame —ordenó mientras enfilaba las escaleras que llevaban a su despacho.

—Disculpa, Lena. Justo le estaba comentando a Nastasia que hoy el calor me ha bajado mucho la tensión. Ya me he mareado esta mañana y no creo que subir escaleras sea una buena idea. —Sonrió con falsedad, algo que había aprendido a hacer muy bien.

—Bien. No me apetece llamar a una ambulancia, vamos entonces a la cocina.

Nada más entrar allí Lena pidió un café bien cargado para Ayla y echó de allí a todo el personal. Se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa. Estaba impaciente por saber lo que tenía que contarle.

—Gracias por el café, seguro que me ayuda —dijo mientras daba un sorbo. Sabía que aquella mujer no se preocupaba por su salud, sólo lo había hecho por cumplir. Ésta hizo un gesto restando importancia al asunto y fue directa al grano.

—¿Qué tienes? Me has llamado muy rápido y con mucha urgencia. No creo que hayas entrado en La milla de oro.

—No, he preferido empezar por el despacho de Carreño, la mano derecha de Vladimir. Es más accesible para mí, así que he registrado su despacho. Lena, estoy muy preocupada.

No necesitó fingir su preocupación porque en ese momento era muy sincera.

—¿Qué has encontrado? —preguntó intrigada.

—Tiene varios informes. Ha estado investigando a varias personas, entre ellas, a Nastasia. Temo que Vladimir quiera atacarte por ahí.

Lena se puso pálida. A pesar de que daba la impresión de que no quería a su hija, acababa de demostrar que la quería y mucho.

—Aumentaré su seguridad ahora mismo. Aunque tenga que mandar a todo el ejército a Indonesia. —Se levantó de la silla y sacó su móvil, hizo una llamada en la que ordenaba exactamente lo que acababa de decirle a la chica y volvió a sentarse.

—Eso no es todo. También había un informe tuyo, del policía que investiga el caso y de un tal S.M.

El oír esas dos siglas más que preocuparla, pareció enfurecerla. No dijo nada pero su expresión cambió por completo, entrecerró los ojos, frunció el ceño y apretó los labios y los puños.

—Qué hijo de puta —dijo con acento ruso.

—¿Se trata de alguien importante? —preguntó Ayla con fingida indiferencia.

—Es un dato que no necesitas saber. —Se recompuso—. A mí no puede hacerme nada, que investigue lo que quiera. Pero ese policía ya puede tener cuidado. —Soltó una sonora carcajada—. ¿Tienes algo más?

—Sí. Esta noche tengo que hacer una entrega doble. Aún no sé dónde pero... Cuento con tu protección, ¿verdad? —después de hacer la pregunta terminó el café que le quedaba de un sorbo.

—Tranquila. Tu has cumplido y con creces, yo haré lo mismo. Mándame la dirección y nadie te hará daño esta noche. En cuánto tengas algo más, me llamas. Que tengas un buen día.

Y sin darle tiempo a contestar, se levantó y se fue, dejándola claro que podía abandonar su casa. Nada deseaba más que eso, ya eran casi las seis de la tarde y aún tenía que hablar con Luca para ponerle al día de todo. Lo llamó por teléfono, quedó con él en su casa y luego hizo parar a un taxi. Lo del mareo era una mentira muy grande, pero si era verdad que el calor la afectaba mucho y se lo hacía pasar muy mal. No estaba dispuesta a ir caminando.

Media hora después ya estaba en el piso de su mejor amigo. Resumió todo lo que pudo las últimas novedades mientras Luca la miraba estupefacto.

—Espera, bonita. ¿Me estás pidiendo que vaya no sé dónde, con no sé quién y para no sé qué? —Él mismo se quedó pensativo tras realizar una pregunta tan extraña.

—Sería sólo por un tiempo, hasta que Ian reúna las pruebas suficientes para encerrar a Vladimir. Después seré libre para siempre, ¿sabes lo que puede ser eso? —Se dejó caer sobre el sofá, dándose el lujo de soñar.

—¿Y tú sabes el riesgo que corremos? —Luca la devolvió a la realidad.

—Yo corro riesgo de todas formas, pero si me voy te pongo en peligro a ti y eso sí que no me lo perdonaría nunca.

—¿Y tú estarás más segura con Ian?

—Yo creo que sí. Tanto Vladimir como Lena se volverán locos al enterarse, no me encontrarán fácilmente y si lo hacen, estaré más segura con él que con cualquiera.

—Entonces allá vamos.

Ayla lo abrazó, feliz. Si Nastasia se iba tan lejos y con mucha más vigilancia, y su amigo se iba con ella, no tenía nadie por quién preocuparse. O al menos nadie que estuviera en sus manos proteger.

—Voy a llamar al asqueroso de Ernesto. Justo ayer me preguntó que para cuando quería las vacaciones. Le diré que desde hoy mismo. —Sonrió y salió de la sala de estar. Buscó la maleta mientras hablaba con su jefe y comenzó a meter lo necesario para estar fuera al menos una semana.

Ian había mandado a David a por varias cosas a comisaría, no quería

marcharse sin estar bien seguro. Ramiro les había dejado las llaves de la furgoneta grande que se había comprado al jubilarse, les iba a venir bien para realizar el viaje y transportar todo lo necesario.

—No sabía que la abuela tenía otra casa —dijo Maia, feliz desde el momento en el que había escuchado que el lugar al que iban tenía piscina.

—Fue la herencia que le dejó su madre. Eran otros tiempos y ni siquiera estaba a su nombre, a efectos legales es como si esa casa no existiera. No aparece casi ni en los planos más viejos de la zona —explicó el abuelo, misterioso—. ¿Llamaste al colegio?—preguntó a Ian.

—Sí, lo dejé hecho a primera hora de la mañana. Créeme cuando te digo que quedaron bastante aliviadas, después de la última vez que las vi, estoy seguro de que lo menos desean es que vuelva por allí.

Ramiro asintió. Él había sido el que les había dado la idea de ir a aquel lugar para esconderse. Era una casa muy apartada, en la zona más cercana a la sierra de Benahavís. Llevaba mucho tiempo abandonada pero recordaba que estaba bien equipada y que aunque les daría algo de trabajo, podrían adaptarla para usarla. Lo mejor sería viajar de madrugada, para que nadie o al menos, la menor gente posible los viera aparecer por aquel lugar.

No iba a ser sencillo coordinar un viaje de tanta gente.

—¿Cómo nos dividimos? —preguntó Ramiro, dando por hecho que su hijo ya había pensado en eso, y no se equivocaba.

—David llevará la furgoneta y con él irán Ayla y su amigo. En mi coche vamos nosotros tres, detrás de ellos. ¿Qué te parece?

—Bien, cada uno de los policías que pueden defendernos en un coche es lo justo. Cuentas con mi refuerzo para proteger a la princesa si las cosas se ponen feas.

Ian asintió, dándole a entender que eso era precisamente en lo que había pensado. Su prioridad era Maia.

Oyeron como se giraba la cerradura de la puerta, abriendo paso a un David empapado en sudor.

—¡Joder! —dijo mientras tiraba la copia de las llaves que Ian le había dado a la mesa—. Hace un calor asqueroso, casi me muero cargando todo eso en la furgoneta.

—Esa boca, jovencito... —dijo el abuelo mientras hacía señas en dirección a Maia. David levantó ambas manos a la altura del pecho, a modo de disculpa.

Ian se acercó a él, lo agarró del brazo y se lo llevó al dormitorio.

—¿Has podido cogerlo todo?

—¿Lo dudas? Tengo hasta una sorpresa que te enseñaré a su debido momento. —Ian lo taladró con la mirada.

—Te dije que sólo lo de la lista, con eso servirá para defender a seis personas...

—Igual somos cuatro, Ian. No te hagas ilusiones —lo interrumpió—. Algo me dice que esa tía no va a aparecer.

Todo estaba preparado y la noche no tardó en llegar, aunque para ellos pasó una eternidad. Tenían los dos vehículos en el garaje e Ian estaba allí, esperando a Ayla. Llevaba casi media hora de retraso y estaba empezando a creer que David podía tener razón.

Pero él no podía partirse en dos. No podía llevarse a Maia para protegerla fuera de allí y a la vez cuidar de la pelirroja. Ya estaba barajando posibilidades, incluso pedirle a Murillo que la echara un ojo en su ausencia.

David no lo había dejado ir a custodiar a Ayla y a los maletines, había alegado que él tenía una hija a su cargo y que si las cosas se ponían feas, era mejor que estuviera con ella. En un principio se había negado pero confiaba en David y entre éste y Ramiro, habían terminado por convencerlo.

Al parecer los hombres de Lena la habían seguido de cerca y había entregado los maletines en un bar bastante céntrico sin incidencias. Ningún ataque, nada que reseñar.

Pero ya hacía una hora que David había vuelto asegurando que la chica se quedó en su piso y no había ni rastro de ella.

Unos pasos que se acercaban lo alarmaron, quizá más de la cuenta por lo distraído que estaba en sus propios pensamientos. Sacó su pistola y apuntó en su dirección.

—No dispaes. Eh, tío, tío... Joder, joder... —tartamudeaba. Le recordó bastante a Hugo.

—¿Quién coño eres tú y qué haces aquí? Y no intentes colármela, sé que no vives en el edificio.

—Me... Me llamo... —Intentaba hablar mientras levantaba las manos, temblando como todo su cuerpo.

—¡Quieto, Ian! Es Luca —dijo Ayla que llegaba corriendo con una bolsa de deporte en la mano.

Oír su voz fue para Ian como un soplo de aire fresco. Había acudido y se iba a ir con él.

Bajó la pistola y la guardó de nuevo en su funda.

—Lo siento, chaval —dijo. Aunque sonrió al darse la vuelta. Al parecer el novio de Ayla era poco valiente.

Ambos corrieron hacia ellos y metieron su escaso equipaje en la furgoneta, que ya tenía un dueño para su volante.

Ayla pudo ver cómo justo al lado estaba el coche de Ian, arrancado y con dos personas en su interior.

—Vosotros vais en la furgoneta, encabezáis la marcha. Nosotros os seguimos con el coche. Llevamos radio; cualquier cosa, movimiento, el más mínimo detalle, os comunicáis conmigo de inmediato.

Ambos asintieron y montaron con David en la furgoneta. Justo cuando iba a hacer él lo mismo en su coche, su teléfono sonó y lo interrumpió. Se sentó en el asiento y respondió bajo la atenta mirada de Maia, que iba en el asiento trasero con una ardilla de peluche y su DVD portátil.

—Idoia, ahora no puedo atenderte. Salgo de viaje —dijo rápidamente.

—¿Te vas? ¿Dónde? Necesito hablar contigo sobre el robo.

—Es mejor que no sepas más. Simplemente me voy de la ciudad por unos días. Si necesitas cualquier cosa, acude a la comisaría.

Inmediatamente colgó y apagó su teléfono. Se desharían de ellos para que nadie los pudiera encontrar por GPS. Ian había comprado un par de ellos nuevos, de los que nadie encontraría rastro.

—Papá —llamó la pequeña desde atrás—. ¿Qué quería Clara?

Ian se giró, desconcertado.

—No era Clara cielo, era Idoia, mi vecina.

—No —dijo con firmeza—. He visto la foto en tu móvil cuando ha sonado. Y esa chica era Clara, la que me llevó al centro comercial.

## 28

El viaje les llevaría alrededor de veinte minutos. Aunque era posible que tardasen un poco más. Sólo llevaban cinco minutos de viaje y Maia ya estaba pidiendo parar porque necesitaba ir al baño. Finalmente Ian cedió y avisó por radio a sus compañeros.

—David. ¿me copias? —No había dejado de dar vueltas al tema de Idoia desde que la niña le había confesado que era ella quién la había llevado con Vladimir. ¿Siempre había sido un topo? Incluso comenzó a sospechar que toda la historia del robo había sido mentira.

—Sí, dime —contestó. Su voz se oía un poco entrecortada pero se le entendía bien. Las radios eran algo antiguas, dos reliquias que guardaba Ramiro de sus mejores años como Comisario.

—Maia necesita parar. Desvíate por el camino que hay antes de Nueva Andalucía. A la derecha.

—¿Va todo bien? —David se extrañó al tener que parar casi nada más salir. Cómo se notaba que no tenía hijos y no sabía lo que era tener parar cada veinte kilómetros.

—Sí, sólo... Se hace pis.

David lo entendió y se desviaron por el camino que Ian le había indicado. Éste había decidido preguntarle por el tema de Idoia, tenía que informarle del descubrimiento y preguntarle algunas cosas.

Pararon la furgoneta y detrás el coche de Ian, guardando bastante distancia. Ramiro sabía que ellos tenían que hablar de lo que había pasado así que cogió a la niña de la mano y se la llevó detrás de unos arbustos, para que hiciera sus necesidades.

—No bajéis —ordenó David a los dos amigos antes de bajar de la furgoneta.

Ayla y Luca se miraron entre ellos y luego asintieron, conformes. Tenía que reconocer que le había sorprendido su presencia. Siempre creyó que esa chica no volvería y que le contaría todo a Vladimir. Por eso tomó precauciones que Ian aún no sabía pero que pronto le contaría.

—David —llamó nada más lo vio acercarse—. Tenemos un problema.

—No sé por qué no me sorprende. ¿Qué pasa?

—Justo antes de salir me ha llamado Idoia, ¿la recuerdas? —David asintió.

Cómo olvidar a ese pedazo de mujer—. Bueno pues ella misma una noche en mi casa, se sacó una foto y la puso en mi teléfono para que apareciera en mi pantalla cada vez que ella me llamase.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó su compañero, extrañado.

—Calla y escucha. Como te decía... Puso la foto y claro, cuando me llamó justo antes de salir, Maia vio su foto en la pantalla de mi móvil. Y, ¿a qué no sabes lo que me dijo?

—¿Creyó que tenías novia? —David levantó ambas manos, sin comprender el matiz que estaba tomando la conversación.

—No. —Ian rodó los ojos, exasperado—. Me dijo que era Clara, que esa era la mujer que la había secuestrado.

David se quedó estupefacto. No podía creer lo que estaba escuchando... Llevaba días soñando con Idoia y tratando de decidirse para llamarla e invitarla a desayunar. Y ahora se enteraba de que trabajaba para Vladimir.

—¡Joder! ¿Qué le dijiste? Dime que no le has dicho dónde íbamos —pidió.

—No, no se lo dije pensando en su seguridad. Pero sí le dije que me iba de la ciudad por unos días. A estas alturas Vladimir ya debe saberlo todo.

David comenzó a caminar de un lado a otro, intentando mitigar la ira que estaba creciendo en su interior. Toda la atracción que había sentido por esa mujer, estaba convirtiéndose en asco.

—Tenemos que llegar a destino cuánto antes —sentenció.

—Desde luego. Una cosa más... —Se llevó el dedo índice a la boca—. Cuando la llevaste a mi casa, ¿notaste algo raro? ¿Algo que indicase que está amenazada, por ejemplo?

David recordó lo que había pensado al ver el piso completamente ordenado cuando la acompañó a por su ropa. Y entonces cayó en la cuenta, todo había sido mentira. Sólo quería meterse en casa de Ian para sacar información.

—Claro que noté algo, soy tonto. El piso estaba perfectamente ordenado y eso que en comisaría dijo que ese tío lo había revuelto todo. ¿Cómo pude creerla?

—Yo fui el primero que te hice confiar en ella, no te culpes.

—Me dijo que lo había ordenado todo antes de ir a denunciar y la creí, Ian. Estaba tan cegado por lo buena que está que la creí todo como un idiota. ¡Por favor! ¿Quién recoge la casa después de un robo antes de denunciarlo?

Ian se acercó a él y lo agarró por el brazo.

—Tranquilo, no es tu culpa. El topo es ella, no tú.

—Lo único bueno es que jugamos con ventaja —dijo un poco más



esperanzado—. Ella no sabe que lo sabemos.

—Sí, pero no es momento de pensar en eso. Tenemos que aprovechar el poco tiempo que tenemos. Vladimir habrá salido a buscarnos poco después de que colgase con Idoia. Tenemos que irnos. ¡Maia! —llamó.

Pero justo en ese momento el ruido de unas ruedas que se encaminaban hacia ellos lo distrajo. Alguien había cogido el mismo desvío que ellos y eso era poco común. Era un camino sin salida y poco transitado, no era buena señal.

—¡Papá! —gritó—. ¡No salgáis, quedaros ahí escondidos. Pase lo que pase!

Ambos policías sacaron sus armas, apuntando al lugar donde comenzaban a verse las luces de un vehículo.

Ayla escuchó los gritos de Ian y miró por el retrovisor, asustada.

—Luca, quédate aquí y agáchate. Creo que alguien viene a por nosotros. — Ya tenía una mano sobre la manilla de la puerta, pero su amigo tiró de ella, impidiéndole salir.

—No. No voy a dejar que te maten. Quédate conmigo, aquí estaremos más seguros —rogó.

—¿Confías en mí? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

Luca maldijo en voz alta, nombrando a varios santos, incluso a varios miembros de la familia de Ayla, que apenas dos minutos después ya estaba fuera de la furgoneta.

David e Ian habían abierto las puertas del coche, y se habían colocado tras ellas, uno a cada lado. De esa forma podían usarlas como escudo.

Ayla, por su parte, se colocó al lado de la gran furgoneta, después de bajarse de la parte trasera. Todo eso era por ella así que estaba dispuesta a ayudar. Era lo menos que podía hacer.

El coche que iba hacia ellos llegó y antes de que pudieran recuperarse del deslumbre de sus luces, comenzaron los disparos. Los dos policías estaban bien cubiertos por el momento y todas las balas estaban alcanzando al coche. Aprovechaban el momento en el que sus atacantes cambiaban el cargador para atacar.

Ian disparó tres veces contra el conductor, tenía mejor ángulo para él que para cualquiera de los demás. Pero él también estaba cubierto y no había conseguido darle.

—¡Son tres! —gritó David desde el otro lado.

Ian no respondió pero actuó. Perdían en número y ellos tenían el factor sorpresa. Si no actuaba, estarían perdidos. Cogió una piedra bastante grande que había a sus pies y cubriéndose con la mano cada vez que escuchaba un disparo,

como si eso fuera a protegerlo, cargó su brazo con fuerza y tiró la piedra hacia un lado. Se arriesgó y salió a la vista. Su plan había funcionado, el conductor había seguido la piedra con la mirada, incluso estaba apuntándola, momento que Ian aprovechó para disparar.

Y esa vez, no falló. Lo dio de lleno en el pecho, derribándolo en el suelo.

—¡Ya sólo quedan dos! —contestó a su amigo.

—Bien hecho —pensó David. Siempre había admirado la puntería de su compañero, aunque la suya no se quedaba atrás.

El hombre que estaba frente a él, cubierto de la misma forma, estaba cambiando su cargador, pero prefirió no actuar. Se agachó hasta ver sus piernas por debajo de la puerta que lo ocultaba. Sin pensar, disparó a los pies de ese hombre, tardó un poco en ver si había acertado pero la exclamación de Ian le confirmó el acierto. Le había dado en una pierna y eso había conseguido que se cayera al suelo, dolorido por la herida.

—¡Ahora! —gritó.

David no necesita nada más. Volvió a mirar bajo la puerta del coche y en lugar de ver las piernas del hombre, vio directamente su cara. No lo pensó dos veces y disparó, acertando en la cabeza y derribando al segundo enemigo. Ya sólo quedaba un hombre al otro lado del camino y escucharon como tiraba el cargador para cambiarlo. Ambos aprovecharon la oportunidad, se asomaron y apretaron el gatillo. Pero para su sorpresa, no tenían balas ni cargadores, ninguno de los dos. Al contrario que su enemigo que ya disparaba de nuevo sin cesar contra ellos. El coche de Ian estaba como un auténtico colador. Al menos los demás estaban seguros por el momento.

—No tengo balas. —David levantó la voz para que Ian le escuchara por encima de los disparos.

—Yo tampoco. Retrocede, tenemos que llegar a la furgoneta y coger más armas.

David obedeció sin contestar y comenzaron a correr hasta la parte trasera del coche, agachados y cubriendo sus cabezas con sus manos. Su enemigo se dio cuenta de su retirada y comenzó a avanzar a pasos agigantados hacia ellos, sin dejar de disparar. Si llegaba a la altura del coche antes de que ellos cogieran sus armas, estaban completamente perdidos.

Ian pensó en Maia y el abuelo tras los arbustos, quizá ellos ya se hubieran escapado y consiguieran que nadie los encontrara.

Pero Ayla... Ella estaba dentro de la furgoneta y si ellos caían, no tendría escapatoria. No pensó en ningún momento en que la matasen, seguro que

Vladimir la quería con vida, si es que sabía que estaba con ellos. Pero su destino sería mucho peor, la obligarían a ver cómo mataban a su novio y luego la someterían a la peor de las torturas.

La sola idea de que eso pudiera suceder, le hizo gritar, tan alto que incluso David se asustó creyendo que le habían dado.

—Joder, Ian. ¿Te ha disparado? —preguntó a la vez que se reunía con él detrás del coche.

—No, estoy bien. —David lo miró sin comprender.

La distancia que los separaba de la furgoneta era bastante grande como para atravesarla corriendo con ese hombre disparando sin parar. Los dos policías pensaron con rapidez, si al menos uno tuviera una sola bala para cubrir al otro, podrían aprovechar la oportunidad.

—Eh, aquí... —susurró Ayla, escondida en un lateral de la furgoneta con un arma en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó Ian—. Vuelve ahora mismo a la furgoneta.

—Yo os cubro. —Siguió susurrando—. Arrastraros hasta aquí por el suelo.

Los dos hombres se miraron y antes de que pudieran decidir qué hacer, Ayla comenzó a disparar hacia todas partes. Sabía usar un arma pero parecía ser que la puntería no era lo suyo. Eso sorprendió al hombre que estaba ya muy cerca de ellos y se agachó tras la parte delantera del coche de Ian, cubriéndose del nuevo ataque.

La locura de la pelirroja les había dado la oportunidad de llegar hacia la furgoneta. Ian le quitó el arma de las manos y la hizo gestos para que entrara en el vehículo. Pero ella señaló con la cabeza hacia un punto concreto. Su policía favorito tardó un rato en darse cuenta de lo que quería decirle, pero no tardó en verlo.

El depósito de su coche goteaba gasolina a raudales y su enemigo estaba escondido justo delante de él. Pensó que era una forma horrible de morir, aunque al menos no sufriría. Además, tenía que salvar a los que quería. Hizo señas a David y Ayla para que se alejaran hacia la parte delantera de la furgoneta. Los dos obedecieron y se pusieron a cubierto, comprendiendo lo que iba a hacer.

Miró hacia los arbustos, estaban lo suficientemente alejados para que no les pasara nada y sin pensarlo más, levantó su arma y apuntó directamente al lugar de donde estaba saliendo la gasolina. Y disparó.

La explosión llegó al momento, haciendo que el coche de Ian volase por los aires y se deshiciera en mil pedazos, dejando un pequeño incendio como resto y a Ian derribado en el suelo.

El ruido de la explosión lo dejó atontado durante unos minutos que se le antojaron años, los oídos le zumbaban y la cabeza le daba vueltas. No veía con claridad pero sí lo suficiente para saber que el peligro había pasado. Ese hombre había explotado junto con su coche. Ahora sólo necesitaba comprobar que todos estaban bien.

Poco después vio a Ayla sobre él, preocupada por su estado de salud.

—Tranquila, estoy bien. —El zumbido de sus oídos comenzaba a remitir—. ¿Vosotros? ¿Estáis todos bien?

Ayla no le contestó, sólo pudo mirar a David, que estaba tirando en el suelo con una mano sobre su hombro contrario, chorreando sangre. Ian siguió su mirada. Una bala lo había alcanzado.

## 29

—Joder, tío. ¿Estás bien? —Ian corrió hacia su compañero. El único fin de ese viaje era proteger a sus seres queridos y nada más emprenderlo, su amigo tenía un tiro en el hombro.

—Tranquilo —dijo David, visiblemente dolorido—. Me duele mucho pero estoy bien.

—Tenemos que volver, tienes que ir a un hospital...

—No podemos volver, mira lo que acaba de pasar. Tendréis que curarme vosotros.

Antes de que Ian contestara, se dio cuenta de que Ayla había desaparecido y volvía con Luca y una bolsa. Él se agachó junto a David y le rasgó la camiseta. Ian hizo el amago de alejarlo de él.

—Quieto. —Lo sujetó la pelirroja—. Sabe lo que hace. Estudió emergencias sanitarias.

Escuchar esas palabras fue para él un alivio enorme. Al final iba a tener que dar las gracias al novio de Ayla. Resopló y miró en dirección a los arbustos, dispuesto a ir en busca de su hija.

—¡Papá! —gritó mientras se encaminaba hacia el lugar por donde habían desaparecido.

—¿Qué pinta tiene? —preguntó David al joven que lo estaba atendiendo.

—Hay orificio de salida, la bala no está dentro. Pero aquí no puedo curarte como es debido, voy a cortar la hemorragia.

David asintió, dándole permiso para hacer lo que fuera necesario. Ayla le limpiaba el sudor de la frente, preocupada cada vez que le veía hacer un gesto de dolor.

—No estoy sordo, hijo. Aquí —dijo Ramiro en respuesta a la tercera llamada de su hijo.

Siguió su voz y cuando bordeó toda la vegetación, no pudo evitar sonreír. Maia estaba sentada sobre una piedra, con sus cascos puestos y la música a todo volumen. No se había enterado de nada.

—Gracias, papá. —Lo abrazó.

—Escuchó la explosión a pesar de la música. Pero le dije que el pueblo vecino estaba en fiestas y que eran fuegos artificiales. Se lo creyó de inmediato y

no volvió a preguntar.

—¡Menos mal! No sabría cómo explicarle lo que acaba de pasar. Tenemos que irnos, papá. Han dado a David.

—¡Oh Dios! Entonces vamos al hospital, yo me quedo allí con él y vosotros volvéis...

—No —cortó—. El novio de la chica es enfermero o algo así. Lo está curando ya.

Ramiro soltó un suspiro de alivio mientras Ian cogía a Maia en brazos, que sonrió al verlo pero no se quitó los cascos. Ahora él tendría que conducir el único vehículo que les quedaba. Pensó con rapidez y decidió cómo iban a viajar a partir de ese momento. Sentó a Maia en el asiento de la furgoneta y se volvió hacia sus acompañantes.

—A ver... David va en la parte trasera, con el enfermero. Papá, tú los acompañarás, necesito que controles la situación. —Cruzaron una mirada cómplice, entendiendo lo que esas palabras querían decir realmente. —Ayla, Maia y yo iremos delante. ¿Puede viajar, verdad? —preguntó directamente a Luca.

—Sí. La bala no está dentro y he detenido la hemorragia pero necesito llegar a un lugar limpio donde poder tumbarlo y curarlo en condiciones. Cuánto antes, hay riesgo de infección —dijo.

Ian asintió e hizo un gesto con la mano, indicando que el viaje continuaba. Cada uno ocupó el lugar que le había sido asignado y reanudaron la marcha, dejando el coche de Ian atrás, completamente reventado.

Un cuarto de hora después llegaban a la casa que hacía mucho tiempo había heredado su madre. Habían tenido que atravesar todo el pueblo y cruzar por un camino que estaba poco transitado, poco después, el tejado les indicaba que habían llegado. Las grandes verjas que la rodeaban, altas y de hierro, estaban cerradas a cal y canto con cerradura, cadenas enormes y un gran candado.

Ramiro se bajó de la furgoneta y abrió las puertas, esperando a que el vehículo estuviese dentro para volver a cerrarlas.

Ian aparcó detrás de la casa, donde lo único que se veía eran montañas. Ahí estaría segura y no la verían los paseantes que pudieran pasar por allí.

El abuelo abrió la puerta principal, bajo la atenta mirada de Maia. Y para sorpresa de todos, la casa y la huerta, estaban totalmente limpias y listas para usar. Ian, Ramiro y Luca llevaron a David a una de las primeras habitaciones, la única que estaba en el piso de abajo.

—Busca en el armario, tiene que haber algo para cubrir la cama. —Ian iba a

hacer lo que su padre le mandaba pero Luca le detuvo.

—Tengo empapadores, no os preocupéis —dijo mientras revolvió entre sus cosas. Abrió la cama, de forma que quedase al descubierto la sábana bajera y la cubrió en toda la parte de arriba con esa especie de lona que impediría que pasara la sangre.

Tumbaron a David, que ya estaba casi sin fuerzas e inmediatamente, Luca se puso a trabajar. Cuando se dio cuenta de que todos lo estaban observando se sintió incómodo.

—Solo una persona. Es imposible trabajar así. —Todos lo entendieron.

—Yo me quedo hijo —dijo Ramiro mientras posaba una mano sobre el hombro de su hijo, tranquilizándolo—. Ve y reparte las habitaciones. Vamos a estar un poco justos, sólo hay tres habitaciones dobles y creo que esta ya está ocupada.

Ian asintió y salió de la habitación, preocupado por su amigo pero agradecido de haber llegado a su destino. Recorrió el pasillo que separaba la habitación del salón. No era muy grande pero tenía un concepto abierto, haciéndolo estar unido a la cocina. Un baño a la izquierda y una puerta que daba a la parte trasera. En el centro, las escaleras que subían al piso de arriba.

A pesar de que esa casa era de su madre, sólo había estado allí una vez cuando era crío y nunca más habían vuelto por allí. El piso de arriba era algo más acogedor, pero la decoración de los años setenta abrumaba un poco su vista. Dos baños y otros dos dormitorios con camas pequeñas como en el que estaba tendido David.

—Me encanta esta casa. —Maia aparecía de la mano de Ayla, que sonreía ante sus palabras. Al policía le pareció preciosa esa imagen.

—¿No es un poco vieja? —Su padre se agachó para besarla y ella se lanzó a sus brazos sin pensarlo. Les quedaba mucho cariño que darse hasta que pudieran desquitarse después de todo el tiempo que habían pasado separados.

—Tiene piscina —contestó abriendo los ojos de par en par como cada vez que algo la gustaba mucho.

Ayla e Ian rieron ante su comentario y la pequeña volvió a cogerse de la mano de la pelirroja.

—¿Puedo dormir con Ayla? —preguntó, mientras cruzaba los dedos. Su padre sonrió.

—Por mí no hay problema. Pero, ¿no has pensado que a lo mejor ella quiere dormir con su novio, cariño?

Ayla abrió los ojos y tardó un poco en entender lo que estaba escuchando.

Ian creía que Luca era su novio. Tuvo que sujetarse para no reír a carcajadas.

—Luca no es mi novio, Ian. Es mi mejor amigo, gay —recalcó la última palabra. No quería que hubiera dudas sobre eso y mucho menos que el hombre que tanto la gustaba creyera que estaba ocupada.

—¿Gay? —preguntó Maia—. ¡Bien, como el amigo de mamá!

—Dormiremos juntas —dijo la pelirroja mirando a Ian. Este asintió.

—Entonces creo que lo mejor será que Luca duerma con David, por si necesita algo. Yo ocuparé la habitación restante con mi padre —dijo para sí mismo. Aliviado al saber que ese tipo era sólo su amigo.

La siguiente hora la pasaron sacando sus pertenencias de la furgoneta e intentando ponerse cómodos. Ian y Ramiro distribuyeron las armas y todo lo que David había recogido de la comisaría. Al final del todo estaba la sorpresa de la que tanto le había hablado David y sonrió al verlo, era tan típico en él...

Ayla y Maia ya se habían acostado, estaban cansadas y a la pequeña le faltaba poco para dormirse de pie. Ramiro también se encaminó hacia la habitación, con paso lento. El esfuerzo le estaba pasando factura y una punzada de dolor recorrió el estómago de Ian. Su padre ya no estaba para ese tipo de misiones, a lo mejor tenía que haber actuado de otra forma.

Antes de ir a su cama y echarse a su lado, decidió ir a ver a David. Cuando entró en la habitación lo encontró sólo, tendido sobre la cama y tapado hasta la cintura. Un vendaje cubría gran parte de su torso. Ya no había gotas de sudor en su rostro y su expresión había cambiado.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras se sentaba en la cama que estaba al lado. David abrió los ojos al escuchar su voz.

—Cansado, pero bien. No sé lo que me ha pinchado ese tío pero el dolor casi ha desaparecido. Al parecer era más escandaloso que otra cosa.

—¿Dónde está ahora? —Ian se extrañó de que no estuviera a su lado, cuidándolo.

—Ha ido a darse una ducha. Tenía más sangre que yo. —Sonrió—. Es un buen chaval y sabe lo que hace.

—Sí, eso parece. Menos mal que lo trajimos con nosotros —admitió.

Tras cruzar unas pocas palabras más se dio cuenta de que David tenía sueño y estaba cansado. Se despidió de él justo cuando Luca volvía a entrar, recién duchado y con el pijama puesto. Se dieron las buenas noches educadamente e Ian salió hasta el salón. Se dejó caer sobre el sofá, agotado. No sabía por dónde seguir, era cierto que él estaba jugando sus cartas y procuraba dejar constancia de cada paso que daban, para que el juez Castro no dudase de ellos llegado el



momento. Pero no sabía por dónde seguir.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —La voz de Ayla lo sobresaltó. Estaba descalza y no la había oído bajar las escaleras. Llevaba un pijama corto, tan corto que sus piernas ocuparon toda la visión y la mente de Ian.

Ella se sentó a su lado, deseando consolarle, aunque sabía que no podía.

—La verdad es que ni siquiera lo he intentado. Estaba pensando en cómo reunir pruebas contra él. Pensando en el siguiente paso que debemos dar.

—Yo abrí los maletines. —Le tendió su móvil en el que había una foto de cada uno de ellos. Estaban algo borrosas, posiblemente por la rapidez a la hora de sacarlas, pero se veía claramente que lo que había dentro era dinero.

—Vaya. ¿Armas, droga, mujeres? —preguntó.

—No lo sé. Créeme que si lo supiera, te lo diría.

—Lo sé. —Sonrió y puso una mano sobre su pierna. Cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer, dio unas palmaditas sobre su muslo y quitó la mano con rapidez, intentando arreglar su impulso.

Ese simple contacto había sido gloria para Ayla. ¿Cómo podía tratarla con tanto cariño? Ella era la culpable de que todos estuvieran en peligro...

—¿Qué tienes pensado? —preguntó.

—Nada, no tengo nada contra ellos. Tu testimonio, nada más. Bueno sí, un puto pendrive encriptado. O sea, nada.

Ayla pensó con rapidez.

—¿Un pendrive? ¿Dónde lo conseguiste?

—Eh, bueno... Digamos que eso no es importante ahora. El caso es que lo tengo. Estaba protegido con una clave y cuando David y yo la metimos mal dos veces seguidas, se bloqueó todo su contenido.

—Pero en la policía tenéis gente que se encarga de eso, ¿no? ¿Por qué no les pides que lo desencripten? —preguntó mientras se acercaba a él, esperanzada.

—Vamos a decir que la policía no sabe de su existencia. —Cogió aire y la soltó con brusquedad.

—Igual es mejor así. —Ayla lo miraba directamente a los ojos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó. Al darse cuenta de cómo lo estaba mirando no pudo apartar la vista de la suya. Esos ojos lo envolvían y lo atrapaban, dejándolo sin escapatoria.

—Tú ya sabes por qué. Si no fuera así, no estarías actuando fuera de la ley. Vosotros ya sabéis que Vladimir tiene a los altos mandos de la policía de su lado —confirmó.

Ian asintió. Era cierto que lo sabían, pero estaba bien que alguien le

confirmase alguna de sus teorías.

—Estoy bloqueado —admitió sin dejar de mirarla. Y aunque no se lo dijo, no hablaba del caso. Hablaba del momento, ninguno de los dos apartaba la vista de los ojos del otro.

—Yo puedo ayudarte a saber lo que hay en el pendrive, pero será arriesgado.

Ian no contestó. En ese momento lo que menos le preocupaba era el pendrive, Vladimir o Lena Petrov. Lo único que captaba toda su atención era la mujer que tenía delante.

Ayla, bajo la atenta mirada de Ian, se quedó pensativa durante unos instantes, mordiéndose el labio inferior. Cada minuto que pasaba tenía más claro que a él no le interesaba seguir con la conversación. Se quedó sin aliento y no pudo evitar estremecerse. ¿Él quería besarla? Eran demasiadas las emociones y los sentimientos que se mezclaban en su corazón. Y no quería cometer otro disparate, Ian era demasiado importante para ella y sentía que podía contar con él para todo. Pero su mirada, dulce, tierna y hambrienta la confundía. Cogió aire en una profunda respiración y le susurró:

—¿Podrías besarme?

Ian se preguntaba si lo que estaba escuchando sería producto de su imaginación o realmente estaba sucediendo. No obstante, accedió a la petición, porque él lo estaba deseando con todas sus fuerzas. Inclino la cabeza y la besó. Nunca antes el solo contacto con unos labios había detenido su corazón. Su mano izquierda sostuvo su rostro, mientras su mano derecha acariciaba su mejilla suavemente. El momento era mágico.

A Ayla la habían besado antes, pero nunca de aquel modo. Sutil, tierno y dulce. La respiración se le entrecortó cuando le dio un pequeño mordisco en el labio antes de acabar. Ella mantuvo los ojos cerrados, deseando no despertar en el caso de que fuera un sueño.

—Ayla... —Ian no paró de acariciar su mejilla—. Mírame y dime que no te arrepientes.

Ella abrió los ojos, medio aturdida.

—No —respondió sin dudar. Miró a Ian y se dio cuenta de que su reacción tampoco había sido indiferente.

—Me alegro —dijo con una sonrisa—. Yo tampoco. Ahora vamos, necesitamos descansar.

## 30

El día había amanecido mucho más tranquilo que el anterior. Todos se sentían a salvo a pesar de que sabían que la sombra del mal siempre estaba acechando. Cada uno de los nuevos habitantes de esa casa, sin decírselo a los demás, respiraban tranquilos y descansaban por primera vez en días. A pesar de que estaban a pocos kilómetros de Marbella, estar rodeados de picos y sobre la falda de la Sierra Blanca los hacía sentir lejos del ruido de la ciudad y sobre todo, lejos de todos los peligros. Aquel era un lugar mágico, muy próximo a la costa y a la vez en plena sierra escarpada.

Ramiro cogió aire, inundando sus pulmones de aquella frescura que sólo había en la montaña y escuchando con atención el murmullo del río Guadalmina, que tantos recuerdos le traía. Se sentía feliz allí; entre castaños, olivos, matorrales y árboles silvestres. Ese entorno le hacía viajar a otra época de su vida, una época en la que no faltaba nadie de la gente que quería. Recordó a su mujer, asando castañas en esa misma casa varios años atrás. Justo cuando los malos recuerdos acudían a su mente, Ian lo rescató.

—¿Has mantenido todo esto limpio? —dijo mientras llegaba a su altura, a la entrada del monte. Ramiro se giró hacia él, en parte fastidiado por perder la magia del momento.

—Sí. Esta casa era importante para tu madre y no me cobran mucho por venir una vez al mes y darle una vuelta a todo. —Se encogió de hombros, restándole importancia.

—No creí que fuera importante para ella, nunca veníamos. —Ian pensó en su madre. Su fatídica muerte en un accidente de tráfico volvió a su mente como si estuviera pasando en ese mismo momento.

Un delincuente que iba borracho se la llevó por delante y se dio a la fuga, dejando el vehículo abandonado. Habían encontrado una pistola en la guantera y aunque Ian todavía estaba en la academia, jamás olvidaría esa imagen. Tenía el mango forrado de cuero y una imagen grabada en él: Un indio con una corona de plumas sobre la que descansaba un águila.

Sacudió la cabeza, intentando olvidarlo todo.

—Por mi trabajo. —Ian enseguida supo que había tocado terreno peligroso. Aunque Ramiro nunca lo había reconocido, él sabía de sobra que se arrepentía

de haber dedicado tanto tiempo a su trabajo y tan poco a su vida familiar.

—¿Vamos?

—Vamos. —Sonrió.

—Buenos días —saludó Ayla cuando los vio llegar por la parte trasera del jardín. Ian sonrió y devolvió el saludo con la mano, algo nervioso. Su padre no pasó por alto ese detalle y sonrió, dándose cuenta de que algo pasaba entre ellos.

—Buenos días, bella joven —dijo halagador. Ian rodó los ojos por lo exagerado de la expresión de su padre pero sin poder dejar de sonreír—. ¿Has conseguido descansar?

—Sí, muchas gracias. Os estaba buscando. Creo que puedo ayudaros con el pendrive.

Ian recordó la conversación de la noche anterior en la que ella lo había mencionado pero después de haber recibido el mejor beso de su vida, lo había olvidado por completo.

—¿En serio? —Ramiro estaba sorprendido.

—Maia está jugando en el salón. Ya he avisado a David y a Luca y nos están esperando en su habitación. Si os parece bien, hablamos allí para saber la opinión de todos.

David se había despertado dolorido pero mucho mejor que el día anterior. Aún así, necesitaba todavía dos días de reposo completos por lo que le llevaban la comida a la cama. Luca sólo le dejaba levantarse para ir al baño a hacer sus necesidades o a darse una ducha. Agradeció tener tantas visitas, por lo menos pasaría un rato entretenido. No era un hombre válido para pasarse el día en la cama sin hacer nada.

Cuando Ian, que fue el último en entrar cerró la puerta, Ayla comenzó a hablar.

—Conozco a un tío, un hacker. Ya le he pedido cosas otras veces y si le pagas bien, está dispuesto a hacer lo que le pidas —pronunció sus palabras mientras se llevaba un dedo a la boca, un poco tensa. Confesar que pagaba a cambio información delante de dos Inspectores y de un ex Comisario no le parecía la mejor de las ideas.

—¿Qué cosas? —preguntó David, inquisitivo. Le había cuidado cuando le habían disparado y contra todo pronóstico parecía estar de su lado pero tenía la sensación de que ocultaba algo y eso le preocupaba.

—Bueno... —Ian la interrumpió.

—No hace falta que contestes. —Ella levantó la mano, indicando que guardara silencio. Ya la daba igual que supieran toda la verdad. Su vida dependía

de ellos.

—No tengo problemas. Le conocí por mediación de Nastasia, fueron novios un tiempo, luego la cosa acabó mal y bueno... Eso da igual. El caso es que tengo su número de teléfono, no hace mucho tiempo que hablé con él. Cuando todo esto empezó, le pedí información sobre vosotros, necesitaba saber si eráis buenos policías. —Se encogió de hombros.

—Ayla, reina... No hace falta que des detalles —intervino Luca, mirándola directamente a los ojos. Con ellos le pedía a gritos que no hablase de más.

—¿Qué sentido tiene ya, Luca? Estamos con ellos, es justo que lo sepan. Sé asumir las consecuencias de mis actos.

—Bueno, ya está bien. No seáis teatreros. El caso es que sabemos por dónde continuar. ¿Dónde podemos encontrarlo? —Ramiro estaba cansado de tanto remilgo.

—Se llama Marco, yo sé donde vive. Pero no nos va a atender sin cita previa. —Ayla recordaba las palabras de Nastasia en la anterior ocasión.

—Y tendrás que encender tu teléfono para sacar su número. Pueden triangular nuestra posición —dijo Ian, pensativo. Comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—No si tiene los números guardados en la tarjeta SIM —dijo David mientras intentaba incorporarse.

Luca enseguida se acercó a ayudarlo y colocó un cojín detrás de su espalda, a modo de almohada.

—¡Claro! —dijo Ayla, contenta—. Los tengo todos en la tarjeta. Pero... — Su entusiasmo desapareció—. Eso da igual, si no puedo encenderlo...

—Podemos sacar la tarjeta y meterla en uno de los teléfonos que hemos traído. Son muy antiguos y no tienen GPS, no podrán localizarnos con ellos. Podemos llamarlo. —Ian pronunció sus palabras esperanzado de nuevo. Al fin algo por lo que pelear, esperaba que allí hubiera información de primera mano.

—¿Vive en Marbella? —David preguntó directamente a Ayla que asintió a modo de respuesta—. No podemos volver a Marbella, Ian.

—No, eso queda descartado —habló Ramiro—. Ese desgraciado tendrá vigiladas las entradas. Ahora mismo somos un peligro para él, un cabo suelto y dejadme que os diga que ese tipo de rufianes no dejan cabos sueltos. Mi experiencia me lo ha enseñado.

—¿Y si sale él de la ciudad? —propuso Luca—. No creo que a él lo tenga vigilado.

—Lo dudo. Todavía confiaba en mí cuando lo visité —reconoció Ayla,

esperanzada—. Creo que pueda salir de la ciudad sin problemas, pero va a costar mucho dinero.

—Ese no es el problema. El problema es que no podemos traerlo aquí, es un riesgo demasiado alto —intervino David.

—¿Y si quedamos con él en San Pedro de Alcántara? Queda cerca para nosotros y para él. Además está fuera del camino que hemos recorrido, si alguien decide buscarnos por ahí, los despistaríamos hacia el sur. —Ian estaba orgulloso de su idea.

Todos asintieron mientras lo miraban, dejando ver qué sería la mejor opción. Él siguió hablando a medida que el plan iba tomando forma en su cabeza.

—No es buena idea mover la furgoneta. Papá, ¿recuerdas los horarios de tren? —Ramiro asintió—. Creo que es el mejor medio de transporte, nadie nos pedirá el DNI y el viaje no duraría más de media hora.

—Decidido entonces, vamos. —David intentó levantarse entre muecas de dolor.

—Eh, eh, eh... Tú quieto ahí. —Ian lo ayudó a recostarse de nuevo—. Podemos ir mañana, todos necesitamos descansar hoy y controlar un poco los alrededores.

—No quiero interrumpir, pero no atiende si no conoce —dijo Ayla, con cara de pena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó David.

—Que si no voy yo, no aceptará. Lo conozco.

El policía maldijo, deduciendo que estaba a punto de perderse la primicia del contenido del pendrive que tanto le había costado robar.

—¿Ayla? —gritó Maia desde fuera.

Todos entendieron su llamada como el fin de la conversación y cada uno volvió a sus quehaceres. Luca se dispuso a curar la herida de David que había sangrado después de que intentase levantarse. Ayla, Ramiro e Ian acudieron a la llamada de la pequeña. Estaba aburrída y quería salir de excursión.

—¿Por qué no la lleváis a Las Angosturas? ¿Recuerdas el camino? —preguntó el abuelo. Ian asintió.

—¿Y tú, no vienes?

—No, hijo. Tendréis que perdonarme pero este viejo va a recostarse un poco.

Sonreía pero se le veía cansado. Casi siempre se le olvidaba la edad que tenía y no quería pedirle más de la cuenta. La excursión a Las Angosturas le pareció buena idea. Recordaba el día que lo había llevado su madre, escondía un rincón precioso que esas dos mujeres iban a adorar.

Emprendieron la marcha siguiendo el río Guadalmina que a medida que avanzaban, se encajaba en el terreno formando una especie de cañón. Estaban rodeados por altas cumbres por sus márgenes y en la parte de abajo, comenzaba el viaducto conocido como Las Angosturas, llamado así por lo angosto del terreno.

Caminaron despacio, por el complicado sendero lateral que se abría paso ante ellos, hasta desviarse por la vereda terriza. Bajaron por una estrecha escalinata y casi sin darse cuenta, chocaron con la Poza de las Mozas.

Las dos mujeres que iban con él abrieron la boca ante la belleza del lugar, belleza que él mismo ya no recordaba con nitidez. Casi era como estar allí de nuevo por primera vez, junto a su madre, Carmen Martínez. Recordaba la leyenda que le había contado sobre aquel lugar, una parte la conocía todo el mundo pero la otra, sólo ella. O al menos eso era lo que decía.

—En esta charca... —comenzó a hablar captando la atención de Ayla—. Hace muchos años que una chica se bañó aquí y los remolinos la arrastraron. Se dice que su novio se tiró a por ella, para salvarla. Pero no tuvo suerte y ambos fueron tragados por las aguas. Mi madre siempre decía que si una pareja se bañaba aquí y no se ahogaba, se querrían para siempre.

—¿En serio? —dijo Ayla sorprendida por la historia.

—Eso decía ella. Al parecer se lo había contado su madre, que lo sabía por su abuela y ésta por la bisabuela... Ya sabes, una leyenda que pasa de generación en generación.

Ayla sonrió ante sus palabras y ante la hermosa imagen que tenían delante. Maia iba bien sujeta de sus manos ya que el terreno era poco firme y temían que resbalara y cayera al agua. La niña también miró maravillada todo lo que había a su alrededor.

Una especie de piscina natural de agua dulce, rodeada por altas rocas por completo era lo único que podían mirar sus ojos. Entre dos de sus rocas, había un tobogán natural, creado por la misma piedra del paisaje.

Los tres se miraron entre sí y sin pensarlo se dirigieron a él. Ayla fue la primera en lanzarse al agua por el tobogán mientras gritaba. Aquella piscina era bastante profunda pero peligrosa para tirarse desde lo alto de las rocas.

Después, Ian con Maia en sus brazos, recorrió el mismo camino hasta que cayó junto a ella.

—¡Está helada! —chilló Ayla. Los remolinos que había parecían peligrosos así que se mantuvieron a un margen para estar más seguros.

Era verdad que estaba fría pero ese chapuzón les vino bien a los tres para

desconectar de todo y poder disfrutar de la naturaleza. Maia reía a carcajadas mientras Ayla los salpicaba continuamente con agua, casi sin dejarlos coger aire. Finalmente la pequeña consiguió mantener los ojos abiertos y comenzó a devolver el ataque a la pelirroja con ayuda de su padre.

Después cambiaron las tornas y Maia pasó a los brazos de Ayla, unidas contra Ian, que terminó sumergiéndose por completo bajo el agua y apareciendo detrás de ellas, asustándolas y consiguiendo que las carcajadas fueran más sonoras.

Ian no sabría decir el tiempo que estuvieron allí, había pasado casi toda la tarde pero para ellos había sido apenas un rato. Su intención principal era seguir la ruta por el cañón para visitar el resto de pozos y cuevas que había, pero no tenían tanto tiempo.

Antes de regresar se sentaron sobre la roca más alta para secar un poco sus ropas y así, los tres juntos, observaron cómo comenzaba la puesta de sol, anunciando el final del día.

—No nos hemos ahogado —dijo Maia, sorprendiendo a sus dos acompañantes.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —Ayla la miró directamente a los ojos y una sonrisa pícaro apareció en el rostro de la pequeña.

—Pues que seréis unos novios que se querrán para siempre.

Ian y Ayla se miraron, disfrutando de la picardía de la niña, seis años y ya estaba haciendo de Celestina. Pero lo que ninguno de los dos admitió, fue que eso era lo que más deseaban.



# 31

Los momentos que habían pasado en aquel lugar se repetían una y otra vez en la mente de Ayla. Ya ni siquiera recordaba la última vez que se había reído tanto y aunque pudiera parecer una tontería, esa mágica tarde le había dado la fuerza que la faltaba. Ya no podía negarlo, estaba enamorada de Ian. Él había inundado todos sus pensamientos: sus ojos, su boca, su beso, la forma de tratarla... Casi había logrado que se olvidase del verdadero motivo por el que estaban allí.

Había soñado que esa era su vida. Vivía con Ian y Maia la adoptaba como su madre, esa casa era suya y disfrutaban juntos todos los días. No existían rusos, maletines ni nada que pudiera empañar su felicidad. Pero tenía que volver a la realidad, sabía que siempre sería eso, un sueño.

Maia era la mejor compañera de habitación que había podido encontrar. Antes de dormir le contaba un cuento y la niña se lo agradecía con una enorme sonrisa y un cálido abrazo. Se estaban haciendo buenas amigas y la estaba cogiendo mucho cariño, quizá demasiado. Otra persona más por la que preocuparse y otra carga para su conciencia si llegase a pasarle algo por su culpa.

Pestañeó con rapidez, intentando filtrar la luz que entraba a raudales por sus párpados. Maia estaba sentada en su cama, mirándola mientras sonreía.

—Menos mal que te has despertado, eres una dormilona —dijo mientras volvía para su cama—. Tengo hambre y papá se ha ido con el abuelo al monte.

No se lo dijo, pero sabía que estaban perfeccionando un plan. Habían quedado en que ese día Ayla llamaría a Marco y concertaría una cita con él para poder desbloquear el contenido del pendrive. Quería ayudar con todo ese asunto pero no quería abandonar la seguridad de esa casa, hacía tanto tiempo que no vivía tan a gusto...

Sacudió la cabeza, como si eso fuera a apartar todos los malos pensamientos y se desperezó.

—Entonces vamos, tendrás que hacerme tu ese desayuno. —La miró con picardía. Maia sonrió ante su reto.

—No, tienes que hacérmelo tú porque eres mayor, yo sólo soy una niña. — Ayla estaba embelesada con ella. Tenía seis años físicos pero mentales aparentaba doce o incluso más.

—Tengo una idea. —Se incorporó—. Te echo una carrera hasta la cocina. La que pierda hace el desayuno.

No necesitó que Maia aceptara el reto, inmediatamente se levantó y salió corriendo de la habitación. Tardó sólo un segundo en reaccionar e imitarla y corrió escaleras abajo, descalza y aún en pijama.

Alcanzó a Maia en el salón y juntas corrieron hacia la cocina. Habría podido ganarla pero prefirió no hacerlo, de forma que llegaron a la vez. Se miraron la una a la otra, fatigadas por la carrera e ignorando lo que había a su alrededor, y comenzaron a reír como dos locas.

Ayla se acercó para hacerla cosquillas, consiguiendo que las carcajadas de Maia resonaran por toda la casa.

—Bueno, bueno... Cuánta risa hay por aquí esta mañana. —Escuchar la voz de Ian las distrajo de su juego.

Maia corrió a sus brazos y Ayla se puso colorada de inmediato. El hombre al que quería acababa de verla jugando como una niña sin control, se moría de vergüenza.

Pero la imagen que Ian había visto, era totalmente distinta. La había oído bajar corriendo y riendo sin parar. Se había dado cuenta de que la pelirroja la había dejado ir a su lado para llegar a la vez. Esa imagen le llenaba de felicidad. Maia adoraba a la chica que él quería y por lo poco que había visto, la pelirroja sentía lo mismo por la pequeña. Quizá algún día... Quizá...

Su sonrojo le pareció tan tierno que deseó besarla con todas sus fuerzas pero la niña estaba delante y se vio obligado a sujetarse.

—Es que tenía hambre y no estabas. Hemos echado una carrera, la que perdiera tenía que hacerle el desayuno a la otra —contaba Maia aún con la respiración agitada.

—Pero ha sido un empate. ¿Cómo vais a decidir quién hace el desayuno? —Miró directamente a Ayla, que ya se había recompuesto.

—Tengo una idea mejor. ¿Qué te parece si lo hacemos entre las dos? Hemos llegado a la vez, es lo justo.

Maia empezó a patalear para que su padre la bajara y cuando lo hizo, corrió hasta donde estaba Ayla.

—Yo me pido el zumo —eligió.

Ayla sonrió y cogió el pan de molde, dispuesta a meter unos sándwiches en la tostadora. Ella también tenía hambre.

—¿Has desayunado? —preguntó al policía.

—Sí, vosotras terminar tranquilas. Después nos vemos en el jardín.

Ayla asintió, entendiendo que sus momentos de felicidad habían terminado. Después del desayuno debía llamar a ese desgraciado.

David estaba con Luca en el jardín, manteniendo una animada conversación. Estaba muy agradecido con el chico que le había salvado la vida. El reposo le había venido de maravilla y eso, unido a las curas y los medicamentos que Luca le había administrado, habían conseguido que estuviera casi recuperado. Aunque sólo movía el brazo con lentitud porque sino le dolía horrores.

Ian los acompañó hasta que Ayla hubo terminado y se unió a ellos, dejando a Maia con el abuelo. Iban a empezar un puzzle de casi trescientas piezas y la pequeña estaba emocionada, era el más grande que había empezado nunca.

—¿Cómo estás? —le dijo a David antes de sentarse al lado de Luca. Ian sabía que eso era una tontería pero sintió celos, había creído que se sentaría a su lado.

—Mejor, gracias —respondió escueto. Ian lo miró, confundido.

—No confía en tí —dijo Luca, sonriendo. Recibió una buena reprimenda por parte de la mirada de David.

—Lo entiendo. —Ayla lo sabía y no se atrevía a culparlo, tal vez tuviera razón y por su culpa todos terminarían mal. David se sorprendió ante su respuesta, que le pareció sincera y cambió de tema.

—¿Cómo vamos a hacerlo? Yo tengo un par de ideas.

—He estado preparándolo con mi padre. Y ya he traído uno de los teléfonos que cogiste. —Lo sacó del bolso y se lo mostró a David—. Ya tiene la tarjeta de Ayla dentro. Ahora sólo tiene que llamarlo y quedar con él para esta misma tarde.

Ayla no dijo nada. Se levantó y cogió el teléfono de las manos de Ian. Aún recordaba el funcionamiento de aquellos teléfonos de hacía por lo menos treinta años. Su padre había tenido uno muy parecido... Ese recuerdo le hizo mucho daño. Presionó la tecla que tenía dibujada una flecha hacia abajo y su agenda apareció ante sus ojos. Fue directa a la letra M y apretó el botón verde. Después de cuatro tonos reconoció la voz de Marco al otro lado de la línea.

—¿Quién? —preguntó con bastante bordería. No conocía el número de teléfono y eso le habría puesto nervioso.

—Soy Ayla, la amiga de Nastasia. —Intentó mantenerse firme y que ese desgraciado no apreciara sus nervios.

—¿La del pelo rojo? Qué sorpresa. ¿Qué quieres esta vez, saber cómo llevan la investigación?

Ayla miró avergonzada a los que estaban a su alrededor. Ian le hizo un gesto con la mano, indicándole que continuase.

—Eh... No, no. Esto es diferente. Necesito que me descriptes un pendrive.

—Eso lleva un rato y te va a costar mucho dinero. ¿Lo tienes?

—Sí, el dinero no es problema. —Era lo único que movía a ese tío.

—Muy bien, tráelo mañana entonces. Veré que puedo hacer.

Estaba a punto de colgar cuando Ayla se lo impidió.

—Espera, Marco. Tiene que ser hoy, esta misma tarde. Es urgente.

—Uy, pues me temo que eso subirá el precio.

—¡Ya te he dicho que el dinero no es problema! —dijo más alto de lo que había querido. No soportaba a ese tío y mucho menos depender de él. Era un engreído y había hecho tanto daño a su mejor amiga, que podría decirse que lo odiaba. No tenía paciencia para aguantar sus estupideces.

—Vale. Relaja tía. —Incluso Ian rodó los ojos. El tono de voz que empleaba era desesperante—. Te espero esta tarde, entonces.

—No puedo ir a Marbella. Vamos a tener que quedar en otro sitio —dijo segura de sí misma.

—Entonces no cuentas conmigo, no me muevo de mi lugar de trabajo. Además, si no puedes entrar en la ciudad, esto me huele a marrón. Que te vaya bien.

—¡Espera! Te doy trescientos mil euros.

El silencio que se produjo al otro lado de la línea fue más largo de lo que todos los presentes habían deseado. Ya contaban con que se negase a viajar pero el conocer bien cuál era su debilidad, les iba a dar la oportunidad que necesitaban.

Ayla tenía dinero de sobra. Vladimir la pagaba muy bien por los transportes que hacía y Ernesto también era generoso cuando la pagaba su trabajo en el bar, por lo que esa cantidad de dinero para ella no era nada.

—Trescientos cincuenta mil. —Su tono era incluso amenazador.

—Hecho. —Todos miraban a Ayla, más que sorprendidos. ¿De dónde iban a sacar tanto dinero para esa misma tarde? Ian pensó con rapidez, tal vez si todos ponían algo... Pero era imposible, eso era mucho dinero.

—¿Dónde nos vemos?

—En la estación de autobuses de San Pedro de Alcántara.

Sin decir ni media palabra más, Marco cortó la llamada. Ayla suspiró, aliviada.

—¿Pero tú de qué vas? —atacó David—. ¿De dónde piensas que vamos a

sacar esa cantidad de dinero?

—No la grites —intervino Ian. Ayla agradeció que la defendiera y Luca la miró, cómplice ante aquel acto espontáneo del policía—. Si lo ha hecho, es por algo.

—Sí, David. Escúchame. Yo tengo el dinero en mi mochila, no pasa nada.

—¡Claro! Se me olvidaba que trabajar para la mafia rusa es un chollo.

—Ya vale, David. —Ramiro entró en escena—. ¿No te han enseñado a respetar a las damas? Ayla nos está ayudando, se está jugando el cuello por nosotros y no creo que se merezca ese trato por tu parte.

David iba a replicar pero su respeto por el excomisario se lo impidió.

—¿Por qué no en tren, como habíamos quedado? —Ian se levantó y se puso a su lado, esperando una respuesta.

—El tren tiene Wi-Fi y no quiero que den con la señal del teléfono de Marco. En su guarida está protegido pero cuando sale de ella...

—Eso da igual Ayla, su móvil tendrá señal de GPS, como el de todo el mundo. Si quieren pueden triangular su señal de todas formas. —Ayla negó con la cabeza. No creía que Vladimir vigilase a ese chico, ni siquiera conocería su existencia pero prefería prevenir.

—No tiene señal GPS. Cuando Marco sale, lleva un móvil parecido a este —dijo mientras levantaba la mano en la que tenía el teléfono que acababa de usar—. Sólo que es un poco más moderno y puede usar Wi-Fi con él si quiere. No creo que lo haga pero por si las moscas... —habló tímidamente, recordando el día en el que Nastasia le había contado ese detalle. Se reía de Mateo por ser tan “vintage”, así lo había llamado.

—Bien pensado —dijo Ramiro—. ¿Verdad, David?

Este lo taladró con la mirada pero terminó por asentir. Sabía que la chica tenía razón y que había actuado bien pero no tenía pensado reconocerlo en voz alta.

—Yo puedo acompañarla. —Se ofreció Luca.

—¿Sabes usar un arma? —le preguntó Ian. El chico negó con la cabeza de inmediato.

—Puedo ir yo. Estoy perfectamente.

—No, David. Iré yo —dijo Ian. Mi padre y tú podéis defender esto en caso de ser necesario, aunque espero que no lo sea. Y yo estoy bien, puedo defender a Ayla si algo sale mal.

A David le habría gustado ir él mismo, pero sabía que Ian no iba a ceder. Tendría que esperar para conocer el contenido de ese pequeño aparato.

La siguiente hora la pasaron preparándose para irse. El viaje les llevaría una media hora y debían tomar ciertas medidas de seguridad: gorra, gafas de sol, ropa llamativa que los ayudase a pasar por turistas...

Finalmente, cuando terminaron de prepararlo todo, Ian y Ayla salieron en dirección a la estación de autobuses de Benahavís, caminando. No sin preocuparse por lo que iba a pasar, pero sobre todo, por lo que dejaban en aquella casa. Ambos tenían mucho que perder si algo pasaba allí y ellos lo sabían. Pero también sabían que sería cuestión de tiempo que Vladimir los encontrara. Idoia ya le habría ido con el cuento y Ayla estaba segura de que tendría desplegados a un montón de hombres por todas partes.

Lena, por su parte, la habría llamado y al ver que su teléfono estaba desconectado, seguro que estaba pensando que la había traicionado. En resumen, lo peor de la mafia rusa tras sus pasos.

Tenían que actuar rápido, encontrar pruebas y encerrar a ese miserable antes de que diera con ellos. Si no lo hacían, sus vidas terminarían en esa casa en la que tan a gusto estaban.

El autobús en el que viajaban, además de ir con retraso, estaba lleno de gente. Eso había impedido que hablaran tranquilamente, más allá de una variedad de palabras cordiales de dos desconocidos. Debían disimular, sabían que el peligro podía estar en cualquier parte. En la parada anterior a la suya, se bajaron las únicas personas que estaban cerca de ellos. Ian había estado pensando cómo abordar el tema desde que habían llegado a casa de su madre, pero no se atrevía. Era consciente de que Ayla les había contado todo lo que sabía, excepto un detalle que los demás parecían haber olvidado. Pero él no y aunque no quería desconfiar de ella, que no lo hubiera mencionado le hacía dudar.

Ayla, oculta bajo sus gafas de sol y su gorra, tenía un gesto neutro en el rostro. Llevaba puesto un vestido floral, demasiado colorido. David no era un experto en ropa para mujeres, de eso no había la menor duda. A pesar de lo feo del atuendo, Ian la veía preciosa. Ella, al notar su mirada, se la devolvió y sonrió.

—¿Queda mucho? —preguntó mientras miraba su reloj de pulsera. Si el viaje les iba a llevar media hora, deberían estar a punto de llegar.

—No, la siguiente parada ya es la nuestra. —Se removió incómodo en su asiento—. Ayla... ¿Puedo preguntarte algo?

La joven que tenía en frente asintió a modo de respuesta, sin dejar de sonreír. Y aunque ella no había dicho nada, estaba muy nerviosa.

—¿Recuerdas la conversación que escuchamos, la que tuviste con Lena? — Ian bajó la mirada y la sonrisa se borró de inmediato del rostro de la pelirroja. Había esperado ese momento desde el primer día y a pesar de que había intentado estar preparada, aún no tenía una respuesta para lo que él iba a preguntarle. Estaba orgullosa de él, era el único que no había pasado por alto ese detalle, era inteligente y bueno en su trabajo. Pero acababa de ponerla en un aprieto.

—Sí —respondió, escueta. Tragó saliva con dificultad.

—No lo mencionaste y bueno, puede que no tenga importancia. Pero, me gustaría saber qué le diste a Lena Petrov.

Ahí estaba la pregunta, la única que no estaba preparada para responder, al menos no todavía. Ante su silencio, Ian siguió hablando.

—Le dijiste que con eso podía averiguar mucho sobre Vladimir. Ayla, ¿qué

era?

Su silencio estaba empezando a ser incómodo. Se había dado cuenta de que ella no quería responder a la pregunta y eso lo molestaba.

—Prefiero no hablar de eso, Ian. —Lo miró directamente a los ojos—. Es algo muy personal.

—¿Algo personal? Y, ¿puedes contárselo a una delincuente y no a mí? —Ian estaba molesto y no lo ocultó. Aunque enseguida se dio cuenta y decidió suavizar el tono. Dos lágrimas habían asomado por debajo de las gafas de sol de la joven.

—Te prometo que te lo contaré todo, pero no ahora. Es algo muy doloroso para mí, no dudes de lo que estoy haciendo, por favor —rogó.

Verla así lo ablandó y se cambió de asiento, poniéndose justo a su lado. La agarró de la mano y apretó con fuerza. El apretón de manos más reconfortante que Ayla había recibido nunca.

—Vale, no dudo de tí. Si me prometes que me lo contarás, esperaré.

Sonrió de medio lado, esa sonrisa que a ella tanto le gustaba. Se la devolvió y apoyó la cabeza sobre su hombro. Un momento bonito a pesar de la tensión anterior, que fue roto por el anuncio parlante del autobús que les indicaba que habían llegado a su destino.

A pesar del poco tiempo que llevaban en la sierra, se habían acostumbrado al aire puro y notaron la diferencia al bajarse en San Pedro de Alcántara. El ambiente estaba mucho más viciado y el ruido y la cantidad de gente, les recordó a Marbella. Aunque mucho más pequeño, era un núcleo turístico en toda regla. Lleno de casas de lujo, campos de golf, playas y lujosas discotecas. Ya nada quedaba de la colonia que un día fue, dedicada a la plantación de caña de azúcar y de algodón. La única prueba de todo eso era el edificio que aún conservaban, pero nada más. Cruzaron la puerta que les llevaba al centro de la estación de autobuses, una estación normal: zona de asientos, compra de boletos y una cafetería-tienda.

No tardaron en ver a Marco, sentado en una de las grandes filas de asientos que había en el centro del lugar.

Ayla se dirigió directamente hacia él, que al verlos se puso en pie. Escrutó a Ian con la mirada y no tardó en darse cuenta de quién era.

—¿Qué mierda es esto? ¿Vas a detenerme? —preguntó mientras se ponía su mochila al hombro, dispuesto a salir corriendo.

Pero Ian fue más rápido y lo agarró por el brazo con fuerza.



—No va a detenerte, Marco. Viene conmigo —habló Ayla con seguridad.

—Ya, claro —dijo mientras miraba al policía, dudoso—. Me pides que lo investigue y ahora sois amigos. ¿Piensas que soy tonto?

—Vamos a ver, Marco. —Ian ya estaba en modo policía—. Tienes mi palabra de que no pienso detenerte.

—No pienso trabajar para un poli —escupió.

Ayla lo miró, enfadada.

—¿Y si este poli te garantiza inmunidad? —Los dos lo miraron sorprendidos.

—¿Qué tipo de inmunidad? —preguntó, dejando de tirar de su propio brazo.

—Bueno, el tipo de inmunidad en el que la policía te deja trabajar tranquilo con tus ordenadores y tus historias.

—Hecho —dijo de inmediato—. Pero lo quiero por escrito.

Ian asintió y lo apuntó en la libreta que siempre llevaba encima. Si ese era el precio que debía de pagar, se las arreglaría con el juez Castro.

Los tres se sentaron en línea, dejando al hacker en el medio. Este sacó su extraño ordenador de la mochila y lo puso en marcha. No era un portátil común, era mucho más pequeño y extremadamente grueso, además de tener teclas muy diferentes a las comunes.

—El dinero —pidió.

Ayla le metió la bolsa en la que llevaba la cantidad que Mateo le había pedido dentro de su mochila, ocupándola casi al completo. El hacker asintió, conforme.

—Toma, y date prisa —dijo Ian mientras le tendía el pendrive.

—Relajaros, todo arte lleva tiempo.

Ayla e Ian rodaron los ojos casi a la vez, realmente era un chico insoportable. Casi nada más empezar, resopló.

—¿Qué? —preguntó Ian—. ¿Es demasiado para ti?

Marco le clavó la mirada, herido en su orgullo por ese comentario.

—Por supuesto que no. Nada es demasiado para mi. Pero esto va a llevar rato, tiene una seguridad muy buena. Quién lo hizo es casi tan bueno como yo —recalcó la palabra “casi”.

Y así, sentados en medio de una estación de autobuses, estuvieron alrededor de tres cuartos de hora hasta que Mateo consiguió entrar.

—¡Listo! —casi gritó, emocionado. Sus dos acompañantes se asomaron a la pantalla del ordenador, dispuestos a ver el contenido de ese pequeño aparato.

El archivo estaba lleno de carpetas. Mateo los miró, preguntando por donde

querían empezar. Ian pensó en no abrir ninguna delante de aquel hombre y estudiarlo en otra parte pero había una carpeta que llamó mucho su atención.

—Ayla, mira. —Señaló con el dedo. Esta abrió los ojos de par en par, dándose cuenta de que esa carpeta era importante. Llevaba las mismas siglas que el informe que había en la mesa de Ernesto y que no le había dado tiempo a leer: S.M

Ahí estaba la prueba de que Vladimir y Lena estaban más conectados de lo que imaginaban. Al fin algo, al fin.

Mateo la abrió antes de que ellos se lo autorizasen. Lo primero que vio es un informe similar a los que hacía él cuando le pedían que investigase a alguien. Sharim Marrash. Sirio de casi cincuenta años asentado recientemente en Marbella. Pero no le dio tiempo a leer más, ya que Ian sacó el pendrive del puerto USB.

Ambos se levantaron, dejándolo aún con la mirada fija en la pantalla de su ordenador.

—Gracias, Marco. Has cumplido tu parte y nosotros con la nuestra. Te llegará lo que te he prometido por escrito —aseguró Ian. El chico se encogió de hombros, dejando claro que estaba conforme y se fue de allí sin ni siquiera despedirse pero con una enorme sonrisa en los labios, llevaba la mochila llena de dinero.

Ayla cogió a su policía de la mano y tiró de él, en dirección a la salida de la estación que daba al pueblo.

Él no necesitó preguntar a dónde iban porque ya lo sabía, necesitaban ver lo que había allí dentro con detalle. Habían conseguido una pista que seguir y tal vez ahí dentro estuvieran las pruebas que necesitaban y todo estuviera a punto de acabarse. Por primera vez desde que todo eso había empezado, tenían esperanzas.

Un rato después llegaron al Bulevar, de reciente construcción. Observaron maravillados la gran cantidad de metros cuadrados que ocupaba todo aquello. Era una zona muy agradable para pasear, hacer tus compras o incluso para pasar un día en familia. Había una zona enorme de césped rodeada por una gran variedad de plantas que mezclaban sus aromas entre sí, haciendo de ese lugar un mundo diferente de sensaciones nuevas.

Ian sabía perfectamente por qué Ayla lo había llevado hasta allí, a pesar de que era la primera vez que iban, ambos sabían que todo el recinto contaba con una conexión Wi-Fi. Sin Internet, era imposible ver el contenido del pendrive. Sabían que si lo abrían sin él, todo volvería a encriptarse.

Ayla sacó su notebook de la mochila y lo encendió. Ian posó su mano sobre la de ella.

—¿Sabes que corremos riesgos, no? —preguntó.

—Necesitamos saber que hay aquí y no tenemos otra forma. No era seguro que Marco lo viera y lo sabes. Estamos lejos de la casa, aunque se acerquen, puede que cuando den con nosotros ya los hayan detenido —dijo esperanzada.

Ian asintió, aunque sabía que las cosas no eran tan sencillas. Pero lo que también sabía era que necesitaban lo que había ahí dentro. Leyeron al completo el informe sobre ese tal Sharim. Al parecer era el hombre más poderoso de Marbella, estaba incluso por encima de Vladimir.

Llevaba poco tiempo asentado allí pero por lo visto tenía un negocio que le funcionaba a las mil maravillas: la droga. Abrieron las carpetas una por una, leyendo todo lo que allí ponía.

—Estas son las rutas que yo he hecho para llevar los maletines... ¿Por qué iba a Lena a saber...?

—Joder, Ayla. Mira aquí —señaló Ian con el dedo—. Para cada una de las rutas hay asignados tres hombres.

Ayla no reconoció a ninguno, salvo los tres últimos e Ian reconoció al cuarto: el hombre que se había “suicidado” en la comisaría. Ayla, por su parte, nunca iba a olvidar la cara de los tres hombres que la habían atacado en el almacén y ahí estaban, frente a ella de nuevo.

—¿Qué coño...? —La cabeza de Ayla trabajaba a toda velocidad, sin poder comprender lo que estaba viendo.

—Era ella, Ayla. Lena Petrov enviaba a sus hombres para que te quitasen el maletín y te mataran.

Todo encajaba, había confiado su más oscuro secreto a una mujer que lo único que quería era matarla, usarla como un puente directo a Vladimir,

—Hija de puta —rezó por lo bajo. En cierto modo estaba agradecida, eso ya era una prueba contra ella.

La siguiente carpeta estaba repleta de fotos. Fotos de Vladimir y el tal Sharim comiendo en lujosos restaurantes y dándose la mano, cerrando negocios.

Ayla no comprendió la relación pero Ian como buen policía si lo hizo. Puntos de entrega, pasaportes falsos, intercambios... Todo, todo estaba en esa pequeña memoria.

—¿Qué mierda quiere decir esto, Ian? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

Él no respondió. Sacó el pendrive del notebook de la pelirroja y lo guardó en

su bolsillo. Tiró el ordenador en la papelera más cercana que encontró y cogió a Ayla de la mano. Sabía lo que tenía que hacer.

Ayla no sabía qué estaba pasando pero confiaba en él. Estaba sentada esperando a que saliera de un edificio en la calle Pizarro. No sabía muy bien que estaba haciendo allí dentro pero no la importaba.

Sólo podía pensar en lo que acababa de descubrir. Lena estaba detrás de todos sus ataques, quería quitarla los maletines llenos de dinero que transportaba. Pero nada tenía sentido... Lena Petrov ya era millonaria, ¿para qué iba a querer ese dinero que era una minucia para ella?

Y sobre todo, ¿qué ganaba con matarla?

Golpeó su cabeza, maldiciendo una vez más su torpeza. Había ido a pedir protección a la persona que la estaba atacando y por si eso fuera poco, le había entregado el sobre blanco donde estaba todo su pasado. Ardía de ira en el momento que Ian salió del edificio y la guió de nuevo hacia la estación de autobuses.

No hablaron en todo el camino, él se había dado cuenta de que la pelirroja necesitaba asimilar todo para poder entenderlo. Además, le vendría bien ese silencio, tenía mucho en lo que pensar.

Y entonces rezó por primera vez en años, lo que habían encontrado era mucho peor de lo que se imaginaba.

# 33

Cuando las luces de la entrada de la casa aparecieron ante sus ojos estaba a punto de ponerse el sol. Ayla estaba demasiado confusa, no entendía la conexión que podía haber tras toda esa información, pero sabía que Ian sí. No había más que ver la cara que había tenido durante todo el viaje, que solo demostraba preocupación y confusión. Se había planteado preguntar, pero creyó que no era buen momento. ¿Es que nunca iba a terminar todo aquello?

Al verlos entrar, Maia salió corriendo a saludarlos. Primero a su padre y luego a su acompañante, ambos sintieron alivio al notar sus besos y abrazos. Aunque no se lo habían pedido el uno al otro, lo que más necesitaban era un abrazo que los reconfortase. Y ese era uno de los dones de Maia, te hacía sentir en casa, a gusto, a salvo y querido.

David, Ramiro y Luca llegaron al momento, esperando noticias con ansia. Mientras Ayla entraba con Maia en brazos a la casa, Ian aprovechó para dar instrucciones.

—David, en cuánto amanezca te vas con Luca al monte. Enséñalo a disparar. —El policía que llevaba dentro se removía al escuchar sus propias palabras. Pero necesitaba mantener a su gente segura y debían estar preparados—. Papá, prepara el sótano para que nadie pueda entrar. Mete comida, agua y armas. Llegado el momento puede que tengas que estar ahí con Maia y defenderla si es preciso.

Las gotas de sudor caían por su frente sin control y su respiración estaba agitada, como si acabase de correr una maratón.

—Hijo, hijo... Para. ¿Quieres decirnos qué ha pasado?

—Eso digo yo. ¿qué había en esa mierda, Ian?

Cuando se disponía a comenzar a relatarles lo que habían encontrado, llegó Ayla y se unió a ellos. Se sentaron alrededor de la mesa de plástico que había a la entrada y esperaron, expectantes.

—¿Ian? —Ramiro estaba nervioso. Había visto muy pocas veces así a su hijo.

—Es que no sé por dónde empezar... —Dejó caer la cabeza entre sus piernas y se revolvió el pelo con rapidez.

—Yo te ayudo. Al menos en lo poco que he entendido. ¿Recordáis el informe que encontré en el despacho de Ernesto? —Ambos asintieron a modo de respuesta—. Bien, pues S.M es Sharim Marrash, un sirio que hace aquí sus negocios desde hace poco tiempo. Al parecer trafica con drogas y tiene muy buena relación con Vladimir.

—¿Y eso estaba en un pendrive de Lena Petrov? —Los pensamientos de David estaban tomando el mismo rumbo que habían tomado los de Ian en un principio.

—Sí, lo que nos demuestra que están relacionados. Había otra carpeta. —Ayla prosiguió—. En la que estaban todas y cada una de las rutas que yo seguí para realizar las entregas.

—Y, ¿cómo sabía eso Lena? —intervino Ramiro.

—Posiblemente tendrían a todo el mundo vigilado. Había fotos —habló Ian.

—El caso es que a cada una de las rutas, había asignados tres hombres. Sólo pude reconocer a los tres últimos, los que me atacaron en el almacén. —La rabia de Ayla no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

—¿Y el resto? —Luca hablaba con una mano sobre su boca, gesto causado por la sorpresa.

—Yo reconocí al cuarto hombre, es el que detuve en la estación. El que supuestamente se suicidó en comisaría. —Ian miró a David, que estaba intentando entenderlo todo.

—¿Estás insinuando que Lena Petrov enviaba a esos hombres a por lo que Ayla transportaba? —David lo había entendido.

—No lo insinúa —dijo Ayla—. Es así. Quería los maletines y quería matarme. Lo que no entiendo es por qué una mujer millonaria se moja tanto las manos por un dinero que no necesita. —La joven habló más para sí misma que para sus acompañantes.

—Porque no era para ella. —Todos miraron a Ian, que seguía con la cabeza agachada y frotaba sin parar una de sus manos contra la otra.

—¿Qué quieres decir? —Luca estaba igual de perdido que su amiga.

—El sirio trae la droga y evidentemente Vladimir la distribuye. Ese negocio le está haciendo ganar mucho dinero. Lena Petrov buscaría fingir un robo y llevárselo ella misma al sirio, haciéndolo creer que ella lo había salvado o que el ruso había cometido un grave error. Sabéis como funcionan las cosas en este mundo cuando alguien comete un error.

Ayla lo entendió todo en cuánto escuchó esas palabras.

—Claro. Entonces el sirio acabaría con Vladimir, algo que ella no puede

hacer, y se quedaría con todo el control de la droga de Marbella, ocupando su lugar —dijo Ayla mientras se ponía en pie—. ¡Dios mío! ¿Pero dónde coño estoy metida? ¿Yo he llevado los pagos de esa puta droga al sirio?

Estaba a punto de entrar en pánico, Ian iba a intentar ayudarla pero Ramiro se lo impidió. Sabía que su hijo no estaba para animar a nadie. Se sentó al lado de ella y le pasó su brazo por encima de los hombros. Ayla se había tapado los ojos con las manos, aunque eso no era suficiente para que sus lágrimas no se vieran.

—Venga Ayla, ni siquiera sabías lo que había allí dentro. Nadie te va a culpar. Te necesitamos serena y con todos tus sentidos al cien por cien. No es momento de venirse abajo, vamos hija... —Ella lo miró con la cara empapada, pero ya no lloraba. Ramiro tenía razón.

—Esto es grave. Somos un cabo suelto muy peligroso para ellos, a estas alturas ya sabrán que tuvimos algo que ver con el robo del pendrive. Aquello estaba lleno de cámaras y aunque iba camuflado, me habrán reconocido. Parece ser que esa puta tiene buenos investigadores. ¿Sabéis lo que todo esto significa? —David casi gritaba al terminar de hablar.

—Baja la voz, la niña va a oírte —le riñó Luca. Al parecer el pasar tanto tiempo juntos esos días los había unido mucho. Sino jamás se habría atrevido a hablarse así.

—Esto significa que estamos jodidos. No tardarán en dar con nosotros y debemos atacar primero, si es que podemos. Queda descartado informar a nuestros superiores, no sabemos cuál de ellos es corrupto así que estamos solos en esto. —Ian hablaba con dificultad—. Por el momento jugamos con ventaja, ellos no saben dónde estamos pero nosotros sí sabemos dónde están ellos. No sabemos cómo hará Vladimir las cosas pero sí cómo actuará Lena Petrov, tiene pasaportes falsos para ella, su hija y todos sus hombres. Tiene todo un arsenal escondido en su casa y una ruta perfecta para transportar la droga, junto a una de escape, creo que bajo Tierra según los planos que vi. Si nosotros caemos y no hacemos nada, ¿quién evitará la guerra que ella va a empezar contra Vladimir? Si eso pasa, estamos acabados.

—¿Seguiste el plan? —Ian asintió ante la pregunta de David. Sólo ellos dos habían entendido el significado de esa pregunta y por lo que parecía no estaban dispuestos a explicárselo a nadie.

Poco después, cada uno se preparaba para el día siguiente. Luca y David no iban a dormir, cuánto antes empezaran con el entrenamiento mejor y el abuelo, en cuánto hubo acostado a Maia, bajó al sótano para hacer lo que su hijo le había

pedido.

Ian acababa de vestirse con su pijama después de una larga ducha cuando la puerta de su habitación indicó que alguien estaba al otro lado, esperando a ser recibido. Encontró a Ayla tras ella. Se veía que había estado llorando de nuevo y aún así, con la cara llena de rojeces y unas ojeras terribles, era guapísima. Llevaba un pijama de franela de pantalón corto y camiseta de tirante fino, que daba paso total a la imaginación.

Entró tras la señal que Ian le hizo con el brazo y cerró la puerta a sus espaldas. Se paró en medio de la habitación y lo miró directamente a los ojos, que escupían lágrimas de nuevo.

—Oh, pelirroja... —Ian fue directo a abrazarla pero ella lo detuvo posando una mano sobre su pecho—. ¿Qué pasa?

Ayla iba precisamente a eso, a explicarle lo que pasaba y lo que la había llevado a cometer tantos errores, pero verlo recién duchado y afeitado frente a ella, hizo que cambiase de idea. Se limitaría a explicarle quién era ella.

Ian observó como Ayla se llevaba las manos a la cabeza y acariciaba su pelo una y otra vez, como asegurándose de que estaba allí. ¿Qué le pasaba? ¿Se habría vuelto loca?

Ella acercó su mano derecha a su flequillo y tiró de él hacia atrás, llevándose el pelo junto con su mano. Sacudió la cabeza y tras unos segundos que se le antojaron años, miró al hombre al que quería.

Este la miraba con la boca abierta y los ojos como platos, sin entender nada de lo que sus ojos estaban viendo.

—Ayla... —Su voz era un susurro apenas audible.

—Esta soy yo Ian. Y te lo muestro porque te quiero. Sé que no es la mejor declaración de amor, entrar en tu habitación y quitarme una peluca que llevo años usando. Decirte que te quiero mientras te descubro una mentira que te he contado...

Ian ni siquiera podía escucharla con claridad. Acababa de ver como la chica que le quitaba el sueño, su “pelirroja”, se quitaba la peluca delante de él. Y ya nada quedaba del rojo que tanto destacaba en ella. Tenía el pelo castaño claro, ondulado como la peluca, y con unas mechas rubias que le hacían parecer más joven.

—Oírte decir que esto se acababa, que estábamos en grave peligro... Me ha hecho darme cuenta de que no podía permitir que te pasara nada sin que supieras todo de mí. —Ayla no sabía qué hacer, ante el silencio del policía—. Entiendo que ahora dudes de mi y que pienses que...



—Vale, Ayla. Porque... ¿Te llamas así, no? —preguntó con cara de niño pequeño que no sabía por lo que le iba a reñir su madre. Ella asintió y le sonrió—. He entendido lo que quieres decir pero, ¿por qué lo has hecho?

—Por mi misma. Mi pasado es una mierda, Ian. Cada vez que me miraba en el espejo, así como me ves, me daba asco lo que veía. La peluca me ayudaba a creer que ya no quedaba nada de la Ayla que un día fui. Perdóname, sé que debí habértelo dicho antes, pero...

—Pues lo que yo veo me encanta —interrumpió mientras se acercaba a ella y levantaba su barbilla con la mano—. Me gusta como eres Ayla, pelirroja, rubia o morena. Te quiero por tu forma de ser, porque nunca te rindes, porque eres buena persona y porque eres capaz de arriesgarte por la gente que quieres. Eres hermosa Ayla, por fuera y por dentro.

Aquellas palabras provocaron un torrente de lágrimas que parecía no tener final. No se había enfadado con ella y ni siquiera le había preguntado por ese supuesto pasado. Simplemente se había limitado a ser sincero con ella, como ella acababa de hacer.

Se miraron a los ojos, demostrándose en una mirada lo mucho que se amaban el uno al otro y la distancia que los separaba comenzó a desaparecer.

—Creo que debería ir a dormir... —Las palabras de Ayla se convirtieron en un murmullo cuando Ian se inclinó para besarla. Todos sus sentidos estaban concentrados en la suavidad de los labios del policía, moviéndose con dulzura sobre los suyos en busca de más. Relajó los brazos, colocándolos alrededor de su cuello y acariciándolo con sus manos mientras lo atraía hacia sí con más firmeza.

Ian separó su cara de la suya y la miró, no podía dejar de hacerlo. La deseaba. Quería hacerle el amor y perderse en ella.

—Quédate, por favor —Fue casi una súplica. Se emocionó al darse cuenta de su reacción, eso era justo lo que necesitaba oír.

Ayla asintió. El corazón le dio un vuelco, ella también deseaba estar entre sus brazos y entregarse a él en todos los sentidos.

Ian le acarició el escote y luego bajó hasta los senos. El calor de sus dedos la quemaba a través de la tela fina de su camiseta de tirantes. Luego puso las manos en sus caderas y las deslizó por debajo del pantalón corto, explorando su interior.

Ella se estremeció con cada caricia y él sintió su necesidad. La besó de nuevo; cubrió su boca con besos salvajes y hambrientos mientras la llevaba hasta la cama.

Ian se apartó un poco para quitarle el pijama. Primero le quitó la camiseta, luego los pantalones y minutos después hizo lo mismo con su ropa.

—Eres tan hermosa... —murmuró acariciando sus caderas desnudas y deleitándose con la perfección de su cuerpo.

Aquellas caricias tan cálidas estaban excitándola cada vez más y pronto Ayla se sintió estremecer.

Ian la sentó en la cama, y las sábanas no tuvieron tiempo de enfriar la carne desnuda de su espalda antes de que ellos se tendieran sobre el colchón. La almohada fue retirada de debajo de su cabeza y Ayla se hundió en un mar de sensaciones, arrasada por una poderosa corriente sensual y ardiente. Las manos suaves y la curiosa boca de Ian descubrieron los misterios de su carne hasta que todas las zonas sensibles de su cuerpo fueron exploradas.

Con un gruñido, el policía se deslizó fuera de la cama para coger su pantalón de la silla y sacar del bolsillo un preservativo, antes de volver a su lado. Luego se incorporó para besarla en el cuello estirándose sobre su cuerpo desnudo.

—No puedo esperar más. Por favor —suplicó ella; se sentía cada vez más al límite. Su piel estaba increíblemente sensible y su respiración se había vuelto rápida y agitada por la urgencia. Nunca había deseado a nadie como lo deseaba a él.

Ian la rodeó con los brazos y mirándola a los ojos, la llevó hasta la cima del placer. La oyó contener el aliento y dejó escapar un gemido ronco. Agarró su trasero mientras ella enredaba las piernas alrededor de su cintura y besó cada centímetro de su cuello. Quería ir un poco más despacio, pero sabía que no podría aguantar mucho más. ¡Cuánto había esperado aquel momento!

El sonido de su piel rozando con la de ella se unió al de sus gemidos. Estaba sintiendo demasiadas cosas y eso lo abrumaba, haciéndolo sentir impaciente. Cuando el deseo ganó a su autocontrol, él se estremeció al llegar al clímax y miró maravillado como ella le sonreía satisfecha. Los dos habían conseguido sentir el intenso éxtasis del orgasmo al mismo tiempo y en perfecta unidad.

Cuando por fin recuperó la respiración, Ayla se acurrucó contra él. Permanecieron abrazados mientras volvían a la realidad y desaparecían los últimos restos de placer. Los dos habían encontrado el amor con el que tanto habían soñado.

## 34

Cuando la puerta de su habitación se abrió con brusquedad, Ian no fue capaz de calcular el tiempo que llevaban dormidos, aunque no creía que fuera mucho.

Ayla descansaba sobre su pecho hasta que David los había sobresaltado.

—¡Ian! —gritó mientras abría la puerta con tanta fuerza que la hizo chocar contra la pared, provocando un sonoro estruendo. Tardó en reconocer a la joven sin su peluca, pero cuando lo hizo no pudo ocultar su sorpresa. Sacudió la cabeza, quitando cualquier pensamiento de su cabeza.

—¡Joder, David! ¿Qué pasa? —Ayla se cubrió el cuerpo desnudo con la sábana mientras Ian intentaba averiguar el motivo de esa entrada.

—Están aquí. Nos han encontrado.

No dijo nada más e inmediatamente se fue, tan rápido como había llegado. Ambos saltaron de la cama y se vistieron.

Pocos minutos después estaban reunidos con David y Luca, en el primer piso. Ayla observó las puertas y ventanas, sorprendida por lo que habían cambiado desde que ella había subido las escaleras. Estaban cubiertas por tablones de madera, cruzados sin ningún tipo de orden y repletos de puntas torcidas.

—Situación —exigió Ian nada más llegar.

—Tu padre y Maia están en el sótano. Fue Ramiro quién vigilaba cuando los vió llegar. No lo tiene claro pero son al menos cuatro coches y veinte hombres.

—¿Cómo va tu puntería? —preguntó directamente a Luca. El joven ya sostenía un arma en la mano, al parecer David lo tenía bien aleccionado.

—Es bueno Ian, ha aprendido muy rápido. —Este pensó con rapidez. Eran demasiados hombres para ellos cuatro, así que iban a necesitar una estrategia que, al menos, les diera la posibilidad de escapar.

—De acuerdo —dijo mientras miraba a su alrededor viendo que todas las armas estaban ya dispuestas por el salón—. Entonces que coja el Barret y suba al tejado. Necesitamos un punto a nuestro favor, algo que no se esperen. Tenemos que alejarnos de aquí. —David asintió y agarró del brazo a Luca, llevándose lo con él.

—Toma. —Le tendió un arma a su acompañante, que respiraba con dificultad e intentaba contener las lágrimas sin éxito—. Es un MP5, un subfusil.

Cada cargador tiene treinta y dos balas de nueve milímetros. Ponte ese chaleco, tiene varios cargadores.

—Ian, yo... No puedo... —Apenas podía hablar, los nervios se estaban apoderando de ella. Sostenía el arma entre sus manos pero temblaban de tal forma que estuvo a punto de dejarla caer.

—¡Claro que puedes! —casi gritó—. Tú nunca te rindes y yo tampoco. ¿Me has oído? Vamos a enseñarles a esos hijos de puta lo que somos capaces de hacer juntos. ¿Estás conmigo?

Las palabras de Ian consiguieron que las lágrimas cesaran. Tenía razón, llegados a ese punto tenía que llegar hasta el final. Por Ian, por Maia, por... Prefirió no pensar en él en esos momentos, ya casi había asumido que ni siquiera existía. Sujetó su arma con firmeza y miró al hombre que quería, demostrándole toda la seguridad que sentía.

—Sé que sabes usar un arma. Te falla un poco la puntería, no olvides nunca el desvío y mantén los ojos bien abiertos. —Ayla se colocaba el chaleco antibalas con los cargadores mientras lo escuchaba. David apareció en su campo de visión.

—¿Por qué no atacan? —preguntó.

—Aún no saben que nos hemos dado cuenta. Se estarán preparando. ¿Tú estás bien para esto?

—Sí, estoy bien. —David ya cargaba un M16, equipado con una buena mirilla. Tenía puesto el chaleco antibalas y estaba cargado de munición. Se colocó en la ventana izquierda y atisbó entre los tablones que habían colocado apenas una hora antes.

—Ayla, a la ventana derecha —ordenó—. Yo me quedo en la puerta. ¿Recordáis dónde están las armas en cada parte de la casa? ¿Las trampas que colocamos fuera?

Ambos asintieron, Ian y Ramiro se lo habían repetido en varias ocasiones. Habían escondido armas en todas y cada una de las estancias de la casa, por si las cosas se ponían feas. Y la entrada a la casa era como un campo de minas, aunque sin ninguna de ellas presente. No habían terminado de colocarse en sus puestos, cuando el ruido de un altavoz de mano los obligó a taparse los oídos.

—Es el ruso. —Oyeron a Luca por el walkie-talkie que todos llevaban a la cintura—. Va a hablar por un megáfono.

—¡Ayla Rojas! —gritó Vladimir desde fuera—. Te voy a dar una última oportunidad. —La joven se estremeció al oír su voz. Se había desplazado hasta allí con sus hombres y sólo hacía eso cuando quería asegurarse de que sus planes

salían bien—. Entrégame a todos esos con los que estás y os perdono la vida a Mikel y a ti.

Oír ese nombre la hizo temblar de nuevo. Antes de que pudiera reaccionar, Luca volvió a intervenir.

—Ayla, lo tiene con él. Lo estoy viendo —susurró. Su posición aún era una sorpresa y no podían perder esa oportunidad

La chica se asomó entre las tablas y entonces lo vio. Los focos de los cuatro coches señalaban a la entrada principal de la casa y frente a ellos estaba el ruso, con el brazo sobre los hombros de Mikel.

—¡NECESITO TIEMPO! —chilló de tal forma que todos los que estaban fuera pudieron oírla. David e Ian la miraban sin entender nada.

—Muy bien, querida mía —respondió Vladimir por el megáfono—. Te doy diez minutos. Si no haces lo que te pido, mis hombres abrirán fuego. Y, por cierto, muchas gracias Ian. Si no le hubieras dado llaves de tu casa a la vecina, jamás habría encontrado el álbum de fotos donde aparecía esta casa.

Ian rugió, enfadado. Idoia había entrado en su casa y por su culpa los habían encontrado. ¿Por qué le estaba haciendo eso a él?

Ayla posó el arma en el suelo, a su lado. Se hizo un ovillo y comenzó a llorar casi sin darse cuenta. Ni siquiera sabía dónde estaba, había viajado al pasado más doloroso para ella.

Ian comenzó a zarandearla, intentando que volviera a concentrarse.

—Ayla. —Escuchaba su voz lejana pero cada vez que pronunciaba su nombre era más sencillo volver a la realidad. Era él, a quien amaba, el único en quién podía confiar. Levantó la vista y lo miró, con los ojos rojos por las lágrimas. El policía se estremeció ante esa visión—. ¿Quién es Mikel?

Ya no había motivos para seguir mintiendo, ya no podía evitar lo inevitable.

—Es mi hermano —confesó.

David e Ian se miraron sorprendidos. No figuraba familia ninguna en los archivos que habían investigado tras la primera persecución por las calles de Marbella.

—¿Y por qué lo tiene él? —preguntó David. Pero Ian ya había atado los cabos.

—¡Joder! ¿Por eso trabajabas para él? ¿Tu hermano era con lo que te tenía amenazada? ¿Por qué no me lo dijiste?

Demasiadas preguntas para ella. Y no estaba preparada para contestarlas pero al parecer, tampoco él esperaba que lo hiciera.

—¿Esa es la información que le entregaste a Lena? —preguntó de nuevo.

Ella asintió a modo de respuesta. Ahora lo entendía todo, todo encajaba.

—Tenemos que hacer algo. No quiero entregaros pero es mi hermano, llevo cuatro años sin verlo.

David tragó saliva de forma sonora. Por primera vez confiaba en ella y llegó a sentir lástima.

—Luca, ¿qué ves? —habló a través del walkie-talkie. Ian negó con la cabeza, dejándole ver que no estaba de acuerdo con lo que estaba pensando.

—Todo sigue igual, excepto el crío. Lo tienen en un coche, detrás de los otros tres —susurró.

—¿Hay alguna forma de salir sin que me vean? —Luca no contestaba—. ¡Luca, joder!

—Puede ser. Pero no creo que debáis salir, es demasiado arriesgado —habló tras dos minutos que parecieron horas.

—Eso ya lo decido yo, contesta a la pregunta —ordenó.

—Si sales por la puerta de atrás y vas por detrás de los arbustos, puede que llegues a la altura de los coches sin ser visto. Pero de ahí al coche donde está el niño, no hay nada donde puedas ocultarte.

David no respondió. Directamente, colgó el arma a su hombro por el lado bueno, y se dispuso a salir.

—¿Qué vas a hacer? —Ayla lo detuvo—. Te van a matar, David. No salgas.

—No me matarán, soy bueno en mi trabajo. —La agarró una mano y apretó con fuerza, transmitiéndola que ya no había rastro de duda o rencor hacia ella.

Ayla lloró de nuevo. Le habría gustado convencerle de su sinceridad de otra forma, le habría gustado conocerlos a todos en otras circunstancias.

—David. Ni se te ocurra, pensaremos en otra cosa...

—No recibo órdenes de un igual. — Sonrió—. Tranquilo Ian, sabes que puedo hacerlo. Déjame hacerlo, por favor.

Ante esa súplica no pudo negarse. Conocía bien a su compañero y sabía que no se sentía útil para el cuerpo. Todo en su vida estaba patas arriba y él era el único culpable, ambos lo sabían. Que le hirieran en el primer ataque le dolió más en el orgullo que en el hombro, no se sentía un buen policía. Eso era lo que necesitaba para reafirmarse y sentir que podía ser útil.

Ian asintió, acompañándolo hasta la puerta trasera y cubriéndolo hasta que hubo llegado a los arbustos.

Después cerró la puerta y ocupó la posición anterior de su compañero, frente a la ventana izquierda. No había necesitado avisar a Ayla de que debía estar alerta por si necesitaban ayudarlo desde dentro.

Las gotas de sudor caían por la frente de Ian cuando Luca habló.

—Ha llegado al final de los arbustos. No lo han visto.

Los dos que estaban al lado de la puerta principal suspiraron de alivio. Pero le quedaba la parte más difícil.

David examinaba la situación. Tres coches formaban una barrera delante de la puerta principal y el hombre que parecía el cabecilla, estaba dando órdenes al resto. Unos cuántos metros más atrás, tras ellos, estaba el todo terreno negro donde Luca había dicho que estaba el niño. Preparó su arma, quitó el seguro y esperó su momento.

Cuando vio a todos los hombres atentos a lo que Vladimir les decía, se agachó y salió corriendo de su posición, hasta que se ocultó detrás de uno de los tres coches. Se asomó por una de las ventanillas, para asegurarse de que nadie le había visto y cuando se dio cuenta de que era así, corrió agachado de nuevo hasta el todo terreno. Enseguida vio la cabeza del niño, sentado en la parte de atrás con la cabeza baja.

Abrió la puerta con sigilo mientras miraba a todos los hombres que tenía alrededor. Si le oían o le veían, estaba muerto. Además no podía volver a la casa, ya que habían empezado a rodearla por todas partes, incluso por donde él había salido.

El niño lo miró sin rastro de miedo o de sorpresa.

—Ven conmigo —susurró—. Te sacaré de aquí.

Hizo lo que le pedía y le tendió la mano. Siguió el único camino que le quedaba para poner a salvo al niño. Y justo cuando se perdió en la sierra escuchó los gritos que le indicaban que se habían dado cuenta de que Mikel ya no estaba en el coche.

—Se ha escapado con el niño en dirección a la sierra. No lo han visto —susurró Luca, haciendo que Ayla e Ian volvieran a respirar con normalidad.

Se miraron y se sonrieron el uno al otro, un momento que duró pocos segundos ya que Luca lo interrumpió—. ¡Se han dado cuenta!

—¿Por qué ha ido a la sierra? —preguntó Ayla mientras presionaba el botón lateral del aparato.

—Porque han rodeado toda la casa segundos después de que él saliera, no le ha quedado otra opción. Pero el ruso les ha dado órdenes para que busquen al niño.

Ayla iba a hablar pero el ruido del megáfono del exterior la interrumpió.

—¿Crees que puedes jugármela? —preguntó Vladimir—. Encontraré al niño

y a quién sea que se lo ha llevado. Siento decirte que tu vida acaba aquí.

—¡Están cargando sus armas! Nos van a atacar. —Un Luca atacado de nervios los advirtió de lo que se les venía encima.

—Estate atento Luca. No cuentan con que estés en el tejado, tu objetivo serán los que salgan a buscar a David y a Mikel. No los dejes llegar a ellos.

Aunque ellos no lo vieron, Luca asintió, convencido y seguro de sí mismo. La vida del hermano de Ayla y de David estaba en sus manos. Haría por ella lo que hiciera falta, no sería por él si no recuperaba a su hermano. Se preparó para atacar.

—Ayla, dispara a todo el que se acerque por tu lado. ¿Preparada?

Ella asintió, sin rastro de miedo en el interior de su cuerpo. Había visto a Mikel, estaba vivo. Ahora sólo le quedaba hacer lo que fuera posible para salvar a los nuevos miembros de su vida, a todos los que estaban allí, con ella y por ella.

—Vladimir se ha ido al coche donde estaba Mikel —avisó Luca.

—Van a atacar Ayla, si el se ha puesto a cubierto...

Y no pudo terminar la frase o si lo hizo, Ayla no pudo escucharlo. Una lluvia de disparos cayó sobre la casa de la madre del policía, la que había cuidado con tanto esmero a pesar de no ir nunca a ella.



## 35

Primero se refugiaron tras sus coches, disparando sin duelo con lo que a Ian le parecieron PPSH-41. Subfusil capaz de disparar novecientas balas por minuto, una de las armas rusas más comunes. Aunque en ese momento se le cruzó por la mente que podría estar también implicado en el tráfico de armas, se concentró en lo que tenía delante. Estaban agachados y cubiertos bajo las ventanas, a salvo de la lluvia de balas.

—¿Disparo ya? —chilló Ayla para que él pudiera oírla sobre aquel estruendo.

—No. —No quiso dar más explicaciones por miedo a que fueran escuchados desde fuera. Pero sus intenciones reales eran que sus enemigos creyeran que les habían dado y se acercaran un poquito más.

—¿Estáis bien? —Escucharon a través del walkie-talkie—. Estoy intentando comunicarme con David y no hay manera.

—Estamos bien, Luca. Sigue con lo que te he ordenado, David estará demasiado lejos como para que le llegue nuestra señal.

Tan pronto como había empezado, el tiroteo cesó. Oyeron los cargadores caer y como los cambiaban mientras avanzaban hacia la casa. Se asomaron con cuidado entre los huecos de los tablones de madera.

—Ian, están a punto de pisarlos —susurró Ayla. Él asintió, dejándola ver que se había dado cuenta.

Se acercaban a la casa lentamente seis hombres, tres por cada lado. Con sus armas listas y preparados para atacar de nuevo. Los que iban por el lado de Ayla, estaban a punto de caer en una de sus trampas.

—Aprovecha cuando caigan. Los de mi lado se distraerán y yo aprovecharé también.

Se miraron, cogiendo las fuerzas que necesitaban el uno del otro. El primer grito llegó y ambos pudieron ver como uno de los hombres acababa de pisar el cepo que habían colocado el día anterior. Este cayó al suelo, roto de dolor. El resto miró en su dirección consiguiendo el despiste que la pareja estaba esperando.

—¡Ahora! —gritó Ian.

Ayla comenzó a disparar. Tardó más de lo que le habría gustado en derribar a los tres hombres que tenía delante, pero finalmente lo consiguió. Ian, al

contrario, los había derribado enseguida sin que ellos se dieran cuenta de donde les llegaban las balas.

Se pusieron a cubierto, ya que la lluvia de balas volvió a caer sobre la fachada de la casa, haciendo añicos el último cristal que quedaba en pie. No supieron calcular el tiempo que estuvieron agazapados hasta que esos hombres cesaron en su ataque. Esta vez serían más precavidos antes de acercarse a ellos.

Cuando el ruido paró, Ian le hizo gestos a Ayla para que se acercase a su ventana.

—Ahora no irán por tu lado, por si hay más ceptos. Vendrán por aquí pero posiblemente sean más que antes. Ponte a mi lado y prepárate.

Al terminar de susurrar esas palabras, vieron como ocho hombres se acercaban a la ventana del lado de Ian, tal y como él había planeado.

—Ya casi están —susurró Ayla más para sí misma que para que nadie la escuchase.

—Para ti los que queden en pie, será más fácil.

Se acercaban en dos filas de cuatro, preparados por si alguno pisaba algo indeseado. Lo que no esperaban era la tanza de pescar que Ian había atado con anterioridad, tan tensa que era capaz de cortar cualquier cosa. Los cuatro primeros tropezaron con ella y cayeron directamente al suelo, momento que ambos aprovecharon.

Ayla, como Ian le había ordenado, disparó a los cuatro que estaban de pie. Y aunque le costó vaciar el cargador entero, consiguió derribarlos. Para Ian fue algo más difícil, ya que sus objetivos estaban tirados en el suelo pero finalmente también lo logró.

—¡A cubierto! —gritó el policía tumbándose rápidamente en el suelo. Ayla lo imitó.

—Luca —llamó tras presionar el botón—. ¿Cuántos hombres salieron en busca de David?

—Dos —contestó al momento—. Pero tranquilos, los derribé al instante. ¿Vosotros estáis bien?

—Sí. Gracias Luca, sigue vigilando que nadie vaya a por ellos.

Ian hizo un recuento. Seis hombres al principio, ocho ahora y dos que Luca había derribado daban un total de dieciséis hombres. Si su padre estaba en lo cierto, cosa que no dudaba, quedarían cuatro hombres como mucho. Ayla lo sacó de sus pensamientos. El fuego, mucho más escaso que las veces anteriores, se había detenido. Dos hombres habían montado en uno de esos coches.

—¿Qué hacen? ¿Se van? —Ian se asomó y aunque no tenía un espejo

delante, enseguida supo que se habría puesto pálido.

—¡Joder, joder! —gritó mientras echaba a correr en dirección a las armas. Había llegado el momento de usar la sorpresa de David.

—¿Qué pasa? —preguntó Ayla todavía bajo la ventana.

—Van a entrar. Quieren derribar la puerta con el coche. —La cara de la que algún día había sido pelirroja se descompuso.

—¿Y qué hacemos? —preguntó.

—Colócate detrás de la puerta y avísame cuando estén cerca. A mi señal, abres la puerta —dijo mientras quitaba la sábana que cubría un RPG, un lanzacohetes.

Ayla lo miró sorprendida, jamás había visto nada igual. Ian se puso de rodillas y colocó la parte trasera del arma sobre su hombro derecho, preparado para recibir el retroceso.

—Han arrancado. Vienen, Ian, vienen —chilló Ayla desesperada.

—¡YA! —gritó a modo de respuesta. La chica hizo lo que él la había pedido y abrió la puerta, viendo como el coche ya casi los había alcanzado y entonces disparó. El cohete salió disparado en su dirección, consiguiendo que Ian se cayera al suelo, pero fue directamente a su objetivo.

Ayla cerró las puertas de nuevo sin que él se lo mandara nada más oír la explosión. El coche había reventado en mil pedazos, junto con los hombres que iban dentro. El ruido había sido ensordecedor y ambos tardaron un rato en poder enfocar, el pitido que inundaba sus oídos no les dejaba ni siquiera mantenerse en pie.

—Quedan dos hombres como mucho —dijo Ian, apenas recuperado. Pero lo que vio cuando se asomó de nuevo a la ventana, lo dejó casi sin respiración—. ¡Ayla, al sótano! —ordenó.

—¿Por qué? No pienso dejarte aquí sólo.

—¡Obedece! Necesito que defiendas a Maia, voy ahora. —Al ver que no se movía perdió la paciencia y la gritó, no les quedaba mucho tiempo—. ¡LARGO!

Lo miró sorprendida pero obedeció y agachada como él la había enseñado, vio como entraba en el sótano. Resopló, aliviado en cierto modo.

El hombre que no tardó en reconocer como Ernesto Carreño, estaba arrodillado frente a la puerta de la casa con un Bazooka. Ian corrió en dirección contraria a la puerta, pero el choque que ese proyectil produjo contra la puerta, lo alcanzó y lo derribó al suelo. Una de las partes de la puerta que había caído, terminada en punta, se le clavó en el muslo produciéndole un dolor casi insoportable. Tan insoportable que lo siguiente que vio, fue oscuridad.

Ernesto y Vladimir atravesaron la puerta de la casa, sonriendo complacientes. El ruso pisó el cuerpo inerte del policía con fuerza y asco, o al menos eso reflejaba su expresión.

—Quédate aquí, por si acaso. —Ernesto asintió ante la orden de su jefe. Este, empuñando un arma se dirigió directamente hasta el sótano, siguiendo las pisadas recientes de Ayla. Llamó a la puerta, como alguien que va a visitar a un amigo un domingo por la tarde.

—Abre querida, sé que estás ahí.

Ninguno de los tres ocupantes de la habitación hicieron caso y entonces no esperó más, disparó sobre la cerradura y la deshizo en mil pedazos. El estruendo sorprendió a los que estaban dentro, consiguiendo que actuaran con demasiada lentitud, pues cuando estaban a punto de coger sus armas, Vladimir ya estaba apuntando a la niña directamente a la cabeza.

—Tirar las armas, tirarlas o la vuelo los sesos. —Ayla miró a Ramiro, pidiendo aprobación. Una aprobación que recibió al instante y ambos depositaron sus armas en el suelo.

—Alejarlas —ordenó. Ellos lo hicieron y las empujaron hasta sus pies.

Ian recobraba la consciencia con lentitud, cosa que agradeció. Así pudo ver como Ernesto vigilaba la puerta, sin prestarle atención. Le habrían dado por muerto y eso era un punto a su favor, aunque con el dolor tan punzante que sentía en la pierna, no creía que pudiera ser muy útil. Sin hacer ruido, cogió el cuchillo que llevaba sujeto a su tobillo con una cinta de cuero y sacando fuerzas de donde no las tenía, se lo lanzó a la mano derecha de Vladimir. No acertó en el corazón, que era su idea principal, pero sí que se lo clavó en un hombro.

Carreño se giró con el rostro lleno de ira y lo apuntó con su arma. El disparo retumbó en todas las esquinas de la casa, ayudado por el eco que el vacío había dejado.

Ernesto cayó sobre Ian, sin vida. David apareció en escena y le quitó el pesado cuerpo de encima.

—¡Joder, tío! —exclamó al ver la herida de la pierna.

—No es para tanto, ayúdame —pidió con dificultad—. ¿Dónde está el niño?

—Afuera, con Luca. Están a salvo, ya no queda ni un hombre ahí fuera —dijo tranquilo.

—Vladimir ha llegado al sótano.

Mientras tanto, Ayla escupía a los pies del ruso, harta de soportarlo y de arrodillarse ante él.

—Te odio —dijo con rabia. Las sonoras carcajadas del ruso inundaron la habitación.

—¿Crees que me importa, cielo? Tienes que pagar la deuda que dejó tu padre y lo harás el día que te mueras de vieja, nunca te librarás de mí.

—Entonces vamos, déjalos a ellos en paz.

—Yo no dejo cabos sueltos, querida. —Apuntó con su arma a Ramiro, que abrazaba a su nieta, dormida y con los cascos puestos, ajena a la matanza que había a su alrededor.

—Ni se te ocurra —oyó a sus espaldas.

Ayla y Ramiro sonrieron, aliviados al ver a David presionando con su arma la nuca del ruso. Este levantó las manos, dejando caer el arma.

—Tranquilo, me entrego —dijo.

Con una rapidez sorprendente para su peso, se giró y golpeó a David con el codo en la cara haciéndolo retroceder. Entonces, un disparo le atravesó la cabeza, dejándolo en el suelo sin vida.

Ian estaba allí, sujetándose de pie a duras penas, todavía con su arma humeante en la mano.

Ayla corrió a abrazarlo, aliviada. Al fin todo había terminado.

—¿Mikel? —preguntó con rapidez. Pero antes de que nadie pudiera responder a su pregunta, Ian cayó al suelo. Aún llevaba el trozo de madera atravesando su pierna y había perdido mucha sangre.

—Vete a por Luca —ordenó Ayla a David, que hizo caso de inmediato.

Pero cuando se encaminaba de nuevo hacia el exterior, escuchó el ruido de helicópteros, coches e incluso motos que se acercaban con las sirenas a todo volumen. Al fin algo de ayuda, al fin los buenos. Indicó a los sanitarios donde estaba Ian y estos lo sacaron en brazos, lo metieron al helicóptero y se lo llevaron. Al peinar la zona, encontraron todavía a alguno de los hombres del ruso con vida, los esposaron y los llevaron a una ambulancia para que los atendieran antes de ser encerrados en una cárcel de máxima seguridad.

El juez Castro apareció ante los ojos de David.

—Llegáis tarde. —Sonrió. El juez le devolvió la sonrisa.

—Eso me temo, pero parece que no os hemos hecho mucha falta. Menos mal que Ian me envió en pendrive y toda la información, sino jamás habiéramos podido venir.

David le resumió todo lo ocurrido y al ver que todos estaban bien, metieron a

Mikel en una furgoneta. Tenían que asegurarse de su estado mental y por supuesto, saber si tenía algún tipo de información.

Ayla salió corriendo en su búsqueda, aunque para su desgracia, tuvo que esperar para poder verlo. Pero cuando ese momento llegó, cuando lo tuvo frente a ella, ni siquiera supo qué hacer. No se atrevió a abrazarlo. Se acercó a él y se agachó para quedar a su altura. Las lágrimas salían de sus ojos como si fueran dos cascadas que le impedían la visión, pero tampoco eso consiguió borrar la sonrisa de su rostro.

—Mikel, ¿te acuerdas de mí? —preguntó con cautela, sin saber qué hacer.

—¿Ayla?

El sólo hecho de escuchar su propio nombre saliendo de sus labios, quitó todas las barreras que la frenaban y ambos se lanzaron a los brazos del otro, expresando lo que se habían echado de menos y lo que se querían el uno al otro, a pesar de llevar tantos años separados. Por fin había salido de esa jaula, esa jaula invisible que la había mantenido privada de su libertad.

# Epilogo

## *Dos semanas más tarde...*

Los días siguientes habían sido una completa locura. El juez había decidido no imputarlos por los actos que habían cometido fuera de la ley, a cambio de que encontrasen a los policías corruptos cuando Ian se hubiera recuperado. En agradecimiento por dismantelar semejante banda criminal ellos solos, habían dejado en libertad sin cargos a Ayla y a Luca.

Seguían tras la pista de Lena, ya que había desaparecido del mapa. Pero eso ya no estaba en sus manos, por fin agentes fieles a su trabajo estaban tras su paradero y ellos, a salvo.

También les preocupaba Idoia, ni rastro de ella desde que los había traicionado. Ian tenía una cuenta pendiente con ella que pensaba cobrarse antes o después.

Ramiro, Ayla, Mikel y Maia se habían instalado en el apartamento de Ian, mientras él se recuperaba del todo en el hospital.

Los dos niños habían hecho buenas migas desde un principio, aunque Mikel no sabía lo que era jugar, Maia se había encargado de enseñarle.

No era como Ayla lo recordaba: alegre, charlatán y feliz. Ahora era otro niño, uno completamente diferente... Reservado, callado y que nunca sonreía. Desde que Ramiro se lo había aconsejado, lo había puesto en manos de un psicólogo. No sabían lo que podía haber vivido o las cosas que podría haber llegado a soportar durante esos cuatro años con el capo de la mafia rusa.

Todos recibieron con entusiasmo a Ian cuando, flanqueado por sus dos muletas, llegó a su apartamento para recibir una cálida bienvenida. Una fiesta en la que estaban todos presentes lo esperaba.

—No me puedo creer que vivieras eso, pelirroja. —Seguía llamándola así a pesar de que no hubiera vuelto a utilizar su peluca. Y a ella, lejos de molestarla, la reconfortaba ese mote.

—Lo teníamos todo, Ian. Mi padre no fue capaz de quitárnoslo cuando se quedó sin trabajo y con tal de lograrlo, se endeudó con Vladimir.

—Y él los mató delante vuestro, Ayla. Eso es... Era un ser deplorable.

Ella asintió, borrando esa imagen de su cabeza como llevaba haciendo tanto tiempo. Aunque era algo que siempre tenía presente y que nunca olvidaría.

—Al matarlos a ellos, dijo que yo debía pagar su deuda y cuando me negué, se llevó a Mikel —dijo bajando la voz a medida que hablaba.

—No pensemos más en eso. Mikel está aquí, todos estamos vivos y juntos, eso es lo que importa.

Ayla sonrió y lo besó con cariño y ternura. Le quería demasiado.

David interrumpió el momento,

—¡Eh, eh, vosotros! Que hay ropa tendida —dijo mientras reía sin parar, algo achispado por lo que había bebido.

—Aquí está el héroe de la policía —dijo Ian, sonriente. Sabía que por fin su amigo había superado ese sentimiento de inutilidad y que ahora estaba feliz. Se sentía útil, buen policía y estaba dispuesto a poner en cauce su vida.

—Y lo dice el que se cargó a más de quince tíos él solito —dijo con sorna.

—¡Eh! ¿Cómo que él solito? —protestó Ayla, secundada por Luca que acababa de unirse a la conversación.

—Es verdad, es verdad. —Levantó las manos—. Este par de amigos resultaron ser duros. Creo que formamos un buen equipo.

—Venga, colocaros en ese sofá. Voy a sacar una foto —animó Luca.

Maia corrió a los brazos de su padre, que la sentó sobre su pierna buena. Ramiro se sentó entre su hijo y Mikel que seguía tan serio como siempre. Y David se colocó al lado de Ayla.

Luca levantó el teléfono y lo puso en modo selfie, dejando que su cara fuera la primera que se veía en el plano y con todos los demás de fondo. Presionó el botón e inmortalizó el momento, uno de los más felices en la vida de todos los presentes.

Al fin todo había terminado, o eso era lo que ellos creían.

En un lugar muy lejos de allí, en Indonesia, Nastasia estaba atada a una silla de pies y manos y con los ojos vendados. Su captor, el hombre que había conocido en la discoteca y del que se había enamorado perdidamente, había resultado ser alguien muy distinto a lo que ella creía.

Le destapó los ojos por enésima vez.

—Te lo voy a preguntar sólo una vez más. ¿Dónde está Ayla Rojas?

Nastasia no podía parar de llorar. Llevaba dos días así, siendo torturada por aquel hombre para que hablara de algo que ni siquiera sabía.

—Ya te he dicho que no lo sé.

Entonces el hombre perdió la paciencia y la disparó. Un disparo que llegó



directamente a su cabeza, dejando un agujero en medio de su frente. La fuerza del impacto hizo que la silla se cayera hacia atrás, con Nastasia aún atada a ella.

Una Nastasia que ya no volvería a sonreír.

El sonido del disparo logró que alguien más entrara en la habitación.

—¿Qué hago con el cuerpo, jefa?

—Tíralo al mar, esta estúpida ya no nos sirve de nada —dijo Lena Petrov, sin rastro de dolor por la reciente muerte de su hija.

—¿Qué le diremos? —preguntó su subordinado.

—A Sharim Marrash no le gustará nada esto.

## Sobre las autoras



*Alina Covalschi* nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros. Sus géneros favorito son: el romance, paranormal y ciencia ficción. Ama leer y escribir, sobre todo libros donde los personajes pueden transmitir y hacer que el lector sienta algo. Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar. Siempre le ha gustado crear.

Otras novelas publicadas: Cuando el amor tropieza, Canta para mí, Trilogía Sin reglas ni principios, French Kiss.



*Bea Ohana* nació y se crió en un pequeño pueblo de la montaña oriental leonesa llamado Puente Almuhey. Llegó al mundo en mayo del año 1993.

Auxiliar Veterinaria por vocación que lleva escribiendo y leyendo sin parar desde los doce años. Soñó con los personajes de esta historia hace ya dos años y decidió plasmar sus sueños en papel para poder enseñárselos a todo el que quiera verlos.

Se siente realmente reflejada en uno de los personajes de esta historia, cuya identidad es todavía un secreto.

A pesar de que tiene varias novelas preparadas, esta será la primera que comparte con el mundo.

# Agradecimientos

*Quiero dedicar este trabajo especialmente a mi abuela Virtu, segunda madre y una de las personas más importantes en mi vida. Por enseñarme a vivir y por estar siempre conmigo.*

*A mi madre, por acompañarme en cada viaje sin reparos. Por formar parte de este proyecto desde el principio, implicándose conmigo una vez más.*

*A mi padre, por ser el héroe que siempre llega a rescatarme y a salvarme de todos los males que me acechan.*

*A mi hermana, mi ángel de la guarda. Que siempre sabe cómo devolverme a la realidad.*

*A mi pareja, mi gran apoyo desde que lo conozco y con el que quiero compartir mi vida.*

*Y al resto de mi familia y amigos, que ellos saben quien son. Al fin y al cabo, los únicos que siempre han estado ahí.*

*También me gustaría mencionar a mi compañera en este proyecto, sin ella esto nunca habría sido posible. Acompañante de letras desde hace ya mucho tiempo: Alina Covalschi.*

*Y, por último, a vosotros. A todos los que deis el paso de perderos en estas letras que tanto significado tienen para mí. Me gustaría animaros a hacerme llegar vuestras opiniones, que recibiré encantada en mi Facebook: Bea Ohana.*

*Esta historia es lo que es gracias a mi amiga Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a este trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho.*

*También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela .*